Letras de plata

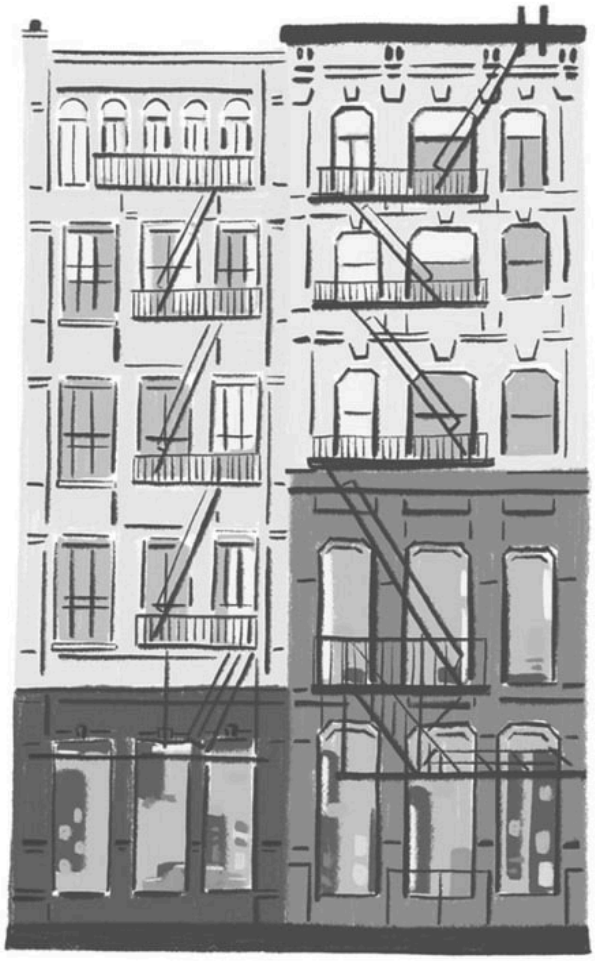
Brandon Taylor



Pequeñas figuras negras

Pequeñas figuras negras

Brandon
Taylor



Pequeñas figuras negras

Traducción de Lucas Gonzalvo Valls

Plata

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Minor Black Figures*
Editor original: Riverhead Books, un sello de Penguin Randome House LLC.
Traducción: Lucas Gonzalvo Valls

1.ª edición: agosto 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2025 *by* Brandon Taylor
All rights reserved
© de la traducción 2026 *by* Lucas Gonzalvo Valls
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Esta novela se publica en virtud de un acuerdo con Riverhead Books, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.letrasdeplata.com

ISBN: 979-13-88011-70-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A veces la gente piensa que agarro un lienzo blanco y pinto un signo negro sobre él, pero eso no es cierto. Yo pinto tanto el blanco como el negro, y el blanco es igual de importante.

FRANZ KLINE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Aquel verano, lanzaron bombas y levantaron pancartas por la paz.

Salieron a las calles y a los parques y a las plazas, igual que habían hecho dos años antes, y tres años antes de eso, y seis años antes de aquello, y tres años antes aún, lo que, por supuesto, significaba que, en realidad, nunca se habían marchado de las calles ni de los parques ni de las plazas.

Había un presidente en Washington y nueve jueces en el Tribunal Supremo. Había una guerra en Europa. Todavía no había una guerra en Estados Unidos porque Estados Unidos libraba sus guerras en otros lugares. En las noticias hablaban de complicaciones y de complejidades. Hablaban del precio de la gasolina y de redes de riesgo. Hablaban de cadenas de suministro y del espectro de la escasez.

No era un año extraordinario en una época excepcional. «Asqueados, no sorprendidos» era el lema de su era.

Y, aun así, salían a las calles y a los parques y a las plazas. Alzaban sus pancartas. Gritaban. Marchaban. Se organizaban. Presentaban demandas. Llegaban a acuerdos. Algunos se preguntaban si las calles y los parques y las plazas no serían, en el fondo, otros escenarios para la representación de una obra inmensa. ¿Pero no era ese cinismo una mera excusa para justificar su falta de determinación? Tenían que creer en la posibilidad del cambio. La mera posibilidad de libertad era en sí misma la libertad. Así que salían a las calles y a los parques y a las plazas. Fumaban a la puerta de los bares. Discutían sobre lo que podría depararles el mañana. Una minoría entre ellos, los temerosos, los incrédulos, los titubeantes, se quedaba atrás, mirando, a la espera de alguna señal mayor, saboreando sus dudas.

Era un tiempo hueco. Era un tiempo gris. Era verano, y Manhattan hervía entre dos ríos.

En el centro de la ciudad, en su estudio en la esquina de White y Cortlandt Alley, un jueves por la tarde a finales de julio, Wyeth estaba sentado en su taburete y contemplaba la confusa capa base de su lienzo. Desde junio, había estado trabajando de forma intermitente a partir de una serie de fotografías que había tomado una bochornosa tarde en Union Square Park durante la protesta de un grupo de personas contra la reciente revocación del caso Roe contra Wade por parte del Tribunal Supremo a través del de Dobbs contra Jackson. En una de esas fotos, las pancartas de los manifestantes formaban un horizonte irregular de consignas parcialmente ocultas: 22,000 MUJERES MUE—JUVENTUD MIGRANTE ABORTOS DENEGADOS POR LA OFICINA—MANTENED ABOR SEGU—¿REVOCAR ROE? ¡NI DE COÑA! Más allá de la multitud, árboles oscuros, y, por encima de los árboles, una hilera de oficinas y apartamentos. A la derecha, una farola del parque, coronada de su globo blanco inquietantemente parecido a un huevo, enmarcaba el campo visual. En la esquina inferior izquierda de la imagen, un niño pegado al pecho de alguien miraba directamente al objetivo.

La fotografía no era la del niño, un crío de unos tres o cuatro años, pero Wyeth llevaba tiempo pensando en ella como la «foto del niño» porque la intensidad y la franqueza de su mirada —casi una hostilidad silenciosa— invertían el foco de la imagen, de modo que lo que uno notaba no era la abrumadora totalidad a su espalda, sino ese pequeño niño acurrucado en el ángulo inferior izquierdo. Quizá tuviera que ver con la curiosa luminosidad del rostro del niño, como en los cuadros de los santos, como si aquel resplandor fuese la emanación misma de la gracia. Wyeth no había ajustado bien la exposición y unas sombras grasientas devoraban casi todos los detalles sutiles de la imagen del niño. Algunas pancartas aparecían quemadas por la luz, sus mensajes ahogados en el brillo. Los manifestantes estaban enfocados con nitidez, pero el niño, al quedar tan cerca del objetivo, era lo único que *no* estaba enfocado, de modo que parecía emerger de algún otro lugar, del *real*, por así decirlo. Cuanto más observaba Wyeth la foto de referencia, más le

parecía que la mirada del niño lo reprendía: *¿La historia está ocurriendo en este mismo instante y tú me miras a mí?*

El resto de la mesa de trabajo de Wyeth era un cementerio de copias de referencia que ya había descartado, bocetos en distintos grados de ejecución, papel rasgado y pedazos de lienzo. Había tomado varias fotos de una mujer con tres chalecos vaqueros superpuestos, todos ellos cubiertos de chapas y lemas contra el fascismo, contra el patriarcado, contra el oleoducto, contra el viejo jefe violador, contra la hambruna infantil, contra la censura de los libros, contra los tránsfobos. Tenía más enemigos que espacio en los chalecos para denunciarlos. También llevaba una pancarta con aún más políticas y organismos que detestaba y contra los que combatía: ¡Abolid el ICE! ¡Proteged los humedales! ¡Salvad las montañas! ¡Parad la fractura hidráulica! ¡Acabad con la avaricia empresarial! ¡Preservad el permafrost! ¡Cerrad los agujeros fiscales! ¡Desfinanciación del FBI ya! El pelo gris de la mujer, sus gafas de sol, su nariz afilada, su barbilla suave y su expresión absolutamente falta de humor contrastaban con la proporción casi caricaturesca de su despliegue político. No habría sido un cuadro demasiado interesante porque los contrastes de la imagen resultaban graciosos, pero, en el fondo, obvios.

Wyeth había tomado accidentalmente una foto de varias personas en diagonal con la cabeza inclinada, como rezando. A su derecha, una mujer alzaba la mano, señalando con el dedo índice y gritando. Cinco personas que miraban al suelo no era en sí una captura interesante, y él ni siquiera se había fijado en la mujer que apuntaba con el dedo la primera vez que revisó la foto. Pero, cuando por fin la vio, surgió de pronto algo nuevo en la imagen, una narrativa. Como si la gente fuera un coro de desposeídos y ella, su portavoz. Probablemente no fuera así. Puede que todos estuvieran mirando una alerta en el móvil o quizá se hubiera pedido un minuto de silencio y justo en ese instante la mujer se hubiera echado a gritar. Había innumerables explicaciones con diversos grados de plausibilidad, y justo eso volvía interesante la imagen. Había intentado bosquejarla, pero los ángulos nunca parecían tan naturales como en la toma accidental. Todas las versiones de Wyeth eran malas, forzadas, totalmente artificiales.

En sí mismo, trabajar con fotografías no suponía un cambio radical respecto a su proceso habitual. Siempre había echado mano de referencias y de citas a la hora de pintar. El problema era que las fotografías le resultaban inertes porque mostraban cosas y personas reales. El contenido de las imágenes era inmutable y cualquier cambio que hiciera al trasladar las fotos al lienzo o al papel se le antojaba totalmente arbitrario y falso. Llevaba un mes intentando sin éxito encontrar una escena dentro del caos y la aleatoriedad de la vida capturada en las fotos de aquel día. Fracasaba siempre porque nada de lo que podía dibujar o pintar, nada de lo que podía extraer del sustrato de esas fotografías tenía algo que se pareciera a la extraña espontaneidad, facilidad y ambivalencia de la vida misma.

Por lo general, Wyeth trabajaba a partir del cine: transponía escenas y elementos de películas y las llenaba de personas negras que él había imaginado, de modo que, pongamos, dos mujeres negras aparecían bebiendo zumo de albaricoque en copas de champán en el apartamento precioso pero ligeramente excéntrico de *Cuento de primavera*, de Rohmer. La más joven sonreía con coquetería, como si guardara un secreto, mientras que la mayor —que seguía siendo joven—, nerviosa pero guardando las formas, miraba las columnas extrañas de la cocina, intentando no ser grosera.

La dinámica entre las mujeres de la película y las mujeres en la trasposición de Wyeth era, según él, casi idéntica en contenido, pero la relación del espectador con esa dinámica era distinta, porque dos mujeres negras en un escenario así exigían algún tipo de explicación de cómo habían acabado allí. Esa tensión, esa incredulidad que pedía suspensión, llevaba a la gente a decir cosas raras sobre los cuadros de Wyeth. A veces, se describía su obra como aburguesada, la revelación de un deseo de comodidad y holgura negras, el comercio con un anhelo corrosivo y políticamente sospechoso de ver a personas negras ricas o, como mínimo, en entornos lujosos. A veces, se la describía como fantástica, la representación de yuxtaposiciones irreales y extrañas, como si las personas negras de sus pinturas hubieran entrado en un género o en unas condiciones absolutamente discordantes con lo que el espectador consideraba su

verdadera realidad.

Como realismo y como fantasía, su obra decepcionaba a la gente porque nunca había, decían algunos, suficiente «vida» en ella. A principios de primavera, su amigo Bernard le dijo que sus personajes negros eran siempre hipotéticos y que eso le daba a su obra un aire estéril. «Están desconectados», había dicho Bernard, «de la vida negra real tal y como sucede en el puto mundo real. Haces experimentos mentales, no cuadros».

No era la primera vez que Wyeth oía algo así, ni de lejos (había ido a la escuela de arte, al fin y al cabo), pero sí cristalizó algo que llevaba mucho tiempo sintiendo sobre su pintura y sus limitaciones. En consecuencia, se impuso la tarea de pintar la vida misma como un documentalista en lugar de responder a lo que sentía al ver cine neorrealista. Y, aun así, todos sus intentos acabaron fracasando. Las fotografías no cedían. Permanecían impermeables a su imaginación. La pintura no estaba yendo bien.

Durante toda la tarde, Wyeth había estado escuchando un álbum de nocturnos del compositor John Field, interpretado por el pianista Benjamin Frith. Los nocturnos de Field y la cancelación activa de ruido de los auriculares ahogaban el sonido inherente de la vida y lo sustituían por una música cargada de sugerencias temáticas. Esa falsa unidad de imagen y sonido transformaba lo que veía —sus compañeros de estudio, el tedio banal de un jueves por la noche, los móviles y los portátiles, las toallitas de papel manchadas, los lienzos rasgados, las páginas arrancadas de los cuadernos y el agua mohosa de los cubos— en una escena que quedaba aislada de la realidad. Pero, aunque una escena pueda sugerir la vida real, no es en sí misma la vida real.

Compartía el estudio con otros cuatro tipos: Marat, Solomon, Aki y Ferd. A finales del año anterior, Wyeth había tomado el relevo de un artista de instalaciones que montaba *tableaux* sexuales con muñecas de tamaño natural vestidas con los conjuntos icónicos de personajes famosos de dibujos animados. El artista dejaba esas instalaciones por distintos puntos de Brooklyn y del Bajo Manhattan, y una vez incluso hizo una exposición emergente en Austin. Pero luego le cayó una demanda de una gran multinacional por violación de *copyright* y

se pasó a la creación de contenido para adultos y otras formas de trabajo sexual digital.

Marat era ayudante de producción en un programa de televisión sobre gente blanca del siglo XIX cuya riqueza tenía un origen sospechoso en el sector textil. El programa había sido renovado para una segunda temporada, lo que había dado a Marat una idea desmesurada de su propia importancia. Había rumores, decía él, de que tal vez lo ascendieran a la sala de guionistas. Marat usaba el estudio sobre todo para editar sus cortos y escribir guiones que luego compartía en un taller de escritura con gente que jamás había conseguido vender uno solo. Wyeth solía oír al grupo discutir sobre líneas de deseo. ¿Qué quería realmente el personaje? ¿Estaba ese deseo expresado en la primera página? Todo parecía una manera muy estéril y triste de ponerse a escribir, y Wyeth se preguntaba si ese enfoque no sería justamente la razón por la que ninguno había vendido nada.

Solomon esculpía en arcilla recreaciones inquietantemente realistas de objetos cotidianos. Su última exposición había sido una colección de latas de refresco aplastadas y repartidas por una pequeña galería en SoHo. Solomon había creado señales de NO TIRAR BASURA con papel artesanal. Un rastro de latas conducía por el pasillo hasta terminar en un montón apilado en la esquina sureste de la sala principal. Te animaban a agarrar las latas. Todo muy Félix González-Torres. Lo más vivo y sorprendente de las latas de Solomon era lo pesadas que resultaban cuando las levantabas para llevarlas a la pila del rincón. Era innegable la realidad del peso en la mano y, sin embargo, uno tenía presente lo que se supone que pesa una lata: ligera, descartable, fácil de aplastar. Había algo eléctrico en ese instante, cuando la locura de la pieza se imponía. Wyeth no estaba seguro de lo que significaba —¿por qué latas, por ejemplo?—, pero tenía que admitir que se había sentido algo conmovido por ese momento de sorpresa genuina bajo las luces de la galería.

Aki era artista visual y escultor, y también ligeramente famoso —es decir, *muy* famoso para cierto sector de Nueva York—. Manejaba el sutil poder que vive y prospera en las redes sociales. Ese poder que consiste solo en ser conocido por un grupo de celebridades y

microcelebridades que a su vez son conocidas sobre todo por su cercanía a la fama real. En Nueva York, era posible que te consideraran famoso y, al mismo tiempo, un completo desconocido, y usar ese poder para, por ejemplo, conseguir que un restaurante de moda te mandara en pleno servicio una cena sencilla a ti y a tus colegas porque el dueño esperaba que la próxima vez quizá fueras tú en persona o, al menos, subieras una publicación a tu perfil. Aki hacía cosas que se parecían a videoclips, pero insistía en que *no* eran videoclips porque en realidad no iban sobre música, a pesar de que todas sus instalaciones de vídeo llevaban una especie de *dream pop trance* que él mismo componía.

Los vídeos eran sorprendentemente buenos.

Ferd trabajaba al óleo, con una mayor tendencia a la abstracción, que estaba quedándose rápidamente obsoleta, y cediendo terreno al naíf hipergrafista, ese estilo acrílico basado en memes y otros artefactos de la vida digital.

Todos estaban en el estudio, aunque fuera jueves por la noche y bien podrían haber salido. «De putas», como decía Aki cuando se dejaba caer en fiestas de galerías e inauguraciones o se colaba en el guateque de algún famoso de segunda que estaba a punto de marcarse un papel estelar en la película *indie* de la temporada, que versaba sobre la vida contemporánea y que aspiraba al Óscar. Aki jugueteaba con un bisturí mientras hablaba con Ferd. Marat estaba encorvado sobre su portátil y Solomon se había tumbado en el sofá y deslizaba el dedo por la pantalla.

Cuando Wyeth se quitó los auriculares al cabo de un rato, lo recibió la avalancha del ruido de la ciudad, el popurrí discordante de la música del portátil de Marat, la conversación entre Ferd y Aki y el estruendo ocasional de los vídeos que se reproducían solos en el móvil de Solomon.

—Pareces triste —dijo Aki.

Wyeth se dio cuenta de que se había quedado embobado.

—Triste de atar —añadió Aki.

—¿Eso sale en el DSM? ¿Triste de atar?

Ferd soltó una carcajada. Aki se encogió de hombros. Marat levantó la vista, molesto, como si no fuera él mismo quien estaba

poniendo música, sin auriculares, en un espacio compartido.

Aki y Ferd cruzaron el estudio.

Ferd repasó las fotos de referencia mientras Aki jugaba con unos hilos sueltos en las tijeras desafiladas que Wyeth usaba para marcar y preparar lienzos. La mirada de Ferd se detuvo en una serie de tomas que Wyeth había hecho de helicópteros por encima del mar de pancartas y entre los edificios de alrededor, incluido uno con el Reloj del Juicio Final sobre Union Square. Había algo del efecto omnipresente de ser observado, y todos los manifestantes parecían acorralados como peces en una red. Wyeth también había tomado fotografías de los polis, entre ellos un tipo altísimo, muy guapo, con aspecto de samoano. En ellas, el hombre aparecía con las piernas separadas y los dedos metidos bajo el chaleco antidisturbios. Tenía los ojos oscuros, aburridos, y no desentonaba en absoluto entre la fila de agentes que rodeaban el perímetro. Si la policía hubiera cargado contra los manifestantes, lo habría hecho también contra los jugadores de ajedrez, los brókers, las dos mujeres negras mayores que comían en las escaleras, las madres equipadas con carritos que intentaban llegar al Whole Foods y el propio Wyeth, que no formaba parte de nada pero que desde luego se encontraba allí. Todos se encontraban allí y, por tanto, todos estaban sujetos a la fuerza del Estado.

Y esa parecía ser precisamente la idea que los manifestantes querían expresar: que todos estaban sometidos a la fuerza de la ley que se había abatido sobre ellos y que la erosión del derecho al aborto era, en realidad, la erosión de todos sus derechos, y que en ese momento exacto todos se sentían particularmente vulnerables. En el parque, Wyeth había notado una cierta graduación al alza de su riesgo, de su vulnerabilidad, y, aun así, por más inseguro que se sintiera, por más incómodo que estuviera, permaneció allí para sacar fotos. Le parecía lo mínimo que podía hacer cuando había gente que había salido a la calle a arriesgar mucho más, y a conciencia.

Luego Ferd se topó con las fotos que Wyeth había hecho de los jugadores de ajedrez callejero, la verdadera razón por la que había ido al parque aquel día.

Wyeth había intentado capturar la camaradería espontánea que

surgía cuando conseguían que los desconocidos se sentaran a jugar una o dos partidas, y el espíritu jovial y torpe de los brókers de las tecnológicas que se dejaban caer en aquellos cajones para que les dieran una paliza. Lo fascinaba el carisma crudo y deslumbrante de los jugadores callejeros, cómo lo convertían todo en una conversación y en un intercambio en el que ambas partes obtenían algo de lo que querían y necesitaban. Wyeth se interesaba por el impulso doblemente complaciente de esas interacciones: cómo ambas partes se condescendían mutuamente, al mismo tiempo, y cómo los ajedrecistas aprovechaban la ventaja de su destreza para esa dinámica en su propio beneficio. Ni siquiera se trataba del juego, en realidad.

Uno de los jugadores, con un diente de oro y un ojo de cristal y vestido con una camiseta de los Bulls y unas Air Force 1, tiró de la muñeca de Wyeth para que se sentara a jugar.

—Venga, te doy ventaja —le propuso.

Wyeth se rio y respondió:

—Si ni siquiera sé jugar.

A toro pasado, comprendió que esa era exactamente la última cosa que uno debía decirle a un ajedrecista callejero.

—Yo tampoco, hermano —repuso el hombre.

Un bróker ocupó el sitio de Wyeth, y su partida empezó enseguida.

Al mirar las fotos esparcidas sobre la mesa, había una transición sorprendente entre esa serie de tomas y las del grupo de protestantes. Al principio, la manifestación se veía solo como un fondo difuso tras los jugadores y sus oponentes. Poco a poco, sin embargo, la multitud se fue imponiendo, hasta que los ajedrecistas pasaron a ser el fondo de la imagen y los manifestantes ocuparon el primer plano. La masa había engullido el parque y también el foco de atención de las fotografías de Wyeth. Cuando intentaba recordar el contenido de los discursos y los cánticos amplificados por los megáfonos, no podía. No recordaba los argumentos exactos ni la retórica. Solo el sonido: áspero, inarticulado, con una reverberación pésima. Y, sin embargo, la naturaleza exacta de lo que se decía parecía algo secundario.

—Son buenas —dijo Ferd, examinando un grupo de copias

pequeñas con los jugadores de ajedrez.

Sus tableros desgastados, los pliegues profundos, sus relojes abollados. Las sillas de oficina recicladas y la forma en que los hombres se inclinaban hacia adelante, pensativos, con los dedos oscuros suspendidos sobre las piezas. Los corredores de bolsa, con el rostro tenso por la concentración, se esforzaban mucho más que los ajedrecistas, cuyas expresiones seguían relajadas, incluso levemente persuasivas: «Venga, hombre, relájate».

—Son un poco sosas —comentó Aki—. Un poco monas, ¿no?

—Sí —respondió Wyeth—. Creo que no hay nada en ellas.

—¿Nada como fotos o…? —preguntó Aki.

—Solo son imágenes, para mí. ¿Sabes? Como que no hay nada de nada *ahí*.

Aki se rio.

—Bueno, sí —intervino Ferd—. Son imágenes. ¿Qué otra cosa iban a ser? Son fotos.

—Sí, pero no puedo pintarlas. No puedo pintar a la gente —dijo Wyeth—. No los conozco. Les saqué fotos, pero no sé nada de ellos. Así que, si los pintara, no sería más que un montón de mierda. Les estaría imponiendo una historia, lo cual, vale, pero también lo veo… ¿engañoso? ¿Mal? ¿Falso? ¿Poco ético? Quiero decir, toda esa gente, los manifestantes, los ajedrecistas, cada persona de esas fotos, fue allí por algún motivo, un motivo real. No sé cuáles son esos motivos. Pero son personas reales, no sé.

Había ido al parque aquel día para pintar a los ajedrecistas y a sus oponentes, para trabajar con imágenes reales de personas negras en lugar de con lo que podía imaginar que eran. Buscaba algo verdadero, para que la gente dejara de decir que no tenía una comprensión genuina de la vida tal como la vivía la gente de verdad. *La gente negra de verdad*, había pensado mientras tomaba las fotos, repitiéndose una y otra vez que había venido en busca, específicamente, de la vida de la gente *negra*. Le parecía ridículo mientras estaba allí con la cámara en la mano. Se sentía como un fotógrafo de fauna salvaje que intentaba documentar algo que no tenía nada que ver con él. Como Caravaggio y sus cadáveres, sus prostitutas y sus jugadores. Pero incluso Caravaggio había formado

parte de ese mundo. Se había entregado a él de una manera en la que Wyeth no se entregaba a los jugadores del parque.

—Ni siquiera jugué una partida —añadió Wyeth, riéndose—. ¿Te lo puedes creer?

—¿Les diste al menos una propina o algo?

—No —contestó Wyeth—. Solo hice las fotos, ¿no es patético? Ahora parece obvio, como «siéntate y echa una puta partida». Pero ¿en ese momento?

—Es un poco triste —dijo Aki—. En plan, triste de verdad.

—Ni siquiera les preguntaste los nombres. Qué frío.

Wyeth solo pudo reír.

Quizá Bernard tuviera razón y de verdad *hubiera* algo en él que no iba bien. Siempre miraba en la dirección equivocada justo cuando lo verdadero hacía acto de presencia.

Wyeth había empezado el máster tres meses antes del asesinato de Tamir Rice, en 2014. Y fue un asesinato, por mucho que la ley dijera lo contrario. Después de haberse pagado la carrera recogiendo pacanas, melocotones y judías durante los veranos, y trabajando en plantas de procesado de pollo durante los inviernos, Wyeth esperaba con ganas disponer de un seguro médico y una beca como estudiante de posgrado. En su programa de arte en la Universidad de Wisconsin-Madison, había otros cinco estudiantes negros.

Aquel noviembre, en Cleveland, Tamir Rice fue abatido mientras jugaba con una pistola de juguete. Abatido y muerto. Asesinado.

Los demás artistas negros del programa empezaron a trabajar con imágenes de chicos muertos. Juventud perdida. La ceramista abandonó la cerámica por completo para dedicarse a la instalación de vídeos en los que se repetían en bucle imágenes de chicos negros jugando, con el audio de la serie *Cops* superpuesto. Una de las mujeres se dedicó a hacer bordados con cuentas del tamaño de una toalla de playa en los que representaba a chicos negros y a sus madres en pose de *Pietà*. Alrededor de Wyeth se alzaba una procesión de chicos negros asesinados, muertos o, sencillamente, sin vida. Durante las críticas grupales, las respuestas de los diez o doce artistas blancos del programa se dividieron en dos grandes grupos. Estaban los comprensivos —demasiado deferentes, diría

alguno—, que lloraban y soltaban discursos sensibleros sobre lo hermosa que era aquella obra. Lo conmovedora. Lo *urgente*. Y luego estaban los que soltaban comentarios sarcásticos y cortantes sobre la *crudeza* del material, sobre el *sentimentalismo* de todo aquello.

El trabajo de Wyeth por aquel entonces era muy modesto, tanto en forma como en ambición. Pintaba sobre hojas tamaño carta con acrílico seco. Pintaba escenas de películas que le gustaban, pero con gente negra. No se trataba de representación, aunque, claro, también lo era. En escenas de Rohmer, Visconti, Cukor, Demy o Richardson, insertaba rostros imaginarios, personas imaginarias que disfrutaban del sol de verano, de esas playas vívidas de Rohmer o de los bellos apartamentos franceses. Pintó personas negras en *L'Innocente* y en sus espléndidas escenas de banquetes formales y traiciones matrimoniales. Recreó las composiciones inquietantes y poderosas de Cukor —esos primeros planos prolongados en los que podía verse cómo cambiaba la luz en los ojos de sus actores—, pero con rostros negros que algunos de sus compañeros blancos calificaron de hostiles o incómodos. *Sí*, pensó Wyeth, *como* Gaslight.

Sus compañeros no sabían muy bien qué hacer con esas pinturas. Bueno, no era del todo cierto: sus compañeros negros entendieron al instante lo que hacía y les pareció aburrido al principio, pero, tras el asesinato de Tamir Rice, les resultó repugnante. ¿Cómo podía entregarse a ese acto de fantasía en medio de lo que estaba pasando con todos ellos, aquí y ahora? La historia llamaba a la puerta y él se sumía en la fantasía de una puta película francesa.

Sus compañeros blancos, en cambio, creyeron que estaba haciendo lo mismo que los demás artistas negros.

Wyeth se sintió insultado tanto por sí mismo como por sus colegas, porque el proyecto de ellos partía de una auténtica activación política.

El resultado fue que en las críticas todos le hacían las mismas preguntas: «¿Dónde estás tú en todo esto?» y «¿por qué incluyes tanto de ti mismo en estas escenas?».

Su pintura en aquella época era personal, sí, pero también impersonal. Se sentía malinterpretado en ambos sentidos.

Pero no sabía pintar de otra manera. Tenía lo que tenía, así que se

replegó sobre sí mismo e intentó dejar de preocuparse tanto por lo que la gente decía de él o de su arte. Pero, cada vez que tenía que mostrar un cuadro, los demás pintores decían que había demasiado de él o demasiado poco. Querían leerlo exactamente como era en su obra, pero no demasiado. Querían que mostrara dominio sobre sí mismo y sobre su imagen.

Tres de los artistas negros del programa se marcharon. Uno se convirtió en un activista destacado. Otra se presentó a un cargo local y ganó en su ciudad natal, en Misuri. La tercera desapareció del mapa y no se volvió a saber de ella. De los dos que se quedaron con Wyeth, uno ahora enseñaba arte en Harvard —sus padres habían estudiado allí ingeniería y medicina— y el otro producía una sección semanal sobre arte para la PBS.

Dos de sus compañeros blancos habían expuesto en Auxier-Kline y en Gagosian. Uno tenía programada una muestra individual en Londres. Otro trabajaba para un galerista importante en París.

Después de la escuela de arte, Wyeth se movió por el Medio Oeste: Ohio, Míchigan, y de vuelta a Wisconsin. Cuando tenía suerte, enseñaba arte en centros comunitarios y en campamentos. Cuando no, volvía a trabajar en plantas de procesamiento de pollo. Una vez, pasó unos meses en un aserradero. Cuando había tiempo, no había trabajo; y cuando había trabajo, no había tiempo. Intentó solicitar becas y ayudas, pero, cuando le pedían que describiera su obra o su proyecto, se atascaba. Estaba en su *pick-up* Ford de 2007, fuera de la planta, en la oscuridad y el frío de la mañana, escribiendo la solicitud en el móvil con los dedos entumecidos, intentando pensar cómo describir su *proyecto*. Todo lo que se le ocurría era: *¿Qué proyecto?* Necesitaba el dinero para poder tener tiempo de pensar en un proyecto. No había tiempo para pensar. Y, cuando lo había, solo podía pensar en que tenía que trabajar, porque el pago del alquiler se acercaba y no había nada que comer.

Sentía, además, el calor de la vergüenza en el estómago cuando pensaba en cómo explicar aquellas pinturas que sus compañeros habían criticado. ¿De qué servía su trabajo? ¿Personas negras en escenas de películas francesas? ¿A quién le importaba? Así que dejó de ver películas, con la idea de que así podría obligarse a pintar del

natural, pero no funcionó. Su deseo de pintar se apagó, y, cuando llegó la pandemia, llevaba dos años sin pintar. Pero ahora pintaba otra vez, mal, torpemente, en un intento de ser otro tipo de artista.

—A lo mejor es demasiado verdadero para mí —dijo Wyeth, mirando las fotos de los manifestantes y de los jugadores de ajedrez —. No consigo hacerme a la idea.

Aki parpadeó.

—¿Verdadero? ¿Tú crees que esto es verdadero? —preguntó Aki, señalando las fotografías—. Esto no es verdadero.

—¿No lo es? —preguntó Wyeth, riéndose.

—No. Esa gente son actores de crisis.

—No empieces —dijo Ferd.

—No, en serio, piénsalo —continuó Aki—. La gente va a esas cosas disfrazada, grita un par de consignas y se vuelve a casa. Es el equivalente espiritual y moral del Zumba.

—Hacía tiempo que no oía ese nombre —dijo Wyeth—. Pero parecían bastante convencidos, eso sí.

—Y ¿qué? —replicó Aki.

—Estoy intentando pintar cosas verdaderas por una vez. Cosas sobre gente de verdad, sobre la vida de verdad —dijo Wyeth—. Tal como les ocurre a las personas de verdad.

—Qué mono —apuntó Aki.

—Por eso no trabajo con figuras —dijo Ferd—. Demasiado complicado. Toda esa mierda de la matriz social. En cuanto tiras de un hilo, se deshace todo.

—No, tú te inventas un discurso sobre cómo exploras la naturaleza de la *experiencia*, cómo capturas la esencia de la conciencia, y todo eso —terció Aki.

—No —replicó Ferd—. Todo el mundo sabe que la abstracción ya superó lo de representar la conciencia. Qué reduccionista. ¿Es que no lees?

—No, no sé leer —bromeó Aki con una sonrisa—. Soy demasiado guapo para leer.

Wyeth habría reído, pero, por desgracia, Aki tenía toda la razón: era guapo. Y alto. Con los brazos tonificados y una mata de pelo oscuro y espeso. Decía que quería parecerse a Toshiro Mifune en

Snow Trail a lo largo de toda su vida. ¿Había existido alguna vez un hombre tan hermoso como Toshiro Mifune en esa película? Aki había logrado el corte de pelo, pero no el carisma masculino y calmado de Mifune, porque Aki no era *calmado*.

—Ojalá yo fuera demasiado guapo para leer —apuntó Wyeth—. O para trabajar.

—Eso no es tan difícil —reconoció Ferd.

Ferd, como Aki, era más guapo de lo estrictamente necesario. Un poco más bajo, pero más musculoso. En persona, su expresión era siempre abierta y cálida, pero en las fotos —como muchos hombres gais de treinta y pocos— siempre parecía hosco y enfadado, como si estuviera considerando votar contra la abolición de la esclavitud solo por pura mala leche.

—Desde luego que no —agregó Marat desde el otro lado del estudio.

Había estado escuchando la conversación. Marat y Solomon también eran atractivos, pero no tanto como Ferd, que a su vez no lo era tanto como Aki. Wyeth se consideraba bastante corriente, lo que significaba que para él saber escribir no era negociable.

—Nadie te ha preguntado —soltó Aki.

—Ya, bueno, es que sois tremendamente ruidosos.

—¿Has oído hablar de los auriculares? —preguntó Ferd.

—En teoría, no deberías usarlos demasiado. Dañan el oído —replicó Marat.

—Sí, sí, sois todos muy guapos —dijo Wyeth.

—No, no lo son —espetó Aki—. Quiero decir, tampoco exageremos.

—Eso —señaló Ferd—. No quieras diluir la única virtud de Aki.

—Ah, ¿y ahora dirás que tengo mal carácter?

—No —dijo Ferd—. Eso ya lo has dicho tú.

Ferd parecía sereno cuando Aki clavó el bisturí en la mesa de Wyeth y atravesó una de las fotos del policía samoano. Cuando la hoja desafilada perforó la foto y la madera, los tres se quedaron mirando. Luego, Aki tiró del bisturí hacia arriba, llevándose enganchada la foto, que giró en el aire como un molinillo. La imagen fue bastante cómica.

—Joder —dijo Ferd.

—¡Perdón! —exclamó Aki—. Mierda.

—En realidad —confesó Wyeth—, queda mucho mejor así.

—Culpa mía, culpa mía —repitió Aki.

—De todas formas, ¡abajo la policía! —sentenció Ferd—. Se lo tenía merecido. Dale otra vez.

Aki examinó al poli, o lo que quedaba de él tras ser empalado con un bisturí.

—Estaba bastante bueno, ¿no? —dijo.

—Lo era —respondió Wyeth—. Muchísimo.

—Lástima que fuera un cerdo —soltó Ferd.

—Como si tú no te hubieras follado nunca a un poli —espetó Marat.

—Yo no —respondieron Aki y Ferd al unísono.

Ambos miraron a Wyeth.

—No… no era un poli —aclaró Wyeth—. Quiero decir, no un policía *policía*.

—¿Perdona? —Aki abrió los ojos de par en par.

—No sabéis lo que es —dijo Wyeth—. Carreteras secundarias, campo profundo, ni un alma en kilómetros… te apañas con lo que hay.

—¡Eso no es una excusa! —exclamó Aki.

—Lo es —intervino Ferd—, pero no una buena. Espera, Marat, ¿entonces *tú* también te has tirado a un poli?

—Pues sí —dijo Marat—. Tenía su morbo.

Wyeth, Aki y Ferd lo miraron boquiabiertos.

—¿Qué? —preguntó Marat.

—Eso es… —empezó a decir Aki. Ferd rompió a reír, y Wyeth lo siguió.

—¡Lo tenía! —saltó Marat—. Quiero decir, era de Jersey.

—Esto es fascinante —dijo Ferd.

—El de Wyeth seguro que era de Virginia o algo así. ¡Seguro que tenía un tatuaje confederado! —bromeó Marat.

—Era negro —terció Wyeth.

—¿Te follaste a un poli *negro*? —preguntó Ferd.

—No era un *poli*. Era un agente escolar.

—¿Te follaste a un *poli escolar*? —chilló Aki.

—Era en un campamento de arte.

—Es tristísimo —comentó Ferd.

—¿No disparan a niños?

—Venga ya —saltó Wyeth con dureza.

—Cuidado con lo que dices —advirtió Ferd.

—No le veo el problema —intervino Marat—. Me parece perfectamente normal.

—Seguro que también dejas que tu perro te lama la boca —dijo Ferd.

—¿Y qué? —replicó Marat.

Wyeth estudió la mirada inexpresiva de Marat, intentando averiguar si de verdad dejaba que su perro le lamiera la boca. Ambas cosas parecían plausibles, lo cual significaba que probablemente *sí* lo hacía.

—Sí, me cuadra —dijo Wyeth.

Silencio, salvo por la música del portátil de Marat y los vídeos de Solomon. Los cuatro se giraron hacia este, que seguía desplomado en el sofá. Se dieron cuenta de que se había quedado dormido mientras su *feed* se deslizaba solo.

—Qué triste —comentó Ferd.

Aki sacó el bisturí de la foto y la dejó sobre la mesa. El poli samoano se quedó allí, con una hendidura por rostro, un pequeño desgarrón en el mundo.

Wyeth metió el dedo en el agujero y presionó hasta que la foto se partió en dos.

—Joder —dijo Aki—. Aun así, perdón por eso.

—No pasa nada —respondió Wyeth—. Era un callejón sin salida. Todas lo son.

Aki agarró el boceto de los manifestantes que rezaban y lo observó un momento. Wyeth siguió el movimiento de sus ojos sobre el papel. Lo había hecho con grafito suelto y ligero.

—Tu trazo es buenísimo —señaló Aki—. Pero quizá deberías olvidarte de todo este rollo de las protestas; está un poco trillado ya.

—Dios, me están viniendo *flashbacks* de las críticas —dijo Wyeth.

—Tienes alergia a los cumplidos.

—No es esa parte la que me da *flashbacks*.

—Por si sirve de algo —intervino Marat—, yo creo que deberías hacer lo que te dé la gana. El mundo se acaba.

—Otra vez: nadie te ha preguntado —protestó Aki.

—Es decir, *quiero* hacerlo —dijo Wyeth—. Quiero querer pintarlo. Pero cuando lo hago…

—Sobredeterminación —sentenció Ferd.

—Sí, es eso. No sé si tengo algo que… añadir. No estaba allí para protestar. No estaba en solidaridad ni nada. Y claro que lo considero importante, protestar, resistir, etcétera, pero no sé si tengo una opinión muy sólida sobre… el momento.

—«El momento» —repitió Aki—. ¿Qué demonios es «el momento»?

—El cambio climático. El derecho al aborto. El avance del fascismo. El fin de la democracia. La destrucción de las libertades básicas. El desmantelamiento del Estado del bienestar. Todo eso.

—¿Y por qué demonios —Aki arrastraba las palabras— iba nada de eso a tener algo que ver con tus cuadritos?

—¿Y no debería? —preguntó Wyeth.

Se quedaron mirándolo.

—¿Es una locura plantearlo así? Me estáis mirando como si fuera un marciano.

—El «debería» es algo así como una sentencia de muerte del arte —dijo Aki—. El «debería» es para la propaganda.

—Suelo pensar igual —concedió Wyeth—, pero últimamente no lo tengo tan claro. O sea, normalmente hago estas escenas de películas, pero con personas negras. Pero siempre es algo tipo Bergman o Pialat o lo que sea, donde no hay nada que sea específicamente «no negro», ¿no? Pero, cuando la gente ve la composición con una persona negra, de repente se le cruzan los cables: quieren… una explicación. ¿Cómo ha llegado ahí esa persona negra? ¿Qué hace ahí? Cuando lo único que me interesa realmente es la escena en sí. Pero no pueden ver más allá de la negritud. Quieren que la negritud signifique algo y, cuando no significa nada, se confunden.

—¿Y? —soltó Ferd.

—¿Y qué? —repitió Aki, impaciente.

—Vale, pues pensé: si pinto escenas de la vida real, quizás encuentre algo que decir sobre la negritud. Quizás encuentre una forma de hacer que… signifique algo. Especialmente ahora, con el «momento» en el que estamos. Como que quizá «debería» significar algo. La negritud, supongo. Pero también las cosas que pinto.

—Eso suena a una gilipollez —interrumpió Marat, cruzando el estudio. Se crujió los nudillos contra la cadera—. ¿Eres artista o encuestador? No se puede hacer relaciones públicas y arte a la vez.

Wyeth suspiró. Aki echó una ojeada al lienzo.

—¿Tú crees —preguntó— que lo que haces va a tener algún… efecto en la vida de los demás? ¿Que vas a salvar el mundo con tus cuadros?

—No —declaró Wyeth.

—Entonces haz lo que te dé la gana —añadió Marat—. Ya lo he dicho: el mundo se acaba, qué más da.

—Aun así, deberíamos… pensar en el mundo, ¿no? Aunque se acabe.

Marat resopló.

—Tienes a un policía del arte en la cabeza —dijo Aki—. Tienes que cargártelo.

Wyeth rio, porque no era del todo mentira.

—¿Y cómo se supone que hago eso?

—¿Sabes quién no tiene ese problema? —Aki ya había sacado el móvil y deslizaba el dedo entre una galería de capturas. Cuando encontró la que buscaba, se la enseñó a Wyeth.

La captura mostraba la invitación a una exposición: un cuadrado color cúrcuma con letras oscuras y una tipografía de serifas afiladas. Anunciaba que, en cuarenta y cinco minutos, en una galería un poco más al noroeste de donde estaban, se inauguraría una muestra de nuevas obras del colectivo MangoWave, un grupo de jóvenes pintores ambiciosos cuya misión era explorar el imaginario visual de la diáspora del sudeste asiático.

Wyeth conocía su trabajo. Todo el mundo lo conocía. Se habían hecho famosos prácticamente de la noche a la mañana durante la pandemia. No tenían reparos en convertir su identidad en un barniz político para untarlo sobre su marca, porque era más una marca que

un gesto ético.

Su obra derivaba del carácter grotesco de posguerra visible en la obra de Lucian Freud, Celia Paul o Alice Neel. *Lo que, en origen*, pensaba Wyeth, *había sido un intento sincero de exteriorizar el colapso espiritual y social de la modernidad se había convertido en un intento menos sincero de exteriorizar la vaga condición colonial*.

Había pensado en ir a ver la exposición con Bernard, en parte porque este creía que eran unos estafadores y sería divertido verlos estafar en directo. Bernard era el primero que lo había convencido de mudarse a Nueva York: le consiguió un trabajo y le ofreció un sofá hasta que encontrara piso. Se conocían desde la época del máster, cuando Bernard había ido como profesor visitante, y ahora trabajaban juntos, aunque «trabajar» no fuera exactamente la palabra. Sin embargo, Bernard se había echado atrás, alegando otros planes, y Wyeth no tenía muchas ganas de ir solo.

—¿Estafadores de la diáspora? ¿Esa es tu solución?

—Tú eres el que dijo que quería pintar «el momento» —replicó Aki —. Pues esto lo parece. Deberías mirar al abismo.

—Pero si es horrendo —se quejó Wyeth—. Tanto verde.

—Piensa en el *Schadenfreude* —propuso Aki.

Wyeth echó un vistazo al estudio. Marat había vuelto a su portátil. El móvil de Solomon seguía reproduciendo vídeos y soltando de forma intermitente fragmentos de diálogo que terminaban casi tan rápido como empezaban, como si una película se reprodujera con la pista de audio entrecortada y a saltos.

—Mándame la invitación por mensaje —dijo.

CAPÍTULO DOS

Wyeth sabía que parte de su aversión a MangoWave se debía a que él mismo, en otro tiempo, había participado en una estafa artística basada en la identidad.

Antes de trasladarse a Nueva York, había vivido en una casa de invitados en Madison. La propiedad pertenecía a un hombre gay mucho mayor llamado Gerald, conocido de uno de sus profesores de la escuela de arte. «Casa de invitados» sonaba mejor de lo que era. Básicamente, era un estudio sin aislamiento y con un catre en una esquina. Wyeth tenía que cruzar hasta la casa principal para usar el baño y ducharse. Pero allí fuera había una pequeña estufa de leña y una amplia vista del lago, que en invierno se volvía un problema porque los cristales no estaban aislados. Aun así, no le importaba. Podía usar la casa de invitados a cambio de trabajo y pasaba los fines de semana y algunas mañanas limpiando y haciendo tareas de mantenimiento.

El hecho de que aquel arreglo recordara vagamente a la esclavitud en el plano de las apariencias no le molestaba demasiado a Wyeth —la mayoría de los días incluso le hacía cierta gracia—, aunque, cuando Gerald decía o hacía determinadas cosas (por ejemplo, llamarlo «chico», o pedirle que entrara por detrás cuando había invitados), Wyeth se preguntaba si el hombre no sería del todo consciente de cómo podía sonar aquello desde fuera.

Para ganar algo de dinero, Wyeth hacía trabajos ocasionales y repartos. Durante los meses de invierno, trabajaba en una granja lechera cerca de Middleton.

Gerald y él no estrecharon lazos durante aquellos dos años, no hasta que la pandemia y el confinamiento los obligaron a formar una burbuja. Gerald era inmunodeprimido y de alto riesgo, así que Wyeth hacía la compra por los dos y realizaba todo aquel teatro higiénico

de los primeros tiempos de la plaga: desinfectar la compra, quemar el cartón. A cambio, Gerald cocinaba y veían películas juntos. Siempre eran películas tristes, pero hermosas. Fueron avanzando por la colección de Blu-rays de Criterion de Gerald, y así fue como Wyeth descubrió a Bresson, Pialat, Varda, Jarman, Pasolini, Preminger, y películas que no había visto de directores que ya conocía: Visconti, Godard, Cukor, Wong Kar Wai, Haneke.

Gerald sentía una pasión especial por Bergman, a quien Wyeth solo conocía de oídas. Empezaron por *Como en un espejo*, que a Wyeth le resultó perturbadora y confusa, por la manera en que el realismo racional de Bergman se fundía en los terrenos del surrealismo. No podía quitarse de encima la sensación de que aquella película le había *hecho* algo, como si le hubieran atado un hilo de tela de araña a la nuca. A la tarde siguiente vieron *Sonata de otoño*. A Gerald le pareció divertidísima. A Wyeth, demasiado sincera, casi ofensiva. Su madre había sido así: empeñada en echar al hijo de casa lo antes posible, honesta pero cruel. *A veces*, pensaba, *habría que mentirles a los hijos*.

La película favorita de Wyeth de aquella época fue *Luz de invierno*. Prefería el título sueco, *Nattvardsgästerna*, traducido como *Los comulgantes*. La película narra la historia de Tomas Ericsson, un pastor de la Iglesia de Suecia que atraviesa una lucha espiritual silenciosa pero desesperada. Al comienzo, Ericsson contrae un resfriado que empeora progresivamente en el transcurso de veinticuatro horas. Tose, suda, casi se desmaya. Otros miembros de la congregación —Marta (su antigua amante), el organista y un feligrés— también moquean, tosen y se suenan. Hay en la película un aire general de infección respiratoria, del mismo modo que una enfermedad espiritual azota a la comunidad. La primera crisis se presenta en forma de un pescador local que sufre una desesperación existencial ante la amenaza de una aniquilación nuclear por parte de China. A instancias de su esposa, el pescador acude a Ericsson en busca de orientación espiritual, y Ericsson, reconociendo en él a un alma igualmente asolada por la duda, le dice que sería más feliz y estaría mejor si no creyera en Dios, que él mismo considera que lo ha abandonado.

Durante la pandemia, cualquier representación de la enfermedad despertaba en Wyeth un eco inquietante. Cada vez que alguien tosía o estornudaba en pantalla, él se sobresaltaba y se cubría la boca. Lo mismo con los besos; las escenas de intimidad física lo incomodaban, como si estuviera viendo algo peligroso. Había una escena en la que Marta corría a consolar a Tomas, le besaba la cara y apoyaba los ojos húmedos en su pelo. Wyeth soltó un grito ahogado al verla, no por la intensidad emocional, sino porque Gerald y él estaban viviendo una época en que el contacto humano podía acabar contigo. Luego comprendió que Gerald había vivido antes otra época similar: la crisis del sida.

El arreglo con Gerald había surgido para que Wyeth pudiera centrarse en su pintura sin tener que pagar alquiler. Pero en esos dos años no pintó nada y dibujó muy poco. Se dedicó a trabajar y a pagar préstamos. Había momentos en que sentía que había ido a la universidad y luego a la escuela de arte solo para convertirse en alguien que pagaba préstamos universitarios como modo de vida. En cierto sentido, su existencia era una suma que se iba agotando lentamente en algún libro de contabilidad y actualizándose cada mes en que restaba la mayor parte de sus ingresos para reducir la deuda. Para eso había sido todo. Para unirse a las demás cifras en sus celdas, parpadeando, a veces aumentando, nunca disminuyendo tan deprisa como uno esperaba. No eran ciudadanos. Eran anotaciones.

Al principio, eso le dolía, pero con el tiempo se acostumbró a pensar que la etapa de la pintura había terminado y que, cuanto antes lo aceptara, más feliz o, al menos, más tranquilo estaría. No en el plano económico, sino en el emocional, espiritual.

Sin embargo, ver películas con Gerald, incluso cuando no le gustaban especialmente (como le ocurría con Jarman), avivó algo en Wyeth. Por primera vez en mucho tiempo, sintió el deseo de dibujar y pintar lo que veía y sentía. De servirse de las composiciones de las películas para plantearles otras preguntas. Se cuestionó si su falta de producción artística no se debería precisamente a haber dejado de ver cine, a haberse alejado del manantial de imágenes del que se nutría. ¿Qué era él sin las películas y sin un archivo mayor al que acudir en busca de referencias? Había dejado de ver cine, en parte,

por miedo a depender completamente de él. El hecho de que el deseo de pintar regresara justo cuando había vuelto a ver películas le resultaba inquietante, pero fue un alivio tan grande querer pintar otra vez que se permitió disfrutar de aquella sensación.

La noche que vieron *Nattvardsgästerna*, Wyeth volvió a la casa de invitados. Se sentó con el cuaderno abierto sobre la mesa y mantuvo en la mente las imágenes de la película: el blanco puro de la nieve cortado por el negro de la sotana de Ericsson o por las ramas delgadas de los árboles. Era una película de contrastes duros, donde nada era blando salvo el tejido de los jerséis y los guantes de los personajes. Incluso sus gestos de ternura poseían algo de la dureza de una piedra. La película se parecía demasiado a su vida, y Wyeth quiso aprovecharla.

Los primeros dibujos fueron malos. Los segundos, también. Para la tarde siguiente, Wyeth había logrado lo que consideraba un conjunto de composiciones interesantes. La primera representaba dos cabezas: una al fondo, con la mirada hacia la parte inferior izquierda; otra, en primer plano, la mirada más de frente pero un poco baja. El dibujo surgía de la escena en que Tomas y el pescador mantienen su conversación espiritual y Tomas expresa quizá por primera vez la naturaleza de su duda. A Wyeth le fascinaban las pestañas blancas del pescador, su expresión demacrada y atormentada; el rostro carnoso de Tomas, sus mejillas rollizas, los ojos vivaces, la pulcritud del pelo.

En la versión de Wyeth, ambos hombres eran negros: uno de piel más clara, el otro muy oscuro. Al hombre en primer plano —aquel cuyas tribulaciones eran existenciales más que espirituales— lo hizo más oscuro; al del fondo, más claro y con los ojos brillantes. Lo que le importaba era el subtexto espiritual de la escena: el momento en que al del primer plano le dicen algo que no puede aprovechar, y ese es el instante en que toda esperanza se pierde. El hombre que ha acudido en busca de ayuda, de consuelo, de paz mental, y solo recibe la carga espiritual del otro.

Aquí había una escena en la que Wyeth podía situar a dos figuras negras en medio de una crisis espiritual y existencial. Yo y mi sombra, Fausto y Mefistófeles, Jesús y Judas, Otelo y Yago, pero

también algo distinto, porque no había engaño, no realmente. En el cuadro de Wyeth, era la verdad la que provocaba la ruina, la que cargaba con el peso terrible, y, una vez revelada, la vida quedaba distorsionada sin posibilidad de volver a la comodidad de su forma anterior.

En lo que respecta a las representaciones de personas negras, de hombres negros, casi no había temas espirituales o filosóficos. Ninguna disputa psíquica o existencial. Solo el materialismo brutal del cuerpo, en éxtasis o en sufrimiento.

En la película, el pescador se suicida junto al río. Tomas es llamado al lugar y encuentra al pescador desplomado al pie de un árbol. El río corre de fondo y dos hombres miran desde un puente. Tomas, con gorro de invierno y vestido de negro, contempla al pescador, a quien solo reconocemos por la ropa; la cabeza y la gravedad del daño quedan fuera de plano. Hay algo en la postura del pescador, casi pacífica, el derrumbe amorfo de un niño dormido en un sitio inadecuado. Dos hombres cubren el cuerpo con una lona del maletero del coche y después lo cargan con ayuda de Tomas. Antes de marcharse, le dan la mano. Tomas se queda mirando cómo se alejan. La cámara hace entonces algo extraño: permanece en la parte trasera del coche mientras este se aleja, pegada al cuerpo, y el espectador se balancea con los baches de la carretera. Hay algo crudamente realista en eso, como si Bergman dijera que no hay ningún misterio sobre lo que sucede con un cuerpo después de la muerte: solo protocolos, procedimientos, documentos que firmar.

Pero lo que más conmovía a Wyeth era Tomas de pie junto al cuerpo, como si lo hubiera encontrado por casualidad en un paseo. Hay algo en su expresión que sugiere que cree que el pescador está dormido, no muerto. Esa duda introduce una sombra en el racionalismo implacable de la escena. Es un momento de auténtica ambigüedad —o incluso de esperanza.

Wyeth pintó la escena, una vez más reemplazando a Tomas y al pescador por dos hombres negros, aunque nada en la composición indicaba que el muerto lo fuera, dada su posición. Los trasladó de la orilla de un río en la campiña sueca a un trozo indefinido de asfalto rodeado de hierba parda que insinuó con trazos ligeros. La figura de

pie era un hombre negro mayor, con una expresión entre la esperanza y el terror. En cuanto al cuerpo, Wyeth intentó capturar la postura antinatural, el giro extraño del hombro, las palmas hacia arriba, de manera que se entendiera que algo no iba bien. Lo que el espectador veía, si miraba con atención, no era un estado de sueño natural.

Ambos hombres vestían ropa urbana contemporánea: el del suelo, un abrigo de plumas de North Face; el que estaba de pie, una camiseta blanca larga de homenaje, su rostro en escala de grises y una gorra roja calada hasta las cejas.

Había una mancha de rojo oscuro junto a la figura yaciente, que podía ser una botella derramada, un grafiti o una tiza para calle.

Wyeth se dio cuenta de que fue la mayor modificación que había hecho jamás en una transposición. Normalmente lo dejaba todo en el registro del texto original, limitándose a introducir figuras negras. Pero en este cuadro del hombre abatido había cambiado todo el contexto social.

Al terminarla, subió la pintura a las redes sociales. En la primera hora obtuvo unos cuantos *likes*. Más de lo que solía conseguir. Luego se puso a reparar las puertas correderas de la casa de Gerald, que se habían salido del carril. Para cuando terminó, la publicación se había disparado: tenía varios miles de *likes* y había sido compartida en distintas plataformas. Le llegaban mensajes privados. Gente que le decía que le encantaba. Gente que decía que lo detestaba. Lo acusaban de oportunista racial, de usar su raza para ganar notoriedad.

Le resultó extraño hasta que comprendió que la pintura se interpretaba como una referencia a los asesinatos de hombres y mujeres negros en tanto que rasgo común de la vida en Estados Unidos. Debería haberle parecido evidente, pero Wyeth solo se había interesado por la ambigüedad de la expresión de Tomas, y así había llegado por la puerta trasera a un cuadro de un chico negro muerto.

A su alrededor, en el *feed*, había retransmisiones en directo de protestas e infografías brillantes sobre cómo donar a fondos de fianza o a iniciativas locales. Había vídeos de coches patrulla ardiendo en París, de tiroteos en Kenosha, de disturbios en

Mineápolis. La policía golpeaba a los manifestantes. La policía arrestaba a los manifestantes. Un hombre enloquecido por el fanatismo mataba a varios manifestantes con un rifle automático. Había tanto material de archivo. Tantas imágenes. Tanto sonido. Gritos, cánticos, clamores por la justicia. Podías poner en bucle el vídeo de la muerte de George Floyd si querías. Una especie de linchamiento continuo, eternamente repetido. Un linchamiento perpetuo. Bastaba con deslizar el dedo por la barra de progreso para reiniciar el vídeo, sin dejar que llegara al final, y reproducirlo desde el principio.

El proyecto de Wyeth —¿eran un proyecto aquellos pequeños cuadros de personas negras en escenas de películas que solo los cinéfilos reconocían, su hábito de citar a través de la negritud?— adquirió un nuevo contexto: el de las revueltas sociales de 2020. De alguna forma, modular la dimensión de clase de la obra la hacía más accesible, y de pronto la gente leía en sus cuadros una serie de motivaciones que él nunca había tenido. Sus motivaciones eran casi enteramente egoístas. Pero ahora, algo en ese egoísmo resonaba con la carga política del momento.

Nada en el contenido de las pinturas era radicalmente distinto de las piezas que había hecho en la escuela de arte y que sus compañeros habían tachado de «impersonales»: todo era exactamente igual, intelectualmente, aunque él se halagara a sí mismo pensando que su técnica era mejor, más expresiva.

Pero, en medio del diluvio de imágenes que salían de las protestas de Black Lives Matter y del horror del espectáculo del sufrimiento negro que proliferaba por todas las plataformas, sus cuadros que reproducían los *tableaux* y las composiciones de *Nattvardsgästerna*, pero con un personaje negro en el papel del sacerdote, le valieron una pequeña dosis de reconocimiento.

En particular, una pintura que mostraba el momento en que Tomas se apoya en el reclinatorio, como si tratara de incorporarse, arrodillado en el suelo mientras una mujer lo observa, estoica, desde lejos, fuera de foco. Un destello de luz solar entra por la ventana del fondo, los árboles desnudos. Wyeth había pintado el cuadro en tamaño A4, y no había nada que indicara que la figura *fuera* negra,

salvo quizá la textura del cabello y la raza implícita de su compañera; y, aun así, la gente leyó en él un tema sobre la resistencia, sobre la esperanza, sobre el agotamiento del espíritu y demás. La imagen se hizo viral, y poco después alguien se puso en contacto para ofrecerle una suma de dinero que, por entonces, le parecía inconcebible.

Quiso explicar que había un malentendido sobre la naturaleza de los cuadros. Cuando le dijo al hombre que era una escena de Bergman, este respondió:

—¡Ya lo sé! Por eso es tan buena. Preciosa.

Wyeth necesitaba el dinero.

Cuando vendió aquel cuadro, fue justo antes de que el mercado se incendiara con la fiebre por ciertos jóvenes pintores negros: aquellos que ya tenían un pie en las galerías, pero aún no eran famosos. Los especuladores se volcaron con ellos y los convirtieron en estrellas de una nueva generación de artistas negros. Los precios subieron y subieron, a seis cifras y más. El pequeño cuadro de Wyeth se vendió por diez mil dólares, todo gracias a una publicación en redes.

Después de enviarlo al comprador, dejó de publicar. Le daba miedo que la gente pensara que estaba lucrando con el sufrimiento de los negros. Su número de seguidores se estancó.

Por entonces, hubo otro golpe de suerte. Bernard lo llamó para decirle que el rico para el que trabajaba estaba dispuesto a contratarlo como asistente en la galería. Bernard había trabajado como investigador visitante durante la etapa de Wyeth en el máster, y había sido el único otro hombre negro que no veía su trabajo con sospecha o desagrado. También le consiguió un puesto con un restaurador del Upper West Side. Solo tenía que buscar piso. ¿Podía hacerlo?

Wyeth estuvo a punto de preguntarle por qué querría hacer algo así. Mudarse a Nueva York. ¿Para qué? Pero luego pensó: *¿Por qué no?* Estaba cansado de vivir de migajas y cabos sueltos. Cansado de las plantas de procesamiento de pollo y los campamentos de arte. No era una vida glamurosa la que le ofrecían, pero sí un modo de vida distinto, y ¿no acababan de sobrevivir al fin del mundo? ¿No era ese el momento de arriesgarse?

Le dijo a Bernard que aceptaba los dos trabajos. Una semana después, había empaquetado sus pocas pertenencias y conducido hasta Nueva York. Vendió la camioneta y se instaló con Bernard durante un tiempo breve, hasta encontrar un piso.

Aun así, no lograba quitarse de encima la sensación de asco. De tratarse a sí mismo como una mercancía. De estar lucrando con la violencia racializada.



La exposición de MangoWave estaba en una galería que antes había sido un ático que, a su vez, había sido dos *lofts*. Los suelos eran de madera original —no el habitual hormigón vertido—, pero en la reforma no los habían nivelado ni estabilizado. El resultado era que no había ángulos rectos en aquel laberinto blanco de pasillos estrechos que componían la galería. Hasta las sombras parecían mareadas. *Geometría hostil*, pensó Wyeth. Francamente, era el peor sitio de Nueva York para presentar una exposición.

La gente no iba por el arte. Iba por el vino gratis. Por subir a la azotea. Iban para posar con Washington Square Park a la espalda y el centelleo de la ciudad a su alrededor. Iban incluso con el calor asfixiante, entre la última hora de la tarde y la primera de la noche, con sus chinos elásticos, sus camisetas *dry-fit* y sus prendas veraniegas de punto, para asistir a la última inauguración antes de largarse a los Hamptons o al norte del estado, o a París, Londres, Berlín, Lyon, Marsella, Madrid o Ibiza. ¿Qué mejor forma de marcar el cierre del verano neoyorquino y la apertura del verano *en otra parte* que con ostras y vino blanco, quesos suaves de la *buena* quesería de la zona, jamón ibérico de encargo, sándwiches de atún Ahi o de Wagyū, o de ambos si te apetecía, con un chef a sueldo para la velada? Iban también a chismorrear y a comprobar por sí mismos si la galería estaba realmente en apuros o si el dueño realmente estaba en una trieja con un suizo joven y un italiano mayor que no es que *no* fuera conde.

El arte era secundario —solo un necio iría a verlo; y, si algo era Wyeth, era necio.

«pour les intimes» reunía nueve cuadros, casi todos en óleo y acrílico, en formato apaisado y vertical. El más pequeño era una postal diminuta y el mayor, de 48×60. La temática era la mundanidad: escenas de vida y bodegones de objetos modernos, todo impregnado de una ligera melancolía y un erotismo juguetón. Había, además, una lascivia juvenil en el deleite con que algunos cuadros mostraban genitales masculinos. Una vista cenital, de trazo plano, de una mesa: unas llaves en un cuenco con forma de caracola, una naranja a medio pelar, un porro encendido, un móvil que mostraba varias notificaciones, incluida una de lo que parecía, sospechosamente, una aplicación de citas gay. Aquí había mensajes, códigos, costumbres por descifrar, si te querías poner interpretativo. Por ejemplo, uno podía preguntarse qué decía del propietario del teléfono el hecho de que fuera un modelo reciente y, además, que la aplicación en cuestión solo enviara notificaciones *push* a las cuentas de pago. La mesa del cuadro costaba más de 8.000 dólares, algo que solo sabías si habías estado en el piso de cierto galerista que tiraba la caña a hombres negros atractivos y montaba fiestas descomunales en las que se pasaba media noche contando cuánto le había costado la mesa. Y también porque reconocías, debajo, la alfombra, confeccionada en un color perla de lo más suave, y la luz que caía por la derecha a lo ancho del fondo del cuadro. Si habías estado en aquella habitación, conocías esa mesa. ¿Qué decía del espectador del cuadro el hecho de que reconociera la mesa? ¿Quedaba implicado? ¿Había que creer que el narrador implícito del cuadro pertenecía a ese grupo de jóvenes atractivos a los que el galerista rico había cazado y llevado hasta la rendición? ¿Era esa la subjetividad única y concreta que estaba en juego? ¿O era simple jactancia?

El cuadro más grande mostraba una escena de fiesta en tonos morado claro y gris suave, nocturna pero no *oscura*. También transcurría en el piso del galerista acaudalado y sobón, aunque en otra estancia, en un piso inferior. La escena tenía un brillo de lentejuelas: la luz vibraba y se deslizaba por el fondo, acompasando la ensoñación de las figuras de cabello oscuro y miembros suaves, el resplandor de los móviles que iluminaba los rostros, definidos y a la

vez con un halo de ensueño, difíciles de *ver* del todo.

El cuadro, en su especificidad emocional pero vaguedad de trazo, le recordó a Wyeth el estilo de una popular novelista irlandesa que le gustaba. Una vez que atravesabas sus novelas, lo que recordabas no eran los nombres ni los apuros de los personajes, sino cómo se habían sentido los unos con los otros.

El título de la muestra, comprendió Wyeth, y también el subtexto rector, era que cada cuadro representaba algo que podría haberse subido a «mejores amigos» en redes sociales. Es decir, algo compartido en público, pero mostrado a una lista selecta, un público más reducido y especializado. Subías algo a «mejores amigos» porque a veces ibas a una fiesta y querías que otros supieran que habías estado allí, pero no querías lidiar con el juicio que conlleva que todo el mundo supiera a qué sitios tenías acceso. Así que se lo enseñabas a unos pocos, *les intimes*, que no eran tus amigos más íntimos, ni tus más cercanos, sino la gente ante la que podías presumir sin acabar en la guillotina; la gente que además cotillearía sobre lo que te había visto hacer de una manera socialmente ventajosa.

Por supuesto, Wyeth había participado de esa misma tendencia. Se hacía fotos en el gimnasio. O después de correr, posando para la cámara con gesto de superioridad, de tipo fuerte y distante. O se sacaba una foto a escondidas en un espejo muy concreto, de un baño muy concreto, en un restaurante del centro, y la subía a su círculo de amigos cercanos para que quienes lo veían supieran dónde había estado, porque ellos también habían estado allí o lo habían visto en otros círculos, de manera que podían ajustar su capital social de manera apropiada. Todo era pura significación.

Los artistas de MangoWave eran unos genios a la hora de convertir el juego del capital social en pintura. Simplemente lo hacían con gente morena y lo llamaban «radical».

Cada uno de los cuadros representaba una escena en el piso del galerista. Cada uno en una época distinta del año, señalada por los objetos desperdigados en las composiciones. Los colores marcaban el paso del tiempo. La escena de la fiesta era el invierno. La pequeña postal, un cuadro veraniego en el que la luz incidía sobre

unos platos de cristal colocados en el borde de una mesita junto a una pared blanca. Había otros también: el esbozo de una puerta entornada, de la que salían unas gruesas mangas rojas y negras de un abrigo, y un par de botas abandonadas junto a una esquina; dos bodegones, uno otoñal y otro primaveral; escenas de piscina con cuerpos reducidos a sombras vagamente perceptibles bajo el agua o a ondas agitadas en la piscina de la azotea; y, por último, una escena nocturna: una azotea neoyorquina vista desde un balcón vecino, o mejor dicho, vista en ángulo, con el resplandor de una hoguera asomando entre los bordes de un arbusto.

De sala en sala, Wyeth se maravillaba de cómo la galería devoraba las obras. No había suficientes y, además, eran demasiado pequeñas para quedar colgadas así. Los pintores *eran* talentosos, sí; *había* algo ahí. Pero el trabajo carecía de acabado, incluso de calidez. La escena de la fiesta lo conmovía, pero ¿a qué servía esa emoción? ¿Cuál era la suma de todo aquello? Lo que colgaba en las paredes de esa exposición era un inventario del tiempo pasado en el piso de un rico. La muestra no lo calaba hasta los huesos. No sentía nada, salvo que aquellas personas habían pintado esos cuadros y que, si uno sabía lo suficiente sobre el mundo del arte, quizás eso tuviera algún significado, quizás importara, fruto de esa vasta red de relaciones mezquinas que era la Nueva York de dos años después del covid. Pero, aparte de eso, en el encuentro puro y literal con el arte, solo eran cosas.

¿Y qué decía de *él* que reconociera esas habitaciones, y ese impulso en la obra por reflejarlas, por querer pertenecer a ellas o, si no pertenecer, al menos haber pasado por ellas? ¿Qué decía de Wyeth que pudiera mirar esos cuadros y reconocer al instante que pertenecían a un espacio, a un entorno, a un conjunto de ideas sobre lo que hace que el arte valga algo? Aunque quizás esa fuera una pregunta aburrida. Quizás el arte intentara impugnar toda esa línea de pensamiento de «qué dice de mí reconocerme en esta obra». Quizá la pieza pretendiera autodestruir la propia idea de identificarse con el trabajo de un desconocido. Quizá la única interpretación segura de «pour les intimes» fuera la alienación, porque intentar descifrar cualquiera de sus símbolos —incluso

encontrarlos triviales o vacíos— implicaba mancharse con el mismo fango del que habían surgido. Quizás el arte fuese una invitación a asumir que todo juicio estaba comprometido y que la objetividad no era más que negarse a ver la red de relaciones que hacía habitable el mundo.

Vista así, Wyeth podía llegar a convencerse de que la exposición tenía interés, pero los cuadros seguían pareciéndole feos.

Conocía a varias de las personas presentes, aunque nunca había hablado con ellas, dado que no era lo bastante importante, interesante ni útil para quienes aspiraban a hacerse muy conocidos. Había muchas mujeres con faldas alquiladas y bisutería de mercadillo. Algunas se habían colado desde las residencias de NYU, al lado. Se quedaban quietas, parpadeando ante los cuadros, riéndose por lo bajo o esforzándose por parecer aburridas de una forma elegante, no de esa otra que delata que preferirían estar en casa viendo *The Golden Bachelor*. Aquel verano, todos lucían morenos y bronceados, y todas las mujeres menores de veinticinco se habían teñido de un rubio que no veía la luz del sol desde los primeros años de 2010. Fue un verano de labios rosa pegajosos y vientres al descubierto, de moños altos como los de las chicas de último curso en un baile de instituto de Nueva Jersey en 2012. Los hombres… bueno. Los hombres estaban chamuscados por fuera, rosados por dentro, y con sus camisas blancas y sus americanas azul marino parecían tener diez o quince años más de los que tenían. Las chicas de NYU no habían traído chicos de NYU. Tenía sentido. A fin de cuentas, una no se cuela en una inauguración de arte para llevar al tipo de las nueve de la mañana en clase de cálculo. Te colabas para encontrar a uno que te llevara a su casa de la playa, te follara sin miramientos y te dejara sentarte junto a la piscina antes de que llegaran sus hijos a pasar el verano.

Las mujeres iban a la caza con una determinación que Wyeth respetaba. Los hombres, menos. No porque no estuvieran cazando, sino porque no los respetaba. Había algo obsceno en un hombre heterosexual de más de cincuenta que se empeñaba tanto en luchar contra la naturalidad de su pecho y su barriga. Poco decoroso. Y peor aún hacerlo mientras se perseguía a mujeres que aún

constaban en el seguro médico de sus padres y que conservaban el número de teléfono que les habían dado en secundaria.

Como no había demasiado arte que mirar, la gente se miraba entre sí. O posaba para fotos que luego subiría. MangoWave o el galerista habían contratado a un fotógrafo digital, pero también a un tipo con una barba desaliñada que usaba una cámara de carrete, una Minolta con *flash* acoplado. A cada fogonazo, la vista de Wyeth se llenaba de destellos blancos y azules. Se preguntó qué demonios podía estar fotografiando. Sí, había mucha gente, pero todos habían visto ya los cuadros. Solo estaban deambulando, comiendo sándwiches de Wagyū, tartaletas de yuzu, rollitos de primavera, albondiguitas de ternera. Los camareros te asaltaban cada cuarenta y cinco segundos con una oferta de crudités, alguna emulsión recién cuajada de grasa de beicon y hierbas o un trozo chamuscado de pimiento *shishito*. Eran como un enjambre de golondrinas, los camareros que iban y venían mientras te deslizaban la bandeja bajo la nariz y la retiraban unos segundos después.

Ahí hay un conjunto de imágenes interesante, pensó. Los camareros. El cálculo meticuloso de la atención y el interés. El modo en que se retiraban justo cuando percibían que el cliente había perdido la curiosidad, incluso antes de oír un «no, gracias».

Observó a una camarera, una joven rubia con coleta alta, que cruzaba la sala ofreciendo tiras de cangrejo sobre delicadas obleas. Repetía una y otra vez la descripción del plato, con la misma sonrisa y mirada aguda fija en el rostro de la persona a quien se dirigía, esperando el menor signo de desinterés antes siquiera de que esta respondiera: «No, gracias». En ese instante, su expresión se volvía gélida —solo un segundo—, y enseguida se recomponía y pasaba al siguiente.

Nadie quería nada. Todos iban puestos de cocaína.

Wyeth subió en ascensor hasta la azotea para fumar.

El cielo no estaba tachonado de estrellas, sino de las luces estroboscópicas de los helicópteros y de los aros luminosos de las

cámaras en las azoteas vecinas. Toda la vida se desplegaba bajo una red de vigilancia. También la terraza de la galería tenía sus centinelas fijos bajo unas potentes luces LED. ¿Había alguien que se sintiera más seguro con tanto ojo observando y grabando?

A veces, Wyeth se sorprendía viendo vídeos de algún suceso violento o absurdo y preguntándose cómo era posible que aquello se hubiera grabado, y con tanta calidad. Los clips eran fragmentos extraídos de la vasta y continua grabación de todas sus vidas. *Cada vez que alguien sacaba el móvil para capturar un instante, un «suceso»*, pensaba Wyeth, *era como si sacara un vasito de hojalata del mar que suponía esa grabación insondable*. Estaba, claro, el vídeo de George Floyd. El de Philando Castile. El de Jayland Walker.

Ahora todos tenían ese reflejo videográfico: en cuanto olías que algo podía torcerse, sacabas el teléfono. Vivían todos en un *reality show* llamado ahora «vida». ¿Los hacía eso más reales o hiperreales? Y qué pensar de ese público inagotable ahí fuera, al acecho. En cuanto algo llegaba a internet —y ahora todo llegaba—, nunca volvería a haber un momento en el que alguien, en algún lugar, no *estuviera* reproduciendo el peor día de la vida de otra persona. ¿Qué hacer, salvo modificar la propia conducta? Moverse siempre bajo la suposición de que tus actos, visibles o no, estaban sometidos a una vigilancia constante y absoluta. Qué estado de cosas más siniestro.

La música sonaba baja, seguramente para facilitar el cotilleo. Nadie iba a gritar sobre acuerdos de medio millón de dólares con un remix sintetizado de *My Heart Will Go On* de fondo.

Al otro extremo de la azotea, tres miembros de MangoWave y sus parásitos formaban un denso grupo. Sus voces se alzaban entre chillidos de placer. Entre ellos y Wyeth, un bosquecillo de hombres y mujeres trataba de averiguar quién tenía suficiente ketamina como para pegarse un buen viaje en ese mismo instante. Los hombres tenían las caras pálidas y ceñudas de los periodistas culturales, salvo los que llevaban unas camisas arrugadas, que solo podían ser galeristas de salas más modestas de Brooklyn. Había también algunas mujeres mayores, con unos vestidos veraniegos de lino muy apropiados para la ocasión, con los hombros y el escote bronceados

y moteados de pecas y manchas de sol. Solo trataban con hombres más jóvenes y chicas de gesto severo, vestidas con camisas de seda en tonos oscuros, pantalones negros holgados y botines desgastados de tacón bajo. Las mujeres del lino apropiado, que sabían arreglarse para soportar el calor y largas horas de pie sin un asiento, y que se cubrían el rostro con una máscara de escucha y receptividad, eran agentes, editoras de arte, y —las más escasas— propietarias de una galería. Los hombres mayores, cuyo bronceador mancharía las sábanas esa noche, eran dueños de las medianas galerías de Chelsea. Sentados en muebles de terraza metálicos, con las piernas cruzadas, los tobillos al aire y las alpargatas usadas, eran atendidos por chicas igual de morenas enfundadas en vestidos metálicos.

Los hombres mayores no mostraban especial interés en hablar ni en escuchar. Lo mostraban, y mucho, por el fondo de sus copas. Por el vino. La ginebra. El *whisky*. Los Negroni. Los *whisky sour*. Querían más, más, más. Querían no llegar nunca al último trago. Querían el calor brillante, punzante, ebrio. Querían chupar el limón hasta dejarlo seco. Querían la mueca y el escalofrío y el dolor agudo en la mandíbula. Querían, eso era todo: solo *querían*.

Wyeth merodeó cerca de la barra libre, calibrando su deseo de emborracharse de inmediato frente a su falta de ganas de despertarse medio sobrio dentro de un par de horas. Había que planificar la caída. Se secó la frente con una servilleta de la barra y trató de soltar el nudo que le oprimía la nuca. Miró hacia la calle, hacia el parque, hacia la gente que se movía entre las sombras bajo los árboles, un pequeño organismo que se deslizaba reordenando sus entrañas.

—¿Tienes fuego? —preguntó alguien.

El hombre de MangoWave era más bajo que Wyeth y guapo, pero de una manera que no resultaba amenazante, porque pertenecía claramente a otro tipo de especie humana. ¿Cómo se llamaba? El hombre sostuvo el cigarrillo y esbozó una sonrisa blanquísima y perfectamente recta.

—Darsh —añadió.

—Enhorabuena por la exposición —dijo Wyeth.

—Oh, madre mía, muchas gracias, qué detalle que hayas venido.

Su acento era artificial: ni británico a la vieja usanza ni poscolonial, pero tampoco el de un americano estándar. Era un acento estudiado, construido.

Wyeth sacó su mechero, un BIC amarillo.

—Ay, qué mono —señaló Darsh—. No veía uno de estos desde hace años, literalmente. —Agachó la cabeza mientras Wyeth encendía la llama—. Dios, el primero después de tanto tiempo siempre te deja sin palabras de lo bien que sienta.

—¿Lo habías dejado? —preguntó Wyeth.

Darsh aspiró el cigarrillo con ansia.

—No tienes ni idea. Lo dejo del todo cuando estoy trabajando, mantiene el pulso firme.

—Ah, ¿sí?

Darsh guardó silencio mientras saboreaba la calada. Wyeth miró alrededor y vio al resto de MangoWave observándolos. Darsh había pasado por lo menos ante veinte personas para llegar hasta él. Seguro que había mecheros de sobra por el camino.

—Entonces, ¿con quién vienes?

—No sabía que hubiera lista de invitados —confesó Wyeth.

Darsh rio.

—Oh, no, no es eso, no soy policía ni nada. Me encanta colarme. Solo quiero saber si tenemos amigos en común.

—Seguro que sí —repuso Wyeth—. El mundo es un pañuelo, ¿no dicen eso?

—Literalmente, un pañuelo.

—Sí, diminuto.

—Minúsculo —dijo Darsh—. Bueno, guay, guay. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, genial. Muy guay. Debéis de estar encantados. Una gran asistencia.

—Madre mía —rio Darsh—. La mayor asistencia, y, o sea, qué vergüenza haber vendido todo antes de abrir, puf, tanta gente diciendo: «Oh, Dios mío, ¿por qué no me guardaste este?», pero ya sabes cómo va.

Wyeth iba a decir que en realidad no, que no sabía cómo era vender una exposición entera antes de inaugurarla, pero se contuvo

por vergüenza. No de sí mismo. Lo avergonzó la malicia que le brillaba en los ojos y animaba la jovialidad de Darsh. Qué cosa tan fea de decir. Pero luego se dio cuenta de que Darsh claramente lo tomaba por un periodista y de que toda aquella retahíla de insinuaciones estaba calculada para aparecer en el segundo párrafo de una reseña corta en la sección de cultura.

—Impresionante —comentó Wyeth—. Realmente impresionante. Guay, guay.

—¡Guay, guay! —repitió Darsh, riendo tan alto que Wyeth lo sintió en las muelas.

—Por cierto, ¿qué te ha parecido la exposición?

—¿La de abajo? —preguntó Wyeth.

Darsh soltó otra carcajada.

—No, la del Whitney —soltó con impaciencia. Fue la primera emoción genuina que mostró desde que se le había acercado. Ese destello de irritación al tener que decir lo que intentaba insinuar. Wyeth lo apreció un poco más por eso. Pero no su arte.

—Sí, era muy guay —dijo Wyeth—. Muy del mundillo.

Darsh entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Oh, nada… —empezó Wyeth, pero se le secó la boca, y quiso callarse, pero Darsh lo miraba a la espera de algo, y ya *había* empezado a hablar—. Muy guay. Debéis de estar muy orgullosos.

—Sí —dijo él—. Es importante para nosotros esta exposición. Pero más que nada, queríamos… bueno, da igual. La temática es aburrida.

«La temática es aburrida» era una frase que Wyeth había dicho muchas veces en la escuela de arte, y había escuchado muchas más. «La temática es aburrida» era lo que se decía cuando uno estaba a punto de expresar algo que le importaba demasiado.

—No quiero obligarte a «interpretar» en tu propia inauguración —se excusó Wyeth.

—Muy gracioso. Pero gracias —respondió Darsh—. Por la atenta vía de escape.

No había motivo para que siguieran charlando y Wyeth empezaba a sentirse culpable por pensar cosas un tanto crueles sobre el arte

de Darsh. Aunque, en realidad, ni siquiera sabía cuáles de las piezas eran suyas. Quiso ir al baño y revisar discretamente las fotos para leer las cartelas, pero Darsh seguía mirándolo como si esperara que pasara algo.

—Claro —dijo Wyeth.

—Oye, algunos vamos luego a un sitio —empezó Darsh, pero una llamada y un grito desde el otro lado de la azotea lo interrumpieron. Al parecer, se le había acabado el permiso en tierra. Miró hacia atrás, hizo un gesto de un segundo—. En fin, nos vamos a un restaurante a por comida de verdad. Pásate si quieres. Molaría. Me gustaría oír más sobre… «el mundillo».

—Claro, sí, quizá —repuso Wyeth.

—¿Intercambiamos números? —preguntó Darsh, pero en ese momento sus amigos ya habían venido a buscarlo y lo metieron en el ascensor.

Se fueron, y Wyeth se quedó en la azotea, mirando de nuevo hacia el parque.

No, decidió. «pour les intimes» no le gustaba más por ello.

Después de la exposición, Wyeth caminó hacia el noroeste, hasta el Village. Allí había un bar gay donde hacían unas buenas hamburguesas con queso, y tenía mucha hambre porque no había probado la comida húmeda de la inauguración.

Las bicicletas pasaban volando con un destello de sus luces rojas de ira. En el cruce, el zumbido del tráfico nocturno, el quejido de los bocinazos, el aullido de las sirenas. Otra noche caía sobre el West Village: los altos acantilados de los *brownstones* con sus elegantes escalinatas, globos reventados colgando de las barandillas, colchones desechados empapados de lluvia y de orina, montoncitos de mierda de perro en los bordes de los maceteros y grandes ventanales bañados en oro por la luz que traslucían los visillos. De vez en cuando, Wyeth se repetía en voz baja: *Guay, guay*.

Era el tipo de cosa que solo puedes decir si estás acostumbrado a vivir como si tu vida fuese una obra de teatro o un pódcast; todo tu

idioma humano condensado en un vocabulario de sonidos rudimentarios con una repetición levemente rítmica. En realidad, parecía horrible, pero, al mismo tiempo, ¿no era esa la definición misma de estilo? Esa compresión de la capacidad expresiva en un canal estrecho o en un conjunto de canales que comunican *algo* sobre quién eres o quién crees ser.

Ahí estaba otra vez, siendo generoso. Mala costumbre.

Se detuvo a fumar frente al bar. Vio a una rata arrastrando a otra rata más grande sobre un montón de basura. La mayor iba perdiendo las vísceras mientras ambas desaparecían bajo una caja de cereales reblandecida por la humedad. Wyeth apuró el cigarrillo hasta la boquilla pensando que aquellas dos ratas bajo la caja reflejaban «el momento» con mayor claridad que sus pésimos dibujos de protesta. En parte por la espontaneidad y el calor visceral de la imagen, y en parte por la distancia entre las ratas y lo que las ratas podían llegar a simbolizar. Uno de sus profesores solía decir que un cuadro debía tener la misma tensión que un buen chiste. Al fin y al cabo, era el mismo mecanismo: una cualidad de visión fresca aplicada a lo familiar.

Y, decía su profesor, solo los cómicos de mierda explican sus chistes. Fue en el instituto, y a muchos les encantó la idea de que un profesor soltara tacos delante de ellos.

La lección se le quedó grabada: «No interpretes. Solo los pintores de mierda interpretan».

Wyeth había empezado a describir su problema con la pintura como un exceso de interioridad. Pensar demasiado. La frase venía de un supervillano de un multimillonario gay, que repetía a menudo que el mundo sufría un exceso de interioridad, entendiendo que a los chicos jóvenes los estaba volviendo locos pensar demasiado y pasar demasiado tiempo a solas en el sótano de sus padres, en lugar de salir y hacer algo, como, por ejemplo, conquistar el mundo. Era la única opinión de aquel hombre con la que Wyeth estaba de acuerdo. No la parte de que los jóvenes debieran conquistar el mundo, ni la de que hicieran falta más bebés. La parte de que uno podía pensar hasta morir sí tenía su lógica.

El multimillonario habría dicho que dejara a las ratas ser ratas.

Pero probablemente ese mismo multimillonario habría atado a Wyeth a una camilla para extraerle el adrenocromo para sus planes de inmortalidad, así que quizá convenía tomar las pistas estéticas de otra fuente.

En el bistró de al lado, los camareros arrastraban por la acera unos postes de latón pesados. La calle era tan estrecha que bien podría haber sido un callejón. Volvieron con unas mesas de aluminio que sacaron por una puerta lateral. Estaba tan cerca que podía ver el brillo de las cucharas sobre los manteles blancos. Entre montañas de bolsas de basura tambaleantes y la estrecha franja de acera, habían levantado un comedor temporal.

Desde dentro, llegó un grito agudo, chispeante, de alegría. MangoWave y sus acólitos. Salieron: tres, diez, quince personas apelotonadas en torno a cinco mesas, acordonadas con cuerdas de terciopelo colgadas de postes rayados. La cara del camarero era dura, tensa. Eran jodidamente escandalosos.

—Pero ¿estás seguro? —preguntaba una mujer alta y delgada, de pelo oscuro y ojos chispeantes—. Alessio nos *prometió* que tendríamos el reservado.

—Está ocupado —dijo el camarero—. Lo siento.

—Pero quizá si llamamos a Alessio… —propuso la mujer.

En el piso de arriba, un niño se enganchó a la ventana. Alguien de MangoWave le lanzó un beso. Darsh no estaba entre ellos.

Wyeth entró en el bar antes de tener que inventarse más excusas.



Dentro, el ruido era ensordecedor: quién era el mejor tenista de todos los tiempos, los tipos de interés y la estrategia de inversión, *to the moon!*, la ética de follarse a un profesor que era famoso pero no, en fin, famoso para el común de los mortales, y la dinámica de poder implícita; si Springsteen era mejor que Billy Joel o si la pregunta en sí era una completa idiotez; Lakers, Sixers, Knicks.

El tipo de la puerta pasó una luz por el DNI de Wyeth sin mirar la fecha de nacimiento y se lo devolvió, aburrido. La noche no había terminado todavía —aún había tiempo para pescar un buen colocón

— pero, en otro sentido, ya había terminado, porque Wyeth estaba sudado, le dolía la cabeza, había visto obras de arte espantosas y lo único que tenía por delante era un bar ruidoso y un largo trayecto de vuelta a casa, al norte de la ciudad. ¿A eso había llegado su vida? Era todo demasiado deprimente.

—¿Entras o sales? —preguntó el tipo. Había gente esperando para entregar sus carnés.

Wyeth se dejó caer en una mesa con una vista astigmática a la calle, todo duplicado y triplicado en borrones. No alcanzaba a distinguir la *afterparty* de MangoWave. Por encima, luces navideñas horribles y paneles de pared baratos.

—¿Algo para ti? —El camarero era delgado, mayor de cuarenta y cinco, calvo y cabezudo. La camisa tenía manchas grises en las axilas.

—¿La cocina sigue abierta?

—Hace quince minutos que no.

—¿Y no tenéis nada?

—Tenemos de todo. Menos comida.

—Vale… ¿una ginebra con tónica?

—Hombre de gin.

—Ese soy yo.

—¿De qué tipo?

—No soy tiquismiquis —contestó Wyeth—. Plymouth me vale.

El camarero pasó un trapo por la mesa con un latigazo, dejándola brillante. Soltó un posavasos y guardó el trapo en un bolsillo. Al fondo, unos tipos tiraban dardos, acertando más en la pared que en la diana.

A su alrededor había *tableaux*: líneas, curvas, planos, el paso de la sombra a la luz, baldosas ajedrezadas y machacadas que corrían en absurdas diagonales por el suelo. Los taburetes gastados, una luz estroboscópica que se perseguía a sí misma sobre la pared detrás del portero, los hombres inclinados sobre la barra, las pocas mujeres con sus camisetas escotadas y vaqueros holgados, sus faldas, los destellos de la piel bajo las transparencias, la larga estrechez de las columnas vertebrales.

El camarero dejó la bebida sobre el posavasos con un golpe algo

fuerte, y no se disculpó, lo cual hizo que a Wyeth le cayera en gracia.

—¿Algo más?

—No.

—Pues ya puedes pagar —soltó—. Ocho cincuenta, ¿en efectivo o tarjeta?

Wyeth le dio un billete de diez. El camarero se lo guardó en el bolsillo de la camisa y volvió a pasar el trapo por la mesa.

La bebida estaba fría y, por debajo del frío, una amarga quemazón.

Wyeth miró un partido de tenis en la pantalla pequeña sobre la barra. Cuando acabó el segundo set, él ya había terminado su *gin-tonic*.

El frío le había dejado en los labios un agradable entumecimiento, pero tenía la cara ardiendo y necesitaba mear.

Mientras se balanceaba ante el urinario, rascó con la uña un bulto de yeso pintado. El yeso se deshizo y un tábano enorme cayó sobre el borde del urinario. Un charco rojo se había filtrado del tirador.

Alguien había dibujado una tira cómica sobre los urinarios, de un extremo a otro. En la parte más cercana a Wyeth, dos monigotes se peleaban. Eran una tormenta de líneas de tinta y, por encima de ellas, incluso los bocadillos de texto se amontonaban en un amasijo de glifos ilegibles. No había leído el inicio de la historia, así que no sabía por qué discutían. Si era por amor, por una propiedad o por aburrimiento; había presenciado peleas que se habían originado por las tres cosas.

Se sacudió las últimas gotas de pis, tiró de la cadena y se lavó las manos en el lavabo grasiento. Cuando volvió al bar, había un hombre sentado a su mesa: alto, con camiseta blanca y vaqueros negros. Apoyaba la cabeza en la ventana, con los ojos cerrados. El vaso de Wyeth seguía allí. Pensó en marcharse, pero sintió un vago deseo de dejar claro que la mesa era suya y que solo había ido a mear, que no la había cedido.

—Ese es mi sitio —señaló Wyeth.

El hombre era muy pálido, de ojos hundidos y labios carnosos. Wyeth se sentó en la silla de enfrente y lo observó más de cerca. Hacía al menos diez años que no se topaba con un rubio auténtico.

Incluso las cejas eran del color de la miel.

Le vino entonces la sensación de que algo había sucedido a nivel social que había hecho que los hombres rubios quedaran fulminantemente fuera de moda, y que el tipo que tenía frente a él era una especie de reliquia del arquetipo Abercrombie & Fitch de los noventa y los dos mil. Toda esa movida rara del *Übermensch*.

El hombre no se movió al principio, pero al final soltó un «perdón» somnoliento. Se apoyó sobre los codos y le dedicó a Wyeth una sonrisa adormilada. Tenía los ojos azules, inyectados en sangre.

—Es que me moría literalmente si no me sentaba.

—Ya me iba, de todas formas.

—Ah, ¿sí? —El tipo se incorporó del todo—. No dejes que te eche.

—No lo haces —repuso Wyeth—. En serio.

—Si insistes. —Sacudió la cabeza con fuerza—. ¿Tienes un cigarro, por casualidad? Lo necesito, en serio.

—Claro —accedió Wyeth—. Bien.

Estaban en la acera, fumando. El hombre parecía algo mejor.

Las mesas y sillas seguían vacías tras el cordón de terciopelo. Wyeth supuso que la sala privada, al final, no estaba reservada. Podía oír la voz de la mujer: *Alessio nos prometió*. ¿Qué tendría que haber pasado para que al final se la concedieran? Gran parte del brillo que envolvía cierto tipo de glamur en Nueva York procedía únicamente de la disposición de uno a ser tan pesado como hiciera falta para conseguir una sala privada.

El hombre fumaba con gestos delicados, que acentuaban la delgadez de sus manos, aunque sus palmas parecían ásperas. Notó que Wyeth las miraba y levantó la derecha para examinarse las uñas partidas.

—Ah, ya. —Sonrió—. Gajes del oficio.

—¿De qué oficio hablamos? —preguntó Wyeth.

—Un poco de esto, un poco de aquello.

Wyeth sospechó algo relacionado con las drogas.

—¿Y tú? —preguntó el hombre.

—¿Yo? —Wyeth levantó las cejas.

—¿Hay alguien más aquí?

—Del todo incorrecto —dijo Wyeth. Señaló a los repartidores que esperaban nuevos pedidos, a la gente que fumaba delante del bistró de enfrente, a las cinco o seis personas que también fumaban sentadas en los escalones en dirección contraria. No estaban solos, ni remotamente.

—Entonces sí, tú.

—¿Qué pasa conmigo?

—Nada —dijo el hombre, riéndose—. Es de lo más difícil hablar contigo.

—Gajes del oficio.

El hombre se rio más fuerte.

—Ya veo.

—¿Sí? Ilumíname.

—Eres como lo contrario de un terapeuta.

—¿Qué sería eso?

—Pues alguien patológicamente insoportable. Tu trabajo sería hacer que la gente necesitara ir a terapia.

—No vas mal encaminado —dijo Wyeth.

—¿Sí? —El tipo se animó—. ¿En serio?

—No. Te tomo el pelo. Trabajo para un restaurador de arte. Y en una galería, a media jornada.

—Ah. Pues oye, no, eso mola, en realidad.

—No —terció Wyeth—. Pero me gusta.

—Vi un vídeo una vez —comenzó él—. Un tipo le quitaba el barniz a un cuadro. Luego enseñaba el antes y el después y era como *guau*.

—A veces es bastante dramático —confesó Wyeth—. No siempre. Y a veces queda peor. Pero, sí, a veces es así.

—¿Me das otro?

Wyeth le dejó sacar otro del paquete. Se lo encendió.

Una gota de sudor resbalaba por el contorno exterior del ojo del hombre y brillaba bajo la luz. Wyeth se preguntó cómo sería pintar esa gota, su translucidez lechosa, suspendida contra el relieve del hueso. Tiró la ceniza del cigarrillo a la calle.

—¿Cómo te llamas, por cierto? Ya que te estoy dejando sin blanca a base de fumármelo todo.

—Wyeth.

—Keating —respondió el hombre.

Se lo notaba más entero que antes del cigarro. A Wyeth le pareció haber llevado a cabo la buena acción del día, una compensación por las ideas poco benévolas que había tenido sobre la exposición de MangoWave.

Keating dio otra calada larga. La puerta se abrió y otras personas salieron a fumar. Le pidieron fuego a Wyeth, que accedió. Se alejaron charlando de tenis, discutiendo una vez más si Novak Djokovic era, efectivamente, el mejor tenista de la historia. Wyeth no lo creía, pero se lo guardó.

Keating pidió un tercer cigarro, el último que quedaba. Cuando también se lo terminó, tenía sed, así que volvieron al bar y se pidieron dos vasos grandes de agua. El hielo ya se había derretido cuando llegaron a la mesa. A Keating no pareció importarle. Se bebió entero el suyo y la mayor parte del de Wyeth.

—Perdón —se disculpó—. Tengo la boca seca.

—No tenía mucha sed —dijo Wyeth.

—Te debo una. —La camiseta de Keating se había oscurecido por el sudor y se le despegó del cuerpo cuando se inclinó para agarrar una servilleta y secarse la frente. Wyeth percibió un olor a cedro en su champú o en su colonia. La mesa vibró bajo su peso.

—¿Cuánto llevas en la ciudad? —preguntó Keating.

—¿Viviendo? Desde el verano pasado —respondió Wyeth.

—Buen año para eso.

—¿Qué quieres decir? —Wyeth intentaba ocultar lo cierto que resultaba aquello. Había sido un buen año para mudarse a Nueva York pese a sus dudas iniciales.

—Bueno, en 2020 se murió todo el mundo. Y este año todo el mundo quiere venir a ver la resurrección. Ver lo normales que podemos fingir que somos. Que «hemos vuelto». Ya sabes. Claro que no hay dónde vivir. Así que, sí, fue un buen año para eso.

—Ya —dijo Wyeth—. Tuve bastante suerte.

—Tengo un amigo que busca piso y está imposible. En cada

apartamento hay una cola de visitas que da la vuelta a la manzana.

A Wyeth no le había gustado el proceso de alquilar un piso. Había sido como preparar un dosier que lo hizo sentirse como si estuviera solicitando un permiso de seguridad nacional en vez de un piso en un edificio sin ascensor del Upper East Side. El casero era, en realidad, una sucesión de empresas fantasma apiladas en una gabardina, y Wyeth dejó de intentar averiguar a dónde iba el dinero cuando vio el cargo en su cuenta.

Estaba convencido de que no conseguiría el apartamento: había fallado un pago del préstamo estudiantil hacía tres años y la agente inmobiliaria había puesto muy mala cara al oírlo. Era el séptimo piso que intentaba ver mientras dormía en el sofá cama de Bernard. ¡Hasta para ver el piso hacía falta una solicitud! Había llegado a la ciudad con tres posibilidades que se esfumaron de inmediato, adjudicadas a gente que dominaba mejor el ritmo y la velocidad de la caza de pisos en Nueva York. Pronto entendió, en aquellas semanas de sudor, que no podía permitirse Brooklyn y que le convenía seguir buscando en zonas menos codiciadas. Es decir, zonas duramente azotadas por la pandemia. Funcionó, aunque estaba seguro de que ese año jamás habría conseguido el piso. De hecho, había recibido una carta del casero avisando de que el alquiler subiría al finalizar el contrato. Estaba agradecido de haber firmado por dos años, aunque entonces le pareciera una tontería.

Echando una mirada atrás, lo veía como un síntoma de desesperación por parte de la inmobiliaria.

—¿Dónde vives? —preguntó Keating.

—En la Setenta y Tres con la Primera.

—Vaya. Zona de viejos.

—Y de médicos. Pero no está mal.

—Al menos puedes llegar andando al parque —reconoció Keating.

Wyeth siempre encontraba extraño ese hábito neoyorquino de que te ofrecieran datos sobre tu propio barrio como si te revelaran un secreto. Te decían dónde comprar pan, verduras, queso o carne, dónde tomar el mejor café o helado, o el mejor bar, incluso aunque fueras allí siempre. Wyeth lo veía como un acto de dominación.

—Ahí voy a correr —dijo Wyeth—. Yo y el resto de la ciudad.

—¿Vas por la zona del embalse?

—No —contestó Wyeth.

—¿Por qué?

—Prefiero los senderos. Me gusta la gente. A veces ves a los mismos a la misma hora cada día, y es como: «Hola, compartimos órbita». Cuando llegué aquí, estaba muy solo, pero seguir la misma ruta que otra gente me ayudó.

—Qué bonito —comentó Keating—. Muy, muy bonito.

Wyeth se sonrojó. Keating se estaba riendo de él.

—¿Cuánto llevas *tú* en la ciudad?

—Mucho tiempo, a temporadas. Pero, en esta última, cinco años o así.

—Ya, eso es mucho —admitió Wyeth—. Para mí, digo.

Wyeth fue consciente otra vez de la pesadez del ruido a su alrededor. ¿Cómo había aguantado? Tenía la cabeza embotada y un zumbido en los oídos. Miró la hora en el móvil. Casi las once.

—¿Tienes que ir a algún sitio?

—No —respondió—. Es que está… demasiado. Aquí dentro.

Keating asintió como si entendiera.

—Pues vámonos.

—Vale —accedió Wyeth. Se levantó y, aunque no debería haberle sorprendido, se sobresaltó cuando Keating también se levantó—. Vaya.

—¿Vaya? —preguntó Keating—. ¿No? Vaya.

—No —terció Wyeth—. O sea, que no *no*.

Keating le guiñó un ojo. Luego le tomó la muñeca y lo llevó de nuevo a la acera. Volvían a estar juntos. Se notaba el olor a cedro. A Wyeth le escocían los ojos por el humo del cigarrillo. Keating era más alto y estaba tan cerca, tan, tan cerca. Su camiseta estaba empapada de sudor y olía como a algo abandonado en el borde de una piscina.

—No estaba intentando ligar contigo —aclaró Wyeth—. Ni que ligaras conmigo. No estaba buscando nada.

—*Cruising* —dijo Keating.

—Ya, no.

—Vamos a por cigarrillos. Te debo unos cuantos.

Caminaron por la Sexta Avenida hasta llegar a la calle Diez Oeste, donde había una tiendecita en la esquina. Las luces deslumbraban en la oscuridad del verano, casi de forma insoportable. Un resplandor molesto. La vista de Wyeth se atenuó ligeramente para compensar. Bajó la mirada hacia la alfombrilla impermeable, manchada, frente a la caja, mientras Keating compraba un paquete de American Spirits. No era la marca de Wyeth. También compró una botella de agua exageradamente grande.

Había unos bancos en el islote de la Sexta, en un pequeño parque improvisado que aparecía al final de la primavera y duraba todo el verano. Keating y Wyeth se pasaban la botella. Keating miraba el cielo, ese azul perfecto e inquieto, nunca del todo negro, tan típico de las ciudades. Los edificios se recortaban asimismo contra el cielo y, de vez en cuando, un avión lo surcaba.

A Wyeth le parecía aburrido, el cielo nocturno de Nueva York visto en vertical. La magia se hallaba en lo horizontal, en lo oblicuo. Líneas de interés en todas direcciones, retazos de cielo yuxtapuestos a la luz atrapada dentro de los edificios o las esferas naranjas de las luces que se asomaban como hadas desde las azoteas. Y también las sombras que revoloteaban, polillas o pájaros que cruzaban bajo las farolas. Pero Keating seguía mirando hacia arriba, no a los lados, sino hacia arriba, más y más hacia arriba. ¿Qué había ahí?

A veces, un velo de plata o de naranja pálido. Pero aquella noche era ese azul que nunca llega a ser negro.

Una gruesa vena azul latía en el cuello de Keating, entre la débil sinuosidad de los tendones. El sudor le oscurecía el pelo. Sostenía la botella entre las piernas, sentado en el banco, mientras balanceaba los pies sobre las suelas exteriores. Unos mosquitos grises giraban en espiral por encima de su cabeza. El tráfico intermitente los bañaba de amarillo o rojo. Keating había adoptado una postura tierna. No, tierna no. Un postura de rendición. Wyeth pensó en la escena que había pintado de *Nattvardsgästerna*: Tomas, después de admitir su pérdida de fe ante el pescador, arrodillado en el altar y declarando que es libre, por fin, libre. Durante unos segundos, iluminado por la luz de la ventana, aparece en su rostro una expresión de alivio. Eso cambia un momento después, cuando tose

por el frío que siente en el pecho. Wyeth no había pintado ese instante en el que la luz se derrama sobre el rostro de Tomas, y ahora se preguntaba por qué no lo había hecho. Quizá porque era demasiado parecido a la escena de Tomas y el pescador, sus dos cabezas llenando casi todo el encuadre. La expresión de Keating se asemejaba muchísimo a la de Tomas en la película, y Wyeth sintió uno de esos instantes curiosos en los que el contexto de su vida y el de la película se funden, pero solo fue un instante, un destello fugaz.

Ya era tarde. La noche llegaba a su fin.

—No era un «no», para que quede claro. Quiero decir, si tú quieres —aclaró Wyeth—. Es que me ha sorprendido.

Keating rio.

—Te estaba tomando el pelo. De todas formas, no me saldría del alma.

Wyeth se sintió algo ofendido.

—No en ese sentido —añadió Keating—. Eres muy… Es cosa mía.

—Cosa tuya.

—Cosa del mundo —terció Keating.

Pero entonces alargó la mano y Wyeth sintió que cedía, que se deslizaba por el banco hasta que quedaron juntos, tocándose. Keating se incorporó un poco. Wyeth lo oyó tragar, como si se hubiera resignado. Luego, apoyando las manos en el banco, Keating se lanzó de golpe. Lo besó fuerte y luego despacio, tomándose su tiempo. Wyeth se contuvo. El resultado fue como responder a una pregunta con otra.

Keating se apartó y sonrió tímidamente. Luego ladeó la cabeza. Wyeth podía verle los ojos bajo la luz de la tienda de enfrente. Unos desconocidos les gritaron, lanzando vítores.

—Me temo que hemos estropeado algo —dijo Wyeth.

—¿Tan mal?

—No, quiero decir… —Wyeth se detuvo. Miró abajo, a las botellas rotas y los cristales hechos pedazos bajo el banco, a una aguja doblada—. Cuando haces un trazo definitivo, descartas todas las demás posibilidades y te quedas con la forma de lo que has hecho.

—Te has puesto abstracto.

—He tenido un día larguísimo.

—Ahora hablamos el mismo idioma.

—¿Quieres venir a mi casa?

Keating apoyó la frente contra la de él. Estaba tan caliente, casi febril. Sus ojos eran tan azules que parecían gris oscuro.

—Mejor que no —respondió—. Estoy intentando convertirme en un tipo de persona mejor.

—¿Qué clase de persona?

—Una que es muy buena en no hacer lo que de verdad quiere hacer.

Wyeth rio. De verdad. Keating le tocó la barbilla y luego el cuello. Tenía las yemas suaves pero duras. Los nudillos llenos de cortes y heridas cerradas.

—Vale.

—¿Vale? —preguntó Keating.

—Sí —dijo Wyeth—. Lo respeto.

—Es complicado.

—Cuanto más hablas, menos me apetece… vamos a dejarlo así.

—Me parece bien.

Se pasaron la botella. El agua ya estaba tibia. El plástico, resbaladizo por la condensación. Wyeth cerró los ojos y escuchó el tráfico. Como un oleaje. Podía sentir a Keating en el banco. Aquel tipo extraño que había salido de la noche y se había fumado todos sus cigarrillos.

—Será mejor que me vaya —anunció Wyeth.

Keating no dijo nada. Wyeth se levantó, esperó a que pasara un coche y, cuando la calle quedó vacía, cruzó. Se obligó a no mirar atrás. Habría sido patético. Tampoco miró el móvil. Eso también podría haberlo sido.

Pero, cuando llegó a la calle Nueve Oeste, oyó unos jadeos y miró atrás. Keating corría hacia él. Wyeth se habría parado si él lo hubiera llamado, pero no lo había hecho. Que corriera en vez de caminar tenía algo significativo, pero comentarlo habría dado demasiado peso al gesto, así que Wyeth esperó en silencio. Keating parecía a punto de echarse a reír cuando llegó a su altura, pero no lo hizo, y fue como un chiste que se desinfla justo en el remate. Sin decir nada, los dos giraron en la misma dirección al mismo tiempo.

Caminaban hacia la estación de West Fourth. Al llegar a las escaleras del metro, Keating le agarró el brazo.

—Espera —dijo—. ¿Nos damos el número?

—Ah. Sí, guay.

Sacaron los móviles. El de Keating tenía como diez años, pero estaba impecable. Ni un arañazo. Perfecto. No había ni huellas en la pantalla. Tuvo que encenderlo cuando lo sacó del bolsillo. Al notar que Wyeth lo observaba, se encogió de hombros, tímido.

—Sigue funcionando —señaló.

—Ya. El mío también.

Intercambiaron los números y se escribieron para comprobar que estaban bien anotados. Wyeth le mandó un emoji que no se reprodujo en el móvil de Keating.

Keating respondió: «Recibido». Luego abrazó a Wyeth. Sintió la firmeza de su cuerpo bajo la camiseta empapada. Le sujetó suavemente la nuca y lo besó, con ternura, con afecto. Era un beso que no preludiaba ni un polvo ni una pregunta, a diferencia del primero. Era una cosa en sí misma.

—Nos vemos —se despidió Keating. Le hizo un gesto con la mano.

Wyeth bajó las escaleras al sonido de los trenes que llegaban, preguntándose si iba a perder el que lo llevaría a casa y si, de ocurrir eso, quizá volvería a subir y encontraría a Keating esperándolo.

CAPÍTULO TRES

Aquella mañana era gris y bochornosa; no estaba pronosticado lluvia.

Wyeth corrió hacia el oeste por la calle Setenta y Tres hasta llegar al parque, y luego bajó hacia la Setenta y Dos para entrar por uno de los senderos. El parque ya había acogido el turno de mañana de auxiliares domiciliarias que empujaban a ancianos y enfermos en sus paseos terapéuticos, y de abogados, banqueros y cirujanos que hacían su rutina de cardio antes de ir a trabajar. Grupos y parejas de corredores cruzaban los caminos transversales en dirección a la pradera.

Casi todo el mundo, salvo los que corrían en pareja, llevaba auriculares, incluidas las mujeres, porque era de día. A Wyeth le gustaba colocarse detrás de una pareja y escuchar cómo hablaban o guardaban silencio, imaginando que estaban en mitad de algo importante tratando de no hablar de lo que más urgía hablar. Adaptaba el ritmo para que sus zancadas se acompasaran con las de la gente a la que iba a la zaga. La conversación les estrechaba el campo de visión y, mientras mantuviera la respiración relajada y uniforme, podía oír de qué hablaban.

Aquella mañana escuchaba a una pareja de hombres: uno alto y colorado, de pelo oscuro; el otro bajito, de piel muy oscura y calvo. Comentaban el caso de un amigo que había ido a una fiesta sin que lo invitaran, porque se había enterado de que iría un ex, y en la fiesta se emborrachó y dijo algo de lo que ahora le costaba muchísimo retractarse. No porque lo hubiera dicho en serio o en broma, sino porque se lo había dicho a una persona a la que había hecho tanto daño que se había desconectado de todo y no había dado señales de vida. Los dos hombres en el parque se reían. Les parecía que este otro tipo estaba haciendo un drama de todo

aquello; que, aunque su amigo se hubiera, sí, pasado tres pueblos, no era motivo para ponerse en plan *amish*. El más bajito era muy musculoso, pero tenía una técnica impecable al correr. Wyeth se fijó en la estrechez de su cintura, en la anchura de los muslos. El alto era más blando. Tenía la nuca salpicada de pecas que bajaban hacia el cuello de la camiseta. Su risa era escandalosa. El bajito repetía que era una gilipollez, que madurara ya. El alto negaba con la cabeza.

Subieron una cuesta y Wyeth se quedó un poco atrás, fingiendo ir mucho más lento de lo que iba, porque si no podrían sentir la tentación de dejarlo pasar y entonces no se enteraría de cómo seguía la historia. Él había querido tirar hacia el norte, pero esos hombres lo llevaban hacia el sur. Parecía que saldrían por la zona de Hell's Kitchen. Pasaron bajo uno de los puentes. Para entonces, se habían cruzado con dos mujeres mayores que corrían en dirección contraria, y parecieron un poco sobresaltadas al ver a Wyeth. Él iba muy pegado a los otros dos hombres, pero no formaba parte del grupo. Las dos mujeres tendrían unos cuarenta, quizá menos: una ya canosa; la otra, rubia a conciencia. Sus ojos se desviaron hacia él y luego apartaron la mirada. Llevaban ropa deportiva *athleisure* y un calzado acorde. Sus rodillas apuntaban hacia dentro, una forma de correr nada ideal.

Por un momento, pensó que se darían la vuelta para seguirlo. Pero, cuando miró por encima del hombro, vio que continuaban en la dirección contraria a buen ritmo. Wyeth miró el reloj. Iba bien de tiempo. Los hombres se habían alejado, pero él mantuvo el paso constante hasta que les ganó terreno sin que lo notaran. Pasaron junto a un parque infantil justo cuando él los alcanzó. Los edificios se erguían sobre la pradera y el estanque. Torcieron hacia el oeste. Sin duda, iban camino de Hell's Kitchen.

Los hombres seguían hablando de la fiesta y de lo que había salido tan rematadamente mal. El bajito había aconsejado al tercero que no fuera, que el ex no valía la pena y que al final iba a fastidiar a todo el mundo. Ese consejo había resultado ser todo un acierto, pero Wyeth dudaba de la veracidad del relato. Al contar las cosas, la gente siempre se pintaba un poquito mejor de lo que era en

realidad. El alto le preguntó a su amigo si él también había estado en la fiesta. Un segundo de silencio y, luego, un seco «en fin».

Resultó que el anfitrión de la fiesta era el ex del alto, y que ir o no a dicha fiesta podía o no considerarse una traición. El bajito dijo: «No hagas preguntas si no quieres oír la respuesta». A Wyeth se le ocurrió entonces que aquellos dos no se habían acostado ni se acostarían nunca. O que, si llegaban a hacerlo, ahí se quedaría todo. Uno no podía permitirse ser tan honesto con alguien con quien quería salir, no sobre las cosas que estaba dispuesto a ocultarle. Ese tipo de honestidad era amor, sí, pero un amor que resultaba en buenas amistades y en pésimas parejas. El alto no se rio.

La conversación se volvió más seria, y Wyeth empezó a sentir lástima por los dos. Ahora deseaba haber elegido otra pareja a la que seguir. El alto dejó correr el tema y continuaron corriendo, y, al final, el bajito dijo: «Yo estuve, pero solo cinco minutos, luego me piré. No vi ni la movida. Y solo fui porque él también era amigo mío, y ahora es una mierda para todos, ¿vale? Una puta mierda».

Ese era el problema de la amistad. De la lealtad. Intentabas hacer lo correcto por todos y terminabas haciendo daño a alguien. Nunca funcionaba como debería, es decir, nunca se quedaba en secreto. Mentir era lo único que hacía posible una lealtad total. Solo mentir.

Los hombres dejaron de correr cerca de la entrada de Columbus Circle, así que Wyeth tuvo que seguir. Pero, al detenerse bajo los pinos, mientras recuperaban el aliento, parecían un poco mejor, como si hubieran aclarado algo entre ellos. El bajito se plantó con los nudillos apoyados en las caderas, echado hacia atrás y mirando al cielo. El alto se encorvó, jadeando de forma algo exagerada, con una mano en el brazo de su amigo. Había un verdadero dinamismo en la escena: la figura erguida y la figura inclinada; las manos en las caderas, la mano sobre el brazo; el ángulo del codo, la leve curvatura de la espalda y los hombros abiertos. Uno miraba hacia arriba. El otro, con una leve torsión en el cuello, miraba de soslayo al amigo.

Cuando Wyeth pasó junto a ellos, el bajito desvió la mirada y sus ojos se cruzaron. Entonces fue cuando Wyeth vio todo el conjunto de golpe: el hombre que lo miraba a él; el amigo que miraba al

hombre; los dos juntos. La apertura de Columbus Circle, el destello amarillo de los taxis, los carritos de café, el viento en los árboles, el cielo gris inclinado sobre el museo al otro lado de la rotonda, la franja de hierba reseca, las agujas caídas de los pinos y el surco profundo de barro que los separaba. A veces, se daba un momento como aquel: alguien a quien había estado siguiendo se percataba de su presencia y la ilusión se desmoronaba. A veces podía ver, detrás de sus ojos, el cálculo fugaz: todas las ocasiones en las que *casi* lo habían percibido y se habían convencido, después, de que no. Pero entonces el hombre volvió la mirada hacia su amigo, este dijo algo y Wyeth siguió corriendo, completó su recorrido y salió por la calle Setenta y Dos Este.



Wyeth trabajaba en una galería en una zona fea y descaradamente comercial de Chelsea. Justo enfrente, antes había un local de una marca de ropa que vendía prendas caras, piezas sueltas en tonos bautizados con nombres de materiales naturales: arenisca, talco, brezo, glasto. El nombre de la marca era el de un mártir desconocido de la Reforma anglicana, del bando protestante. Wyeth encontraba aquella ropa de lo más austera. Cuando el local cerró, la marca se reinventó para vender exclusivamente a través de anuncios que aparecían entre publicaciones en redes sociales. La otra galería pequeña de su tramo de calle también había cerrado durante la pandemia, igual que un minirrestaurante especializado en comida callejera coreana.

Ahora quedaban la galería donde trabajaba Wyeth y un puñado de espacios más que se dedicaban a la escultura y a grabados espantosos. El resto eran tiendas sin escaparate donde se vendían paraguas que a uno solo se le ocurriría comprar si lo sorprendía la lluvia en la calle, llaveros de I LOVE NYC, toda clase de peluches de terciopelo y peluche sintético, y tazas horrendas que Wyeth sospechaba que ni siquiera estaban hechas con cerámica de verdad.

El parque infantil más abajo, cerca del Hudson, era un foco de conflicto porque algunas personas sin hogar habían plantado tiendas

de campaña y catres hechos de cartón machacado y mantas en los portales de los locales cerrados. A los padres del barrio no les gustaba nada aquello y estaban en proceso de echarlos. A Wyeth le resultaba peculiar que unos padres que no eran los dueños de los locales y que usaban un espacio público —el parque infantil— pudieran sentirse tan legitimados, en su particular idea de seguridad, como para lograr que expulsaran a gente aún más vulnerable de otro espacio más o menos público. Era como un acertijo de lógica mal planteado. Pero no tenía truco. Solo egoísmo disfrazado de argumentos selectivos, datos y dinero.

¿Había personas sin hogar dentro del parque infantil? ¿A veces? ¿De vez en cuando? ¿Constituían una amenaza constante para los niños? ¿O era más peligroso que los mayores, adolescentes aburridos en verano, montaran redes de trapicheo de Adderall desde el mismo parque? Mientras recogía el correo de la galería, Wyeth había visto las postales repartidas por una comisión de vecinos que se había organizado en torno al proyecto «volver seguras nuestras calles otra vez».

¿Y cuál era el origen de aquel conflicto? ¿Unos cuantos hombres y mujeres que no tenían otro sitio adonde ir, tumbados a dormir delante de comercios cerrados? Que bebían y a veces ponían música. Que a veces se liaban un porro o se pinchaban, sí. Que a veces tiraban de cuchillos y se clavaban una hoja afilada en el costado. Pero ¿no se veían escenas parecidas en cualquiera de los rascacielos que se alzaban por encima de ellos, en sus salas de juntas y sus áticos? ¿Qué diferencia había respecto de los chanchullos que se producían en las asociaciones de familias de los colegios o en las patrullas de vecinos? ¿En qué se diferenciaba del tipo que había lanzado sopa caliente a la cara de una cajera del supermercado por la normativa de las mascarillas, o de la mujer que se había puesto a gritarle a un adolescente por pescar en el estanque de su urbanización? ¿En qué se diferenciaba de *Hamlet*, representado diez manzanas hacia el este en teatros donde el público había pagado cientos de dólares por ver la obra? La gente estaba dispuesta a pagar cientos de millones para producir series y películas llenas de la crueldad más brutal imaginable, de la más

absoluta miseria y bestialidad del ser humano, despojado de todo, y luego las reseñaban en periódicos y revistas y webs, y aplaudían y echaban espuma por la boca pidiendo una segunda temporada, una tercera. Y, sin embargo, cuando te topabas en la calle con alguien que vivía en esas mismas condiciones, apartabas la mirada, llamabas a la policía y exigías que sacaran a esa gente de los portales porque no era «seguro».

El campamento frente a la galería lo ocupaban tres o cuatro hombres y una mujer. Los hombres eran negros. La mujer, blanca. Tenía cinco tatuajes oscuros en las piernas, difíciles de descifrar a distancia, y Wyeth nunca se había acercado lo bastante para verlos bien. Los hombres pasaban de los cincuenta. Uno de ellos estaba increíblemente delgado. Todo aquel verano, Wyeth había visto los bultos de su columna y los ángulos afilados de sus omóplatos. A menudo aparecía despatarrado en el suelo incluso en plena tarde. Descamisado. Con un estertor en el pecho agitado. Hacía un par de días que no lo veía.

Otro era un tipo alto y afable, de pelo canoso. La gorra azul de béisbol que llevaba se había vuelto morada bajo el sol. Wyeth lo vio al llegar a la galería. Había familias que iban al parque infantil, aunque el tiempo fuera desapacible. Wyeth se fijó en las madres y en las niñeras que empujaban sus cochecitos, unos aparatos grandes, oscuros y aterradores. Todoterrenos con manillar. Un par de niños más mayores, lo bastante para caminar, avanzaban con aplomo, orgullosos, a su lado. El campamento ya se había despertado. Tenían la música puesta. Un *blues* rápido. Hombres de voz estridente que cantaban sobre cómo tratar bien a las mujeres y sobre los desórdenes del corazón humano. El tipo grande palmoteaba al ritmo de la música y les hizo un gesto a los niños. Uno de ellos le devolvió el saludo. La madre agarró al niño de la muñeca y tiró de él con brusquedad.

A Wyeth le impresionó aquella brutal lección de disciplina. Entró en la galería.

—¿Qué tal la exposición? —preguntó Bernard.

Estaban en la sala de descanso, bebiendo café de la cafetera Chemex. Bernard estaba especializado en escultura blanda grotesca y tallas de jabón. De muy joven había hecho unas preciosas figuras de gres. Niño prodigio, se había formado como aprendiz en Copenhague y luego en Tokio. Pero después, de repente, se pasó a la escultura y repudió toda su obra anterior. De hecho, se había vuelto viral con una *performance* en la que rompía todas sus piezas de cerámica y convertía los fragmentos en un *collage* figurativo. Decía que la alfarería se le daba demasiado bien, que se aburría de las formas que podía hacer y que quería crear algo vivo. Orgánico.

Wyeth nunca se lo decía, pero, en realidad, prefería la cerámica a la escultura blanda, que le resultaba muy «trabajada» y pesada. Pero las piezas de gres… Eran ligeras, suaves, daban una sensación genuina de juego y de frescura.

Su jefe aún tenía algunas en su piso. Piezas pequeñas y preciosas.

Bernard y Wyeth tenían más o menos la misma edad, treinta y treinta y uno, respectivamente, pero Bernard llevaba diez años trabajando en la galería. Tenían un buen sueldo y había beneficios. A veces, Bernard bromeaba con que la galería era una elaborada tapadera de blanqueo para el fideicomiso familiar del dueño, que había amasado su fortuna en el acero durante la Reconstrucción.

—Como te puedes imaginar —comentó Wyeth—. Mucho verde, mucho ocre, mucho trazo basto al servicio de escenas de fiesta y cuadros de genitales ictéricos, ya sabes. Vello púbico hecho con impasto. Puede que incluso… —torció el gesto— hubiera vello púbico pegado en alguno.

—Uf.

—No es que fuera «poco interesante» desde el punto de vista técnico, supongo. Pero ¿hace falta decirlo si es exactamente lo mismo que dice todo el mundo? La vida es tan alienante, oh, no, mis bellos amigos están deformados en los espejos de la contemporaneidad, oh, no.

—Al menos Freud se ponía cachondo con el tema —apuntó Bernard.

—Yo pensé lo mismo.

—Bueno, seguro que en *The New Yorker* les encanta.

Wyeth intentó no reírse.

—Uno de ellos se me acercó —confesó.

—Ah, ¿sí?

—Me preguntó qué me había parecido.

Bernard se quedó sin aliento.

—¡No! ¿Y qué le dijiste?

—Dije que era muy «del mundillo».

—Menuda perra estás hecha.

—No sabía qué más decir.

Bernard lo agarró de los brazos y lo sacudió.

—¿Y qué te contestó? Cuéntamelo todo.

Wyeth recordó los ojos como platos que había puesto Darsh, ese momento en que parecía que le estaba preguntando de verdad qué pensaba de las obras de arte. Era cruel reírse de eso, aunque las piezas no le hubieran gustado.

—Se quedó un poco como: «¿Qué quieres decir con eso?».

—Dios mío —soltó Bernard—. Con esto tiro yo diez días. Guau. Ahora sí que me arrepiento de no haber ido.

—¿Y qué hiciste tú?

—Fui a una *leather party* de un amigo. Había que apoyarlo.

—¿Qué es… una *leather party*? —preguntó Wyeth—. ¿Quiero saberlo?

—Es como una fiesta normal, pero con cuero. No me seas pueblerino.

—¿Es una temática o…?

—Temática, código de vestimenta, esquema operativo de vida, en realidad es todo, como Cristo.

A Wyeth se le llenaron los ojos de lágrimas de contener la risa.

—Eres una persona extraordinariamente poco seria —señaló—. Totalmente falto de seriedad. Un inepto para la seriedad.

—¡Bien! —ladró Bernard—. La seriedad es un defecto horrible.

La sala de descanso estaba congelada. Wyeth se sentó sobre la mesa larga bajo la ventana. Bernard estaba de pie junto a la estantería. La fotocopiadora zumbaba. Fuera, el cielo se había oscurecido. Al otro lado de la calle, los niños corrían chillando por el

parque infantil. Podía oír la música de la radio del campamento. Estiró el cuello y vio a la mujer bailando con una camiseta larga hecha jirones, los muslos desnudos chocando entre sí. Tenía un gesto de beatitud.

—¿Has visto el artículo sobre ellos en *Artforum*?

—No —respondió Wyeth—. ¿Cuándo lo han publicado?

—Esta mañana.

Wyeth alargó el brazo para reactivar el ordenador de la oficina. La página seguía abierta, de cuando Bernard la había estado leyendo. El artículo era largo, claramente coordinado con la inauguración. Arriba del todo había una foto de los cinco miembros de MangoWave. El retrato de grupo parecía un anuncio de una marca de ropa sostenible: gente atractiva, de pelo oscuro y mirada ardiente, con tejidos de punto en tonos tierra sobre un fondo ocre bruñido.

—Bueno, sin duda tienen un polvazo —comentó Wyeth.

MangoWave contaba con cinco miembros fijos: Darsh, Ishaan, Sona, Avni y Nam. Venían de Houston, Portland, Fresno y Toronto. Sus padres habían venido de Nairobi, Port Louis, Jaipur, Delhi, Lahore, Ciudad Ho Chi Minh y Londres. Sus abuelos, decían en el artículo, venían de lugares que ya no existían en ningún mapa. Crecer en «Occidente», explicaban, les había generado una sensación de desarraigo, porque el imperialismo había creado las condiciones que les impedían a ellos y a sus familias «volver a casa». El artículo señalaba que todos se habían criado en entornos acomodados de clase media-alta, pero los miembros de MangoWave se apresuraban a puntualizar que eso no borraba el dolor del exilio y a veces generaba sentimientos complejos de culpabilidad que no eran sino otra forma de exilio.

En el reportaje, Darsh se ponía, según el periodista, muy pensativo, y decía: «A veces me pregunto… ¿tengo derecho al dolor que siento? ¿Porque fui a un internado? ¿Tengo derecho a sentir que me han arrebatado algo? Y pienso, a veces no, pero otras, cuando veo lo que ese tipo de desposesión les causó a mis abuelos, la violencia de la división, pienso: *Joder, claro que tengo derecho a estar furioso. Tengo derecho a este dolor*».

Los cinco se habían conocido en la facultad de arte de Yale. En el artículo, hablaban de cómo en aquella época cada uno de ellos había llegado a la idea de que no querían hacer arte sobre las guerras y los conflictos que habían marcado tanto las vidas de sus padres y abuelos. Querían librarse de toda esa carga, de toda esa mierda sentimental. Pero luego, de algún modo, cada uno tenía una historia sobre un compañero o un profesor blanco que les había dicho que se limitaran a pintar mangos y curri que era lo que se les daba bien. Que todos explicaran una anécdota así no era del todo inverosímil, pero a Wyeth le divertía que les pareciera tan extraordinario. Habían decidido mirar muy de cerca el mango, ya que concentraba toda esa energía colonial y ese peso cultural. El mango como objeto era a la vez bello, sensual, untuoso, dulce, ácido, punzante, picante, inquietante y seductor. El mango como depósito de saber y afecto cultural, pero también, como señalaba Darsh, algo tan simple como un capricho, algo que se corta en trozos y se ofrece con cariño, como haría una abuela, una tía, una madre, una amiga; el mango como código del amor. Se habían juntado para pintar un montón de mangos y colgaron los cuadros en un espacio privado, y el periódico de la facultad escribió sobre aquello, y de repente eran algo: gente que reclamaba un espacio para ser sincera, vulnerable, para interrogar de verdad la cultura e identidad propias en medio de la totalidad de la historia.

—Madre mía —soltó Wyeth.

—Ya —confirmó Bernard.

—No sé si me preocupa más que se lo crean de verdad.

—¿Qué sería peor, que se lo creyeran o que no?

—No lo sé, la verdad. Quiero decir, al menos, si no se lo creyeran, podríamos… no sé, argumentar que están jugando al juego capitalista.

—A mí me encanta lo de la sociedad secreta de blancos que va por ahí insultando a todos los pintores racializados exactamente de la misma forma. Cuidado, que te obligan a pintar un bodegón al óleo.

—Lo que no me gusta es esta parte en la que se meten con Sargent —confesó Wyeth.

—Oh, sí: «La pintura lleva mucho tiempo siendo una herramienta

con la que la élite se inocula a sí misma, solo hay que ver a Sargent, menudo capullo».

—Eso solo se puede decir si no has mirado de verdad a Sargent —replicó Wyeth—. Mira *Clavel, lirio, lirio, rosa* y dime que es un capullo rico.

—Ese no es su mejor cuadro —dijo Bernard.

Wyeth se incorporó en seco.

—Quiero decir, tiene un aire un poco a sala de espera de dentista.

—¿Pero lo has *visto* de verdad, en persona? —preguntó Wyeth—. ¿Has estado delante?

—Eso te lo concedo.

—En la sala, no tiene nada que ver. Lo que hace ahí es… no sé. No es «mirad a mis amigos ricos». Hay algo de verdad, algo… no sé. Ha tomado un momento de la vida, algo real, y lo ha articulado. En la sombra y en el color y en la luz. Y la idea de que eso es una bobada facilona… Es como: si eso es una mierda de cuadro, entonces ¿qué estoy haciendo yo? ¿Qué estamos haciendo todos?

—No te sulfures. Ya sé que Sargent es tu chico —dijo Bernard. Se había acercado y le apretó un hombro—. Vuelve a reírte de los farsantes.

Cuando terminaron el café, Bernard subió a ver al jefe para preguntar por unas piezas enmarcadas que no habían llegado del taller. Wyeth fue a regar las plantas detrás del mostrador de recepción y, cuando acabó, recorrió las salas antes de abrir. El tráfico de media mañana empezaba a tomar ritmo, pasando del murmullo de los primeros trabajadores a los estallidos presurizados de los camiones al descargar los primeros envíos, los golpes de los portones al abrirse y bajar, el chirrido de los pistones al descender los hidráulicos.

Su galería estaba especializada en lo hipercontemporáneo, pero solo pintura, nada de escultura, y en aquel momento tenían una exposición de un pintor a mitad de carrera que acababa de ganar un Guggenheim y un MacArthur, premios que habían culminado en un

artículo en *The New Republic* —no en *The New Yorker*, vale, pero tampoco estaba mal—. En *The New Republic* había un buen crítico, alguien interesado en el arte contemporáneo. Tenía un estilo entretenido pero muy medido y, con el tiempo, podía llegar a desarrollar una sensibilidad coherente que convertiría a un par de artistas de su generación en verdaderas estrellas. Si reducía el amplio espectro de lo que alababa, claro. Aun así, a Wyeth le había gustado su último texto, una diatriba bastante graciosa contra las nuevas tendencias academicistas de la «vanguardia de la Ivy League».

La exposición eran quince cuadros de tamaño medio, todos retratos, pero solo dos mostraban rostros de verdad. En los demás, las figuras se giraban de espaldas al espectador, con la cara a punto de revelarse pero aún oculta por el ángulo. Las figuras eran todas negras o mestizas, y cada cuadro se titulaba *fig.* seguido de un número —*fig. 1*, *fig. 2*, *fig. 3*, etc.—, de modo que daba la sensación de progreso, aunque dos figuras sucesivas no tuvieran nada que ver entre sí. Estaban pintados al óleo, con una pincelada fluida, cremosa, muy gestual.

Wyeth se detuvo ante *fig. 9*, un cuadro de un hombre de piel oscura rapado al cero. El cuello insinuaba que miraba hacia arriba y a la derecha, pero la cabeza apuntaba claramente hacia arriba y a la izquierda. La geometría concreta no era «imposible», pero en reposo resultaba sumamente antinatural. Como cuando congelas a un pájaro en pleno vuelo o a alguien saltando vallas, y de pronto surge algo grotesco. La piel tenía un tono riquísimo, un marrón que viraba al morado con un brillo azulado que brotaba desde abajo. El fondo era de un verdoso sombreado, como un mar arremolinado. A Wyeth le gustaban las ondas que formaba la pintura. Se veían los giros de la brocha si te acercabas lo suficiente.

Llenó la jarra de agua y la dejó en la bandeja de madera junto a la puerta. Luego puso vasos de papel y colocó los folletos de forma que todas las esquinas quedaran alineadas. Volvió a recorrer las salas, comprobando el nivel de los cuadros, barriendo el polvo de las esquinas.

Bernard estaba en la sala de atrás otra vez, hojeando un número

de *The New Yorker*.

Wyeth se apoyó en el marco de la puerta, agarrándolo por encima. Bernard llevaba un mono negro y unas Birkenstock color topo. Era muy delgado. Se le notaban las venas bajo la piel pálida de la cara interna de los brazos.

—El enmarcador llega tarde —anunció.

—Siempre llega tarde.

—Sí, pero ahora, «excepcionalmente tarde». O eso me ha dicho.

—Tendremos la exposición colgada un par de semanas más por lo menos. No hay prisa. Es verano.

—Sí, pero quiero que llegue antes de que me vaya.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Un par de semanas. No hará falta que vengas, obviamente. No habrá nada que hacer. Los ricos se han ido a sus segundas residencias y el resto nos quedamos a la deriva esperando a que vuelvan.

Wyeth no mencionó que Bernard iba a la casa de un rico. El rico era su novio.

—¿Y tú qué vas a hacer este verano?

—Trabajar, supongo —dijo Wyeth.

—¿Trabajo trabajo o tu trabajo de verdad?

«Trabajo trabajo» eran las cosas que Wyeth hacía para la galería y también para el restaurador de arte con el que trabajaba cuando no estaba allí. «Trabajo trabajo» eran las tareas que uno hacía para comer y pagar el alquiler. El trabajo de verdad eran sus cuadros, aunque ese código se le antojaba cada vez más infantil. Sin prisa pero sin pausa, o convertías el trabajo de verdad en trabajo trabajo o dejabas de pintar y pasabas a ser lo que hacías para poder alimentarte. Wyeth era ya demasiado mayor para seguir fingiendo con el mismo fervor y la misma intensidad que antes. Se sentía atrapado: ni lo bastante ingenuo ni lo bastante cínico como para tomar la decisión crucial.

—Demasiado de uno, demasiado poco del otro —respondió al fin —. Pero nunca del correcto.

—Suena bastante pertinente. ¿Sigues trabajando en tus cuadritos de protesta?

—No —le espetó Wyeth—. ¿Y tú con qué andas?

—Con una lengua larguísima —dijo Bernard. Se echó a reír—. O sea, larguísima.

—Qué asco.

—Gracias. Ah, te ha llegado un mensaje.

Wyeth había dejado el móvil sobre la mesa de trabajo. A veces le gustaba soltarlo y salir de la habitación porque no mirar el teléfono le hacía sentirse virtuoso.

—¿Lo has leído?

—No —contestó Bernard—. Era un «buenos días» con una foto de una nube.

Wyeth miró la pantalla. El mensaje era de Keating. Pensó en sus labios agrietados, en el calor húmedo de aquel beso. En el brillo de las luces de la tienda.

Contestó con un emoji de humo y, al caer en la cuenta de que el móvil de Keating quizá no lo reprodujera, copió y pegó la foto que Keating le había enviado y se la devolvió.

—¿Quién es? —preguntó Bernard.

—Un tipo —respondió Wyeth—. Me debe un paquete de cigarrillos.

CAPÍTULO CUATRO

Wyeth tomó la línea Q hasta Canal y subió las escaleras en Broadway.

Hacia el sur quedaban el edificio 401 y el Soho Garden Hotel. En los cruces se alineaban carritos con sombrillas de Sabrett que prometían perritos calientes, hamburguesas y comida *halal*. Los tipos de los carritos preparaban platos grandes de arroz y carne guisada. Ofrecían salsa blanca y salsa picante. Echaban más carne a la plancha y escuchaban el chisporroteo mientras, con la otra mano, metían más latas de refresco y botellas de agua en las bañeras de hielo. En los momentos de descanso, los hombres se recostaban con sus brazos fibrosos y morenos contra el mostrador y miraban a la calle, a la gente que se derramaba por la acera, mientras tomaban nota de las miradas que se demoraban un poco más, las de los que eran demasiado tímidos para acercarse, pues sabían que volverían a ver a esa persona. Los hombres —en los carritos había siempre hombres— llevaban camisetas finas, azules, blancas o a veces negras. Tenían barriguita y unos hombros estrechos. Se habían forjado como hombres a los que la mediana edad había sorprendido agachados para atarse las botas de tacos tras un sudoroso partido de fútbol improvisado. Habían pasado directamente de la adolescencia tardía a la edad madura, pero siempre era así cuando había trabajo que hacer. Algunos de esos hombres volvían a casa con sus esposas. Algunos no volvían a casa en absoluto. Llegaban a media mañana para servir café y bollería, remolcando los carritos con furgonetas que les habían prestado sus cuñados de Nueva Jersey o Queens. Por las tardes, cargaban de nuevo los carritos y se los llevaban en una gran caravana a dormir, para levantarse al día siguiente y retomar la cacería.

Cuando Wyeth se mudó a la ciudad, había intentado entablar

conversación con uno de los tipos de un carrito, sin entender que aquello no era más que una forma de condescendencia liberal, y que lo que el hombre quería era apuntar el pedido, preparar la comida y pasar al siguiente cliente, y que, al ralentizar el servicio, con preguntas acerca de dónde era, cuántas horas echaba, cómo aguantaba el calor al estar de pie sobre unas cubetas humeantes llenas de perritos o cestas de patatas fritas, él, Wyeth, en realidad, le estaba complicando el trabajo. A su «¿de dónde eres?», uno de los hombres se había limitado a mirarlo un instante y, mientras sacudía el exceso de grasa de las patatas fritas y las volcaba en un cuenco de metal, había dicho: «Red Hook».

—¿Cómo te sentirías tú —le había preguntado Bernard aquella noche, cuando Wyeth le contó lo del hombre, el carrito y lo extraño del encontronazo— si estuvieras currando, intentando organizar nuestros catálogos o lo que sea, y entrara alguien a pedirte que sacudieras tus harapos para dar pena, y no porque de verdad quisieran saber algo sobre ti, sino porque interpretar que quieren saber algo sobre ti es lo socialmente aceptable? No seas tan pueblerino.

Dejó de preguntarles a los hombres de los carritos por su vida y solo devolvía la charla cuando se la dirigían a él.

—No obligues a la gente a actuar para ti —le había dicho Bernard —. Es clasista. Y agotador.

Y bien cierto era, pensó Wyeth mientras miraba hacia el este, por Canal, en dirección al Chinatown propiamente dicho, y veía, entre la multitud que cruzaba la calle, vendedores de todo tipo. Hombres mayores con túnicas budistas que ofrecían cuentas y pequeños recordatorios de oración a gente que ni siquiera los miraba. Señoras asiáticas mayores, de paso rápido y firme, con viseras para el sol, que alzaban sin miedo los brazos cargados de pulseras, relojes y anillos. El destello de sus carteles plastificados hacía que pareciera que se teletransportaban de un sitio a otro. Hombres negros altos, de pie junto a mesas plegables blancas llenas de aparatos electrónicos, algunos con gorras, bolsos y mochilas de lujo falsificadas. Mercadillos enteros materializados bajo los andamios: vaqueros, zapatillas, botas, camisetas enormes, ropa de calle.

Wyeth subió por Broadway hasta Grand Street. Era extraño el efecto tras haber cruzado apenas dos manzanas. En seguida, el frenesí y el abarrotamiento de Canal y Chinatown se diluían y quedaban sustituidos por la pulcritud «acicalada» que caracterizaba al SoHo. Nada de vendedores ambulantes allí. Muji y Bloomingdale's y marcas de lujo. Hasta la manera de andar era distinta. No es que el ritmo de la ciudad fuera más lento en el SoHo, sino que la gente dejaba más espacio. Había una esfera que uno no debía invadir, una especie de distancia antisocial que prohibía cualquier contacto humano. Los callejones eran estrechos y estaban llenos de cafés veganos y vegetarianos. Hombres altos y musculados con camisetas negras montaban guardia ante puertas que daban acceso a marcas de ropa de tirada corta que vendían camisetas gruesas a 700 dólares y pantalones de 3.000 hechos de cuero «auténtico», es decir, cuero fabricado en Nigeria y vendido a Gucci, Prada, Hermès y Versace. El SoHo era tanto un lugar como una idea, un estado de ánimo y mental.

Caminó hacia el este por Grand hasta llegar a Lafayette y a su gran solar al descubierto, rodeado por una valla metálica contra la que se apoyaba un hombre sin hogar. El hombre estaba sentado, y la gente pasaba a su lado, algunos incluso entre sus piernas. ¿Había una palabra para aquello? «Maleducado» se le venía a la cabeza, pero a Wyeth le parecía una palabra ridícula para lo que estaba ocurriendo. Sobre el solar, pintado en la fachada de ladrillo del edificio que albergaba el Museo de los Chinos en América, se veía el rostro de una mujer que se asomaba, mirando hacia el sur, sobre Chinatown, en un estilo gráfico de cómic. Pelo rubio, ojos azules, socarrona, con una expresión de sobresalto. A pie de calle, gente que iba con prisa, sofocada por el calor, intentando seguir con su día, y el hombre, la única persona que *no se movía*, estirado en una postura que habría sido de descanso si no fuera por el estado en que se hallaba. La ropa hecha jirones, sucia, descalzo, los pies negros, el pelo hecho una maraña apelmazada, el azul pálido bajo las uñas, que delataba ¿qué exactamente? ¿Desnutrición? ¿Falta de oxígeno?

Wyeth no apartó la vista, pero tampoco tenía claro qué más se suponía que debía hacer en ese momento. ¿Qué ganaba aquel

hombre con que Wyeth lo mirara? Convertirlo en espectáculo desde luego no iba a mejorarle la vida. Y, sin embargo, Wyeth se sentía incapaz de *no* mirar. Si hubiera llevado la cámara, le habría hecho una foto. Pero eso era delicado: fotografiar a personas sin hogar. Si no se colocaba él mismo en una vulnerabilidad equivalente en ese intercambio, dando tanto como tomaba, entonces era un robo. No era la expresión de una relación humana. Era convertir a la gente en lo que, bueno, dicho con más pretensión, habría llamado «arte».

Ahí había una idea. Pintar retratos de lo insignificante. No pintar cosas insignificantes y así elevarlas. Eso ya estaba más que hecho. Sino preservar la insignificancia de lo corriente. Representarla en su modo natural. ¿Se podía tomar en serio lo corriente sin convertirlo en algún tipo de cursilada sentimental y romántica? ¿Se podía?

Keating lo esperaba en la esquina, fumando un cigarrillo, mirando hacia el otro lado, a las obras de la acera de enfrente, donde estaban tirando abajo un edificio viejo y levantando una plaza pública para uso privado de los inquilinos del complejo de apartamentos contiguo.

A Wyeth se le secó la boca al verlo. Cruzó la calle sin que Keating lo viera, y luego volvieron a estar juntos. Keating le dio un abrazo distante.

—Perdón, vengo sudando —se excusó.

—No, estás seco —dijo Wyeth—. Eso tiene mérito. Yo sudo como un cerdo todo el rato.

—No —terció Keating, y le dio unas palmadas en la espalda. Wyeth se tensó, preparado para notar el frescor de su propio sudor entre los omóplatos, pero solo sintió el roce seco de la camiseta—. ¿Ves?

—Mi laboratorio está cerca de aquí —señaló Wyeth, por meter más palabras entre los dos. Keating abrió ligeramente los ojos.

—¿De cine o…?

—De treinta y cinco milímetros. Instantáneas.

—Pensaba que eras restaurador de arte.

—He dicho que trabajo *para* un restaurador de arte.

Keating puso los ojos en blanco fingiendo que estaba exasperado.

—Qué suerte tienes de que la gente pesada me parezca entrañable.

—¿Suerte o riesgo calculado? Además, no soy pesado.

—¿Eso es lo que tú crees?

—Cuidado, que hieres mis sentimientos.

—¿Son fáciles de herir?

—Muchísimo. Soy muy sensible a las opiniones sobre mi carácter.

—Tu carácter. —Ahora fue Keating quien se echó a reír—. Me lo apunto.

—Por favor.

Caminaron hacia el norte desde la estación de Canal, lo que implicaba pasar por delante del laboratorio que Wyeth usaba para revelar sus instantáneas. También pasaron por el café carísimo donde él a veces se sentaba a editar los fines de semana. El café de Keating estaba unas calles más arriba, cerca de Petrosino Square, en la esquina de Lafayette con Broome, a la vuelta del pequeño teatro. El café cerraría en una hora.

El personal, con esa expresión vagamente agobiada, se relajó en cuanto Keating dijo que no pedirían comida, solo bebida, y que, si hacía falta, se la pusieran para llevar. El camarero dijo que podían hacer el pedido en la barra, lo que implicaba deslizarse junto a una decena de personas chorreando sudor en la acera.

—Tienen un horario rarísimo —comentó Wyeth—. ¿Por qué cierran a las tres de la tarde?

—Será por su predisposición mediterránea.

La cafetería era blanca con toques en aguamarina. Suelo ajedrezado con baldosas diminutas y mesas de latón pulido. Su diseño parecía suspendido en una incomodidad extraña: a medio camino entre los primeros años dos mil y un giro reciente hacia un clasicismo retro. No había nada del influjo Japandi que dominaba los terceros espacios por todo Estados Unidos. Nada natural, nada apagado, nada en tonos tierra. Pero Keating insistía en la calidad del café.

—Debo de haber pasado por aquí cien veces sin plantearme entrar —confesó Wyeth—. El verano pasado hice mucha vida por esta zona.

—Yo venía todo el tiempo. Seguro que nos vimos sin saber que nos estábamos viendo.

Keating pidió por los dos. Wyeth pagó. Se llevaron el café hacia el sur y luego hacia el oeste, en dirección al SoHo propiamente dicho. Pasaron bajo andamios y rodearon unas obras en la calzada donde habían abierto una zanja y unos operarios bajaban una tubería. Más adelante, un hombre enjuto derretía asfalto con un soplete. La calle rebosaba de ruido: bocinas, pistones, el motor ronco que bajaba la tubería, los gritos de los obreros, la música a todo volumen de los locales, el rugido de los trenes por debajo. A veces, Wyeth se preguntaba cómo era posible que siguieran viviendo todos allí sin perder la cabeza por el ruido y por la pura magnitud de la vida. Pero Keating seguía completamente imperturbable. Caminaba deprisa por delante, esquivando tuberías y conos, y, cuando salieron de los andamios a un tramo de calle muy concurrido de Canal, parecía aburrido de todo aquello.

El día no se había aclarado. Seguía siendo obstinadamente gris y plateado, aunque el aire era denso.

—Vamos hasta Prince —propuso Keating—. Allí hará más fresco.

Wyeth disponía de tiempo suficiente antes de tener que ir a ver al restaurador y, si iban a Prince, podía aprovechar para buscar un libro que Bernard le había encargado. Era una novelita gay publicada hacía varias décadas, pero que había tenido un pequeño repunte por un artículo en el *Times* firmado por un amigo suyo. Bernard había decidido que debía leerla, dijo, en lugar de fingir, y además el autor había invitado a ese amigo a cenar y el amigo había invitado a Bernard —sería en una casa de verano, en el campo, donde el escritor vivía la mayor parte del tiempo—, así que necesitaba leerse el libro cuanto antes. El problema era que Bernard encontraba las librerías muy aburridas. Solo le gustaba una sección muy concreta de la Strand, en el sótano. Le gustaba rebuscar entre los libros en lenguas extranjeras que guardaban allí. Bernard leía en francés, danés y japonés, pero le encantaba sobre todo leer traducciones de libros que había leído primero en inglés.

Decía que así eran mejores. Menos protestantes, en todo caso.

Wyeth no sabía qué tenía que ver eso con el protestantismo, pero

estaba encantado de ir a la librería y así se lo había dicho, ya que iba a pasar por el SoHo. La librería en cuestión era muy gay. No por su misión *per se*, sino porque la mayoría del personal era joven y *queer*, y sus libros tendían a ser del tipo que leían los jóvenes *queer*. Es decir, muchas traducciones, breves textos efímeros y clásicos *queer*, pero también, últimamente, libros escritos por personas negras.

Mientras subían por Broadway, Wyeth se recreó mirando los edificios. Los morados y los blancos. La abundante piedra rojiza. Era una fase de la ciudad en la que Nueva York parecía un lugar de verdad, porque era la que menos se parecía a las imágenes que él había visto en Instagram. Los edificios tenían un aire feo, improvisado, y por eso le resultaban naturales, auténticos, aunque, claro, habían sido perfectamente planificados.

—¿Así que también haces fotos? —preguntó Keating.

—A veces —repuso Wyeth—. No soy profesional. No soy «bueno», pero me gusta.

—¿Y cómo se llega a profesional? ¿Hay una junta especial o…?

—Oh, sí, muy oficial todo. Mandan agentes para que se encarguen de los practicantes que no tienen licencia. Puede ponerse bastante feo.

Bajaron por Prince en dirección al Sant Ambroeus.

—Buen helado —señaló Keating—. Muy bueno.

—Podemos entrar —propuso Wyeth—. No me importaría.

Más arriba, el borde de una iglesia asomaba a la vista. Piedra jaspeada en marrones y ocres. Una piedra ligeramente rosada recorría de arriba abajo los contrafuertes y las molduras. Keating se quedó mirando la iglesia. A Wyeth siempre le había parecido que aquella iglesia en concreto estaba fuera de lugar en una esquina tan atestada de bares y restaurantes de tapas, *boutiques* y estudios de *piercing*.

La gente los rodeaba, porque se habían quedado plantados en mitad de la acera, y Wyeth pensó que seguramente deberían haberse puesto en marcha, pero no sabía cómo hacer que Keating arrancara de nuevo.

—¿Quieres entrar? —preguntó, más en broma que otra cosa.

—No —respondió Keating—. ¿Por qué lo preguntas? —Su tono era brusco.

—Te has quedado embobado mirando.

—Ah —dijo—. Sí, perdona.

—Nada, tranquilo.

Cuanto más rato permanecían allí, más incómodo parecía Keating. Wyeth estuvo tentado de señalar que había sido Keating quien los había traído en esa dirección. Se preguntó, Wyeth, si Keating no estaría intentando que le hiciera alguna pregunta sobre la iglesia. Sugerir que fueran a Prince. Quedarse embobado. Comportarse raro, incómodo. Todo tenía el aspecto de una representación o de una revelación no tan cuidadosamente orquestada. Si era así, Wyeth sabía qué papel le tocaba. Pero no quería interpretarlo, al menos no de inmediato. No de una forma que dejara claro que sabía lo que estaba haciendo. La falsedad de todo aquello le resultaba repugnante.

—Vale —añadió—. Bueno. Olvida lo que he dicho.

Wyeth echó a andar, pero la vergüenza le había dejado un sabor jabonoso en la boca. Keating no lo siguió enseguida. Pero luego Wyeth lo notó a su lado. Iban hacia la librería y, por extensión, hacia la iglesia. Wyeth pensó en Tomas y en sus dudas.

En la puerta de la librería, Wyeth se detuvo para preguntar:

—¿Tienes, en plan, un tema con Dios o algo así?

Intentó formularlo como una broma, a la ligera, porque todo el mundo tenía algún tema con Dios. Seguro. ¿Acaso no iban todos a tientas por la tierra en busca de *algo* que pareciera tener sentido, ser verdad? ¿No lidiaban todos con la aridez de la vida secular? Wyeth sonrió, pero Keating no le devolvió la sonrisa.

—Sí, algo así.

Wyeth quiso preguntar qué significaba eso. Era la respuesta que esperaba, pero mucho más seria de lo que le resultaba cómodo dejar sin explicación. Pero Keating empujó un poco más la puerta, dio un paso hacia él y volvieron a estar uno junto al otro. Keating lo miró desde arriba con dulzura y esbozó una sonrisa tímida, un gesto tierno, rendido, y Wyeth sintió ganas de ser agradable con él.

La librería tenía un sistema de organización demencial que, a

primera vista, parecía progresista, pero que se volvía un poco racista cuanto más la exploraba uno. Encontrar el libro de Bernard fue más difícil de lo que Wyeth había previsto, porque el autor escribía sobre Estados Unidos, pero era canadiense, o quizá británico. ¿O irlandés? El libro se había publicado originalmente en Estados Unidos y se consideraba un «clásico americano», así que, ¿había que buscarlo en la sección de narrativa americana? Es decir, Estados Unidos, obviamente. ¿Ordenaban los libros por lugar de nacimiento del autor? ¿O por el lugar donde había vivido más tiempo? ¿Por el lugar con el que se lo asociaba en la memoria? ¿O por el tema? ¿Qué pasaba con los Balcanes? ¿Con Yugoslavia? ¿Con Chequia? Qué raro que Austria y Alemania sí se tocaran en las estanterías de aquella librería cuando una de las metas de la política de tratados después de la Primera Guerra Mundial había sido separarlas y que no volvieran a reunirse jamás. Qué curioso que España, Portugal, Francia e Italia fueran Mediterráneo, pero Grecia fuera Grecia y el norte de África fuera norte de África.

Keating se lo pasó en grande preguntando a los libreros dónde tenían a ciertos autores. Joseph Conrad, bajo la literatura británica. Witold Gombrowicz, en la sudamericana. Nabokov, en la rusa. Un joven autor checo que escribía solo en inglés y que se había criado en Florida y Nueva York figuraba entre los checos. Pero un escritor checo que había nacido en Brno y escribía una serie de novelas de espías bastante desconocidas que una editorial pequeña había reeditado hacía poco estaba clasificado como americano. A Wyeth le impresionaba que Keating conociera el nombre de tantos autores. Él no conocía ni la mitad.

En cierto momento, el librero —un estudiante de posgrado con cara de estar ligeramente estresado— se levantó, con el rostro colorado, y dijo, algo mordaz:

—Si no necesitan nada más…

Keating llevaba una pila de libros en los brazos.

—Gracias. Muy amable. —Sonrió.

El empleado se alejó y Keating soltó una risilla.

—Solo te ha aguantado porque estás bueno —comentó Wyeth.

—¿Tú crees que estoy bueno? —Fue la réplica.

—Objetivamente eres atractivo.

—Sí, pero te lo he preguntado *a ti*.

Wyeth dio un paso atrás y fingió observarlo con detenimiento. Reparó en la anchura de sus hombros y en la línea afilada de sus cejas. Tal vez no estaba «bueno». Esa palabra no acababa de encajar. No porque Keating no fuera atractivo, sino porque «estar bueno» operaba en otro registro. Lo que Keating tenía se parecía más a la belleza. No en plan cursi, no en el sentido prerrafaelita que convertía en gran belleza a cualquier yogurín y hombre blanco delgado. Era algo más pleno. Había bellezas que nacían de una herida interior, algo dañado que volvía difícil sostener la mirada. Y luego estaba la belleza expuesta sin defensas: cálida por naturaleza, fácil, simple. Esa belleza era, precisamente, de la que más había que sospechar.

Keating tenía ese tipo de belleza que puede resultar francamente fea cuando se ejerce de manera consciente. Estar bueno era otra cosa. Estar bueno era la capacidad de provocar en los demás el deseo de follarte. Y ser guapo significaba, sobre todo, ser capaz de obtener de los otros lo que querías o necesitabas. Pero la belleza hacía que la gente quisiera postrarse a tus pies, rendirse por completo. La belleza era una fuerza moral en sí misma. Keating quizá perteneciera a esa rara estirpe de hombres que podían ser las tres cosas: guapos, bellos y estar buenos, pero nunca al mismo tiempo y nunca para todo el mundo.

—No estás mal —concluyó Wyeth.

—¿Ese es tu veredicto?

—Nada mal.

—Gracias, supongo. «Nada mal» es mejor que «espantoso».

—No seas superficial. Le quita la gracia —dijo.

Keating no devolvió el gesto con una opinión recíproca, ni siquiera en broma. En lugar de eso, hojeó unas libretas elegantes que había en una mesita cercana. Eran cuadernos de tapas pálidas y papel de algodón. Japoneses. Wyeth lo tomó como una señal de que Keating no quería decir nada acerca de su aspecto, lo cual probablemente era lo mejor. Wyeth rebuscó en una de las mesas de recomendaciones del personal y encontró el libro que había ido a

buscar. Lo pagó y se fueron.



Cuando volvieron a salir a la calle, el cielo estaba un poco más oscuro. De verdad parecía que iba a llover en cualquier momento, aunque las aplicaciones meteorológicas anunciaban que no había ninguna posibilidad. El calor había vuelto el ambiente más cortante. Compraron helados en una tienda rosa, a la vuelta de la esquina de la iglesia. Wyeth tomó sorbete de frambuesa en una tarrina. Keating lamía un polo azul. Se apoyaron contra el muro de la iglesia, a la sombra de un árbol que en realidad no ofrecía ningún alivio. Wyeth miró el reloj. Tenía que irse pronto.

—¿A dónde te vas?

—A trabajar —respondió Wyeth—. ¿Y tú qué vas a hacer el resto del día?

Keating gruñó por lo bajo y examinó la punta desafilada de su polo.

—Supongo que yo también debería hacer algo de trabajo.

—No me has contado a qué te dedicas.

—No, no te lo he contado —confesó—. No hay mucho que contar, la verdad. Un poco de esto, un poco de aquello.

—¿Qué es esto y qué es aquello?

Keating bajó la vista e inspeccionó una mancha oscura en el cemento donde habían caído algunas gotas de su polo.

—Sobre todo, chapuzas. A veces hago de manitas en mi edificio.

—Ah. No es tan misterioso como lo estabas vendiendo.

—Es literalmente lo que he dicho, ¿no? Un poco de esto, un poco de aquello. No es culpa mía que tú te pensaras que era camello.

—No he pensado eso —se apresuró a decir Wyeth.

—Sí que lo has pensado —terció Keating. Se separó del muro y se acercó.

—Puede que sí, pero me daba igual.

Keating plantó la palma de la mano en la pared, junto a la cabeza de Wyeth. Se inclinó, como si estuvieran conspirando. El árbol crecía por encima del muro y una de las ramas que colgaban casi los

ocultaba. Pero Wyeth giró la cabeza hacia un lado y pudo ver el callejón que discurría por detrás de la librería y el bar de enfrente. Podía ver, en la extraña luz de la tarde gris, a la gente haciendo su vida. Sobre ellos, el tañido de las campanas de la iglesia se prolongaba en unas notas sombrías, marcando la hora. Wyeth notaba el aliento de Keating muy cerca de su cuello. Suspiró y relajó la postura.

—Probablemente debería preocuparte un poco —dijo Keating.

Wyeth agarró el dobladillo de la camiseta de Keating. Era de algodón ligero y barato. Y, sin embargo, le había parecido carísima. Una de las mejores recompensas de ser guapo. Todo un poco mejor de lo que era gracias al tacto. Keating lo besó otra vez, como una pequeña broma, pero Wyeth no dejó que se apartara. Le sujetó la parte de atrás de la cabeza con la mano y abrió los labios, de forma que el beso se volvió más cálido que antes. El cuerpo de Keating se tensó ante la sorpresa, pero luego cedió, y Wyeth sintió una oleada de placer en esa entrega. Pero entonces Keating sí se apartó, con esa risita suya de siempre.

—Joder —soltó—. Estaba empezando a pensar que no te caía demasiado bien.

—Me pareces correcto —aclaró Wyeth—. Es pronto para decidir otra cosa.

Keating asintió.

—Ya, puedo entender que lo veas así.

Le tomó la mano, pero tenían las palmas ásperas y pegajosas por el helado, así que volvieron a soltarse.

—Tengo que ir tirando, de verdad —dijo Wyeth—. Pero ha sido… ¿agradable?

—Sí —concedió Keating—. Sí, muy agradable. Ah. Antes de que se me olvide.

Keating sacó del bolsillo trasero un paquete de cigarrillos y se lo lanzó de lado a Wyeth, que lo agarró al vuelo. El paquete estaba abierto.

—Faltan dos.

—Me puse nervioso mientras te esperaba. Me lo descuentas de mi futura paga.

Se fumaron uno de camino, delante de la iglesia. Había gente en el patio tomando medidas para algo. Keating pegó la cara a la verja para observarlos.

—No has dicho cuál es tu tema con Dios. —Wyeth retomó la conversación.

Sin apartarse de la verja, Keating sacudió la ceniza y se llevó otra vez el filtro a la boca. Parecía estar preparándose para algo.

—Es complicado. Y muy aburrido. Lo hablamos otro día —contestó.

—¿Qué le pasa a este día? —Wyeth estaba recostado contra el ladrillo, pateando un trozo de tierra suelta. Le escocían un poco los ojos por el humo—. Yo también tengo un tema con Dios.

—¿Cuál es tu tema con Dios? —preguntó Keating. Ahora sí se había girado hacia Wyeth, con una expresión tímida pero juguetona. Apoyó la cabeza en la barra—. ¿Lo de los bebés muertos? Ese es un clásico.

Wyeth se atragantó.

—¿Los bebés muertos?

—Ya sabes, en plan, si existe Dios, por qué deja morir a tantos bebés, etcétera. Y, si no son los bebés muertos, pues son, yo qué sé, los tiroteos. O la hambruna. O el sinfín de enfermedades. La pestilencia. Los horrores del calentamiento global.

—No —respondió Wyeth—. No es todo eso, pero, ya, entiendo que alguien pueda tener un tema con Dios por eso.

—Pues cuéntame —siguió Keating—. Me pica la curiosidad.

—Ahora me da corte —confesó—. Lo estás analizando.

Keating se acercó un poco más.

—Dímelo —dijo—. Da igual lo grande que sea. O pequeño.

Wyeth apagó el cigarrillo y se desperezó.

—Es una historia larga y pesada, pero la versión corta es algo así como: ¿qué se supone que tenemos que hacer con la ausencia de Dios? ¿Sabes? En plan, si está ahí arriba, guay, y si no está ahí arriba, también guay, pero, en cualquier caso, Él está… o, supongo, algunos sentimos que está ausente. Y, en la ausencia de Dios, que puede parecer, que parece, a mí, al menos, en mi humilde opinión, un abandono, o sea, ¿qué hacemos? ¿Te quedas esperando? ¿O intentas, no sé, darle algún sentido a esta vida? ¿Importa siquiera?

Yo qué sé.

Keating no dijo nada durante unos segundos. Al cabo de un minuto, cruzó los brazos y se quedó mirando las grietas del pavimento. La acera había empezado a abombarse. Wyeth le dio un codazo en las costillas.

Se sentía muy estúpido por haber soltado todo eso. Ahora le parecía una tontería. Por supuesto que Dios no era real. Naturalmente, Dios no era real. Pero había decidido decir algo sobre cómo se sentía de verdad. Y ahora se sentía juzgado. Y eso no le gustaba en absoluto. Keating siguió mirando hacia el suelo y, al cabo de otro minuto o así, Wyeth añadió:

—Bueno, pues vale.

—Perdona —se excusó Keating—. Estaba pensando en lo que has dicho. Perdona. Soy lento pensando. Vamos al tren.

—Me parece un poco feo. He intentado ser sincero y, así como así, me has hecho sentir un imbécil.

—Lo sé —reconoció Keating—. Lo siento.

—Vale.

—De verdad.

Llegaron a Lafayette. Wyeth quería ir hacia el norte. Keating quería que fuera hacia el sur, a Canal.

—No, puedo tomar la D.

Keating atrajo a Wyeth para darle un abrazo y lo apretó fuerte.

—Quedemos pronto otra vez —propuso.

—Claro.

—No, lo digo en serio, hagámoslo. Me apetece.

Lo soltó.

—Guay, guay —dijo Wyeth. Keating le echó una mirada rara—. Ya te diré algo.

El andén estaba hasta los topes. Habían cancelado un tren unos minutos antes y una de las líneas no llegaba tan al norte como de costumbre. Una mujer con un bebé atado a la espalda se abrió paso entre la muchedumbre compacta mientras vendía golosinas. Se

detuvo delante de Wyeth y le ofreció la caja con un gesto, pero él negó con la cabeza y ella siguió adelante. El bebé tenía unos enormes ojos castaños y se acurrucaba contra el cuello de su madre, observando a cada persona a la que ella ofrecía la caja de caramelos y cacahuetes. La mujer tenía una mirada alerta y directa y se movía con soltura, yendo de aquí para allá, deteniéndose para dejar salir a la gente que bajaba las escaleras y evitar que se chocaran con ella. Recorrió el andén de punta a punta, sin dejarse a nadie. El bebé bostezó. Había otra mujer con un carro de fruta cargado de hielo. Cortaba mango y melón con un cuchillo largo y oscuro y colocaba la fruta en pequeñas bolsas de plástico y en vasos transparentes para llevar. Si se lo pedían, podía echar pimentón o zumaque, un poco de sal o azúcar. La mujer de la caja de golosinas se detuvo a intercambiar unas palabras con ella. La de la fruta le ofreció al bebé un poco de melón triturado. El bebé alzó la mano y tomó aquel puré rojo. Las mujeres se rieron.

Wyeth no concebía una Nueva York sin las señoras de la fruta ni las señoras de las golosinas. Pero había leído en las noticias un reportaje sobre la llegada de migrantes a la ciudad. Los habían subido en autobuses desde Florida y Texas y los habían dejado delante del ayuntamiento. El alcalde había montado un gran despliegue para acogerlos a todos. Al otro lado de la ciudad, en un hotel de Columbus Circle, habían alojado a cientos de migrantes durante unas semanas, o más, mientras esperaban el papeleo del asilo o un simple trámite administrativo.

Por las mañanas, a veces, Wyeth veía a los hombres fuera, fumando, a la espera de grandes cargamentos de golosinas que descargaban y repartían entre las mujeres, que se llevaban sus carros y mochilas al metro para pasarse el día recorriendo las líneas arriba y abajo de Manhattan mientras ofrecían cajas de Gushers y M&Ms a gente que las ignoraba. Todo para intentar sacar algo de dinero, lo suficiente para comprar pañales y leche de fórmula. A veces, los niños en edad escolar se unían a las mujeres.

Esto también había sido objeto de un reportaje. Esos niños que no iban al colegio. Obligados a trabajar largas horas vendiendo golosinas en el metro de Nueva York. El pánico moral por esos niños

que ya habían sufrido la crueldad de ser arrancados de sus países de origen y arrojados sin escrúpulos a un lugar cuya lengua no hablaban, fíjate qué irresponsables eran esas personas, y ahora no llevaban a sus hijos al colegio.

Lo que nadie se paraba a preguntar, o parecía estar preguntándose, era: ¿qué se suponía que debían hacer esos padres? ¿No trabajar? ¿Para que se les pudiera acusar de vagos? ¿De parásitos? ¿De ladrones? ¿De vivir de las paguitas? Puede que legalmente no tuvieran permiso para trabajar, pero entonces la pregunta era la misma: ¿qué podían hacer? ¿Llevarse a los niños con ellos en el tren todo el día o dejarlos dónde exactamente? ¿En el albergue? ¿En ese hotel sofocante donde cualquiera sabía lo que podría sucederles? ¿Qué se suponía que tenían que hacer mientras esperaban a que este país extraño tomara una decisión sobre su destino?

Tampoco es que se pudiera asegurar que quien suministraba la mercancía fuese una buena persona o un portavoz de la moral. No. Todo tenía pinta de explotación. Pero ¿qué se suponía que debías hacer tú con eso? En una situación que se alimentaba de la desesperación de la gente, cuando todo era un puñetero tongo, ¿qué podías hacer?

Wyeth se preguntaba, cada vez que rechazaba comprar las golosinas —no llevaba efectivo, jamás llevaba efectivo—, si estaba empeorando o mejorando la situación, aunque fuese mínimamente. Lo más probable era que sus actos no tuvieran ninguna consecuencia directa en el destino de las mujeres que vendían mango y golosinas, porque simplemente pasaban a la siguiente persona, y luego a otra, así, sin parar, hasta que llegaban los polis o alguien los llamaba, y las obligaban a cargar sus carros escaleras arriba hasta el vestíbulo y luego salir del metro. Lo había visto y le había hervido la sangre. Porque, al fin y al cabo, todo el mundo adoraba a las señoras de la fruta y a las señoras de las golosinas. Sus motivaciones eran claras. Estaban trabajando. Ofrecían un servicio para poder comer ellas y alimentar a sus hijos. No había una fuerza motriz más clara en toda Nueva York. Y avergonzarlas, avergonzar el espíritu emprendedor sobre el que Estados Unidos

había construido sus nuevas evangelizaciones, parecía hipócrita y también estúpido porque, en un día de calor, ¿había algo mejor que un trozo de mango recién cortado? ¿Con un poco de sal, un poco de zumaque para darle un toque de acidez? ¿Qué podía curarte si no eso?

Dos chicos delgados con *piercings* en el tabique nasal leían novelas gráficas en los peldaños. Una de aquellas novelas había sido adaptada recientemente a una serie de televisión para una gran plataforma. De punta a punta del andén, la gente suspiraba y se quejaba. Cuando por fin llegara el tren, no habría sitio para todos. Wyeth miró los horarios e intentó calcular cuánto se retrasaría si no subía al tren cuando llegara. La idea de apretujarse en uno de los vagones con toda aquella gente sudorosa lo ponía nervioso.

Seguía llevando mascarilla en el metro. La mascarilla no era exactamente para protegerse del coronavirus. Durante los dos años de pandemia en que había llevado mascarilla a rajatabla, no había contraído ni un resfriado normal ni la gripe. También había notado que sus alergias habían mejorado considerablemente en primavera y al final del verano, si se ponía la mascarilla cuando cortaban el césped o cuando el Departamento de Parques y Zonas de Recreo se ponía a arreglar los jardines. Le gustaba no ponerse enfermo. A veces, la llevaba también al teatro o en conciertos y fiestas a rebosar de gente, y siempre cuando tenía que subirse a un avión.

Pasaba, sin embargo, que a veces la gente lo miraba de forma extraña por llevar mascarilla. Conocía de sobra los vídeos que corrían de altercados públicos violentos ocasionados por las mascarillas, y había un puñado de estados, entre ellos Nueva York, que flirteaban con la idea de prohibirlas por completo con la excusa de la seguridad pública. La mascarilla se había convertido en un foco de tensión en la vida estadounidense, un símbolo de opresión e intromisión del gobierno para algunos, mientras que para otros representaba nada menos que un compromiso con la salud personal y con el bien común. Es decir, se había convertido al mismo tiempo en símbolo de lo antisocial y de lo prosocial. ¿Quién podía olvidar esos vídeos de hombres y mujeres que gritaban, a las puertas de los supermercados, que ellos, por motivos médicos, *no* podían llevar

mascarilla y que sus derechos como ciudadanos estadounidenses se veían anulados por el pánico médico fanático de un gran gobierno aliado con la agenda gay? *Absurdo*, pensaba Wyeth.

Pero, por otro lado, había una paranoia relacionada con el auge de los llamados covid-conscientes. En foros y redes sociales, en vídeos, artículos y mensajes incendiarios, fue tomando forma un movimiento nuevo basado en la idea de que la pandemia no solo «no había terminado», sino que se estaba convirtiendo rápidamente en un pogromo eugenésico con el fin de erradicar a los enfermos crónicos y a los inmunodeprimidos.

Wyeth podía entender el peso moral de ese argumento. Mitigar los riesgos de la salud pública era algo positivo. Sí, todo aquel lavado de manos y aquel gel hidroalcohólico disponible en cada tienda y cada estación de metro *había* sido una especie de teatro higiénico, pero el teatro higiénico había funcionado. Tenía todo el sentido. Llevar mascarilla en el metro. En un avión. Lavarse las manos. Hacerse pruebas si te encontrabas mal, incluso hacérselas con cierta regularidad. No hacía falta vivir en una burbuja para ser consciente del riesgo que implicaba para la comunidad.

Pero de esa línea de pensamiento razonable surgió una especie de «doomerismo» que sostenía que ir a restaurantes, a conciertos o incluso salir de casa equivalía a participar en el genocidio de tus vecinos y tus seres queridos. Con una base moral así, los *doomers* se metieron en internet y envenenaron el discurso sanitario hasta tal punto que mucha gente pasó a considerar toda la idea de una reducción razonable de riesgos como un delirio paranoide.

El túnel se llenó con el resplandor de los focos delanteros del tren y, bajo sus pies, notó la vibración mientras se aproximaba. El aire arrastrado por el tren barrió el andén en una seca oleada que, aunque no era más fresca, sí que parecía ofrecer algo de alivio. Luego llegó el tren, atronador y brillante. Visto a través de las ventanillas iluminadas: una masa inquieta esperando el momento de salir a presión. Luego, el chirrido al detenerse el tren, las puertas, que a duras penas se abrían, y dos corrientes de cuerpos que fluían una a través de la otra: la gente que bajaba y la gente que subía. Detrás, al otro lado del andén, llegó otro tren, el local, y la gente

empezó a moverse en todas direcciones, todos a empellones y atropellos, todos tratando de acceder a su tren o subir a la entreplanta para hacer trasbordo. Wyeth se dejó llevar y, de pronto, se encontró dentro, de pie, con la espalda pegada a una barra, viendo cómo la gente se abría paso a empujones para salir al andén o meterse en el vagón. Las puertas se cerraron. Una chica en el andén golpeó la ventanilla con la mano, como si se pudiera razonar con un tren, y ya se adentraban todos en la oscuridad del túnel, y la luz tenue parpadeó como si fuera a apagarse, pero resistió, y desaparecieron de aquel lugar.



El restaurador tenía su estudio en un adosado del West Sixties que había heredado de su abuela. El restaurador era muy rico, y su negocio era la manifestación de un temperamento excéntrico más que una necesidad real de trabajar para ganar dinero. Había dos tipos de ricos. Los que pagaban demasiado poco y los que pagaban un poco demasiado bien —en ambos casos porque no tenían un concepto claro del valor del dinero—. Evidentemente, uno quería trabajar para este segundo tipo de rico, porque a esos se les podía presionar para que te incluyeran seguro médico.

El restaurador tenía dos ayudantes, un asistente sénior llamado Michel, que era belga, y una asistente júnior llamada Chloé, que era del norte del estado de Nueva York. Los dos eran francófonos, aunque Chloé prefería no hablar francés porque le recordaba a su padre, un obrero del hierro senegalés, estricto y brutal, aunque, cada vez que Michel le hablaba en francés, ella se ablandaba un poco y le contestaba con un tono ligeramente exasperado. Wyeth no estaba seguro de si Michel, al invitarla a hablar francés, ejercía una forma sutil de acoso o si aquello formaba parte de un chiste privado, pero parecían tener una dinámica y una complicidad bastante buenas.

El trabajo de Wyeth consistía, principalmente, en observar y hacer todas las tareas que ellos no querían hacer. Casualidad o no, esas tareas se parecían bastante al trabajo manual, pero no a esos

trabajos más delicados de poner las primeras grapas o clavos o de cortar los triángulos de madera que se usan como cuñas para mantener los marcos en ángulo recto. Últimamente, sin embargo, Chloé le había dejado eliminar un barniz de mala calidad de la superficie de un cuadro y Michel le había permitido retirar el yeso viejo de un marco que les había traído un cliente de Fire Island. Iba abriéndose camino en el mundo y pensaba que quizás en primavera lo dejarían encargarse de los retoques, que por ahora no podía hacer. A veces, Chloé lo llamaba para zanjar discusiones con Michel sobre si un pigmento concreto igualaba o no el tono del original.

El propio restaurador era un pintor finísimo, y tenía una forma de devolver incluso las peores pinturas a lo que una vez habían sido. De un vistazo, sabía lo que una pieza necesitaba y veía desplegado ante sí el proceso exacto con el que podía devolvérsela a su integridad. Era como si viera el cuadro tal como era y, superpuesta a él, la imagen fantasma de su yo más perfecto, que no era una postimagen aunque, claro, sí que sería una postimagen: la imagen de la cosa ya corregida. Wyeth todavía no poseía esa clase de clarividencia.

Sus profesores de pintura le habían advertido de que lo peor que podía hacer por su propia obra era trabajar en restauración.

—Acaba con el pintor que llevas dentro —le habían dicho.

—Deberían llamarlo «domesticación» —había proclamado con asco uno de sus profesores.

El restaurador lo explicaba como una misión de salvamento en la que su trabajo consistía en recorrer los restos del naufragio y encontrar lo que podía salvarse. En sus momentos más románticos, describía la restauración como un acto de traducción, leer la veta y la textura de la intención del artista y localizar los recursos que habría usado y las decisiones que habría tomado, y llevar todo ese entendimiento al presente, a las decisiones que ellos estaban tomando en ese momento para lograr no exactamente los mismos efectos, sino unos que, en conjunto, consiguieran algo semejante a lo que el artista habría hecho. No era una sustitución ni una réplica, sino una aproximación —siempre humilde, decía el restaurador.

En todo caso, en sus momentos menos benévolos, Wyeth culpaba a su trabajo en el estudio del restaurador de su falta de tiempo para

la pintura.

Aquel día, cuando llegó Wyeth, el recibidor estaba saturado de vapor. Música desde el segundo piso: un vals. Golpes amortiguados en la cocina. Encontró a Michel tirando una pastilla de expreso usada a la basura. Los ventanales nacían a la altura de la encimera y llegaban hasta el techo. Los habían dejado abiertos, seguramente esperando un chaparrón que refrescara el ambiente, chaparrón que no se había materializado. En el jardín, el restaurador hablaba con Chloé y con una mujer a la que Wyeth no reconocía. La luz en el jardín era ese mismo plateado opaco que había bañado la ciudad durante todo el día. Michel puso en marcha el molinillo, y los tres miraron hacia la cocina. El molinillo fue apagándose poco a poco.

Michel colocó el café en la máquina. Era algo más bajo que Wyeth, de piel muy rojiza: desde los rizos pelirrojos hasta las pecas que le salpicaban las mejillas y el cuello. Se había remangado hasta los codos la camisa Oxford blanca. Tenía manchas de pintura en los pantalones negros. En la cocina hacía calor.

—Fuera se está peor que aquí —comentó Wyeth—. Deberíamos poner el aire.

—Eso mismo he dicho yo.

—¿Quién es?

Michel accionó la palanca de la máquina, que comenzó a zumbar ruidosamente.

—Quiere que echemos un vistazo a unos dibujos —contestó—. Yo le he dicho que eso no es lo que hacemos aquí, pero ha insistido. Ahora se lo está diciendo él. Tienen a un conocido en común.

La mujer, de unos cuarenta, era delgada y pálida, con el pelo oscuro en un elegante corte *bob*. Llevaba un mono estampado de tela ligera y estaba sentada con las piernas cruzadas, mientras asentía con la cabeza a lo que fuera que el restaurador le estuviera diciendo. De vez en cuando, la punta del lápiz de Chloé se movía.

Michel sirvió el café y añadió un chorrito de leche entera. Wyeth frunció el ceño.

—¿No eras belga? —preguntó Wyeth.

—¿Y?

—¿Leche en el expreso?

Michel se encogió de hombros.

—Cuando me he ido, estaban hablando de la Bienal. ¿La has visto?

—No —confesó Wyeth—. Me han dicho que fue un aburrimiento.

—Sí, siempre es aburrida. Por lo visto, esta era aburrida y además bastante mala.

—¿Mala tipo arte esnob o mala de verdad?

—Mala de verdad —dijo Michel—. Se están planteando cambiar las normas del comité de selección.

—*Comme d'habitude* —dijo Wyeth.

—*Ah, bien* —Michel se echó a reír—. *Ouais, c'est ça*.

Siempre corrían rumores sobre cambiar las normas del comité de selección. Cuotas de diversidad, pero también cuotas de equidad. Marcos de representación, pero también que no pareciera tokenismo. Pero también, pero también, pero también. Nadie quería admitir que había algo discreta, raramente esencialista en el enfoque contemporáneo de la identidad. A Wyeth le parecía una tontería que, para reparar siglos de marginación y abuso basados en un sistema racista que reducía a todos los individuos a un conjunto de características burdas, el liberal contemporáneo hubiera acudido a un sistema racista que reducía a todos los individuos a un conjunto de características burdas. Habría sido más simple que todos los implicados admitieran que lo que necesitaban, lo que en realidad querían, era un sistema de cuotas raciales, y luego podrían haberse puesto a trabajar. Pero nadie podía admitir eso porque habría estado «mal». O, como mínimo, de una corrección racial dudosa. El trabajo tenía que hacerse en secreto, con comités y criterios y selección y curaduría, y, solo después, con larguísimas declaraciones sobre la exclusión de grupos marginados: era todo tan aburrido y la pintura era tan fea.

—Anoche fui a lo de MangoWave —dijo Wyeth.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tal?

—Lo que te imaginas.

—¿Es verdad que todo es propaganda de *sugar babies*?

—No me atrevería a decir que sea *solo* eso, pero es una lectura posible del mensaje.

—A mí, personalmente, me parece estupendo que estén

recuperando el mecenazgo a la vieja usanza —admitió—. Donatello estaría follándose a yogurines y poniéndose hasta arriba de ketamina pagada con dinero oscuro si viviera hoy.

—Probablemente sí —dijo Wyeth—. ¿Qué necesitas que haga?

—El sistema de ventilación está lleno de polvo, así que puedes empezar por ahí. Los pesos no los devolvieron a su sitio y siguen en la mesa caliente, así que eso también. Y hay algo raro en la gelatina de pescado. Creo que alguien ha metido un pincel sucio. En cualquier caso, da asco y necesitamos un lote nuevo.

—O sea, se me viene un marrón encima.

Michel alzó la taza a modo de brindis.

—Gracias por tus servicios.

Wyeth hizo el saludo militar.

Los tres que estaban en el jardín se levantaron y se dieron la mano. El restaurador condujo a la mujer hacia el despacho. Chloé cruzó la cocina.

—¿Y bien? —preguntó Michel.

—Vamos a echarles un vistazo. Se los traerá a finales de semana.

Michel arqueó las cejas. Chloé negó con la cabeza.

—Yo no he decidido nada.

—Aun así, es raro —admitió Michel—. Mucho.

—No servirá de nada —dijo ella—. Seguro que está aburrido.

—Temporada baja.

—Exacto.

Chloé se dispuso a prepararse su propio expreso, y Wyeth se preguntó si estorbaba. Murmuraban en francés. Lo esencial de su conversación estaba en los gestos y las miradas, como si hubieran aprendido a comunicarse bajo vigilancia. Quién sabía lo que guardaría el restaurador detrás de sus jarrones y dentro de sus marcos. Podría tener una grabación completa de todo lo que ellos dos se habían dicho en aquella casa. Chloé tomó el expreso junto con un chorrito de agua con gas servido en un vaso pequeño. Se los bebió ambos de un trago y sacudió el cuerpo.

Podían oír la conversación que llegaba de la habitación al final del pasillo. Más murmullos. La puerta principal se cerró, se oyeron pasos en el pasillo y luego la voz del restaurador:

—Un expreso para mí también.

CAPÍTULO CINCO

El nombre de restaurador era de vieja alcurnia: Olin-Noah Vanderhaven. Él en sí no era viejo, solo tendría unos cuarenta y cinco. Michel y Chloé no comentaban de dónde venía el dinero de los Vanderhaven, lo cual le confirmaba a Wyeth que el origen de ese dinero era tan viejo y abundante que mencionarlo habría sido a la vez irrelevante y de una grosería descarada. Chloé le había dicho muy pronto, en su primera vez en la casa, que, si uno hablaba alguna vez del dinero delante de gente que tenía el dinero, entonces jamás podría llegar a poseer ese dinero. Algún día podía llegar a ser rico. Algún día podía llegar a ser famoso. Pero nunca llegaría a poseer *el dinero*, uno tan abundante como para volverse indescriptible, con su propia cualidad de luz y brillo. El Nuevo Dinero hablaba a gritos, el Viejo Dinero hablaba en susurros, pero *el dinero* nunca hablaba.

El taller estaba en la parte trasera y había sido en su día un pequeño salón de baile y dos *petit salons*. Debajo tenían la maquinaria más técnica y, arriba, habían reconvertido una *suite* en sala de trabajo para los detalles más delicados, porque gozaba de una luz maravillosa y quedaba lejos de las vibraciones de las sierras y de los martillazos de los refuerzos. El despacho se usaba para recibir a los clientes y para los descansos. Olin-Noah vivía en el adosado contiguo, en lo que él llamaba sus «apartamentos», como sacado de una novela de Henry James. Wyeth nunca había visto esos apartamentos, pero Chloé y Michel sí, y eso los señalaba como elegidos de un modo en que él todavía no lo era, aunque quizá pudiera llegar a serlo si lograba quedarse allí, algo que tampoco tenía claro.

Wyeth se puso con el marrón que le habían asignado. Las cuatro pesas de hierro fundido y la garrafa de bolas de acero seguían sobre

la mesa caliente, donde colocaban las bombas de vacío para aplanar e impregnar los cuadros con adhesivo o sacarles la humedad. Raro. No hacían falta pesas si el cuadro ya estaba estirado bajo una bomba de vacío; pero la mesa caliente quedaba cerca de otra de las mesas con ruedas que usaban para transferencias o almacenaje temporal, y sobre esa mesa había un par de mantas de fieltro blanco que utilizaban para evitar que quedaran marcas en los cuadros. Michel había hecho un trabajo deprisa y corriendo y no había recogido nada la noche anterior. Había apagado la calefacción, pero había dejado el aire puesto. Wyeth tocó el compresor y lo notó muy caliente. Quitó la bolsa de la aspiradora de serrín y la llevó al jardín. Se puso una mascarilla blanca que llevaba en el bolsillo trasero y vació el polvo de madera en un saco de arpillera que guardaban en el cobertizo.

Llevó las brochas sucias al taller de arriba, porque allí había fregadero. Chloé trabajaba en un cuadro de una monada de niña tumbada sobre una alfombra. La pintura, de autor desconocido, les había llegado a través de una familia de Houston. Cuando lo limpiaron por primera vez, la habitación olió a tabaco durante dos días. El cuadro no valía gran cosa salvo para la familia a la que pertenecía, que no era lo mismo que carecer de valor, y eso él lo sabía.

Cuando Wyeth hubo lavado y secado las brochas, se quedó un momento observando cómo Chloé se movía con rapidez por la paleta, mezclando un tono carne rosado y cremoso para reemplazar parte del pigmento perdido en la cara del bebé. Cuando llegó el momento de aplicar la pintura, mantuvo la mano firme y dio en el blanco. Aquello era un trabajo muy curioso. Poner la cantidad justa de color con el ángulo adecuado para que, desde lejos, la reparación se fundiera con el conjunto de la pieza. Era un trabajo metódico, pero conservaba algo de la ilusión del acto de pintar. A Wyeth le gustaba mirar sus manos, el momento en que pasaban de rápidas a lentas y luego se quedaban quietas; y después, la seguridad con la que aplicaba la pintura. Llevaba el pelo recogido en un moño que le dejaba la nuca a la vista. La luz mortecina convertía sus cabellos sueltos en hilos plateados. Tenía la postura naturalmente encorvada

de quien ha pasado muchísimo tiempo ante el caballete, pero sus codos eran angulosos y sus manos, perfectas en la forma como sujetaban el pincel.

—¿No tienes trabajo que hacer? —preguntó sin mirarlo.

—Admiro tu técnica —repuso él.

—Pues admírala en otro sitio. —Se echó a reír al decirlo—. Pero, si vas a quedarte ahí de sombra, ¿puedes traerme más agua, por favor?

Wyeth tomó la jarra grande de la mesita auxiliar y la bajó a la cocina. Sacó agua del dispensador de la nevera. En el despacho sonaba música. *Schumann*, pensó Wyeth. Parecido a Chopin, pero menos colorido. Aunque, al escuchar un poco más, se dio cuenta de que no era Schumann, en realidad. Era la banda sonora de una nueva película que había visto con Bernard. Sonaba a Schumann, lo cual tenía su gracia. No se le había ocurrido que Schumann fuera el antepasado de cierto tipo de minimalismo contemporáneo vago. Pero estaba todo ahí. La sobriedad. El trasfondo romántico. La melodía sencilla que cambia en sutiles inflexiones emotivas. Schumann había dado a luz a la banda sonora del cine del siglo XXI.

Olin-Noah apareció por la esquina con un vaso grande en la mano. Lo sostuvo hacia Wyeth, que lo llenó poco a poco con la jarra.

—Gracias. —Luego se apoyó en la encimera—. ¿Qué tal vas?

—Bien —dijo Wyeth—. Creo.

No habían hablado mucho desde que Wyeth había empezado a trabajar allí el año anterior. Se habían visto en la entrevista, que fue breve, e intercambiado algún que otro correo electrónico, pero casi no charlaban. Michel y Chloé eran quienes le daban instrucciones directas. Olin-Noah se recogía el pelo rizado con una pinza. Tenía los ojos marrones, moteados de avellana, y unos colmillos inusualmente pronunciados. Apartó la mirada.

—Bien, bien —dijo—. Eso está bien.

La jarra estaba fría y resbalaba por las manos de Wyeth. La dejó en la encimera y los ojos de Olin-Noah siguieron el movimiento hasta verla apoyada sobre el mármol. Wyeth la levantó y la colocó sobre un paño de cocina, a lo que Olin-Noah asintió con un gesto de aprobación.

—Tal vez nos llegue algo a lo que tengamos que echarle un vistazo —continuó—. Unos dibujos. Puede que ya lo hayas oído.

—Sí —respondió Wyeth—. Es bastante guay.

—No sé —dudó él—. Estas cosas pueden dar bastante guerra.

Wyeth asintió.

—¿Tienes planes para el verano? —preguntó Olin-Noah.

—No muchos. Supongo que aquí y en la galería.

—La galería —repitió despacio Olin-Noah. Wyeth estaba a punto de recordárselo, pero entonces añadió—: Ah, sí. En Chelsea. ¿Te gusta?

—Sí, es divertido. Interesante. Ahora tenemos una buena exposición, de hecho.

—Sí, la vi la otra noche. Era muy especial.

Wyeth se rio.

—Sí, podría decirse que sí. Pero bueno, la plantilla estará bajo mínimos durante el próximo mes o así. Una pausa, ya sabes.

—Sí —dijo Olin-Noah—. Conozco bien esa pausa. Podría venir bien.

—Si tuviera planes, tal vez —confesó Wyeth—. Tal como están las cosas, me limitaré a matar el tiempo.

—Bueno. Si al final entran esos dibujos. Pensaba, de hecho, que podrías sumarte a la parte de investigación. Métodos de archivo para este tipo de piezas. No es mi especialidad, pero he dicho que les echaríamos un vistazo y, si es viable, quizá tú podrías… Ayudar.

Wyeth se irguió un poco más.

—¿En serio? Sí. Me encantaría.

Olin-Noah asintió, examinando la urdimbre y la trama del paño de cocina.

—Bien. Bien. Estaría bien.

Se llevó el vaso al despacho y cerró la puerta. La música se desvaneció. En voz baja, Wyeth imitó a Olin-Noah:

—Bien. Bien. Estaría bien.

Luego subió la jarra hasta la planta donde se encontraba Chloé.

—Parece que voy a investigar para vosotros.

Ella dejó de trabajar para mirarlo por encima del hombro, primero con el ceño levemente fruncido. Pero enseguida sonrió.

—Le dije que nos vendrían bien un par de manos. Es una buena manera de empezar a tener tablas.

—Qué detalle.

—Si la cagas, es cosa tuya —añadió.

—Entendido, jefa.

Se sentía mareado y contento. No se trataba de un gran acontecimiento en sí mismo, no en el vasto esquema de todo lo que sucedía en el mundo. Pero era un gesto bonito lo que ella había hecho por él y lo que Olin-Noah estaba haciendo por él. No era la primera cosa bonita ni la más bonita que alguien hubiera hecho nunca por él. Pero, tras largos semanas y meses en los que le habían sucedido cosas no muy agradables, sentaba bien recibir un pequeño gesto amable. Le rellenó el vaso de agua a Chloé y dejó la jarra en la bandeja de madera. Ella apoyó el pincel en la paleta y se secó el sudor de la frente.

La escasa luz del cielo entraba por la ventana. Pero no bastaba con ello. La brisa no bastaba.

Chloé se puso frente al ventanal y bebió un trago de agua, mirando hacia el jardín.

—Cuando se pone así —dijo— y no hay nada que hacerle… es la miseria más absoluta.

Wyeth resopló en señal de acuerdo. ¿Cómo había podido salir a correr con este tiempo? Ahora le parecía la cumbre de la estupidez. Decidió que no saldría al parque a la mañana siguiente si no llovía por la noche, pero también sospechaba que acabaría saliendo, aunque no lloviera, porque no podía permitirse romper el hábito de correr. Le costaba demasiado mantenerlo y estaba intentando hacer las cosas bien con el bienestar de su cuerpo. Se esforzaba mucho por aferrarse a costumbres sanas. Pero, al pensar en la palabra «sana», sintió un cosquilleo en las encías, y le vino a la boca el sabor del cigarrillo que quería fumarse justo en ese momento.

—Voy a bajar —anunció—. Avísame si necesitas algo luego.

Ella asintió, pero no se giró para verlo salir.

En el jardín, Wyeth se fumó dos cigarrillos. Uno tras otro. ¡Le estaban dando una oportunidad! ¡De hacer algo! Trabajo de verdad. Procuró no precipitarse demasiado, no planear ya el siguiente proyecto y el siguiente que quizá le encargaran si lo hacía lo suficientemente bien. Era peligroso dar por sentados los futuros

resultados. Se obligó a concentrarse en el placer del cigarrillo que se consumía entre sus dedos y en el aire denso que lo envolvía. Se concentró en el lomo ondeado del insecto negro que trepaba por la mesa de hierro del jardín. Se concentró en las hormigas rojas que subían por las patas de las sillas. Se concentró en cómo se le extendía el calor por el paladar y en el crujido del filtro al contacto con los labios. *Estate aquí*, se recordó. *En este momento. Este instante es lo único que se te ha dado. Solo esto. Solo esto*.

Cuando se hubo calmado, leyó un extenso artículo sobre una oleada de las llamadas leyes gatillo que habían entrado en vigor con la sentencia Dobbs. El artículo explicaba que una ley gatillo no era más que una ley que no se podía aplicar, pero que podría volverse aplicable si se daban las circunstancias adecuadas. En el caso del aborto, más de una docena de estados habían aprobado leyes que prohibían el aborto en distintos grados, ninguna de las cuales podía aplicarse por la autoridad superior del caso Roe contra Wade. La aplicabilidad de esas leyes quedaba entonces supeditada a la derogación de Roe: en esencia, eran leyes gestuales, hipotéticas, y su poder provenía de una realidad de fondo que todavía no se había materializado. Pero, si llegaba a materializarse, esas leyes pasarían del mero ámbito del gesto al ámbito de lo real.

De modo que, cuando se anunció la sentencia Dobbs desde el Tribunal Supremo, no solo se tumbó la de Roe, sino que se impuso una nueva realidad que, de repente, convirtió esas leyes en ejecutables. Con efecto inmediato.

Wyeth se imaginó un apagón en cadena que sorprendiera a la gente a mitad de sus vidas cotidianas, una oscuridad repentina que se abatiera sobre ellos y convirtiera sus actos en sospechosos desde el punto de vista legal, o incluso en ilegales, peligrosos.

El artículo no entraba en los pormenores de cada ley, pero sí llevaba a enlaces con explicaciones y resúmenes. Una de las leyes en Texas venía a decir que una mujer que saliera del estado para abortar podía ser detenida al regresar o incluso detenida en un estado donde el aborto fuera legal y extraditada de vuelta a casa. A Wyeth, la ley le recordaba a las normas que se habían utilizado para rastrear a esclavos fugados. Algunas de las leyes eran brutales a su

manera: prohibían el aborto en todos los casos y circunstancias. El verdadero objetivo de la ley parecía una forma de crueldad idiota, tan desconectada de la vida como las propias leyes gatillo lo habían estado mientras eran meramente hipotéticas.

Wyeth sintió náuseas al leer esos resúmenes. Náuseas porque podía ver a la vez el pasado y el futuro. Se estaba construyendo y perfeccionando una gran máquina legal, una gran máquina que iba a matar a muchísima gente y que sería casi imposible de desmantelar. La humanidad siempre había estado construyendo ese tipo de máquinas, era cierto. Pero ahora podían ver lo que estaban haciendo, y eso era peor, mucho peor.

Pasó a leer sobre los incendios en el Oeste. El humo asfixiaba las tierras secas del norte de California y del sur de Oregón mientras una serie de fuegos descontrolados abrían surcos profundos en dirección a los valles, como dos ejércitos marchando uno contra otro. El mapa mostraba los frentes del fuego enlazados en una serie de proyecciones, y le parecía que la situación podía empeorar muy deprisa. Ya circulaban historias de pueblos sorprendidos y arrasados por el fuego en cuestión de horas.

La madre de Wyeth, Margaret, residía en el norte de California. Vivía y trabajaba en un viñedo con su segundo marido y los dos hijos pequeños de él, unos niños rubios llamados Micah y Samson cuya madre había muerto cuando eran unas criaturas. Al principio, Margaret se había ofrecido a ayudar en la casa porque el padre era un inepto como cuidador. Luego empezó a quedarse a dormir, y no mucho después se casaron. Su madre era casi veinte años mayor que su nuevo marido y ahora era madre otra vez, cuando se había pasado buena parte de la infancia de Wyeth repitiendo lo mucho que no quería ser madre en absoluto.

Publicaba fotos de sí misma y de los dos niños con pies de imagen larguísimos escritos por el marido sobre cómo encontrar el amor en medio de la tragedia y cómo ella llegó a sus vidas y crio a esos dos chicos como si fueran suyos. Ella y su marido —Wyeth no pensaba en él como un padrastro— tenían seguidores en las redes sociales gracias a sus publicaciones sobre la vida en el campo y los remedios naturales. No era exactamente una mamá *influencer*, pero se movía

en ese ecosistema.

Nunca mencionaba a Wyeth en sus publicaciones. Nunca mencionaba ningún otro aspecto de su vida anterior, salvo para decir que había sufrido muchísimo antes de encontrar a su nuevo marido, el amor de su vida, su «hombre».

A Wyeth se le ocurría que tanto él como su madre habían salido de esa vida anterior —su vida en común— y ahora se movían por el mundo exactamente del mismo modo: fingiendo que aquello nunca había sucedido.

Pero, por supuesto, había sucedido. Toda su infancia la habían pasado su madre y él en una casa prefabricada en un *parking* de caravanas a unas dos horas al sur de donde vivían sus abuelos, cerca de Charlottesville. Como su madre era blanca, habían vivido en un *parking* de caravanas para blancos, pero él iba a la escuela de negros porque era un poco mejor, y usaban la dirección de su tía. Fueron años de pasar hambre. Su madre no ganaba suficiente y a la familia de su padre ella no le caía lo bastante bien como para colaborar. Como resultado, vivían de lo que sacaban del banco de alimentos y de perritos calientes hervidos dos veces al día. Comida y desayuno gratis durante el curso escolar, y salchichas Vienna y galletas blancas en verano, cuando no lo mandaban con sus abuelos y sus primos por parte de padre. Cuando su madre volvía de trabajar, se duchaba durante hora y media, tiempo durante el cual Wyeth jugaba fuera. Luego le servía los perritos calientes hervidos y, a veces, *ramen*, y lo mandaba a jugar a su habitación, advirtiéndole que no armara jaleo porque le dolía la cabeza.

Había hombres. Blancos. Negros. A veces hispanos. Los hombres dejaban billetes doblados con cuidado sobre la mesa de la cocina o traían cajas de fruta del puesto de productos frescos o de la parte de atrás de la furgoneta de alguien en el aparcamiento del Dollar General. Era una especie de sistema de trueque. Los hombres venían, se quedaban un par de horas y fumaban cigarrillos en el porche con su madre hasta que sus hijos, enviados por sus esposas, venían a recogerlos. Y, entonces, los hombres se levantaban, se desperezaban, suspiraban y tiraban la colilla a la oscuridad. A veces, le daban unas palmadas a Wyeth en la cabeza y le decían:

—Nos vemos, jefe.

Wyeth recordaba, sobre todo, el hambre y el agua gris de la bañera. Recordaba jugar con sus primos en casa de su tía, donde tenían el jabón bueno, la tele por cable y comida suficiente. Recordaba cómo sus tías fruncían el ceño cuando le pasaban la toalla por la nuca, se la ponían delante de él y decían: «Tu madre no anda bien». Entendió, entonces, que aquello le debería de dar vergüenza, pero no sabía por qué.

Debió de ser muy duro para Margaret criarlo sola, con tan poca ayuda y tanto resentimiento. Pero él había sido un niño. Su niño. Y tampoco había resultado fácil para él. Cuando ella desapareció prácticamente antes de que él hubiera tenido tiempo siquiera de graduarse, tuvo que rellenar la FAFSA[*] él solo. No sabía qué poner para la fecha de nacimiento de ella. Ni para su número de la seguridad social. Cuando se lo preguntó a sus abuelos, dijeron que no lo sabían.

La gente que le deseaba lo mejor a su madre en redes sociales y que alababa sus cuidados maternales y su fortaleza probablemente cambiaría de parecer si supiera de su existencia. Por eso, seguramente, no decía nada de Wyeth. O quizá la celebrarían por su tesón. Wyeth no sabía qué opinión le parecía más repugnante.

Aun así, había incendios en la zona donde ella vivía, y se preguntó si no debería intentar averiguar si corría un peligro inmediato. Pero sabía que ella volvería a soltar un suspiro, y no soportaba la idea de esa fatiga santurrona y fulminante con la que solía tratarlo de estúpido e ingenuo. ¿Cómo podía ser tan cariñosa con esos dos niños y, sin embargo, mostrarse tan impaciente con él? Margaret lo consideraba como alguien que le había robado una parte de la juventud y quizás eso fuera más difícil de perdonar.

No le escribió a su madre.

Pero sí miró su perfil para ver una publicación reciente sobre cómo hacer miel y dejar que parte de la finca se asilvestrara para las abejas. Nada sobre los incendios. Decidió que eso era una buena señal.

Luego, Wyeth revisó un par de webs para ver si habían salido ya

reseñas de la exposición de MangoWave. En una de ellas había una crítica larga y deslumbrante, llena de referencias a Alice Neel y David Hockney, y el habitual intento de crear una jerarquía de estilo y de gusto dentro del propio colectivo. A Wyeth le resultó tedioso, porque sí, algunos de ellos eran mejores pintores, pero tenían una visión tan cohesionada que no tenía mucho sentido ponerse a discernir quién era mejor que quién. Era semántica. Toda su obra daba la impresión de ser un largo efluvio de una sola mente con TDAH: dispersa en temas, pero con un mismo aire general, y, como no eran especialmente detallistas, no había gran cosa que analizar más allá de la obviedad de los temas.

El artículo era superficial en su análisis, prolijo a pesar de ser tan breve, y tenía un tono desesperado y pomposo que Wyeth reconocía como propio de un recién graduado de Bellas Artes que era malo pintando, pero que aún no había aceptado ese hecho. Mucho lenguaje exuberante sin sustancia. Forma sin contenido, sin una idea que la animara salvo la profusión vertiginosa del propio lenguaje. Eso podía convertir a alguien en escritor, quizás incluso en poeta, pero no en crítico. Que era la peor cosa que uno podía ser después de restaurador, según los profesores de Wyeth. Al menos los restauradores seguían en contacto con el arte. Haciendo arte. La crítica, bueno, era frustración armada contra el propio fracaso indirecto, una actividad para mentes obtusas e inteligencias menores.

La reseña del *Times* era más comedida. La crítica tenía un estilo agradable y accesible. No tan jocoso como Greenberg ni tan desbordante y erudita como Schjeldahl, pero, aun así, muy buena. Comentaba que la exposición contenía destellos de lucidez y que sus momentos más logrados eran los más ambivalentemente melancólicos, como si estuvieran a la sombra en un día de verano. Sus momentos más flojos, que constituían la mayor parte de la muestra, tenían que ver con la estrechez del lenguaje, la opacidad de su intención. Parecía un espectáculo sintonizado con una ironía de alta frecuencia accesible solo para ciertos bloques del centro de Manhattan y para algunas partes de Brooklyn. Pero la crítica añadía que eso no era del todo malo. Determinadas escuelas de pintura

siempre habían sido estrechas de lenguaje, creadas para audiencias pequeñas, y que aquello podía ser la manifestación contemporánea de aquella estrechez. Una exposición con algo de sentimiento, pero finalmente decepcionante por la escasez de sus propias ambiciones. «Mejor descrita que experimentada», concluía.

Pegó el enlace del artículo del *Times* en el buscador de una red social para ver si alguien lo había compartido o comentado. Había unas pocas publicaciones, en su mayoría de cuentas de agregadores de contenido y bots. La reseña positiva sí que había sido muy compartida, con pies de foto entusiastas y alguna que otra pulla hacia MangoWave. Wyeth recorrió el *feed* y vio que varias cuentas que seguía habían publicado hilos privados sobre el artículo negativo, en los que decían que no querían armar nada, pero que hacía algunos buenos apuntes. Había capturas de pantalla y alusiones a «debates» por todas partes, y Wyeth se dio cuenta de que gran parte de aquello se había originado a partir de la reseña del *Times*.

Aparecían las habituales acusaciones de racismo, colonialismo, homofobia. Acusaciones de propaganda occidental y afirmaciones de que todo el arte estadounidense era una operación de la CIA. Uno de los miembros de MangoWave había subido una captura del titular del artículo con un simple comentario: «LOL».

A menudo, pasaba que la gente intentaba sortear la crítica honesta acusando al crítico de tener la mirada de una persona blanca. No ayudaba el hecho de que la mayoría de los críticos fueran, de hecho, blancos. Tampoco ayudaba que esos críticos citaran a artistas blancos y a otros críticos blancos al hablar de arte. Ni ayudaba que los marcos teóricos —marxismo, teoría del afecto, estética relacional, psicoanálisis— que incluían en la discusión procedieran de ensayos elegantemente escritos publicados en revistas de mayoría blanca. Parecía un timo, aunque no lo fuera. Cuando se daba la vuelta al argumento, como habían hecho los *new critics*, diciendo que lo que importaba era el arte en sí, el encuentro con la «cosa», entonces se los acusaba de sostener un proyecto imperialista neoliberal de la CIA a través del Taller de Escritores de Iowa. Y así es como se fue difundiendo la cosa en internet, en revistas, en bares, en clubs, en

las esquinas de Manhattan, Brooklyn y Queens: toda la procesión de la élite cultural y mediática, la *demimonde* moribunda y maldita de artistas, galeristas y creadores de gusto que se señalaban con el dedo y clamaban: *J'accuse!*

Cuando en realidad, la principal y única pregunta que había que hacerse —la más humilde de todas— era si al crítico le había gustado lo que había visto. Y, si le había gustado o no, si lo había entendido. Si había visto la cosa, de verdad. Y si podía describirla. Sus impulsos subyacentes. Su sentimiento profundo. Si se había logrado algo.

Frente al «tu crítica es racista», la única réplica necesaria era: «¿Pero el arte era bueno? ¿Era interesante?».

A Wyeth lo irritaba cuando la gente cedía el terreno de la conversación a acusaciones fuera de lo común. Era aburrido. Le dio pena la mujer que había publicado la crítica del *Times* y que ya había desactivado sus redes.

A diferencia del resto de la casa, la sala de trabajo estaba helada. Michel estaba inclinado sobre una de las mesas mientras planchaba adhesivo sobre un lienzo y deslizaba un peso detrás de la plancha para asegurarse de que la tela quedara plana. Tarareaba el Schumann que no era Schumann de antes. En el ordenador del rincón, Olin-Noah examinaba imágenes en alta resolución del cuadro de arriba.

Wyeth miró por encima de su hombro, a lo que Olin-Noah frunció levemente el ceño y sacó una silla para que se sentara. Las imágenes eran, de hecho, de la restauración de Chloé. Debía de haberlas tomado después de que Wyeth se marchara. Mostraban la cara del bebé con una delicada red de grietas que recorrían el cuadro de arriba abajo. Olin-Noah tenía dos archivos abiertos, y Wyeth dedujo que eran el antes y el después. Se apreciaba bien la diferencia: el barniz viejo y el polvo habían desaparecido. El pigmento era visiblemente más claro. En la imagen antigua, con esa ampliación, se podía percibir motas de polvo y restos; telarañas

apelmazadas en grumos grises bajo la pintura suelta y jirones desgastados en la tela. El deterioro no era demasiado grave. El cuadro tenía solo unos cincuenta años. Pero había llevado una vida dura. Se veía el amarillo de la nicotina. Y también la mala pincelada en el bebé de mirada apagada. Los remolinos de pintura gruesos, propios de un aficionado, en el fondo.

La pieza era hortera.

—¿Por qué aceptamos esto? —preguntó Wyeth.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es muy bueno.

—¿Crees que deberíamos conservar solo lo que es bueno? —Olin-Noah lo miró con una sonrisa pícara y un tímido aire desafiante en los ojos—. ¿O deberíamos dar lo mejor de nosotros con cada pieza que nos llega?

—No sé. Es que no es muy buena. Ni muy emocionante.

—Sí, pero esto lo hizo alguien. Y ese alguien le importa a alguien. Y nos han pedido que lo devolvamos a la vida. ¿No merece la pena hacer eso?

—Pero si es… o sea, lo entiendo. No es que no tenga valor. Pero nuestro esfuerzo podría haber ido a algo más… importante.

Olin-Noah asintió, y luego se encogió de hombros.

—Creo que a veces hacemos cosas simplemente porque nos parecen divertidas.

—¿Esto te parece divertido?

—Creo que sí. Míralo. Es tan feo.

Wyeth rio.

—Eso sí. Es innegable.

El bebé los miraba con sus manitas rollizas y su boca húmeda.

—No todos los cuadros son un Rembrandt. O tu querido Sargent. Y puede que ni siquiera al propio artista le importase esta pieza. No lo sabemos. Pero sí sabemos que alguien nos ha pedido hacer lo que hacemos. ¿Y deberíamos hacer un trabajo mediocre porque hemos decidido que esta pieza no es *importante*? No es nuestra función.

Olin-Noah volvió a examinar el trabajo de Chloé. Se detuvo en los añadidos del rostro, que siempre eran lo más difícil de restaurar. La cara, los ojos, la boca, las manos. El ojo reparaba de forma natural

en esos lugares de reconocimiento humano: si arruinabas la cara, arruinabas todo el cuadro.

—Tiene un talento increíble —comentó—. Un trabajo impecable.

Wyeth silbó mientras Olin-Noah movía el cursor, mostrándole cómo Chloé había escondido sombras y luces para disimular sus pinceladas. Cómo había creado una nueva textura que encajaba con la antigua y había conseguido integrarlo todo. Era asombrosa en un terreno donde tantos fallaban.

Michel se acercó a mirar.

—Esa es mi chica —dijo. Luego, entregándole a Wyeth unos guantes de nitrilo—: ¿Puedes hacerme unas diluciones?

Wyeth llevó el agua esterilizada a la campana de extracción. La vertió en el frasco oscuro y, después, sacó el etanol puro. Lo vertió también en el frasco con ayuda de un embudo. La campana zumbaba con fuerza, aspirando el olor del etanol. Unas gotas cayeron sobre los guantes, y Wyeth sintió el frío al volatilizarse el alcohol. Cuando terminó la primera dilución al 90%, marcó el frasco y lo dejó a un lado. Luego sacó otro frasco oscuro e hizo una segunda dilución al 70%. Después, una al 60%. Y la más débil al 30%. Wyeth apagó la campana y colocó todas las diluciones en la estantería. Michel tomó inmediatamente la del 90%. Aquellas diluciones no se usaban para limpiar cuadros: la mínima cantidad de agua podía precipitar los metales del pigmento. Servían para desinfectar y limpiar superficies y herramientas después de trabajar.

Michel tenía una obsesión especial con esto desde la pandemia y no le gustaba usar sus herramientas en varios cuadros a la vez. Había toda una pequeña mitología en torno al asunto. Una vez había propagado por accidente una floración bacteriana que se había estado gestando en la tela de un cuadro y la había inoculado en otro, y juraba que aquello había sido consecuencia directa de una mala limpieza. Las bacterias se habían instalado durante las primeras semanas de la pandemia y, cuando volvieron al estudio, aquello se había convertido en una masa anaranjada y rezumante sobre el lino viejo. Cuando le contaron la historia a Wyeth, al principio creyó que era una broma, imposible. Pero Michel le enseñó una foto y, efectivamente, había algo creciendo sobre el lino y la tela, y no tuvo

más remedio que creerlo. Aun así, lo más probable es que fuera un hongo y no bacterias, pero Michel no se dejaba convencer.

Cuando terminó con las diluciones, Wyeth preguntó si podía irse ya. Olin-Noah levantó la vista y asintió.



Wyeth compró un bocadillo en el Morton Williams de Broadway y entró en el parque. Algo había perforado la humedad y aligerado el aire.

Se sintió aliviado, aunque inquieto, porque la caída repentina de la presión le hizo pensar que se avecinaba una tormenta. Wyeth se sentó en una formación rocosa elevada, desde donde veía a un grupo de personas jugando a un partido de sóftbol en un extremo del campo y otras tomando el sol en el otro. Los edificios se alzaban alrededor, asomándose como gigantes de algún otro mundo.

Wyeth había empapado el sándwich de vinagreta. Cerró los ojos y se puso los auriculares. Escuchó la grabación de 1956 de Rubinstein del *Concierto para piano n.º 2* de Rajmáninov. La larga y melancólica apertura del segundo movimiento: el piano avanzando con cuidado al principio, tanteando el camino, desplegándose poco a poco bajo las maderas, ganando seguridad. Estaba ese doble gesto tan reconocible, la melodía fantasma de *All by Myself*, que Eric Carmen había robado a Rajmáninov para crear lo que, en manos de Celine Dion, acabaría convirtiéndose en una de las grandes baladas de poder de todos los tiempos. No era el pasaje más bello de todo el Rach 2, solo el más infantil, lo cual tenía sentido. Si uno saquea las grandes piezas para convertirlas en canciones pop, probablemente busque algo simple, tarareable. Algo que divertía a Wyeth era que cualquiera que aprendiera hoy a tocar el Rach 2 lo hacía con Celine Dion rondándole por la cabeza, y se les notaba, porque tendían —casi sin poder evitarlo— a alejarse de esa línea melódica o a subrayarla. Pero, cuando escuchaba a Rubinstein, no había ese titubeo. Porque, claro, Rubinstein había aprendido y tocado la obra antes de la canción de Carmen y antes de Celine Dion. Para él, el Rach 2 seguía siendo prístino.

El pasaje favorito de Wyeth del Rach 2 llegaba hacia la mitad del segundo movimiento, cuando aparece una serie ascendente de acordes, como algo que se repliega sobre sí mismo, una y otra vez, para soltarse y quedar liberado. El modo como la música se eleva y se desboca, la repetición llevada casi hasta la locura, cortando sus propias ataduras, hasta que, de pronto, se resuelve en un juego delicioso, casi caprichoso, antes de volverse suave y abrirse de nuevo: esas cuerdas que se mecen y el piano que regresa, y sus notas se tornan algo estridentes, casi inarmónicas, al contacto con el arco. Y después el retorno de la melodía, cuando el movimiento desciende hacia su cierre, y el piano recobra la certeza, mientras el movimiento se desvanece en un final tranquilo.

Se tumbó sobre la roca y le envió a Keating un emoji de una nube. Los tres puntos aparecieron y luego se desvanecieron. Dos pájaros negros surcaron el cielo velozmente. Oyó a los gansos graznar desde el estanque. Keating respondió con el emoji de unas gotas.

¿Lluvia o sudor?, escribió Wyeth.

¿Qué tal ni uno de los dos?

Agua, agua por todas partes.

De sobra para quien quiera beber, contestó Keating.

Wyeth se incorporó. La música se había vuelto bastante melodramática. Cambió la canción a algo con más energía: la banda sonora de una película de acción. ¿Estaba equivocado o Keating le estaba insinuando, nada sutilmente, que quería que se la chupara?

Wyeth calculó el esfuerzo necesario para limpiar su piso en una noche calurosa. Para dejarlo mínimamente presentable. Para explicar que no tenía ascensor. Cinco plantas a pie.

Luego pensó en el esfuerzo necesario para dejarse a sí mismo mínimamente presentable. Explicar su bagaje. O decidir qué parte de ese bagaje exhibir de forma artísticamente atractiva. Todo le parecía mucho. Mucho esfuerzo. Mucho trabajo. Tiempo.

Pero hacía demasiado que no se la chupaba a un hombre, y parecía probable que al menos eso pudiera conseguirlo durante el verano. Una meta humilde.

Y ya se habían besado.

Qué otra cosa era eso sino un preámbulo.

Ayyy, escribió Keating. *Lo capto.*

¿A qué hora?, escribió Wyeth.

La primera gota cayó con la misma velocidad que los pájaros oscuros, aterrizando en la pantalla y agrandando por un instante la palabra «hora». Wyeth levantó la vista. Otra gota le salpicó las pestañas. El cielo se abrió en canal y el mundo entero tembló. Unas cortinas de lluvia gris se estremecían mientras los relámpagos iluminaban el mundo como cristales en movimiento.

Wyeth salió corriendo hacia el oeste del parque. No sabía por qué corrió en esa dirección y no hacia el este, rumbo a casa; solo tenía la sensación de que no llegaría allí a tiempo. Aquella lluvia no sería pasajera. Ni fácil. El agua ya corría en surcos anchos y profundos que cruzaban la hierba y caían por las rejillas. Wyeth entró en una cafetería. Mientras chorreaba sobre el suelo de baldosa, pensó, con una tristeza fulminante, en el libro que llevaba en la mochila y que había comprado para Bernard.

Se sentó a una mesa y sintió el agradable confort de tener frío y la ropa empapada bajo el aire acondicionado. Fuera, el agua caía torrencialmente, a ráfagas. El cielo había estado amenazando todo el día y ahora la lluvia lo azotaba todo. Un trueno rodó sobre el parque.

Keating le había enviado el emoji de una cara sonrojada.

¿Hemos sido nosotros?, escribió Keating.

Toda tu culpa.

¿Deberíamos… dejarlo para otro día?

¿Es que no sabes nadar?

Keating escribió algo y lo borró. En la cafetería, Wyeth pidió un café. Esperó a ver qué respondía Keating. Se obligó a permanecer muy quieto mientras dejaba un charco bajo la mesa. Fuera, unas sirenas se alzaron sobre la calle y quedaron suspendidas en el aire.

Wyeth miró por la ventana. Nadie se apartaba para dejar pasar a la ambulancia. Nadie se movía en absoluto. La sirena se volvió más aguda, y Wyeth pensó en un pájaro atrapado que había visto una vez. Se había metido en un cuarto de baño y se había golpeado contra el espejo hasta morir antes de que pudieran guiarlo afuera hacia un lugar seguro. Había sido a principios de primavera, alrededor de Pascua, en la casa de los padres de Solomon, en el

norte del Estado. Los cinco habían ido allí a pasar las fiestas. Ferd se había quedado sentado en el suelo del baño, llorando a mares.

«Yo lo habría sacado», repetía. «Yo lo habría sacado».

* Siglas en inglés para la Solicitud Gratuita de Ayuda Federal para Estudiantes, un formulario que deben completar los aspirantes a cursar un grado o un posgrado en los Estados Unidos con el objeto de determinar su elegibilidad para recibir una beca de estudios. (N. del T.).

CAPÍTULO SEIS

Wyeth consiguió subirse a un M72 cerca del parque antes de que la lluvia adquiriera dimensiones bíblicas, pero, para cuando llegó desde la parada de autobús en York Avenue hasta su edificio, estaba calado hasta los huesos. Miró el correo en el vestíbulo: un catálogo de L.L.Bean para el ocupante anterior de su apartamento y una notificación de cobro de un gran banco canadiense dirigida a otro ocupante previo.

Tiró el catálogo, pero dejó la notificación en el buzón.

Se consolaba por vivir en un piso sin ascensor pensando (1) que en Europa eso solo sería un cuarto sin ascensor, y (2) que subir y bajar escaleras contaba como ejercicio. Todo lo demás que implicaba la experiencia le resultaba molesto y ligeramente humillante. Subir la compra, por ejemplo. O hacer la colada. Recibir muebles. Invitar a amigos. Todo requería muchas disculpas y dejar propinas algo mejores de lo habitual. Cocinaba más en casa para no tener que lidiar con los repartidores fingiendo que el telefonillo no funcionaba o con aquel brillo comprensiblemente odioso en sus ojos cuando llegaban jadeando hasta su puerta. Tampoco invitaba a nadie porque no quería aguantar la mirada de lástima cuando llegaban al vestíbulo y veían la escalera enmoquetada pero ningún ascensor.

El edificio en sí también era un poco embarazoso. El vestíbulo siempre olía a col hervida y unas manchas marrones, secas y costrosas salpicaban la moqueta verde. En el tercer piso, una *drag queen* entrada en años ponía Europop de los noventa a todo volumen. A lo largo de las paredes había surcos donde los equipos de mudanza habían dejado que las esquinas de mesas y sillas rayaran el yeso. Las luces se apagaban de golpe mientras subías, y algunos peldaños cedían si pasabas demasiado rápido, pero nunca era el mismo escalón ni en la misma planta, así que jamás sabías

dónde acechaba el peligro. El casero llevaba años enredado en una querella con la compañía eléctrica Con Edison, que pegaba avisos de morosidad y vagas amenazas de cortar los servicios si no se saldaban todas las deudas. La magnitud de esas deudas ponía nerviosos a los inquilinos, y fue la *drag queen* quien se pasó puerta por puerta recopilando nombres y contactos para que pudieran compartirse información.

—¡Yo no pienso aguantar esta mierda! —había dicho, con los ojos echando llamas—. ¡No van a dejarme aquí como una maldita idiota! ¡Más les vale pagar!

Resultó que los avisos pegados en las puertas y los correos eran una maniobra de presión por parte de Con Edison, básicamente una táctica de intimidación. Pero funcionó, porque los inquilinos estaban aterrados de despertarse un día sin electricidad ni calefacción en pleno invierno. Varios eran muy mayores y llevaban años allí, y se quejaban de que sus tuberías estaban heladas y la calefacción no funcionaba. Una vez una vecina llamó a la puerta de Wyeth para preguntarle si sus caños estaban calientes, y él le preguntó qué era eso; la mujer señaló por encima de su hombro al fino tubo pintado de su cocina. Él respondió: «Ah, sí, está caliente, incluso demasiado», y ella le dedicó una mirada afligida y dijo que tenía tanto frío que casi no podía sostenerse en pie, que tenía que hacer algo o aquel invierno sería horrible. Murió en abril. Tuvieron que bajar su cuerpo por las escaleras. Unas semanas después, unos obreros pintaban su apartamento. Los avisos siguieron colgados, lo que daba al edificio un aire de decadencia soviética.

Wyeth vivía solo en un apartamento pequeño que parecía más grande por lo largo que era. La nevera era una unidad minúscula encajada bajo la encimera, junto a los fogones. El congelador era un compartimento estrecho lleno de escarcha blanca, dos cubiteras medio vacías y una bolsa de brócoli de su primera semana en el piso. Los armarios y las paredes los había pintado el casero con el blanco de rigor. El salón quedaba a la izquierda de la diminuta zona compartida por la cocina y el comedor, que también albergaba el armario principal del apartamento. El dormitorio tenía espacio para una cama de matrimonio, aunque había que vigilar los tobillos al

pasar hacia el baño, cuyas paredes también eran de un blanco pelado. La ventana del dormitorio era un tipo de vidrio esmerilado y daba a la parte trasera de los edificios contiguos. Había un pequeño patio interior, pero nadie lo utilizaba porque todos los aparatos de aire acondicionado expulsaban allí el aire, por lo que llenaban el espacio de pelusa y vapor. Wyeth tenía un aparato doble en la ventana, con un canal que sacaba aire y otro que lo introducía, para mejorar la circulación.

El salón estaba vacío salvo por unas estanterías y unos muebles marrones y austeros que Wyeth había comprado de segunda mano por internet. En una esquina había un gran espejo ovalado, un toque de metal entre tanta madera, cuero y ratán.

La lluvia oscurecía las ventanas y golpeaba el aparato del aire con un estruendo sordo.

¿aún te apetece?, le escribió a Keating.

debería parar pronto, ¿no?

ni idea, pero no hay prisa.

paciencia.

Se duchó y valoró si debía tomarse la PrEP por si esa noche tocaba sexo anal. Llevaba tiempo sin hacer de pasivo. Hacía dos meses que no tenía sexo ni ganas de sexo, y al principio pensó que tendría que salir a comprar lubricante y condones, pero encontró algunos bajo el lavabo, junto a la pera anal de color negro. No se lavó de inmediato, pensando que esperaría a que Keating y él confirmaran una hora. Seguramente, dependería de la lluvia. La alerta de la MTA anunciaba que los trenes estaban detenidos por inundaciones.

La aplicación del tiempo decía que había inundaciones en Brooklyn: no catastróficas, pero lo bastante graves como para suspender el servicio. En internet circulaba un vídeo de un repartidor cruzando el agua a la altura del pecho, con una bolsa de plástico sobre la cabeza y empujando la bici. La red se dividió entre quienes veían el vídeo como algo inspirador, cúspide de la cultura del esfuerzo, y quienes también lo veían como cultura del esfuerzo pero consideraban que eso era precisamente lo malo. A Wyeth le deprimía que alguien se sintiera tan constreñido por el capitalismo y por la brutalidad de la economía de encargos que estuviera literalmente

dispuesto a ahogarse en agua sucia antes que renunciar al pago del pedido. Él habría dejado la comida en la cuneta antes de meterse en el torrente que bajaba por DeKalb. No sabía si eso significaba que tenía demasiado o demasiado poco instinto de supervivencia. ¿Qué significaba sobrevivir dentro del capitalismo? ¿Conservar tu capacidad de producir dinero o tu cuerpo físico, en sentido literal, cuando ambas cosas a menudo entraban en conflicto?

Pero, entonces, Keating estaba haciendo un cálculo similar, ¿no? Arriesgándose a subirse a un tren en dirección al norte por una mamada. ¿Era eso mejor o peor? Arriesgarse por sexo. Por el contacto físico con otra persona. ¿O la ausencia de un valor monetario lo elevaba automáticamente a un plano moral superior? Al final, probablemente era una estupidez, pero, en cuanto a la moral, era mejor arriesgarse a subir a un tren, en plena alerta por inundación, por una mamada que arriesgarse a ahogarse por una entrega de comida rápida, porque el repartidor estaba más constreñido por el angustioso ataúd del capitalismo, mientras que Keating actuaba por voluntad propia. La teología moral del capitalismo siempre infantilizaba un poco la cuestión del libre albedrío, pero así estaban las cosas.

Wyeth vio otro vídeo en el que un torrente de agua marrón descendía por el techo de una estación de metro en Brooklyn. Era una cascada de olas espumosas que, de repente, cambiaba de dirección y se derramaba por el vestíbulo. Caía por las escaleras y se dividía en chorros y arroyos, ganando fuerza mientras avanzaba, arrastrando todo a su paso. Había ratas ahogándose, gente resbalando y siendo empujada contra las paredes de la estación, aferrándose a barandillas y a otras personas para salvar la vida. El vídeo duraba un minuto y contenía todo tipo de desastres y calamidades. Trozos de pan y comida flotaban por aquel repugnante río marrón y caían, rápidos y bruscos, sobre los andenes. Se formaban charcos bajo los bancos y el agua subía hasta los carteles que indicaban este tren por aquí, ese por allá.

Las imágenes de la calle eran peores. El agua hasta la rodilla en unos sitios, hasta el pecho en otros, avanzando por avenidas y calles y empujando los coches hacia la acera. El East River rugía contra la

autovía FDR, rebasando los bordes mientras el agua de la calzada se precipitaba sobre el agua del río, formando una sola corriente, indistinguible. Había accidentes. Cables caídos. Se pedía a los vecinos que se quedaran donde estaban.

Llovió con una fuerza constante durante tres horas, pero, cuando paró, paró de golpe. Una calma extraña, oscura, se extendió sobre Manhattan.

Keating escribió para decir que ya tomaba el metro ahora que había dejado de llover.

¿crees que durará?

puede, contestó Wyeth.

Wyeth se preguntó, sentado en su apartamento, con el brillo de su teléfono sobre el regazo y observando la letanía de desgracias que se estaban produciendo afuera, si no debería haberle escrito a Keating para decirle que no viniera. La lluvia había parado, sí, pero había tanta agua que parecía que la ciudad entera podía reventar en cualquier momento. Keating escribió para avisarle de que se bajaba en la Setenta y Dos y que llegaría enseguida. Durante todo el tiempo que Wyeth había pasado dudando y dándole vueltas a lo que debía o no debía hacer, tratando de localizar la naturaleza precisa de su deber moral hacia un desconocido en una noche lluviosa de Manhattan, Keating había actuado. Había cruzado Manhattan y llegado exactamente al lugar que había dicho. Parecía un chiste malo, o un chiste sin remate. Un hombre se sube a un tren hacia el norte a tal hora de un viernes para que le haga una mamada un tipo al que apenas conoce; ¿a qué hora llegaría? Ya estaba allí. Ya no dependía de Wyeth. Lo único que tenía que hacer era esperar al pitido del telefonillo, pulsar el botón, esperar un poco más y oír el sonido pesado de unos pasos ascendiendo a través de la oscuridad del rellano.

Para que lo sepas, escribió Wyeth, *es un quinto. Sin ascensor.*



Keating llegó con los hombros y la parte baja de la espalda mojados, empapado de tobillos para abajo. Wyeth colgó sus calcetines en el

respaldo de una silla y observó a Keating deslizar sus piernas largas fuera de los vaqueros. Llevaba calzoncillos blancos de algodón. Tenía los muslos pálidos y cubiertos de un vello rubio cobrizo que brillaba a la luz que entraba de la calle. Wyeth dejó los pantalones en una silla y señaló un ventilador en esa dirección. Los apartamentos de Nueva York daban problemas en verano: estaba un poco más húmedo de lo que Wyeth prefería, pero no podía encender el deshumidificador con la ventana abierta, y no sabía si debía cerrarla porque fuera hacía algo más de fresco y sería más barato que poner el aire. Pero le dolía la cabeza por la humedad y tenía una sensación pegajosa en la boca, un dolor ligero. Keating se sentó en el *chaise longue* de cuero con las piernas abiertas y los brazos sobre el respaldo, tranquilo y satisfecho. Tenía el pelo empapado; se lo había peinado con los dedos, lo que lo hacía parecer un tipo de las finanzas. También se había quitado la camiseta, y su cuerpo era tan pálido como Wyeth había imaginado. Los antebrazos musculados, los hombros amplios y redondeados. Tenía unas proporciones estupendas, como sacadas de un catálogo o de una película. Olía de nuevo a cedro y bergamota. Wyeth reconoció el olor de la sección de jabones del centro comercial. Keating lo miraba por debajo de los párpados pesados, con las manos posadas sobre los muslos. Movía muy lentamente las puntas de los dedos. Wyeth decidió dejar la ventana abierta. Rugían las bocinas de los coches y un viento fuerte soplaba calle abajo hacia el río.

—Ven —dijo Keating, indicando el sofá.

Wyeth se alejó de la ventana y se sentó junto a él. Keating no lo tocó enseguida. En cambio, giró la cabeza y lo observó un momento. Aunque no se le iluminó el rostro, sí se le suavizó cuando abrió ligeramente los ojos. Bajo la humedad de la lluvia, Wyeth sentía el calor del cuerpo de Keating y la leve oscilación de su peso. En un instante, la habitación se volvió muy tranquila y silenciosa. Se miraron a contraluz, envueltos en el brillo proyectado por las farolas de la calle. Se oía el suave repiqueteo del agua sobre la escalera de incendios. A veces, el sonido de Keating al tragar saliva, el roce de su brazo deslizándose por el sofá al llevar la mano a la mejilla de Wyeth y acariciarlo con el dorso. Y también ahí, un calor

extendiéndose, el tacto áspero de sus dedos en la piel de Wyeth, el brillo húmedo de sus ojos, el color rosáceo de sus labios cuando se los humedecía un poco, la lengua, que asomaba un instante y volvía a desaparecer. Wyeth se dio cuenta de que esos gestos eran una señal de apertura, de vulnerabilidad. Había llegado bajo la lluvia, se había desnudado y ahora estaba sentado en la oscuridad de su salón, completamente expuesto, y aun así sin miedo. Sin defensa. No hacía ningún movimiento para ocultar nada de sí mismo. Wyeth podía ver los pequeños lunares rojizos de su costado derecho. El relieve suave de sus costillas. Las rosetas oscuras de sus pezones y, debajo, el bulto de su polla y unos cuantos pelos sedosos que asomaban por la cinturilla. La piel seca de las rodillas, la marca rojiza en el interior del muslo izquierdo, algo que parecía un queloide desvaído en el hombro derecho. Le olían las manos a tabaco.

Wyeth se arrodilló sobre el parqué. Las articulaciones le crujieron al acomodar el peso de su cuerpo. Keating le tocó la nuca. La presión era ligera, pero Wyeth se dejó guiar hacia adelante. Sintió el algodón cálido y seco sobre los labios y luego sobre la mejilla. Metió los dedos bajo el elástico de los calzoncillos y rozó el vello sedoso del pubis de Keating, la solidez de la pelvis y, debajo, la suavidad de su polla. No estaba circuncidada, mostraba una erección incipiente y colgaba ligeramente hacia la izquierda. Notó un gusto limpio al besar la punta. Le bajó los calzoncillos por completo y, cuando los dejó a un lado, apoyó la frente en la curva interior del muslo de Keating. No había rastro de sabor allí tampoco, salvo por un leve regusto salado. Wyeth besó la parte interna de sus rodillas y fue subiendo por los muslos, sintiendo el pulso rápido de las venas. El vello se volvía más fino cuanto más ascendía y, para cuando alcanzó su polla, Keating era prácticamente lampiño. Para entonces, ya la tenía muy dura, y Wyeth retiró el prepucio. El glande, de un morado intenso, estaba húmedo. Wyeth podía sentir cómo palpitaba. Parecido también a un metrónomo. Keating se deslizó hasta el fondo de su garganta, y Wyeth respiró por la nariz, absorbiendo la anchura y el largo desconocidos. Era más pesada y suave de lo que parecía y, una vez acostumbrado a su gusto salado, el sabor era distinto de lo que había imaginado. Keating le folló la garganta lentamente y, de vez

en cuando, se detenía para apretarle los hombros y preguntarle si estaba a gusto, si estaba todo bien. Wyeth apretó la garganta alrededor de la polla de Keating y bajó tanto como pudo, obligándose a no hacer arcadas, forzándose a no toser. Pero, al cabo de un rato, Keating le levantó la cabeza con un suave chasquido y rio discretamente.

—¿Puedo… podemos… quizá… el ángulo?

Wyeth se sonrojó. Lo entendió.

—Ah, sí, claro.

Pensó que Keating querría tumbarse, pero, en lugar de eso, se puso de pie. Embadurnado en saliva, se masturbó un momento y luego apoyó la punta de nuevo en los labios de Wyeth. Dejó escapar un gemido quedo, suave, y volvió a hundirse en su boca, y ahí estaba otra vez ese calor, ese sabor salado y húmedo. Wyeth pensó que estaba saboreando más de sí mismo que de Keating, el gusto de su propia saliva convertida en una espuma ligera por la fricción de que le trabajaran la boca. Miró hacia arriba, y Keating le devolvió la mirada con cariño, con ternura. Le acarició la parte posterior de la cabeza y suspiró aliviado.

—No sabes lo bien que sienta esto —confesó—. Joder, hacía mucho tiempo, no te haces la menor idea.

Wyeth se puso caliente ante el cumplido. Hacer mamadas no era su punto fuerte. No era lo que más le gustaba. No era lo que lo sacaba de la cama por la mañana. Pero que se lo agradecieran así, ahora, lo hacía sentirse… ¿bien? ¿Era esa la palabra? Bien. Y capaz. Keating le apretó la nuca muy fuerte y embistió hacia adelante, hundiéndose más allá del velo del paladar, hasta la entrada de la garganta, y con una última palpitación acabó corriéndose. Esto trascendía el sabor. Era una mezcla de olor y tacto, sensación y calor, frío e ímpetu, que lo arrasaba todo. Era una experiencia envolvente, llenar la garganta de esa manera; la sorpresa, la inmediatez, le hicieron saltar las lágrimas. Un estremecimiento como resultado, una epifanía. Keating gimió y Wyeth le agarró los muslos para sujetarse, para tener algo contra lo que empujar, y al final consiguió que Keating lo soltara.

—Joder —dijo.

Wyeth tragó porque no tenía otra opción. Se quedó allí, en cuclillas, jadeando, con la boca caliente y pegajosa, sintiéndose estrangulado. Obstruido desde dentro. Tenía algo en los senos nasales. En todas partes. Se limpió la espuma pegajosa de la boca con el dorso de la mano. Keating estaba de pie con la espalda arqueada y la cabeza echada hacia atrás. Su polla, aún dura, se balanceó en el aire, meciéndose sola, como si tuviera vida propia.



Comieron pollo asado frío, bañado en salsa picante y pimienta con limón. La grasa se había vuelto una gelatina blanquecina dentro del táper de plástico. El pollo era de la tienda de la esquina, del día anterior. Wyeth encontró un bote de aceitunas y las calentó un momento en la sartén. Fueron tirando los huesos de aceituna y los restos de pollo por la ventana. Keating se dejó caer de espaldas y apoyó sus dedos grasientos sobre la barriga. Tenía el pecho un poco enrojecido de estar tumbado en el suelo y del esfuerzo al incorporarse. Wyeth miró cómo el aire del ventilador le alborotaba el pelo. Chupó la salmuera de una aceituna y luego la masticó.

—¿Aquí es donde haces lo de la restauración de arte o lo que sea que haces? —preguntó Keating.

Wyeth entendía que a alguien le costara imaginar que en ese piso pasara gran cosa.

—No —respondió—. En un adosado en el West Side. Trabajo allí casi todas las tardes. Y, si no, estoy en una galería en Chelsea.

—Ah. Dos curros.

—Un poco de esto, un poco de aquello —replicó Wyeth.

Keating se echó a reír.

—Ya, ya. ¿Y qué más haces?

—¿No es raro que sea la única pregunta que tenemos para conocer a la gente? «¿Qué haces en la ciudad?». Hasta mi doctora me lo preguntó el otro día. Tenía la aguja clavada en el hombro y va y suelta: «¿Y tú a qué te dedicas?».

—No me parece raro —comentó Keating—. Igual un poco deprimente. Pero es como hablar del tiempo. Es algo fácil a lo que

agarrarse.

—Ya.

—Intento no atribuir demasiadas motivaciones a las razones por las que la gente me pregunta cosas.

Wyeth se ruborizó.

—Bueno…

—No, no lo decía por eso —aclaró Keating. Le pasó la mano grasienta por el pecho y se giró para mirarlo—. A veces una pregunta es solo una pregunta, ¿sabes?

—Ya, supongo.

—¿Y vas a contestar?

—¿Sobre a qué me dedico? —preguntó Wyeth—. Hago fotos. Supongo.

—¿Supones o haces?

—No, las hago. Solo que no es a lo que de verdad me gustaría dedicarme.

—¿Y a qué te gustaría dedicarte? —Keating le frotaba el pecho. Se giró y se apoyó sobre un codo para que pudieran volver a mirarse.

Wyeth se sintió muy tentado de apartar la vista, pero se obligó a sostenerle la mirada. Se había entrenado para eso después de la pandemia y de un año entero haciendo Zooms y videollamadas. Se había acostumbrado tanto a que los ojos se le fueran a la esquina de la pantalla, buscando esa versión en miniatura de sí mismo, que en persona le resultaba casi imposible mirar a alguien a los ojos. Así que se había esforzado de verdad, especialmente durante los últimos meses, por entrenarse a hallar el foco de la mirada del otro y sostenerlo. Le exigía muchísima fuerza de voluntad. Keating tenía un modo de mirar inusualmente directo y contundente. Su atención se dirigía exactamente donde él quería, y a Wyeth le resultaba intimidante. ¿A qué le gustaría dedicarse?

—A pintar —respondió—. Para eso fui a la universidad.

—¿Bellas Artes?

—Sí.

—Guau.

Wyeth quería morirse. *Guau*. Eso es lo que decía la gente cuando acababas de cargarte la conversación. Con condescendencia. Con

cara de idiota. Pidiendo compasión. Keating incluso soltó esa risilla indulgente.

—Es una pasada, ¿no?

—No lo fue —respondió Wyeth—. En realidad, fue bastante horrible. Y bastante aburrido.

—Entonces, ¿por qué te quedaste?

—Porque no había nada más que hacer ni ningún otro sitio adonde ir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Keating—. ¿No tenías casa? ¿Familia?

—Venga ya —soltó Wyeth—. ¿Familia? ¿Esto qué es, *Siete en el paraíso*?

—No —respondió Keating, seco pero juguetón—. Quiero decir, si estabas mal. ¿No podías volver a casa?

¿Cómo explicar eso?

—Soy otro maricón más sin historia. Llegamos a este sitio a miles por minuto. Todos sin familia, sin historia. Puntitos anónimos en la pantalla, y luego cumplimos condena y nos mudamos a Nueva Jersey o a Roma o a París, o igual nos metemos en Derecho, yo qué sé.

Keating alzó las cejas.

—Menudo discurso. ¿Lo llevas ensayando mucho?

Esta vez le tocó reírse a Wyeth.

—Vale, sí, venga.

—Entonces… tu familia…

—Es un rollo —dijo Wyeth.

—Te lo he preguntado —replicó Keating.

—Soy de Virginia —empezó—. Mi padre murió cuando yo era un bebé. En realidad, antes de que yo naciera. Mi madre era auxiliar de enfermería. La familia de mi padre la odiaba. En parte con razón. En parte no. Ella se largó en cuanto terminé el instituto y ahora vive en el norte de California con un tipo que tiene prácticamente mi edad y tienen un blog sobre cómo llevar una vida autosuficiente.

La expresión que adoptaba Keating al escuchar era tranquila, receptiva, de un modo que casi consiguió que Wyeth quisiera contarle la verdad sin adornos, sin hacerse el gracioso. Pero no pudo

cambiar el tono del final del relato y llevó la anécdota hasta un nivel de perfecta estupidez: lo del blog. Keating no picó el anzuelo. Aceptó ese dato sin ironía, sin esbozar siquiera una sonrisa.

—Si se puede preguntar… ¿tu padre cómo…?

—No lo sé —repuso Wyeth—. Nadie me lo ha explicado nunca. No en plan «qué triste» o por un silencio traumático ni nada por el estilo. Es que… no se hablaba del tema. Yo tampoco pregunté. No parecía que estuviera… permitido preguntar. Así que no lo hice.

Keating asintió.

La primera vez que Wyeth había contado esa historia, le insistieron en que era imposible que no supiera cómo había muerto su padre. Lo habían agarrado de los hombros para decirle que las familias no funcionaban así, que tenía que haber habido algún tipo de esfuerzo coordinado para mantenerlo alejado de la verdad y que eso entrañaba un motivo oscuro, siniestro. Fue en la universidad, y se lo estaba contando a una chica blanca, cuyo nombre ahora ni siquiera recordaba y de la que se había hecho muy amigo. Qué curioso. En esos primeros días en la facultad, uno se encariñaba enseguida, se tiraba de cabeza a los brazos del otro. Todos habían sobrevivido a la tortura de su infancia y estaban deseando convertirla en *experiencia*, en material aprovechable o en una especie de medalla. Pero luego aquello quedaba en el olvido. Esa chica, que había sido parte fundamental de aquellos primeros meses de vida fuera de casa, por fin por su cuenta, por fin libre para comer lo que quisiera cuando quisiera, libre de la vigilancia sobre cada uno de sus gestos, cada movimiento, esa chica con la que había compartido los rincones más oscuros y pequeños de su alma… ¿y ni siquiera recordaba cómo se llamaba? Pero sí recordaba sus dedos en su hombro mientras le decía que debía haber algún error, que las familias no eran así, y que ella, hablando claro, no se tragaba su historia, que claro que sabía cómo había muerto su padre.

Pero no lo sabía. Simplemente, no lo sabía. No era que su abuela o su abuelo, sus tías, sus tíos, sus primos le hubieran gritado y exigido que no preguntara. Es que había crecido sintiendo y sabiendo, de un modo ajeno al lenguaje, que preguntar habría supuesto una violación tan básica que estaba sencillamente fuera del ámbito de lo

posible. Ni siquiera se lo preguntó a su madre. Podía ser perfectamente que ella se lo hubiera contado si él se lo hubiese preguntado. Pero nunca llegó a hacerlo. Y, al cabo de un tiempo, dejó de querer saberlo. O de importarle. Y, solo cuando se lo contaba a otra gente, se acordaba de que no lo sabía.

Ese fue el primer detalle extraño que advirtió sobre la vida más allá de aquellos muros: que la gente, en el mundo en general, vivía con la sensación de que la historia se desplegaba a su alrededor. Podían convocar al instante toda clase de circunstancias y datos, con testigos y expertos que respaldaran su relato de las cosas que les habían sucedido para bien y para mal. Pero Wyeth no contaba con esa historia, esa red de acontecimientos. A veces, había imaginado que el futuro y la historia pertenecían a una especie humana distinta que no lo incluía a él ni a su familia ni a nadie de los suyos.

Aunque ahora sospechaba que, para los muy pobres, para los pobres del campo, para los pobres proletarios, la historia personal simplemente no tenía cabida.

De todos modos, le había contado a Keating lo de su padre, y Keating no le había dicho que no estuviera siendo sincero.

—Has dicho que te gustaría pintar. ¿Por qué no lo haces?

Wyeth volvió en sí. Se tumbó boca arriba para evitar quedar directamente bajo la mirada de Keating. El tema había cambiado, y se lo agradecía. Pero no tenía respuesta para esa nueva pregunta.

—No lo sé —repuso—. Lo intento, pero no sale nada.

—¿Pero haces fotos? ¿Eso sí te funciona?

—Sí —dijo Wyeth—. Empecé a sacar fotos en analógico porque echaba mucho de menos pintar.

—¿Y es distinto?

—Muchísimo —rio Wyeth—. O sea. No en plan pretencioso ni nada, ya sabes, pero es distinto. Para mí… en mis manos… para lo que yo quiero… la fotografía es más bien una herramienta, o un punto de partida, supongo.

—¿Y a partir de ahí… qué?

—Una larga caída a un abismo negro —confesó—. Patético.

—Suena más a fe, en realidad.

—¿Seguimos con Dios?

Wyeth atrapó la mano de Keating. Tenía las yemas grasientas, trocitos de pellejo bajo las uñas, la arenilla del suelo. Su latido era pausado. Aunque lo había soltado a la ligera, como algo casual, en cuanto aquella palabra hizo acto de presencia en la habitación, Wyeth sintió el peso con el que golpeaba a Keating. La palabra había modificado la atmósfera de la sala, y nada volvió a ser lo mismo. No había nada que hacer salvo quedarse allí en silencio, esperar a que aquello pasara por encima de los dos. Wyeth deseó no haber sacado el tema de Dios, pero había sido Keating quien había empezado a hablar de fe. Era un callejón sin salida. Esperaron. Wyeth notó que Keating inspiraba hondo y soltaba el aire lentamente.

—Siempre. —Reía tímidamente, pero cambió de tema—. ¿Es aquí donde… pintas y revelas?

Wyeth aceptó ese nuevo cambio de tema.

—Comparto un estudio con otra gente en el centro.

—Ah —dijo Keating—. Eso debe de salir caro.

La palabra se había movido de nuevo: se había ido, los había abandonado. Wyeth sintió que volvía a respirar con normalidad, que podía bromear de nuevo. Keating había abierto la veda. Los había sacado de la extraña densidad que aquella palabra dejaba tras de sí. Ahora pisaban terreno firme. Volvían a tener el suelo bajo los pies.

—Un poco, sí —admitió Wyeth, riéndose—. Pero no quiero tener el estudio aquí. Es demasiado… estar todo el día, cada día, mirando las malas ideas que he tenido.

—¿Eso es lo que la pintura es para ti? ¿Un registro de tus malas ideas?

—No —respondió Wyeth—. De mis *peores* ideas.

—Nada de medias tintas.

—Si puedo evitarlo, desde luego.

El hueso de aceituna conservaba aún el calor de su boca. No era del todo verdad que no hubiera medias tintas. A veces tenía la sensación de que su vida estaba hecha solo de medias tintas. Sobre todo, últimamente, con la pintura.

—Anoche fui a un evento —añadió Wyeth.

—¿Sí?

—Sí, de un colectivo que se llama MangoWave.

—Ni idea. ¿Son como… un grupo de *house*? ¿Electropop?

Wyeth casi se atragantó.

—No. Pintan. Y hacen otras cosas.

—Ah, de ese tipo de evento.

—Sí. El caso es que fui y…

—¿Eres fan suyo?

—No, o sea. Fui porque pensé que me iban a horrorizar y quería asegurarme.

—¿Y acertaste?

—Sí —respondió Wyeth—. Pero no, a la vez. No sé si me «horrorizaron». No me gustaron. Era como demasiado… como si pudieras notar que habían pintado esas cosas para que las vieran exactamente las cien personas que habían invitado a la inauguración y *solo* esas, ¿sabes? Todo apuntaba a que era una jugada desde dentro.

—Suena agotador. —Keating se había tapado los ojos con el antebrazo, pero Wyeth notó que seguía escuchando.

—Ya, pero lo que intentaba decir es que pintan como sabiendo que alguien los está mirando u observando. Como si los cuadros fueran retratos de *nosotros*, los espectadores, y de nuestro mal gusto.

—Interesante.

—No lo es —terció Wyeth—. Es pretencioso. Pero bueno. Cuando yo trabajo, no quiero estar pensando en cómo va a interpretar alguien lo que estoy haciendo. No quiero estar pensando: «¿Van a creer que soy estrecho de miras o elitista o lo que sea por el tema que elijo o por la técnica?». Lo que yo quiero es pintar. Quiero pintar las cosas que me importan. Y siento que ahora mismo todo está demasiado mediatizado.

—¿Mediatizado en qué sentido? —Keating volvió a girarse hacia él y se puso de lado. Tenía los ojos de un azul muy oscuro y las pestañas blanquecinas. La boca, carnosa, le brillaba por la grasa del pollo. Al incorporarse, los codos le crujieron, y el sonido reverberó en las tablas del suelo.

—En el sentido de que, si quisiera hacer ahora mismo una foto de los dos, aquí, tirados, ¿sabes?

—¿Sí?

—Mientras la hiciera, estaría pensando: «¿Por qué estoy haciendo esto?». ¿Porque quiero congelar este momento? ¿Porque quiero enseñarle a un público potencial que tengo a un tipo bueno en casa? ¿Porque me muero de ganas de que un hombre blanco me valide? ¿Y qué interpretaría la gente como mi motivación? ¿Sabes? Me perseguiría ese tipo de preguntas. Y, al final, igual no haría la foto de los dos en este momento, porque estaría demasiado ocupado pensando en la recepción de la imagen y en lo que generaría en el público. ¿Y cómo haces arte a partir de eso?

—Mucha cháchara —dijo Keating en voz baja.

—Siento que estoy viviendo mi vida a una escala absolutamente deshumanizadora, y contra mi voluntad.

—Igual piensas un pelín demasiado en cómo te ven los demás.

—¿Tú crees? —Wyeth se echó a reír—. Sí, es lo que acabo de decir.

—No, ya, sé que tardo en procesarlo todo. Pero igual deberías hacer la foto igualmente. Igual deberías… no sé, las cosas que te mueven o te interesan.

—¿Aunque el mundo esté en llamas?

—Eso ya no lo sé —contestó Keating—. Creo que apagamos los fuegos que tenemos delante. Es un poco ridículo agobiarse por el fuego de la colina cuando en el valle hay de sobra.

—No te lo voy a discutir.

—¿Quieres hacer la foto?

—¿Eh?

—En tu caso hipotético, ¿quieres hacer la foto o también tu forma de entender tus propios deseos está mediatizada?

—Ah —dijo Wyeth—. Buena pregunta. Pues… sí, supongo. Pero hasta sospecho de mi deseo.

—Es una concepción curiosa de la moral —admitió Keating—. Y agotadora. Entiendo por qué te resulta deshumanizadora.

—¿Sí?

—Freud diría que… —empezó.

Wyeth soltó una carcajada. Keating continuó:

—Freud diría que la función de…

—Ay, por favor…

—Es… No, escucha…

Wyeth se reía demasiado como para prestarle atención, así que Keating se le echó encima y le besó el hombro.

—Freud querría que hicieras la foto.

—Ah, ¿sí?

Keating apoyó la cabeza sobre su pecho. Nadie había hecho eso antes. Normalmente, el que se recostaba sobre otros era Wyeth. Fue un cambio extraño. Keating murmuró algo afirmativo.

—Creo que serías buena materia —reconoció Wyeth.

—¿Porque te parece que estoy bueno?

Wyeth se rio.

—Cuando miramos a alguien atractivo, proyectamos muchísimo. Hay como esa idea de que las personas atractivas están llenas de vida interior, o que su cabeza está en otra parte, lejos de nosotros, y entonces nos corroe el deseo de que nos vean. Pero, en realidad, lo que vemos es la sombra de nuestro propio tormento.

Keating dejó escapar un murmullo exagerado.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Todo retrato de una persona atractiva es en realidad un retrato de una persona solitaria; la cuestión verdaderamente importante es si la persona solitaria es el modelo o el artista.

—Es una imagen bastante deprimente del género humano. Y del arte.

—¿Sí? —preguntó Wyeth—. A mí me resulta esperanzadora.

—¿Y eso?

—No sé. Me gusta pensar que otros también pueden sentirse solos y que a lo mejor se reconocen en algo que alguien más ha hecho. Eso está bien, ¿no?

—Sí —concedió Keating, muy despacio.

Wyeth percibió cómo la mente de Keating viajaba a otro sitio, alejándose de ambos, de esa habitación, de ese instante concreto en el tiempo.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—No lo sé —respondió Keating—. En nada malo. A veces ahí arriba hay solo un zumbido.

Estaban llegando al final de una fase de su relación. Wyeth lo notaba. Ese capítulo, lo que fuera que habían estado compartiendo,

estaba a punto de acabarse.

—Si un día vienes al estudio, puedo tomar referencias y hacer unos esbozos. Prometo que no sería una absoluta pérdida de tiempo.

Keating resopló de nuevo a modo de asentimiento, pero empezaba a sentirse lejano. Wyeth tenía la boca seca.

—Un momento —añadió.

Se levantó tambaleándose hacia la mesa de la cocina, donde su móvil descansaba boca abajo. Keating se incorporó, con una expresión ahora algo más inquisitiva. Wyeth abrió la cámara y la enfocó hacia él. La imagen tenía demasiado brillo, así que bajó la exposición y se agachó para encuadrar a Keating por encima de la mesa de centro, dejando desenfocada la pila de revistas del primer plano.

—Recuéstate un poco, sobre los codos. Mira hacia delante, pero inclina un poco el cuello, como si miraras y al mismo tiempo estuvieras esperando algo, ¿vale?

Keating hizo lo que le pedía. Parecía intuir lo que Wyeth quería de él en aquel momento: cambiar el cuerpo, mover los hombros, adoptar la postura de alguien que está a la expectativa. Wyeth tomó una foto. Luego otra. Le pidió a Keating que lo mirara, que clavara los ojos en él, pero que suavizara la expresión. Un aire de ternura se le dibujó en el rostro. La ventana abierta a sus espaldas, el ventilador despeinándolo, la inclinación de la barbilla, todo quedaba atrapado y difuminado. Keating en una llanura de sombra púrpura. Keating tumbado boca arriba, mirando de reojo, algo apenado, algo juguetón, algo bello y expuesto.

Siguieron haciendo fotos. Y luego Keating le quitó el móvil de las manos y se besaron.

—Se está haciendo tarde. —Keating tenía la mirada cansada. Una sonrisa aletargada, somnolienta—. ¿Podemos ir a la cama ya?

Keating se duchó primero. Luego Wyeth. Se tumbaron en la cama, bajo el ventilador y en el frescor de la penumbra. Wyeth seguía pasando una y otra vez las fotos que había hecho. Keating estaba boca abajo, con los hombros desnudos sobre la almohada. Wyeth se deslizó hasta el pie de la cama y le hizo otra foto. La curva suave del hombro, el pelo rubio que le caía sobre la nuca.

—¿Qué haces? —preguntó Keating—. Duerme.



Se despertaron temprano. En el dormitorio de Wyeth apenas entraba luz del exterior, así que se quedaron tumbados allí, en la tenue quietud, escuchando el zumbido del aire acondicionado del edificio de al lado. Durante la noche, Keating se había girado hacia él, y Wyeth, buscando un poco de aire fresco, se había apartado, y ahora estaban ambos pegados al borde de la cama. A Wyeth le bastaba con bajar los pies para incorporarse. No necesitaba darse la vuelta para saber que Keating estaba despierto. No era la primera vez que Wyeth tenía a un desconocido en casa. Pero sí era la primera vez que se despertaba sabiendo que alguien más estaba allí, ya despierto. Le resultaba inquietante. Aun así, dejó que el silencio se prolongara, como si romperlo fuese a poner fin al tiempo que estaban compartiendo.

Pasados diez o quince minutos, Keating besó el hombro desnudo de Wyeth y se apartó. Fue al baño. Abrió el grifo de la ducha. Wyeth se puso boca arriba y observó las sombras de las palomas. Cuando el agua dejó de correr, se dio la vuelta hacia su lado y esperó a notar el peso de Keating sobre el colchón. Notó unas gotas calientes sobre el costado y la cadera. Wyeth se dio la vuelta. Keating estaba inclinado sobre él. Se había secado el cuerpo, salvo el pelo.

En el salón, Keating se puso los calzoncillos y comprobó si los calcetines seguían húmedos. El blanco de la mañana se había posado sobre las ventanas. Había hojas pegadas al cristal. Keating la abrió y asomó la cabeza. El aire era muy fresco, pero lo inundaba un olor a cloro. El ruido de la calle irrumpió en la quietud del apartamento y del silencio que se había instalado entre ellos. Los hombros de Keating se tensaron mientras se inclinaba hacia fuera. Luego saltó al exterior por la escalera de incendios.

—¿Estas plantas son tuyas? —preguntó desde fuera. Las plantas se habían marchitado en unas macetas enormes.

—Ya estaban aquí cuando me mudé.

—¿De tus vecinos?

Wyeth se encogió de hombros. Solo había visto a sus vecinos un par de veces, subiendo detrás de ellos por las escaleras, con la incomodidad de caminar por el estrecho pasillo, buscar las llaves y murmurar, susurrar un «buenas» o un «hola». Era una pareja, un hombre y una mujer: él, altísimo y bronceado; ella, menuda y muy pálida. Tendrían veintitantos, quizá treinta y pocos.

Keating hundió los dedos en la tierra y examinó los tallos pálidos que asomaban por la superficie.

—Sigue vivo, sea lo que fuere.

Además de las enormes macetas de color verde, en la escalera había otras dos, pequeñas, un cenicero rosa, un paquete de tabaco Newport y un mechero BIC amarillo. Keating levantó el paquete y arqueó una ceja.

—Tampoco son míos —se excusó Wyeth.

Keating los dejó caer y volvió a entrar por la ventana. Quedaron muy cerca, a roce de piel. Keating lo miraba desde arriba. Le habían aparecido unos puntitos rojos en los brazos y los costados por el aire frío del exterior. Wyeth pasó los dedos por encima.

—Así que no sabes nada de tus vecinos ni de lo que pasa en tu escalera.

—No es asunto mío —rio Wyeth.

—Interesante.

—¿Qué tiene de interesante?

Keating se subió la cremallera de los vaqueros húmedos.

—A mí me interesa. Cómo vive la gente.

—A mí también.

—De forma abstracta. En el arte, ¿no?

—Supongo —dijo Wyeth. Keating hizo una bola con los calcetines mojados y se los guardó en el bolsillo. Luego se echó el pelo hacia atrás—. ¿Tan malo es eso?

—No, no es malo —repuso Keating—. Solo que, ya sabes, es cómodo.

—¿Cómodo en qué sentido? —Wyeth captó la indirecta de que tal vez estaban a punto de despedirse, así que fue a por sus pantalones, unos *joggers* grises colgados del respaldo de una silla.

—Si solo piensas en los otros cuando haces arte sobre ellos,

puedes ignorar todo lo demás, ¿no?

—¿Y qué sería «todo lo demás»? —Wyeth se agachó para buscar sus zapatos bajo la mesa.

—No sé… lo aburrido. Lo cotidiano. ¿Cómo estás? ¿Cómo te va la vida? ¿Qué tal todo? Y también las mierdas de cada uno. Mi madre está enferma. Mi padre se muere. A mi perro lo atropellaron. Mi hermano mató a trece niños. Cosas así.

Wyeth se incorporó de golpe.

—Me estoy sintiendo un poco juzgado.

—No lo hago —aclaró Keating—. Nunca. De verdad que no. —Le tomó las manos y lo llevó hasta el sofá. La luz de la ventana lo enmarcaba, hacía que su silueta vibrara y se moviera—. No te juzgo. No te estoy diciendo que seas mala persona, ni elitista, ni nada. Intento explicar cómo me siento.

—Vale —dijo Wyeth—. Sí, lo entiendo.

—¿Sí? —Keating le dio un apretón en las manos—. Bien. Me alegro.

En la FDR quedaban algunos charcos desperdigados. Wyeth y Keating compraron café en un carrito en la esquina de la Setenta y Tres con York y bajaron por la Setenta y Dos para ver los estragos de la tormenta. Era temprano, pero el cielo, completamente despejado, lucía un azul intenso. El río era blanco y brillaba a lo lejos. Se veía Queens. Las chimeneas rojas y blancas de Roosevelt Island. Los trenes que iban hacia Brooklyn. Debajo, los coches trazaban estelas sobre la autopista. Un cartel parpadeaba: PRECAUCIÓN. Carreteras cortadas más adelante. Se habían producido accidentes. Habían muerto personas.

Keating se inclinó sobre la barandilla con su café. El pelo se le veía más dorado bajo la luz del sol. Le dedicó a Wyeth una sonrisa somnolienta que le encogió el estómago. Tenían los ojos irritados por el olor a cloro en el aire. Un helicóptero avanzaba hacia el hospital más cercano. Las palomas desayunaban entre los restos que la riada había arrastrado hasta el mirador.

En ese tramo de la Setenta y Dos había muchas consultas médicas —clínicas privadas de cirugía oral, medicina interna, radiología, oncología, cardiología, neuropatía, dermatología— amontonadas en rascacielos de ladrillo y piedra clara. También hoteles para pacientes antes, durante y después de sus tratamientos. Más atrás, unos bloques de apartamentos y aparthoteles de larga estancia, protegidos por una verja en un callejón sin salida. Había gente ya en la calle. Una mujer con pijama burdeos fumaba mientras curioseaba en el móvil. Dos mujeres mayores habían aparcado sus andadores junto a un banco y miraban el agua. En el centro de la plaza crecía un árbol enorme.

Un hombre mayor, con una venda blanca y muy apretada alrededor de una oreja, comía un *bagel* untado con queso crema. Le temblaban las manos. Dos palomas vigilaban cada uno de sus movimientos. Keating observaba a las palomas. Debajo, el sonido amplificado de los coches que tomaban la curva cerrada hacia el túnel.

Después del café, Keating compró un cepillo de dientes barato en una farmacia. Luego se tumbaron un rato en la cama. Cuando volvieron a despertarse, ya era casi mediodía y estaban muertos de hambre.

Fueron al 2nd Avenue Deli y pidieron sopa y dos bocadillos enormes. Cuando llegó el pedido, comieron en silencio, levantando la vista solo de vez en cuando. Keating estaba fascinado con la novedad que suponían los pepinillos gigantes que servían en el local. Wyeth miraba por la ventana. Las calles seguían llenas de charcos plateados. Los árboles habían quedado desnudos, las hojas esparcidas por las aceras. Pasaron un hombre y una mujer empujando un carrito. Un perro gris, diminuto, caminaba delante. En la otra dirección, alejándose de la avenida, otra pareja —también un hombre y una mujer— corría vestida con ropa de licra reluciente. Detrás de ellos y del carrito, avanzaba un hombre mayor arrastrando los pies, y al otro lado una mujer mayor, con la postura erguida. Wyeth se volvió hacia Keating para comentarle lo extraña que resultaba toda aquella simetría y quizá hacer un chiste, pero, al verlo allí sentado, con la barbilla apoyada en la mano y el pelo cayéndole

sobre el rostro, no dijo nada. En su lugar, memorizó la imagen. La media sonrisa que se le dibujaba a Keating.

—Se está a gusto aquí —comentó Keating.

—Sí —respondió Wyeth.

—Bueno… —empezó Keating, pero la camarera llegó con el café. Luego se pasó lo que pareció una eternidad rellenándoles el vaso de agua con hielo. Keating miró a Wyeth tratando de no reír mientras ella seguía, seguía y seguía vertiendo agua. Cuando terminó, se fue sin decir nada. Pero volvió enseguida.

—¿Necesitan algo más?

—No —repuso Wyeth—. Estamos bien.

—¿La cuenta entonces?

—Sí, por favor —dijo Keating—. Gracias.

La camarera sacó la cuenta de algún bolsillo de su delantal. Unos garabatos a lápiz y una cantidad marcada con un círculo. Keating fue a sacar la cartera, pero Wyeth negó con la cabeza.

—Yo invito.

Dejó su tarjeta y la camarera la recogió con una agresividad que resultaba más cómica que ofensiva.

—¿Qué… le hemos hecho? —preguntó Keating. Ella se dirigió a la caja.

—Nada. Es así.

—¿La conoces?

—No… *conocerla*, no. Pero vengo a comer aquí a veces. Es un poco brusca.

—«Brusca» por decir algo…

La camarera dejó la cuenta y la tarjeta de Wyeth sobre la mesa mientras ya se dirigía a otra persona. Wyeth firmó y dejó la propina. Terminaron el café y salieron a la calle.

Decidieron encender un cigarro camino del metro.

—Ibas a decir algo antes —comentó Wyeth.

—Es un poco… complicado.

—Vale.

—Lo digo porque creo que… no sé, creo que me gustaría pasar más tiempo contigo.

Cruzaron la calle. Keating se rascó la patilla con el pulgar, dudando,

aplazando las palabras. Wyeth no alcanzaba a imaginar qué podría requerir semejante preámbulo.

—Antes de la pandemia… durante la pandemia… yo era jesuita —añadió Keating.

Wyeth se detuvo frente a una bodega. Un hombre estaba colocando ramos y macetas: tulipanes, margaritas, las rosas mustias de siempre.

—Como… ¿un cura? —preguntó Wyeth.

—Sí —contestó Keating despacio. Él también se había detenido.

¿Los jesuitas eran los de las escuelas y universidades católicas para chicos? ¿Eran los de la caligrafía impecable y los zapatos abrillantados con un afán digno del ejército? Lo poco que Wyeth sabía de los jesuitas lo había aprendido leyendo artículos en internet, pero aquel nombre le evocaba el olor del *aftershave*, las navajas de afeitar, el negro azabache y el cuadradito blanco en la garganta. En *Nattvardsgästerna*, Tomas no era jesuita, ni siquiera católico; era pastor luterano. Aun así, mirando a Keating, Wyeth *podía* imaginárselo con el alzacuellos, aunque no supiera nada con exactitud acerca de los jesuitas ni del catolicismo en general. Y la extrañeza de la situación —Keating y Tomas, la vida y *Nattvardsgästerna*, un cruce mental que ahora se materializaba en la realidad, allí mismo, en ese instante— le provocó un ataque de risa.

—Estás de coña.

Keating se lo quedó mirando, dolido. Sacudió las cenizas hacia un lado.

—No.

—¿Un cura?

—Sí —repuso—. Un cura.

—¿Y qué pasó?

Keating suspiró. Reanudaron la marcha.

—Lo de siempre. Crees que sabes. Crees que estás seguro. Y la vida se te echa encima.

—¿Un cura? ¿Ibas a ser cura, o sea, cura católico?

—Sí —respondió Keating lisa y llanamente, como si fuera lo más natural del mundo—. Salen de alguna parte, ¿sabes? No los incuban en una iglesia.

—Ya, pero… se supone que sienten la llamada o algo, ¿no? Que escuchan la voz de Dios.

Keating soltó una carcajada.

—Algo así. Pero eso ya se acabó.

—No conozco a ningún cura —confesó Wyeth—. Eres probablemente el primero con el que hablo. ¿Llegaste a…?

—¿Ordenarme? —preguntó Keating.

—¿Sí?

—Hay cinco etapas —explicó Keating. El sol reverberaba sobre los capós de los coches. La acera empezaba a inclinarse—. Noviciado. Primeros estudios. Magisterio. Teología. Tercera probación. La ordenación llega al final de la teología. Pero antes haces un voto. Bueno, varios, pero uno es prometer que seguirás el camino hasta ser ordenado.

—¿Y no hay un voto de castidad? —preguntó Wyeth, intentando tomárselo a la ligera, pero de pronto se dio cuenta de que tal vez había hecho algo terrible.

—Sí —contestó Keating—. Pero, tranquilo, ya no soy jesuita.

—¿Los jesuitas lo saben?

Keating soltó una carcajada tan fuerte que asustó a un hombre que paseaba a varios perros enormes. Aplastó la colilla con los dedos y la tiró a la papelera.

—Estoy… de descanso. De paseo. Hasta que encuentre mi camino de vuelta. Pero no creo que lo haga.

—Entonces, ¿ya no crees?

Keating se encogió de hombros y se pasó la mano por el pelo. Se mordió el labio inferior. Parecía realmente incómodo.

—Esa es una gran pregunta.

—No hace falta que hablemos de eso.

—Tengo la sensación de que mi alma está bajo interrogatorio.

—Oh. Perdón. Ya… —se excusó Wyeth.

—No, tranquilo. Quería que lo supieras. Por si seguimos viéndonos… o lo que sea.

—Es como saber tu estado, pero… versión Jesús —dijo Wyeth, y se arrepintió al instante porque Keating hizo una mueca.

—Quizá demasiado pronto.

—Ya.

Tendrían que haber girado por la Setenta y Dos, pero ya se habían pasado la calle.

—Ayer dijiste que tú también tienes movidas con Dios —recordó Keating.

—Sí —respondió Wyeth, distraído. Estaba intentando darle la vuelta al mapa mental, recalculando la ruta como un GPS. Recordó que había otra boca de metro en la Sesenta y Nueve. No tendrían que retroceder tanto.

—Aquello de la ausencia. He estado pensando en eso.

—Uf, no. No pienses en eso —saltó Wyeth—. Es una estupidez.

—No lo era —dijo Keating—. Para nada.

—Seguro que tiene que ver con las locuras de mi familia.

—Las locuras de familia son un poco mi especialidad. —Keating esbozó una cálida sonrisa y, en ese instante, con la luz del sol en el pelo y un brillo de compasión en los ojos, Wyeth creyó ver la actitud que debía de adoptar Keating ante la gente a la que había acompañado: paciente, amable.

—Mi abuelo era predicador laico —dijo Wyeth tras una pausa—. Medio baptista, medio pentecostal, o algo así. Construyó una caseta en el bosque de su propiedad y nos hacía entrar de rodillas a todos mis primos y a mí, y pasábamos horas allí dentro, a oscuras, repitiendo cosas que no eran exactamente oraciones, pero que supongo que acababan siéndolo.

—¿Qué cosas? —preguntó Keating—. Nunca había oído algo así.

—No era algo real. Se lo inventó él.

Pero entonces, al recordar el rostro oscuro de su abuelo, sus ojos verdes y fulgurantes, la ternura con la que les tomaba las manos y los guiaba uno a uno hasta la caseta, cómo les presionaba suavemente los hombros para que se arrodillaran ante él; al recordar el olor de la tierra húmeda, de la hierba dulce; al recordar también el pinchazo de las zarzas en las rodillas y el cosquilleo de las moscas que se les posaban en la parte posterior de las piernas y de los muslos, Wyeth pensó: *Bueno, quizá sí era real*.

—Pero nos hacía repetir, durante una o dos horas, al principio era algo como… no sé —añadió.

Pero sí lo recordó, de pie en aquella esquina de Nueva York, bajo aquel día azul y brillante: el sonido de sus voces cantando al unísono, cinco primos y él, con la cabeza gacha, una y otra vez el suave aliento entrecortado al formar las palabras: «Padre Dios, tú lo eres todo, Padre Dios, tú lo eres todo, Padre Dios, tú lo eres todo, Padre Dios, tú lo eres todo». Y, después de la primera hora, cambiaban la oración: «Señor Jesús, tú eres el corazón de la misericordia, Señor Jesús, tú eres el corazón de la misericordia, Señor Jesús, tú eres el corazón de la misericordia». Y, cuando habían pasado suficiente tiempo arrodillados sobre la tierra desnuda del cobertizo, con los rayos de luz que se derramaban sobre sus hombros y sobre el suelo, esperaban oír el tañido de la campana que anunciaba el final del rezo. A veces sonaba enseguida, a veces no sonaba en absoluto, y entonces se quedaban mirando cómo la luz se iba desvaneciendo entre las grietas de la pared. No se les permitía traer juguetes ni escuchar música. Las semanas que pasaban en la granja del abuelo, solo se les permitía rezar y esperar.

Wyeth aprendió a retorcer briznas de hierba hasta darles forma de pequeñas muñecas con las que jugar, pero, cuando los primos las veían, les decía que había hecho cruces. Cuando salían del cobertizo, siempre se comía las muñecas de hierba y se las tragaba. Aunque tuvieran espinas. Recordaba el sabor amargo de la hierba. La dulce acidez de su propia sangre allí donde las partes ásperas de las semillas le arañaban el interior de las mejillas.

—Padre Dios, tú eres todo lo que necesito. Protégeme y consérvame, aunque no merezca tu gracia —rezó.

—Esa está bien —dijo Keating—. Para ser inventada.

Wyeth rio. Se le nubló la vista, estaba mareado, como si hubiera salido a la superficie del agua demasiado deprisa.

—Creo que lo de la ausencia —siguió Wyeth— me viene de ahí.

Lo que recordaba de aquellos días y semanas en el cobertizo, de las largas horas arrodillado junto a sus primos, con el olor de su propio sudor y el de ellos, y el hedor a pis en la esquina donde se agachaban antes de volver a rezar, era el sonido de sus propias súplicas desesperadas para que Dios le contestara al otro lado de la vasta oscuridad del universo. Al principio, rezaba con toda la

intensidad que era capaz de reunir, lanzando la llamada de su alma, arrojándola tan lejos como podía, esperando una y otra vez una respuesta, cualquier respuesta, algún pequeño, infinitesimal, giro en su vida: que su madre lo mirara, que su abuelo les dejara jugar, o que su abuela y sus tías dejaran de preguntar si tenían comida en casa, cuando, al fin y al cabo, no le daban nada si él decía que no; que hubiera comida en casa, que hubiera risas en casa, que se produjera algún cambio, aunque fuera que de pronto brotara un campo de flores, por arte de magia, lo que fuera, cualquier señal. Y solo se oía el silencio por respuesta. Lo que recordaba era lo ajeno que se sentía de todo y de todos con cada oración que se obligaba a pronunciar.

—El cielo es un vacío cuando tienes ocho años y estás de rodillas en un cobertizo rezándole a Dios para que haga siquiera un poco menos de calor.

Keating asintió.

—Creo que muchas de esas cosas las he olvidado. Quizá «olvidar» no sea la palabra. Las tengo guardadas en algún sitio —añadió Wyeth.

Al oír aquello, Keating se echó a reír. Luego le pasó un brazo por los hombros.

—Sé a lo que te refieres —dijo.

—Es un poco fuerte, supongo. Ya no conozco a mucha gente religiosa, pero de donde yo vengo todo el mundo lo era. Muchísimo.

—Eres del sur, ¿no?

—Sí, pero no es solo eso, no sé. Supongo que de niño no pensaba mucho en ello. Simplemente… vives dentro de eso, es el aire, el agua, la tierra, ¿sabes? Está en todo. Pero luego te vas y, de pronto, la gente… es distinta.

—Y tú te fuiste a… —inquirió Keating.

—Me fui a la Universidad de Wisconsin-Madison, para cursar un máster.

Keating se rio.

—Tampoco es tan distinto del sur.

—En algunas cosas, no —coincidió Wyeth—. Pero la gente de mi entorno, sí. Era distinta. Recuerdo la primera vez que conocí a

alguien que me dijo que era ateo. Fue como… guau.

—¿Tú eres ateo?

—Sí —respondió Wyeth—, pero en aquel momento, vamos, ni siquiera podía decir la palabra. Tenía la sensación de que alguien se enteraría y se lo contaría a mi abuelo.

La expresión de Keating se volvió triste. Se habían quedado quietos, vacilando sobre la acera. La estación de tren estaba cerca.

—No me extraña que tengas toda esa movida sobre ser visto. Me sabe mal que tuvieras que sentirte así. La gracia no debería ser eso.

—Ah, estoy bien —rio Wyeth, encogiéndose de hombros—. Te estoy contando cómo fue aquello, no quiero dar lástima.

—No creo que *necesites* dar lástima. La lástima es lo que sientes por los demás. ¿Te da vergüenza?

—¿Que me compadezcan?

—Compasión y lástima no son lo mismo, Wyeth.

Se le hizo raro oír su nombre en boca de Keating. Raro, pero agradable, de una forma que le resultaba vergonzosa, así que desvió la mirada hacia el carril bici justo cuando dos adolescentes pasaban en un patinete, ambos de pie, uno de ellos agarrado al otro como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué se siente en teoría? —preguntó.

—¿Con la gracia?

—Sí, supongo, con la gracia —respondió Wyeth, aunque no tenía muy claro qué implicaba la gracia o a qué correspondía exactamente. La gracia aparecía escasas veces en la teología de su abuelo.

Keating se llevó el pulgar a la boca y frunció el ceño. El sol se le posaba en el pelo como oro fino sobre las sienes. Se le adivinaba un tono rojizo en la barba incipiente.

—Pues mira —rio—, la gente se ha matado por esa pregunta. Miles, decenas de miles, quizá cientos de miles de personas, muchas de ellas cristianas, han muerto por esa cuestión.

—Supongo que es verdad, sí. —Wyeth le seguía el juego—. Las Cruzadas y todo eso.

—No hablo de las Cruzadas. —El tono de Keating era seco—. Hablo de violencia entre cristianos. Durante siglos. Así es como nacen las

herejías, con preguntas como «¿qué es la gracia?» o «¿qué se siente en teoría con la gracia?». Va directa al núcleo de cómo organizas tu vida y tu comprensión de todo el universo. Es una pregunta enorme, pero a la vez sencilla, supongo.

—No intentaba complicar las cosas —aclaró Wyeth.

—Y no lo has hecho. Es que *es* complicado. Hay cosas que son así. Sobre todo, si son importantes.

Keating encendió otro cigarrillo. Pasaron de largo la calle del metro y siguieron por la Primera Avenida, donde los edificios altos se erigían como cimas extrañamente separadas que abrían brechas en el horizonte.

Wyeth miró el móvil disimuladamente. Bernard le había escrito para decirle que estaría dando vueltas por el Medio Manhattan antes de ir a la galería y que podían hacer el intercambio del libro allí. Wyeth pensó, no sin cierta vergüenza, en el libro, que se le había empapado bajo la lluvia y que había tenido la «intención» de secar antes de que llegara Keating, pero no lo había hecho. El libro era una masa reblandecida y mojada, doblada por la mitad alrededor de una botella de agua dentro de su mochila.

Pasaron frente a una pizzería y un McDonald's. Una anciana subía muy despacio por la rampa accesible del local, mientras dentro un hombre con una maraña de rastas se había despatarrado en un banco junto al ventanal. Se le veía la piel muy oscura bajo la camiseta roja manchada, y había estirado el brazo de forma que la mano le colgaba del borde del asiento. Wyeth alcanzaba a ver las venas de esa mano y la punta de los dedos, que casi rozaban el suelo. Era exactamente la mano del enorme cuadro —casi mural— de Kehinde Wiley, *Sleep*, que representaba a un hombre negro sobre el característico fondo floral de las obras de Wiley. El hombre estaba desnudo salvo por unos paños blancos que le cubrían los muslos y la cintura, y Wiley había captado la amplitud de su pecho y la belleza de sus músculos. El hombre era imponente, atractivo, francamente sexual incluso en reposo, y su piel resplandecía como si lo hubieran ungido. Aunque Wyeth pensaba que la figura del cuadro de Wiley era una referencia a la pintura del entierro de Cristo de Caravaggio, las dos figuras eran radicalmente distintas. El cuadro de Wiley

celebraba la forma, la belleza del cuerpo del hombre negro, incluso aunque el espectador estuviera invitado a darlo por muerto, avatar de todos los hombres negros muertos y martirizados, víctimas de la violencia americana. El Cristo de Caravaggio era un cadáver con la piel cetrina y desaturada pese a toda su divina luminosidad. En Caravaggio, el sueño era muerte. En el hombre en reposo de Wiley, dormir era pura exhibición. Pero la mano. La mano, ese detalle de fragilidad humana, suspendida en el aire, señalando la vulnerabilidad del cuerpo ante el mundo, era la misma mano, y era la misma mano en aquel McDonald's de Nueva York, aquel día, en ese preciso momento. El hombre tenía las palmas rojas y las uñas redondeadas y blancas, en contraste con la oscuridad de su piel, otro detalle similar al cuadro de Wiley. La verdad era que Wyeth prefería el Caravaggio. *Había algo tan… deshonesto en lo que hacía Wiley*, pensó. Sí, pintaba a gente atractiva, pero el carácter abiertamente comercial de todo aquello, la política representacional del «lo negro es bello», le resultaban tan áridos y tediosos como el liberalismo secular. ¿Y la fealdad? ¿Lo mundano? ¿Lo típico? ¿Era el hombre, ese hombre escultural y hermoso de *Sleep*, más representativo que aquel sintecho dormido en el McDonald's? ¿O Wiley se limitaba a pintar la imagen que la gente quería tener de sí misma?

Ahí radicaba la deshonestidad de ese trabajo, pensó Wyeth. Que representaba un deseo ansioso y plano de ser mejor de lo que uno es. Esos cuadros.

Pero ¿era él mejor? ¿Con sus películas francesas? ¿Era mejor en algo? Le gustaba imaginar que sus cuadros eran más fieles a la realidad. Nada de figuras idealizadas. Ninguna celebración del espíritu negro. Pero entonces, ¿para qué? ¿Qué sentido tenía? ¿En qué consistía lo suyo sino en apaciguar un deseo igual de ansioso y anodino? Ver a gente negra con jerséis de punto contemplando fiordos. ¿Acaso eso no era igual de fantástico?

Y ¿*por qué* había de ser fantástico? ¿No era la suposición de que sus cuadros mostraban escenas irreales o inverosímiles un reflejo más de una idea racista? ¿Por qué no iban a poder existir personas negras en esos espacios? «¿Por qué?» era la pregunta que entrañaba su pintura. ¿Por qué despertaba esa incomodidad en la

gente? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Los ojos de Keating siguieron la dirección de los de Wyeth y acabaron posándose también en el hombre que dormía en el McDonald's y en la anciana que empujaba la puerta. Keating subió la rampa de un salto y le sujetó la puerta para que pudiera entrar. Echó el humo hacia otro lado. Wyeth esperó a que la mujer hiciera su lento recorrido y, cuando estuvo dentro, la puerta se cerró sobre el aire acondicionado y ellos volvieron a quedarse bajo el calor de la acera.

—No me has contestado —continuó Wyeth.

—¿Sobre la gracia? —preguntó Keating—. Es difícil. Cuando daba catequesis a niños, siempre les decía que la gracia hace que Dios esté siempre de tu lado. Pase lo que pase, Dios está de tu parte en la pelea o en la discusión, pero eso no quiere decir que tengas razón. O que no te hayas equivocado. Quiere decir que Dios está de tu lado y confía en que llegarás a ver lo que necesitas ver para arreglar las cosas. Para mí, siempre ha sido eso.

—Siempre de tu lado —repitió Wyeth—. Ahora quiero hacer un chiste sobre compañías de seguros, pero, la verdad, es muy bonito.

Keating se rio.

—Oh, tendría que haber usado eso. Habría resultado más sencillo.

Wyeth entendió entonces cómo y por qué Keating habría ejercido bien como predicador, o al menos como alguien eficaz en cuestiones de espiritualidad. No había sido una explicación teológica solemne, ni llena de referencias, ni de números de página y versículos. Él sabía lo que era estar enfrascado en una pelea, lo que era necesitar a alguien de tu lado, que te escuchara, que te ayudara a alcanzar tu mejor versión, la más elevada. Así, la gracia se volvía algo que podía entender. La capacidad de querer a alguien tanto como para no dar prioridad a tener la razón o a estar en lo cierto y sí a escucharlo y a agarrarle la mano, y que, al amar así a aquella persona, pudieras acompañarla hasta que entendiera un poco mejor quién era y qué le ocurría. Vista así, la idea de la gracia era asombrosa. Querer a alguien tanto.

Pasaron bajo unos árboles y junto a las barras de un aparcamiento de bicis. La fisonomía de la calle estaba cambiando. El cromo daba

paso al ladrillo y a los edificios sin ascensor. A tiendas de barrio y talleres de enmarcación.

Durante toda su vida adulta, Wyeth había evitado la religión: había ido suprimiendo del mundo ese canal. Se había convertido en algo natural, ese supuesto de una vida de árida secularidad, en la que la religión solo aparecía como un chiste o como pretexto para lanzar comentarios sarcásticos. No se le había ocurrido que, mientras tanto, había gente para la que la religión no era un añadido más, sino el fundamento de su vida. Claro que sabía que existía gente así. Bastaba poner las noticias para verlo. Estaban intentando reconstruir el mundo como si fuera un relato bíblico. Por eso la gente había salido a protestar al parque después de la decisión del Supremo, como forma de señalar la lenta —aunque, en realidad, nada lenta según cómo se mirara— transformación de Estados Unidos en una teocracia. De lo que se daba cuenta entonces —de lo que muchos empezaban a darse cuenta— era de que ignorar el componente religioso de la sociedad era participar en un delirio tan peligroso como el de quienes querían prohibir los espectáculos de *drag queens* y mandar a los maricones a terapia de conversión. El delirio secular liberal era tan omnipresente y totalizador como el fanatismo protestante populista que había dado lugar a su época.

Wyeth se preguntó si no seguirían todos de rodillas en aquel cobertizo, esperando que llegara alguna respuesta desde el otro extremo del universo, de uno u otro lado. La gente enloquecía un poco en el silencio. En realidad, su forma de hacer arte no era tan distinta de aquellos muñequitos de hierba que hacía de niño. Aquellas personitas de hierba hechas con dos briznas retorcidas hasta formar una «T» minúscula, una cruz. Una persona con el pelo, el cuerpo y los brazos largos a la que hacía volar por el aire y luego se comía para ocultarla. ¿Qué era eso, sino una forma de marcar el tiempo en el silencio de la ausencia de respuesta de Dios? ¿Qué era eso, sino arte?

Llegaron a la entrada de la estación de la Calle Sesenta y Nueve, que eran dos escaleras, una hacia el norte y otra hacia el sur, cubiertas por dos caparazones curvos.

Keating pareció sorprendido al verla. Se mordisqueó el pulgar y

miró de reojo a Wyeth. Se le erizó la piel bajo aquella mirada.

—Siento que haya sido tan duro para ti —dijo Wyeth—. Que hayas tenido que tomarte un descanso de todo eso. O que a lo mejor no vayas a volver.

Keating le sonrió. Luego le dio un apretón en el hombro.

—Eres muy amable. Vamos a la otra estación.

—Eso es ir marcha atrás —apuntó Wyeth, que ya estaba trazando mentalmente una nueva ruta.

—Pues vamos marcha atrás —respondió Keating—. Esa es la maravilla del libre albedrío.

Recorrieron el resto del camino hasta la estación en un silencio cómodo, mientras Keating abrazaba por los hombros a Wyeth, que se sintió aliviado por haber dicho algo que sonara pertinente, pese a no saber qué era exactamente lo pertinente que se dice o se hace en situaciones como aquella. ¿Era eso «querer» a otra persona? ¿Demostrar cariño, demostrar que respetabas la dignidad de la vida de otro? ¿Era esto de lo que hablaban en los periódicos y las revistas cuando se preguntaban, con tanta preocupación, si todavía éramos capaces de entender y mostrar cierta bondad hacia personas cuyas creencias religiosas o políticas eran distintas de las nuestras? ¿Era eso a lo que se reducía todo? ¿Era eso la gracia?

La boca de metro de la calle Setenta y Dos era cuadrada y naranja, con un aire modernista. Por encima, las palomas trazaban círculos y se posaban en los cables que llevaban electricidad a los semáforos y a los edificios. Wyeth alzó la vista por la Segunda Avenida y admiró la amplitud que se abría paso a través de los edificios, lo extraño que era ver un espacio libre dividiendo la manzana. La escalera mecánica de subida estaba averiada. Un técnico había abierto el panel y estaba tumbado boca arriba, metido en el amasijo de cables y engranajes.

—Yo bajo hacia el centro —anunció Keating—. A ver si quedamos pronto, ¿no?

—Sí —repuso Wyeth—. Vale.

Keating se subió a la escalera mecánica de bajada y lo saludó con la mano mientras descendía. Wyeth le devolvió el gesto.

Cuando Keating desapareció de su campo de visión, Wyeth cruzó

la calle y se compró otro café en un carrito. Luego subió por la Setenta y Tres, donde entró en una tiendecita y compró algo de fruta. Se terminó el café de pie frente a su edificio, mirando cómo la luz caía de forma oblicua sobre el perfil de los bloques. El aire había perdido un poco aquel olor a cloro, así que podía respirar sin esfuerzo. Volvía a estar solo. Sus pensamientos murmuraban inquietos bajo el nivel de su conciencia, pero sentía cómo en su fuero interno se agitaba algo oscuro y grosero.

Un cura. *Un puto cura*. Buscó en el móvil la historia de la orden y se quedó allí plantado, leyendo, mientras el día iba entrando en calor. Solo cuando llegó el repartidor con un carrito lleno de paquetes, se dio cuenta de que llevaba demasiado rato ante la puerta. Cuando el repartidor pulsó el portero automático para que le abrieran, Wyeth entró tras él en el portal.

—¿Vives aquí? —le preguntó el tipo. Estaba bloqueando la entrada, intentando impedirle el paso.

—Sí —respondió Wyeth—. Me he dejado la llave.

CAPÍTULO SIETE

Wyeth encontró a Bernard cerca de Center Drive, al sur del tiovivo. Un grupo de niños trepaba por una de las rocas grandes mientras los padres, alrededor, irradiaban nerviosismo. Los críos chillaban de alegría al saltar arriba y abajo, señalaban los rascacielos y todo lo que se revelaba ante sus ojos desde esa altura recién conquistada: los prados de más abajo, surcados por senderos de hormigón y asfalto llenos de corredores, carruajes y gente en bici o en patinete. Era una felicidad casi delirante, y Bernard se alegraba sinceramente por ellos. Algunos padres hicieron el amago de subir detrás de sus hijos, pero enseguida se acobardaron y desistieron. Se sacudieron las manos y miraron alrededor para comprobar que nadie los hubiera visto.

—Crecer solo sirve para que te vuelvas un cagueta —dijo Bernard.

—Palabra del Sabio de Central Park.

Los pantalones cortos negros para salir a correr dejaban ver unas cicatrices finas y marrones en la parte superior de los muslos de Bernard. Wyeth le había preguntado una vez por ellas, pero Bernard lo despachó con un gesto y le contó que había sido en otra vida, durante los años que pasó en Japón.

—Te he traído esto —añadió Wyeth, tendiéndole el libro.

Se había secado casi del todo, pero estaba hinchado y rígido. La cubierta se había combado y algunas páginas se pegaban entre sí al azar.

—En perfectas condiciones, veo —comentó Bernard.

—Me sorprendió la lluvia. Ayer estaba peor.

—¿Y no se te ocurrió separar las páginas?

Wyeth se sonrojó.

—Estaba ocupado.

—Ocupado… vaya, vaya. Eso viene cargadito de insinuación.

A sus espaldas, un niño gritó, y los dos se giraron justo a tiempo para ver a un crío rubio lanzarse desde la roca, a unos tres metros de altura. Saltó de la luz del sol a la sombra de los árboles, y cayó dando vueltas con brazos y piernas. A pesar de la pinaza y las virutas de madera instaladas al pie de las rocas para amortiguar caídas y resbalones, era una altura como para romperte un hueso o desencajarte una articulación. Una de las madres se llevó la mano a la boca. Entonces, un hombre alto con una camiseta roja dio un par de zancadas rápidas, extendió los brazos y atrapó a la criatura contra el pecho, haciéndolo girar alrededor. El hombre reía. El niño también. Giraban, y el niño estaba tan desbocado, tan rabiosamente feliz, que parecía a punto de echarse a llorar.

—¡Otra vez! —gritaba—. ¡Otra vez, otra vez!

El hombre lo dejó en el suelo y el niño volvió a trepar, esta vez un poco más arriba.

—Mira eso —señaló Bernard—. ¿Te lo imaginas?

—¿Ser así de atrevido? Ni de coña —respondió Wyeth.

El niño volvió a saltar. Los otros críos lo miraban cada vez con más envidia. El hombre lo atrapó por segunda vez. Entre risas entrecortadas, el niño se soltó y volvió a subir, aún más alto. El hombre su cubrió los ojos con la mano para protegerse del sol. El niño se agachó y cerró los puños. Algunos padres observaban con una expresión tensa en el rostro. Los otros niños se arrimaron a la roca, como si esperaran su turno.

Bernard silbó cuando la criatura saltó. El rostro del hombre se endureció intentando calcular la distancia, pero era difícil seguir al niño desde tanta altura —una altura tan catastrófica—, mientras se movía entre la luz y la sombra. El hombre se adelantó y retrocedió, intentando cubrir el espacio a tiempo, pero el niño se había lanzado sin avisar y, sí, él había reaccionado un poco tarde. Uno de los padres murmuró: «Dios mío», y un escalofrío recorrió al pequeño grupo. El niño cayó en picado. El padre tuvo que dar varias zancadas largas y rápidas, pero lo atrapó. Por los pelos. Y, aun así, la criatura forcejeó para soltarse y volver a trepar las rocas; tenía los ojos húmedos, desorbitados, y estaba tan pero tan cerca de lo que quería… Pero el padre ya no lo soltó. Lo agarró del brazo, apretó y

dijo:

—Ya está. Se acabó.

El niño se retorció.

—¡No! ¡No! ¡Otra vez!

—No —repitió el padre, más alto—. ¡No!

El niño se quedó quieto. Lo miró, y el hombre se agachó para quedar a su altura. Le susurró algo al oído, pero el crío estaba furioso.

—¡Te odio! —le gritó—. ¡Te odio!

—Me suena —dijo Bernard. Wyeth soltó una carcajada—. En serio. ¡No me protejas de lo que quiero! ¡Deja que me tire en brazos de la muerte! ¿Qué más dará?

Bernard tenía un brillo en los ojos, pero oculto tras aquella broma había algo sincero. *Siente lástima del niño*, pensó Wyeth.

—¿Qué es peor? —preguntó Wyeth—. ¿No conseguir lo que quieres o conseguirlo y llevarte un chasco?

—Prefiero quedarme en el límite —confesó Bernard.

—¿Por la excitación?

—Por la expectación —lo corrigió. Estaba mirando el libro. La portada mostraba la espalda de un hombre blanco, en una piscina. Las piernas de un saltador justo en el momento en que rompe la superficie del agua—. ¿Lo has leído?

—He oído hablar de él.

—Ya. Yo también. Me pregunto si será del estilo: «Antes éramos tan guapos y bailábamos toda la noche y nos follábamos a desconocidos en rincones oscuros y nadie sabía lo divertido que era hasta que, oh, llegó el sida».

Wyeth tuvo que contener la risa.

—Ya me contarás —dijo.

Bernard guardó el libro. Wyeth tenía un rato y Bernard no quería ir aún a la galería, en el centro, así que decidieron dar una vuelta.

A la sombra hacía fresco y, en los claros de sol, una calidez agradable: el primer día soleado en mucho tiempo. Subieron hasta lo alto de una loma y luego siguieron un sendero que bordeaba el tiovivo. Hombres sin camiseta corrían cerca, lampiños. Wyeth observó su zancada, mientras trataba de imaginarse a sí mismo

corriendo a ese ritmo. Uno de ellos tenía una técnica impecable, y Wyeth admiró su espalda recta y la manera tan eficiente de correr. A Bernard le pareció que estaba bueno.

Se detuvieron a ver las pachangas de vóleibol cerca de Sheep Meadow. Como la arena estaba tan compacta por la lluvia, un grupo de hombres fornidos hacía ejercicios de toque. Uno de ellos era altísimo y tenía una cicatriz púrpura que le serpenteaba por el omóplato izquierdo como una palabra en cursiva. Al fondo del campo, una chica con el pelo verde y unos brazos firmes enseñaba a una mujer achaparrada, de pelo castaño, cómo recibir bien la pelota.

—No te pases con la fuerza, es cuestión de elegir el momento exacto —decía la chica mientras lanzaba el balón, calculaba su caída y lo devolvía recto hacia arriba—. Si te pasas, la cagas. Con calma.

La mujer achaparrada llevaba una camiseta recortada de Evanescence y el pelo castaño, corto y alborotado, que le recordó a Wyeth a las chicas de la facultad de Bellas Artes. Ese corte de lesbiana *hippie*. La chica del pelo verde lanzó de nuevo el balón. La otra flexionó las rodillas, se mordió el labio e intentó recibirlo como le habían enseñado, pero la pelota rebotó hacia la red.

—No pasa nada —la animó la del pelo verde—. Tranquila. Queda mucho tiempo.

Rieron. Volvieron a empezar. Un poco más adelante, en el asfalto, también había gente jugando al vóleibol, y más allá alguien había cortado el paso para montar una pista improvisada de *roller disco*. De un altavoz portátil sonaba *funk* clásico y viejos temas de R&B. Personas algo mayores hacían giros y figuras complicadas, y en el barro de los márgenes se juntaba un corrillo de espectadores que aplaudía y miraba. Unos vendedores ambulantes ofrecían granizados y botellas de agua de las neveras abiertas. De vez en cuando, cortaban mango y melón y lo metían en bolsas y vasos de plástico.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Wyeth.

—Pasado mañana —respondió Bernard.

—Guau, se te ve entusiasmadísimo.

—Estoy de luto por mi vida.

Por segunda vez en el día, y para su fastidio, Wyeth pensó en el cobertizo de Virginia, en su abuelo, en sus primos. La irritación lo

descolocó, aunque no debería: era la reacción natural cuando algo que se había empeñado en dejar atrás volvía a reclamar protagonismo. Él estaba ahí, en ese instante, en Nueva York, con Bernard, envuelto en una bruma ligera, con la hierba aún húmeda por la lluvia de anoche, el golpe sordo del balón contra la piel y el músculo, los gritos de «¡mía, mía, mía!» cuando el balón caía, el toque de un remate perfecto, la música que venía de delante, el roce de los patines. Estaba allí, con Bernard —las gafas llenas de huellas, la camiseta manchada de sudor—, que parecía agotado ante la mera idea de ir al norte del estado. Estaba allí, era verano, estaba lejos de todo aquello, y nada de eso tenía que ver con su vida, no tenía por qué pensarlo más, ni ahora ni nunca. Pero Bernard había mencionado lo de sentirse atrapado, y entonces Wyeth solo podía pensar en lo que era verse obligado a permanecer en un lugar donde no quieres estar, sin escapatoria posible. Sí, él se había sentido atrapado antes.

Pero no solo en el cobertizo. También recordaba cuando lo obligaban a visitar a sus tías y tíos en el campo. En los hombros caídos de su madre mientras conducían tres cuartos de hora para que los adultos —apenas adultos— cotillearan, bebieran e hicieran una barbacoa mientras los niños se ponían inquietos. Uno podía jugar hasta que echaba de menos sus propios juguetes y su propia cama. A él nunca le dejaban llevar ninguno porque su madre decía que los acabaría perdiendo. Terminaba aburrido y furioso, mientras veía a sus primos jugar y tirarles piedras a gatos muertos, cada vez más convencido de que, cuando fuese mayor, jamás se quedaría en un sitio donde no quisiera estar, que jamás volvería a dejarse atrapar. Ya de adulto, se marchaba cuando le apetecía.

—Yo no podría —confesó Wyeth—. Suena a tortura.

—No hay mayor tortura que la felicidad ajena a costa de la tuya —dijo Bernard.

Bernard se iba por su novio y por los amigos del novio. Iba a tomarse con deportividad todo aquello, es decir, la vida misma, es decir, cumplir con el conjunto de reglas y expectativas que rigen la existencia de los gais moderadamente atractivos pero muy ricos de principios del siglo XXI. Qué coñazo. Wyeth le tenía envidia.

—Podrías no ir —propuso.

—No digas tonterías.

—¿Por qué es una tontería decir que no tienes por qué ir a la segunda residencia de tu novio en verano si no te apetece?

—Es una tontería porque *sí que me apetece ir*. Y a la vez no me apetece. No es tan sencillo.

Wyeth se sonrojó.

—Existe el libre albedrío.

—Sí, y estoy usando mi libre albedrío para hacer algo que me genera sentimientos encontrados. Muy moderno todo.

Las mujeres seguían pasándose el balón y los hombres se tiraban en la arena húmeda. Bernard se apartó de la valla. Los rascacielos recortaban el prado con sus sombras. Se oían hélices sobre el hospital, sirenas. El césped estaba lleno de barro, pero aun así había gente tumbada en mantas, decidida a pasarlo bien.

Bernard y Wyeth avanzaron entre ellos: Bernard con la mano en la frente para protegerse del sol. No es que Wyeth no entendiera en absoluto la complejidad de las relaciones o de la vida contemporánea; simplemente, pensaba que la gente se complicaba más de lo debido.

Si no querías ir a la casa de tu novio, no tenías por qué ir. Aunque también veía que el hecho de ir formaba parte de una extensa red de símbolos con un significado mayor. Una decisión llevaba a otra y, tal vez, si no iba, Bernard pondría en marcha una cadena de cosas que acabaría con la relación. Aun así, le parecía bastante injusto. Si no eras capaz de acumular suficiente buena voluntad con alguien a quien te tirabas como para librarte de pasar un verano en su casa, ¿qué sentido tenía el amor?

—No pretendía hablarte de esa forma —se excusó Bernard—. El viaje irá bien.

—No estaba enfadado —aclaró Wyeth, aunque en realidad le fastidiaba que Bernard le hubiera leído el pensamiento—. Aparta de mí tus artes oscuras.

—Es fácil leerte la mente —dijo Bernard—. La cara te delata.

—Lo que tú digas.

—No te enfades.

Bernard le pasó un brazo por la cintura. Estaban en plena solana. Sudaban. A Wyeth le ardía la nuca. Ojalá hubiera traído un pañuelo o una gorra.

—No estoy enfadado.

Al cruzar el prado, Bernard compró un helado para cada uno en el puesto del parque. Wyeth pidió un sándwich de helado; Bernard, una tarrina de chocolate. Se sentaron en un banco a la sombra y observaron a ciclistas y corredores que subían por la cuesta. Detrás de ellos, un grupo de amigos celebraba un pícnic con embutidos, aceitunas y *prosecco*. Bernard se había dejado caer en el banco.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Wyeth.

—No hay nada que hablar.

—Estás un poco gruñón.

—No —terció Bernard—. Me estoy preparando emocionalmente.

«Prepararse emocionalmente» sonaba a un servicio de lujo que alguien le pagaría a su psicoanalista. Tenía ese aire de la cultura del bienestar que a Wyeth le resultaba gracioso.

—¿Y qué hacías anoche que estabas tan ocupado?

Wyeth lamió los bordes del sándwich. El helado se había vuelto una espuma en su boca; la galleta de chocolate, una pasta.

—Hay un chico… creo que te hablé de él.

—¿El que te debía cigarrillos?

—Sí. Anoche vino a casa. Bueno… —empezó Wyeth, pero Bernard alzó las cejas exageradamente.

—¿Te has follado al chico de los cigarrillos? ¿En mitad de un monzón?

—Para empezar, no fue un monzón, eso es un patrón climático. Y segundo, no. Bueno… sí.

—Me fascina esta fase tuya de zorrita —dijo Bernard.

—Ya, bueno. Creo que a lo mejor… —siguió Wyeth, pero Bernard lo miró y él sintió que otra vez le había leído la mente—. Nada. Olvídalo.

—¿Vas a pintar al buenorro con el que te has acostado? Qué cliché más marica. ¿Vas a hacerlo con todos esos colores horribles y rayados?

—Me estás insultando de formas que ni sabía que existían —dijo

Wyeth—. No. No sé. No lo tengo claro aún. Pero le hice unas fotos de referencia.

—Todo es una copia —dijo Bernard—. Estás en plena era de zorra.

—No es ninguna era. Ni soy una zorra. Ha sido un chico, una noche. Probablemente no vuelva a verlo.

—¿Y eso?

—Porque es cura —soltó Wyeth. Y enseguida se arrepintió de haberlo dicho. Le parecía injusto hacia Keating expresarlo así—. Era cura. O iba a serlo.

—¿Te has tirado a un cura? Dios mío —exclamó Bernard—. Eso sí que es ser zorra. Otro nivel. ¡Y tú tan calladito!

Wyeth sintió la boca seca. Bernard le agarró la muñeca con fuerza.

—Estás haciendo una montaña de algo que no lo merece —dijo Wyeth, nada imparcial—. Me gustó su cara. La imagen era muy buena, la composición.

—Sí, la composición —susurró Bernard.

Wyeth se dio cuenta de que no iban a llegar a ninguna parte con eso. Con los años, los niños prodigio se acababan avinagrando por su propio talento y se volvían emocionalmente infantiles para el resto de sus vidas. Tanta expectativa a una edad tan temprana les confería un aire de madurez prematura que luego resultaba ser inmadurez.

—Madura.

Bernard captó la indirecta.

—No iba con mala intención. Estaba de coña.

—Ya. No quiero bromear con eso.

—Lo sé. Perdona.

—Ahora no me vengas de digno y de arrepentido —dijo Wyeth—. Estás usando mi compasión en mi contra.

—Tiene que ser agotador vivir con tanto cinismo —dijo Bernard—. Que incluso la amistad te parezca una trampa.

—De pequeño me abrazaron poco.

Bernard se echó a reír.

—En fin, me parece estupendo. Últimamente te estabas volviendo demasiado militante con todas las protestas —reconoció. Lamió la cucharilla, la dejó limpia y la metió de nuevo en el vasito—. Pero te

digo una cosa… no era bonito. Todos esos dibujos atormentados.

—No he pedido tu opinión.

—Vale —se excusó Bernard—. Perdón. Me hacía ilusión la idea, no sé, de que hicieras algo que te gustase.

—Ya, ya —dijo Wyeth, aunque su entusiasmo por pintar a Keating ya se había enfriado—. Seguramente no lo haré.

Detrás de ellos, los del pícnic descorcharon una botella y aplaudieron. Estaban celebrando algo. Bernard se giró y se unió al aplauso, lo cual animó a los desconocidos, y luego se sumaron los de la manta de al lado, y de pronto todo el mundo estaba aplaudiendo a la gente del pícnic.

—Nos vamos a casar —anunció uno de los hombres, moreno—. ¡Joder, que nos casamos!

Se les estaba haciendo tarde y Wyeth aún tenía que pasar por casa de Olin-Noah. Salieron del parque hacia el oeste. Bernard tenía que bajar hasta Columbus Circle para tomar el metro hacia la galería. Le quedaban unos recados por hacer.

—Solo tienes que pasarte de vez en cuando —dijo—. Recoger el correo y regar las plantas. Nada más. Lo demás es cobrar el cheque. No va a entrar nadie.

—¿Y Bilal? —preguntó Wyeth.

—Se ha ido esta mañana —contestó Bernard—. A Ibiza, creo.

—Dios.

—Lo sé. Qué hortera. Está mayor para eso.

Bernard le dio un abrazo.

—Intenta divertirte —lo animó Wyeth—. Se pasará antes de que te des cuenta.

—Ya, bueno. Gracias por el libro.

Wyeth caminó hacia el norte, rumbo al adosado. Al sol, el barro seco de las aceras dibujaba curvas oscuras donde se había retirado el agua. En las sombras aún quedaban charcos. La gente paseaba a sus perros, o empujaba carritos.

Si miraba hacia el oeste, Wyeth alcanzaba a ver el Lincoln Center y

la Ópera Metropolitana. Oyó la risa alegre de una niña y, al volverse, vio a una cría blandiendo una espada hecha con un globo amarillo. ¿Qué significaba para ella esa forma, ese objeto? ¿De dónde venía ese entusiasmo? ¿De la textura? ¿De la tensión del látex? ¿De algún reflejo primitivo que reconoce un arma y su potencial? ¿O simplemente del hecho de haber recibido algo que había pedido? No lo sabía. Pero era raro: una niña que no parecía capaz de hablar aún, fuera de sí por la felicidad de tener un globo con forma de espada.

La niña iba sujeta en un cochecito negro grande. La empujaba una mujer con pinta de estar aburrida, vestida con ropa deportiva de color negro. Hablaba muy alto a través de los auriculares sobre otra mujer, alguien llamada Annika, que no se había apuntado a ningún turno para la jornada de actividades del colegio. La mujer y la niña pasaron junto a Wyeth, que las siguió con la mirada. Ella seguía contando que Annika tampoco había hecho su turno a la salida y que Carla había tenido que cubrirla a última hora. La niña se inclinó hacia delante en el cochecito y se giró para señalar a su madre con la punta de la espada: «¡Mamá, mamá, mira, mamá!».

La mujer no la oyó. O, si la oyó, no reaccionó. Wyeth se detuvo detrás de ellas en el semáforo y observó cómo la niña gesticulaba cada vez más desesperada hasta que, al final, apretó tanto el globo que una parte reventó y se desinfló. Como los nudos mantenían el resto de la estructura, la espada no se deshinchó del todo, pero el mango desapareció por completo; de repente parecía el tallo de una flor sin pétalos. La niña se quedó tan atónita ante el estallido que permaneció quieta un instante, mirando la goma arrugada, y Wyeth pensó que no lloraría. Pero ese momento pasó, y rompió a llorar, un sollozo de verdad, ese llanto absoluto que uno, ya de adulto, no puede soltar porque la vergüenza cala demasiado pronto. Era un sollozo desgarrador, y Wyeth sintió lástima por ella. La madre parpadeó, desconcertada. El semáforo se puso en verde. Siguió empujando, hablando por los auriculares con la mujer y, a la vez, preguntándole a su hija qué ocurría. Siguieron calle adelante. Al fin y al cabo, no era asunto suyo.

Wyeth encontró los dibujos en una carpeta sobre la mesa del recibidor de la casa. Michel estaba en el jardín, mezclando y probando barnices con la pistola de aire comprimido y unos lienzos de ensayo. Con la máscara y los guantes largos de goma, parecía más bien un fumigador, o incluso un médico de la peste negra.

Wyeth se llevó la carpeta hasta la sala del fondo y vio que Michel le había despejado una mesa de trabajo. La habitación era amplia y tranquila, con mesas largas colocadas de dos en dos. Las obras bajo proceso de restauración estaban cubiertas con unas telas ligeras. A Wyeth le recordó a una morgue o un tanatorio: las formas abultadas de los cuadros bajo las sábanas, el olor del formaldehído, los carros con las herramientas.

Cinco de los ocho dibujos estaban en un estado relativamente bueno; dos eran dudosos, y uno estaba tan frágil que sacarlo siquiera para su análisis ponía en riesgo su supervivencia.

Los dibujos habían aparecido dentro de un escritorio de persiana que el cuñado de la clienta había comprado en un mercadillo de antigüedades en Maine. Formaba parte de un lote de muebles procedentes de una colonia de artistas que había sido embargada. El cuñado se los había regalado a ella y llevaba tiempo queriendo que alguien los examinara, pero luego, bueno, llegó la pandemia. Había conseguido el contacto de Olin-Noah gracias a una amiga suya en una fiesta hacía unas semanas, y por fin se había decidido a ocuparse de los dibujos que llevaban años guardados en su despacho. Un cruce de casualidades, cierto, pero ahora los dibujos estaban allí, y Wyeth los tenía desplegados sobre la mesa.

En cuanto a las piezas, eran abstractas, con un estilo llano, aunque no naíf, semejantes a las xilografías. Daban la impresión de que el artista había presionado tinta o pigmento sobre papel de morera de distintos gramajes. Cada obra consistía en un núcleo denso de color, resultado de capas de trazos superpuestos. Había algo figurativo en ellas, aunque no mostraban figuras como tal: tenía que ver con la manera en que el autor había manipulado los trazos, como si esculpiera en el propio color. Algunas formas eran esbeltas, otras

más anchas; unas caían en picado, otras se curvaban; unas eran rectas, otras oblicuas.

Wyeth distinguía con facilidad cómo en una de ellas se adivinaba la silueta de una anciana con la cabeza reclinada sobre el fondo blanco. En otra, dos figuras pequeñas que se lanzaban una pelota roja en un prado. Otra, un vaso quizás abandonado sobre una mesa. La tinta o el pigmento no estaban aplicados de forma idéntica: en ciertas zonas, el color estaba saturado y perfectamente uniforme; en otras, más granulado, revelando el blanco del papel como si asomara a través de una capa de espuma marina.

Cuanto más los observaba, más convencido estaba de que aquello eran xilografías o algo muy parecido, pero no dibujos. No entendía por qué Olin-Noah y Chloé los habían descrito como tales, hasta que vio, en la esquina inferior derecha, un rastro velado que indicaba que habían sido titulados como *dibujo 1*, *dibujo 2*, *dibujo 3*, y así sucesivamente. Le vino a la mente la serie catalogada como *fig.* colgada en la galería.

Debajo de cada título, en una tinta negra más definida, aparecía el nombre del artista, escrito con una letra afilada pero clara: Dell Woods.

En la reunión de última hora de la tarde, Wyeth presentó sus conclusiones.

—Las cinco que están en buen estado se pueden salvar —dijo—. Habrá que limpiarlas y aplanarlas, pero, salvo algunos desgarros en las esquinas y grietas, son estables.

Le preocupaban más las dos piezas que presentaban unos pliegues largos y profundos que atravesaban el pigmento como si alguien las hubiera doblado a propósito con rabia. A través de la capa de color, se podían percibir unos pequeños agujeros y unas manchas marrones que se extendían desde los bordes. Además, en ambas habían aparecido remolinos azulados y puntitos grises alrededor de la zona pigmentada.

—Será complicado —añadió Wyeth, mientras deslizaba unas

diapositivas con imágenes cada vez más detalladas de los daños en cuestión.

La última pieza era un desastre absoluto: doblada, quebradiza. El folio se desmenuzaba en esquirlas como las migas del fondo de una bolsa de patatas. Había tenido que extremar el cuidado para evitar romper aún más los bordes de los fragmentos grandes, lo que dificultaría su restauración.

—Está carbonizado —explicó— y, a diferencia de las otras, parece un dibujo de verdad. —Pero no había podido examinarlo bien por el estado en el que se encontraba—. No sabré más hasta que podamos aplanarlo. Si llegamos a ese punto… Está muy delicado. Me daba miedo romperlo al sacarlo.

Chloé asintió desde el otro extremo de la sala.

—Mi examen va por ahí —dijo—. Y, siendo sincera, creo que va a dar muchísimo trabajo. Quizá demasiado.

—Sí —opinó Olin-Noah—. ¿Qué sabemos del artista?

—Dell Woods —dijo Wyeth—. No hay gran cosa. Parece que estuvo activo en los setenta y quizás a principios de los ochenta. Luego, nada. Lo mencionan en un par de catálogos y puede que participara en una exposición colectiva en Harlem. No lo sabré hasta revisar los archivos.

—Los ochenta —murmuró Olin-Noah.

Wyeth pensó en la pandemia y en el impuesto que había cobrado al mundo: todas esas vidas, todo ese dolor camuflado por la magnitud de la tragedia. En cómo todo el mundo seguía adelante fingiendo no ver lo que tenía justo enfrente: la devastación de vecinos y seres queridos. Él mismo, camino de la casa, pasaba a menudo junto a un hombre tumbado en la calle con la mano extendida. Era enjuto; se le marcaban las costillas, las rodillas, los codos. Yacía sobre un respiradero con la palma hacia arriba, ofreciéndola a cada transeúnte. Tenía los ojos hundidos y le faltaba la mitad de los dientes. Olía a sudor y a orina, y unas manchas le oscurecían los pantalones rojos. Lo más difícil era mirar las úlceras abiertas de sus pies, su abdomen, su pecho, que habían supurado tanto y durante tanto tiempo que cada una dibujaba un reguero plateado, como de metal fundido sobre la piel. Sin decir palabra,

pero no en un silencio sepulcral, se tendía sobre la rejilla y agitaba la mano para llamar la atención, pero la gente pasaba sin mirarlo. Al principio, cuando Wyeth se acercaba, se preguntaba si no sería alguien que se había caído y necesitaba ayuda para levantarse. Pero pronto vio que lo más probable era que pidiera dinero. Todo eso ocurría a dos pasos del Lincoln Center. Muy cerca de la sede de la Ópera Metropolitana, donde, según oyó comentar un día junto al hombre de la calle, la temporada estaba siendo pésima. Había quien lamentaba lo trágico que sería que cerrase. Y el peligro que supondría. Murmuraban y bordeaban al hombre tirado en el suelo, porque su sufrimiento era demasiado agudo y evidente como para mirarlo a la cara y percibirlo. Resultaba más fácil preocuparse por el cierre del Met. Si no más fácil, desde luego más llevadero. Para sobrevivir había que ignorar el sufrimiento más agudo; de lo contrario, te destruía.

No se podía pensar en los millones de muertos de la pandemia. La gente lo mencionaba en redes casi como un latiguillo para zanjar discusiones: «Bueno, murieron como un millón de personas, ¿no?». Pero incluso eso era otra forma de no pensar de verdad en la multitud de víctimas que había trabucado el orden mundial. Y que la gente, en lo esencial, hubiera retomado su rutina era, de algún modo, un signo de resiliencia de la vida contemporánea. Wyeth sospechaba, cada vez con más desasosiego, que aquello entendido como resiliencia provenía en verdad de una enfermedad moral o espiritual más profunda. Habían perfeccionado —Wyeth también— el arte de apartar la mirada.

Wyeth no llevaba dinero en efectivo para el hombre de la calle. Ni siquiera unas monedas sueltas. Sus miradas se cruzaron. El hombre tenía los ojos suaves, marrones. Wyeth sostuvo la mirada durante ese instante compartido. Quería apartar los ojos, pero no lo hizo. Sentía una punzada en la base del cráneo. Intuía que estaba cerca de algo importante.

Pensó que, de haber hecho una foto de aquel hombre en aquella postura, habría captado el aspecto externo de su vida —o, al menos, de ese instante—, pero poco más. Quizá hubiera dicho algo del hombre, pero mucho más de Wyeth: de su mirada, de aquello que lo

atraía. Hubiera convertido al hombre en un objeto. Y él necesitaba algo más. Más que el mero registro de un físico. Porque, cuando la gente pasaba junto al hombre, no apartaba la vista solo de su cuerpo: huía de imaginar lo que era vivir ahí tirado, horas y horas, día tras día, cargando con un cartón empapado y grasiento, con el cuerpo molido, la dentellada del hambre en el estómago y el escozor del ácido por dentro. Lo que trataban de evitar no era la visión en sí, sino el gesto de identificarse con aquello que veían. Ese salto imaginativo que permite sustituir el propio cuerpo por el cuerpo en la cruz.

La cruz era un mecanismo de transferencia. En ella, lo singular se hacía universal y lo universal penetraba en lo singular. Todo el sufrimiento del género humano fluía hacia la cruz y hacia ese cuerpo ahí clavado y, con su muerte, se liberaba el sufrimiento de todos los hombres. La crucifixión siempre había sido un sistema de comunicación masiva: un mensaje de orden, disciplina, control, pero también un símbolo de sacrificio y redención.

En ese nivel, el arte era una suerte de cruz: convertía lo universal en subjetivo y, al hacerlo, devolvía al mundo algo de sí mismo visto desde el ángulo de lo pequeño y de lo individual.

Tenían ante sus ojos el relato de la vida interior de Dell Woods. Había plasmado formas e ideas en un papel. Había dejado un rastro. Y ellos no sabían nada de él —ni dónde vivió, ni por qué hizo aquellas piezas—, pero contaban con su obra. Y eso no era poca cosa. Su clienta, que había llegado a poseer la carpeta, sabía tanto de Dell Woods como sabría de aquel hombre tirado en la calle si se cruzara junto a él. De hecho, por lo que sabían, bien podía ser él. Y, sin embargo, ahí estaban, *preguntándose* por su vida. Como si el arte otorgara significado a la existencia.

La noche anterior, Keating le había dicho que a Wyeth solo le interesaba la vida de los demás cuando esa vida lindaba con el arte. Le había molestado, pero ahora veía la claridad del comentario. Estaba intentando averiguar detalles sobre Dell Woods porque había dejado obras que merecían atención. Si hubiera sido solo otro desconocido pidiendo dinero en la calle, quizá ellos habrían mirado hacia otro lado.

Y, aun así, pensó Wyeth, *no es poca cosa rescatar a Dell Woods del anonimato. Intentar reconstruir algunos hechos, algún dato. Sostenerle la mirada, en cierto modo. Decirle: «Estás en el mundo. Te veo». Cursi, sí, pero también verdadero*.

Olin-Noah se ajustó las gafas y se frotó las manos, gesto que marcaba el final de una reunión. Michel llevó los vasos a la cocina. Chloé guardó el portátil. Wyeth permaneció junto a la puerta, viendo cómo Olin-Noah se cruzaba de brazos.

—Es mucho lío —dijo—. Ocuparnos de esto. No sé si merece la pena. ¿Qué opinas?

Wyeth tamborileó con los dedos en la puerta y observó cómo la luz se deslizaba sobre la ventana sucia.

—Creo que podría ser divertido. Y, si vamos a hacerlo, es ahora o nunca: es verano y estamos tranquilos.

—Sí —concedió Olin-Noah. Se mordió las uñas. Se oyó el suave chasquido de los dientes—. Cierto.

En la cocina, Chloé y Michel ya estaban debatiéndolo.

—Será una pesadilla —opinó Michel—. Eso está claro.

—Sí —coincidió Olin-Noah.

Chloé, sentada a la mesa del rincón, revisaba las fotos en la tableta, ampliando y reduciendo el tamaño.

—Es complicado, pero no creo que esté fuera de nuestro alcance. Y las piezas son interesantes. Son buenas. Me gustan.

—*A mí* también —reconoció Michel—. Pero esa no es la cuestión. ¿Tenemos capacidad para hacerlo?

—Sobre todo, será trabajo tuyo —Olin-Noah señalaba a Wyeth. Luego miró a Chloé—. Y tuyo.

Wyeth se hinchió de orgullo.

—Puedo hacerlo.

—No hagas demasiadas promesas —dijo Chloé—. Ni a los demás, ni a ti mismo. Sobre todo, a ti mismo.

—No creo que lo esté haciendo. Tengo la sensación de que podemos sacarlo adelante.

—¿Y qué es exactamente ese «sacarlo adelante»? —preguntó Olin-Noah, sonriendo y haciéndose a la idea.

—Pues, a ver, para empezar, limpieza. Y quizá haya que impregnar.

—¿«Quizá»? —replicó Chloé.

—Definitivamente. Sí. Habrá que impregnar.

—¿Y la deformación? —preguntó Michel.

—La aplanamos. Mesa caliente, pesos, vacío.

—¿Mesa caliente, tal como está? ¿No sería peor?

—Primero estabilizamos. Luego aplanamos. Después limpiamos. Si no, es demasiado delicado.

Wyeth esperó alguna reacción. Buscaba en sus rostros alguna señal, pero ni Michel ni Chloé se daban por aludidos. Olin-Noah esbozaba una sonrisa que no daba a entender nada más que su carácter ligeramente condescendiente. Wyeth ya había expuesto y hecho todo lo que sabía. Ya no le quedaban más argumentos, y de pronto se dio cuenta —no por primera vez, pero en este caso con un miedo real— de que quizá no había sido suficiente para convencerlos de que el proyecto era interesante y que valía la pena, que podía ser divertido o significativo para alguien. Se le había secado la boca y tenía la mano entumecida de tanto apretarla. Deseó golpearse el pecho y suplicar: «¡Creedme! ¡Simplemente creedme!».

Pero entendía que insistir con tanto ahínco estaba fuera de lugar. Al volver a mirarlos, intentó que sus ojos inspiraran confianza, no desesperación. Pero el silencio se estaba volviendo insoportable. Tenía la sensación de estar en una pesadilla y de que el mundo había dejado de funcionar según las leyes de lo real. Qué fácil era dudar de la lógica de la realidad. ¿Bastaban unas palabras y unas miradas para sostenerlo todo? Y, en su ausencia, ¿se hundía uno en otra dimensión? ¿Era esa la naturaleza del infierno? ¿Algo parecido a la vida, pero con las reglas invertidas y, por ello, más inquietantes?

—A lo mejor deberíamos darle una vuelta —empezó Olin-Noah, pero Michel y Chloé se echaron a reír.

—Lo vas a matar —dijo ella.

—Pobrecito —se sumó Michel—. Acabad con su agonía.

Wyeth se volvió hacia Olin-Noah. Había un chiste flotando en el aire, un guiño que él no había captado.

—Lo haremos —concluyó Olin-Noah.

—Ah —fue todo lo que Wyeth alcanzó a responder.

—Te lo habríamos dicho antes, pero era adorable verte tan serio —dijo Chloé—. Y es un buen entrenamiento.

—Sí, para cuando tengas que besar culos —añadió Michel.

—Joder, sois lo peor —soltó Wyeth.

Eso solo hizo que se rieran aún más. Pero no le importaba. Llevarían a cabo el proyecto. Y a él le alegraba tener algo que hacer para darle sentido a lo que quedaba de verano, algo en lo que centrarse.

—Venga, vuelve al trabajo —concluyó Michel—. Necesito que me montes un lienzo.

En su búsqueda preliminar, Wyeth había encontrado un par de pistas vagas pero prometedoras sobre Dell Woods. La exposición colectiva en Harlem, por ejemplo. A veces, daban con obras de artistas que se habían desvanecido. La historia estaba llena de casos así. En realidad, la mayoría de la gente que había existido moría sin dejar rastro. La historia reciente —es decir, internet— había hecho creer a todos que cualquier persona podía ser rastreada, clasificada y etiquetada.

A veces, cuando Wyeth entraba en las redes, reaparecían fotos antiguas que le producían una extraña sensación de desconexión: no reconocía a la gente ni los lugares. Ni siquiera reconocía esos momentos de su vida. Su propia historia, incluso expuesta ante sus ojos, presentaba algunas lagunas preocupantes. Quizá no era natural tener un rastro tan largo y minucioso. La historia necesitaba un poco de margen.

Tenía instrucciones claras y un par de hilos de los que tirar. Empezó buscando en la web de *The New York Times*, por si había un obituario o alguna reseña que le facilitara el trabajo. No tuvo éxito ahí, así que acudió a Google e hizo una búsqueda exacta del nombre de Dell Woods dentro de la página del *New York Times* mediante una función booleana. Dos resultados, ninguno de ellos

relevante.

Olin-Noah tenía suscripciones a bases de datos de prensa y revistas. Wyeth había visto a Chloé manejarlas con la precisión de una cirujana: búsquedas precisas, afinadas, calculando qué términos le brindarían la información que necesitaba. Daba la sensación de que sabía qué incluir y qué no, descartando el material que solo habría sido un estorbo. Así que era posible. Estaba seguro de ello. Solo necesitaba afinar los términos y escoger bien por dónde empezar.

La Biblioteca Pública de Nueva York tenía sus propios archivos del *Times*. A principios de primavera, ya les había pasado lo mismo con un artista cuyo obituario había aparecido en el periódico en los setenta. La web no mostraba nada, pero Chloé había escrito a una amiga que era becaria en la NYPL, y esta encontró el recorte. Aquello le pareció a Wyeth un milagro. Siempre había dado por hecho que un periódico como el *Times* lo tenía todo digitalizado y al alcance de un clic. Nunca se había cuestionado la eficacia de los buscadores. Antes de trabajar con Olin-Noah, nunca se había topado tan a menudo con información que Google no pudiera desenterrar. Cometía el mismo error que cualquier *millennial*: esa fe ciega en la eficiencia de las búsquedas *online*. Había crecido con el temor de que todo lo que compartía en internet quedaría eternamente clasificado y al alcance de todo el mundo. Pero no era cierto. Incluso partes enteras de su juventud —foros donde había escrito mensajes suicidas o pequeños *blogs* en los que había publicado unos poemas espantosos—, todo aquello era imposible de encontrar. Lo sabía porque lo había buscado con la intención de borrarlo, pero solo había descubierto que la plataforma en cuestión hacía años que había caído.

Internet no era eterno. Solo enorme.

Pero, si uno sabía dónde y cómo buscar, algunas cosas podían emerger a la superficie.

Escribió un correo a la dirección general de la división de publicaciones periódicas de la NYPL, explicando que estaba trabajando con obras de Dell Woods y preguntando si podían buscar en los archivos información sobre él: obituarios, artículos,

matrimonios, lo que fuera.

La otra pista era una coincidencia en la web del MoMA: un documento mecanografiado de 1979, una lista de obras de una exposición titulada *Improvisaciones en Figuración Negra*. El título le puso la piel de gallina. El proceso de digitalización había hecho accesible el documento en PDF. Wyeth encontró la entrada de Dell Woods y sintió un vuelco al ver que, justo ahí, al lado de su nombre, aparecía *dibujo 1*.

No había imágenes en el archivo, y Wyeth no sabía navegar por la web del MoMa, así que no tenía claro qué botón pulsar o de qué otro material disponía el museo. Pero era apasionante, la posibilidad de haber encontrado *algo*.

Descargó el archivo y se lo envió por correo. Luego imprimió las quince páginas de la lista. Señaló la entrada de Woods y subió las hojas. Olin-Noah estaba en su estudio privado, al final del pasillo. Chloé estaba en el taller principal, junto a la ventana. Cuando el suelo crujió bajo sus pies, ella levantó la vista, sobresaltada.

—Por Dios —dijo.

—Perdón, no quería asustarte.

—Ya. Bueno. —Pero, al ver los papeles en su mano, sonrió—. ¿Has encontrado algo interesante?

—Creo que sí —respondió—. No quiero hacer demasiadas promesas.

Chloé se rio.

—Así me gusta.

Wyeth puso las hojas frente a ella, que dejó escapar un pequeño grito de asombro al ver el título.

—Ay, me encanta. *Figuración Negra*. Qué tema tan delicado. Qué oportuno.

Pasó los dedos por el título de la portada con auténtico cariño, disfrutando del juego de palabras, la formalidad tan obsoleta del término «Negra».

—¿De qué año es esto?

—Setenta y nueve —repuso Wyeth.

—Maravilloso.

Pasó la página hasta la entrada de Dell y le enseñó el título de la

pieza.

—No puede ser —soltó ella—. ¿En serio?

—Podría ser —respondió—. O no. Siempre existe la posibilidad de que no sea nada.

—¿Sabemos algo de él? —preguntó—. ¿Algo de verdad?

—No —contestó Wyeth—. Aún no. He pedido a la biblioteca que tiren de lo que tengan.

—Bien hecho.

—No sé muy bien dónde más buscar. Estoy atascado.

—Bueno, sabemos que él o alguien cercano estuvo en esa colonia, ¿no?

—Sí, claro.

—Así que quizá puedas mirar en su archivo. ¿Sabes quién conserva sus papeles?

—No, pero puedo consultarlo —respondió.

—Sí, mira a ver qué puedes sacar.

Chloé estaba más pendiente de los papeles que de él. Wyeth podía sentir cómo su atención se iba extendiendo sobre la información que tenía ante sus ojos, cómo se concentraba cada vez más. Cerró la carpeta y la encajó bajo el brazo. Ella volvió en sí, asintió para sus adentros y se apartó un par de pasos.

—Sí, vas por buen camino. Seguro que encuentras algo —añadió —. Mantenme al tanto.

—Sí —repuso él.

—Podría ser muy importante. Quiero decir, hubo tantos artistas negros en esa época, pero nadie… nadie los estaba coleccionando, ¿sabes? Esto… esto significa algo. Así que haz un buen trabajo.

—Esa era mi intención. —Wyeth intentó suavizar el momento con una risa. Pero la expresión de Chloé se volvió muy seria.

—Lo digo en serio, Wyeth. Haz un buen trabajo con esto. Podría ser importante. Podría importar de verdad.

—Estoy en ello —dijo.

Chloé le dedicó una sonrisa tensa. Para ella, ya había terminado con él. Wyeth deseó no haberle enseñado nada; se había emocionado con la idea de haber encontrado algo y quería que alguien le dijera que lo estaba haciendo bien. Quería compartirlo.

Pero ahora temía haber revelado sus cartas sin querer. Había sido demasiado generoso, y ahora Chloé tenía conocimiento de la exposición en el MoMA y sabía cómo manejar los archivos. Y cómo ponerse en contacto con los trabajadores de la NYPL y conseguir la información que necesitaba. Temía que Chloé pudiera extender el brazo y arrebatarle la investigación. Podía llegar a la casa al día siguiente y encontrar todo el misterio ya resuelto y zanjado, todo ello sin que él hubiera intervenido. Sin que nadie supiera que él había sido el primero en oler la pista.

No era una competición. No había ningún concurso. Eran compañeros, todos lo eran. Venían de la universidad, de la academia. No había motivo para ser despiadados y territoriales. Intentaba ser alguien que viviera en el mundo real y no en la cámara hiperbárica de las instituciones artísticas, que tenían más en común con las peleas de perros que con el arte. A veces, pensaba que vivía en la difusa ultratumba de su yo artístico, y por eso llevaba tiempo sintiendo que la pintura no se le daba bien. Quizá por eso tenía tantos problemas: porque había quemado lo esencial, aquello que realmente lo convertía en artista, solo para poder calentarse durante el largo y duro invierno de la escuela de arte. Y que ahora era simplemente alguien que *antaño* había sido artista.

En fin. En esta etapa de su vida, intentaba ser distinto. Intentaba no marcar territorio. Creer en la posibilidad de que la gente podía ser buena con él.

Le escribió a Chloé desde abajo: *perdón si he estado raro ahí arriba. te agradezco mucho la ayuda.*

Ella respondió: *para nada, ha sido un hallazgo emocionante, ojalá encuentres un montón de cosas chulas*.

Un momento después, le envió una captura de pantalla de un artículo del *New York Times*. Era sobre la exposición del MoMA. La imagen estaba borrosa y era difícil de leer, pero ahí estaba.

madre mía, escribió Wyeth.

¿verdad? Increíble.

No se le había ocurrido buscar el nombre de la exposición directamente en el *Times*. Debería, pero no. Se había entusiasmado tanto al encontrar algo sobre Dell Woods que se había apresurado a

contárselo a los demás en lugar de continuar tirando del hilo. Intentó no pensar en lo que eso decía de él. Intentó no sentir ese calor incómodo en el estómago ante la idea de que Chloé ya le llevara ventaja en su propio proyecto. En vez de eso, abrió él mismo el artículo.

Era un par de párrafos, ni siquiera una reseña, apenas un resumen. Lo leyó deprisa al principio buscando el nombre de Dell Woods. Pero se le nubló la vista de tanto intentar leer sin llegar a leer, así que volvió al principio. El artículo describía el objetivo de la exposición: un intento de alejarse de los temas y motivos habituales de la figuración negra, que tomaba al negro como objeto o sujeto inherente. Imaginar un repertorio más amplio para captar la figura del negro. ¿Podía conseguirse sin recurrir a ideas o formas de expresión trilladas? ¿Podía hacerse en clave vernácula tanto como clásica o académica? ¿Podía lograrse sin convertir al negro en un ser de curiosidad sensiblera?

Wyeth sintió dos cosas a la vez. Primero, una oleada de excitación al reconocer ideas con las que él mismo se había estado debatiendo en su trabajo. No solo él, también sus compañeros de la Universidad de Wisconsin y los artistas que admiraban: Henry Taylor, Ellen Gallagher, Kerry James Marshall, Kara Walker, Kehinde Wiley, Carrie Mae Weems, Gordon Parks… La historia del artista negro en Occidente había sido una disputa constante con la tradición de la cosificación y subjetivación del cuerpo negro. Incluso la expresión «figuración negra» presuponía una identidad social construida que había que forzar y desbordar para llegar a un territorio de verdadera experiencia subjetiva. Así que, sí, Wyeth sintió ese vértigo al darse cuenta de que lo que él consideraba uno de los mayores desafíos formales de su generación llevaba siendo en realidad el gran desafío formal de las generaciones anteriores.

La segunda sensación fue una tristeza aplastante. Recordó aquellas primeras críticas en Madison, cuando pintaba a hombres y mujeres negros en escenas de Rohmer, una suerte de *riff* personal sobre la pintura de género, al menos en su cabeza. Y cómo algunos compañeros le habían reprochado que diera la espalda al momento histórico: los mártires negros caídos en la calle, los niños negros

asesinados por la policía. En esa dinámica reconoció las mismas tensiones de la exposición *Figuración Negra*.

Parecía que los artistas negros habían pasado de intentar ampliar las posibilidades de la figura negra a vigilar estrictamente qué era políticamente válido respecto a ella y qué no. Era triste porque, en el fondo, estaban luchando la misma batalla —forjar un espacio para la subjetividad negra, preservar la libertad de los artistas negros para pintar lo que quisieran—, pero la estaban librando con menos herramientas y una visión más constreñida.



Desolador.

Wyeth no quería pintar a sus primos entre nogales o duraznos. No quería dibujarlos en la parte trasera de la camioneta marrón de su tío. No, qué aburrimiento. Quería pintarlos en las preciosas casas que veía en las revistas que leía y a veces robaba del Winn-Dixie.

Pero había aprendido sobre «la figura negra», leído poemas sobre «cuerpos negros», y le habían dicho que sus imágenes eran irreales, incoherentes: negros en la costa bretona, negros ante una casa de piedra en las afueras de un pueblo al sur de París, negros en una playa al estilo Boudin… Como si hubiera que justificar la presencia de la negritud en un decorado. Como si los cuerpos negros no pudieran existir salvo bajo condiciones estéticas e históricas específicas.

Incluso cuando intentaba liberarse de todo eso, cuando buscaba una subjetividad pura, se quedaba atrapado en la idea de que representar el cuerpo negro era representarlo desde fuera. Y eso también era una forma de cosificación. ¿Podía uno llegar a cosificar la figura negra sin reproducir ideas, temas o motivos violentos o hegemónicos? ¿Era toda pintura de un cuerpo negro una violencia? ¿Podía pintarse una figura negra sin recrear alguna herida histórica?

¿Y el deseo de pintar un cuerpo negro fuera de la historia? ¿No era eso, en sí mismo, un acto reflejo a la herida histórica? ¿La gente blanca cargaba con el mismo peso? Cuando Wyeth pintaba hombres blancos, jamás pensaba en ello. Cuando los miraba, no tenía reparo

alguno en cosificarlos. No se preocupaba por la delicadeza de su alma ni por el potencial de su figura para evocar una violencia histórica. Le interesaba, sobre todo, la forma como la luz jugaba sobre sus hombros, sobre sus ojos. No pensaba en la Guerra de los Treinta Años, por ejemplo, cuando los miraba. Y quizá debería. Quizá sus cuadros serían mejores si lo hiciera.

Era interesante: pintar a un hombre blanco aplicándole el mismo conjunto de consideraciones de violencia, historia y/o cosificación que se imponía sobre la figuración de las personas negras. *Eso*, pensó Wyeth, *es auténtica figuración negra*. No pintar cuerpos negros, sino que cualquier figura representada con el conjunto de consideraciones normalmente reservadas para la figura negra pudiera convertirse en sí misma en una figura negra.

Pensó en las fotos de referencia que había tomado de Keating. Pensó también en lo que dijo Bernard sobre pintar a un hombre blanco que te has tirado: «Qué cliché más marica».

Y era verdad. Había muchísimo de eso últimamente: hombres gais pintando a hombres y sus pollas; hombres gais pintando cuerpos masculinos desnudos en estilos cada vez más subjetivos —y, en efecto, feos— como si eso respondiera a… ¿a qué exactamente? Wyeth no lo tenía claro. No había mucho de eso en su escuela de arte. Bueno, no era cierto. Algo había habido, un poco, pero no tanto. Ahora, en cambio, parecía que todos los artistas gais de su edad estaban reaccionando a una especie de frecuencia ultraconservadora que solo ellos oían, y que la principal forma de combatir ese fantasma del conservadurismo era pintar hombres que les parecían atractivos o que estaban buenos, o lo que fuera.

Era tan tedioso.

Y, aun así.

Wyeth pensó en escribir a Keating para decirle que hablaba en serio con lo de pintarlo. No porque fuera guapo —aunque eso importaba, claro—, sino porque sentía que podía hacer algo con él. Que quería pintarlo. Y que prefería no examinar demasiado ese deseo de pintar a Keating, porque temía, por un lado, encontrar en ello motivaciones superficiales, y, por otro, descubrir que lo movía un patrón del que no podía escapar: principalmente, la inclinación del

maricón negro a hacer arte sobre los hombres blancos por los que sentía un deseo sexual.

Sería más interesante, pensó Wyeth, *intentar pintarlo de memoria*. Del recuerdo de la noche anterior, dejando que la bruma natural del recuerdo hiciera su trabajo. Pero eso era muy Proust.

Y luego lo del cura. Lo del jesuita. A decir verdad, no estaba seguro de no haber cometido algún tipo de delito espiritual. ¿Existía algún castigo especial por acostarte con alguien que había hecho votos? ¿No era una de las infracciones espirituales más graves?

No le escribió.

Volvió a la búsqueda.



Wyeth encontró una serie de artículos sobre la residencia artística donde suponían que Woods había trabajado. Eran textos de cuando el lugar cerró, poco después de la invasión de Afganistán e Irak a principios de los 2000. La mayoría de los artículos relacionaban el proyecto en desarrollo del imperialismo estadounidense con el cierre de instituciones artísticas esenciales como un signo peligroso de la vigencia de impulsos fascistas. Si la sociedad no apoyaba a los artistas de clase trabajadora, ¿quién alzaría la voz contra el poder? La residencia se presentaba como una especie de Atenas retórica, una ciudad brillante, un faro de valores liberales y de la importancia del arte, ahora más que nunca. Las numerosas crónicas publicadas en la prensa especializada en arte y en las páginas culturales adoptaban un tono dolido y furioso: lamentaban la pérdida de una institución de incalculable valor cuyo cierre concentraría aún más poder y autoridad en manos de residencias y personas influyentes cada vez más controladas. Mal augurio para artistas de la clase trabajadora y de los sectores marginales.

—*Plus ça change* —murmuró Wyeth.

Echó un vistazo a sus copias escaneadas y documentos, sus impresos, y subrayó fragmentos que le resultaban inquietantemente similares a la situación actual de la financiación artística: muy poco dinero y muy mal repartido.

Los artículos incluían largas listas de célebres exalumnos —siempre los mismos cinco o seis nombres «de peso» y luego un séquito rotativo de otros nombres más «ligeros», no muy populares, pero tampoco desconocidos—. Dell Woods no aparecía en ninguna lista; habría sido demasiado fácil. Pero aquella cobertura le daba pistas sobre con quién podía contactar.

El artículo del *Times* mencionaba a una tal Miss Eugenia Baxter como secretaria y subdirectora de la residencia durante décadas. Muchos artistas la mencionaban en sus citas: «Genie me dio un fajo de billetes una vez porque se me estropeó el coche y no podía volver a casa a ver a mi madre. Era un ángel». O: «Genie me llevó en coche al hospital en mitad de una ventisca cuando casi me corto el pulgar». Elogiaban su sensatez, su franqueza, su eficacia. Parecía que Eugenia Baxter era una mezcla de enfermera, consejera, administradora y salvavidas a jornada completa.

Había un obituario suyo de un par de años atrás: había muerto al principio de la pandemia, ese espacio de tiempo en el que no se sabía si había sido por el virus, la edad o ambas cosas. Por aquel entonces, vivía en una residencia de ancianos en Edison, Nueva Jersey. Nunca se casó. El obituario incluía citas de artistas a los que había ayudado. A los que había acompañado durante sus años más duros. Tenía una colección de arte fantástica, donada a una pequeña universidad de Nueva Jersey donde su padre había enseñado física. Toda la colección estaba formada por artistas a los que había apoyado durante esos primeros y brutales años en los que uno ha de ir abriéndose paso. Aquellos a los que alojó en su casa, a quienes llevó sopa y atún en lata cuando tenían hambre.

Wyeth escribió al departamento de arte de la universidad preguntando si conservaban sus archivos. Alguien le respondió enseguida informándole de que los archivos no formaban parte de la donación.

Frustrado ante ese callejón sin salida, fue a la cocina.

Caía la tarde. La exuberante luz dorada de las 19:30 se fundía en azul. Wyeth se sirvió un vaso de zumo de albaricoque. Michel y Chloé entraron también con sus tazas; tomaron la jarra de sus manos.

—Estoy muerto —dijo Michel.

Mientras aclaraban sus tazas y se servían un poco de zumo, Wyeth los observó. Estaban allí de pie, mirándose el uno al otro, y él se sentía como si estuviera al margen de su campo visual. Solo bebían y se miraban. Wyeth rompió la tensión intentando alcanzar la jarra entre ambos. Se sirvió lo que habían dejado, apenas media taza, como si fuera una idea de último momento.

—Esto está siendo un poco incómodo —confesó—. Que alguien diga algo, por favor.

Michel cedió primero, claro. Una sonrisa, fugaz; un brillo en los ojos. Le estaban gastando una broma.

—Deberías haber visto tu cara —dijo Chloé—. Parecía que te estuviéramos haciendo la peor de las putadas.

—No me ha hecho ninguna gracia —soltó Wyeth, aunque se sintió aliviado al ver que no lo ignoraban.

—¿Qué tal va la investigación? —preguntó Michel.

—Va… supongo. Me siento un poco como en un callejón sin salida. Literal y figuradamente.

Chloé frunció el ceño.

—Quiero decir, la secretaria… murió en la pandemia. Y no sé dónde están sus papeles. Donó una colección estupenda a una universidad de Jersey, pero no tienen su archivo.

—¿Y tienen alguna de las obras de Woods? —preguntó Chloé.

La pregunta era tan evidente que casi le dolió. No había pensado en buscar a Dell en el catálogo del museo universitario. No había pensado siquiera en mencionarlo. Pero después tuvo otro pensamiento más contundente: en vez de preguntarle a internet mil cosas esperando una respuesta, quizá podía empezar a preguntarle a la gente.

Michel soltó una carcajada.

—Dios mío, míralo. Le ha explotado la cabeza.

—Wyeth, vamos, ya lo habías mirado, ¿no?

—Vuelvo enseguida —dijo.

El museo de la universidad no tenía nada sobre Dell Woods, aunque eso hubiera estado bien.

—¿Sabemos siquiera si él estuvo en esa residencia? —preguntó

Chloé.

Estaban en el estudio. Wyeth había llevado a cabo su tercera búsqueda en la web de la universidad con otra combinación del nombre de Dell Woods.

—¿Qué quieres decir?

—Su obra apareció en un escritorio que perteneció a la residencia, ¿no?

—Sí.

—Pero ¿sabemos que la hizo allí? ¿O siquiera que fue él quien la dejó?

No lo preguntaba con hostilidad, solo planteaba la cuestión. Sin embargo, a Wyeth le inquietaba pensar en ello. Porque, si era cierto que Dell Woods no había asistido a la residencia, eso los dejaba con aún menos pistas para empezar a investigar.

—No… supongo que no. Pero ¿por qué iba a estar ahí si no?

—No lo sé —respondió ella—. Pero es la evidencia que tenemos.

Chloé suspiró. Entonces Michel se enderezó en la silla para tomar el ratón y el teclado.

—Vale, adelante —dijo Wyeth.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Chloé.

Michel abrió la web antigua de la residencia. Fue a la sección «Quiénes somos» y encontró la lista de antiguos directores. Empezó a descender en el tiempo.

—Ah —exclamó Chloé—. Ya lo capto.

—Yo no —confesó Wyeth.

—Está buscando a alguien famoso —explicó ella.

—Bingo —soltó Michel.

Encontró a la persona que había dirigido la residencia durante los noventa. Luego hizo una búsqueda booleana de su nombre junto a la palabra «archivo». Sus papeles estaban en una colección privada de una universidad del centro.

—No puede ser —exclamó Wyeth—. Literalmente, ¡no puede ser!

—Se le da tan bien que da rabia —añadió Chloé.

—Creo que lo que buscas —concluyó Michel, levantándose— es algún tipo de lista. Apostaría a que guardan un registro anual de los residentes, ¿no?

—Sí, claro —repuso Wyeth—. Totalmente.

Tomó el control del ordenador: marcó el correo de contacto y redactó un mensaje. Pedía consultar el archivo en cuestión y concertar una visita. Estaba interesado principalmente en su etapa como director de la residencia. ¿Tenían material que pudieran escanear?

—Aquí no tengo nada más que hacer. —Michel hizo una reverencia.

—Esto pinta bien —comentó Chloé—. Igual le damos la vuelta al asunto.

Cuando se fueron, la habitación quedó en silencio, salvo por el zumbido del ordenador y del aire acondicionado.

El teléfono de Wyeth vibró. Seguía boca abajo.

Wyeth esperó un segundo antes de girarlo.

La biblioteca confirmaba que habían recibido su solicitud.



Esa noche cruzó el parque al salir del trabajo. Escuchaba un disco *folk-pop* melancólico mientras pasaba junto a gente sentada en los bancos y en las aceras, pandillas de adolescentes montados en bicicletas a toda velocidad y parejas mayores con enormes perros blancos que parecían fosforescentes bajo las farolas. El parque entero estaba más callado, como si respetara la llegada de la noche. Las ruedas de los carros de caballos y los pedales de las bicicletas eran lo que más se oía. Lo demás, un murmullo suave y delicado.

Los artistas recogían caballetes y papeles. Los vendedores ambulantes volcaban el hielo a montones junto a las vallas. Los coches blancos de la policía estaban aparcados bajo los altos árboles, esperando desalojar a los rezagados.

Era otro mundo, el parque de noche.

Mientras caminaba, Wyeth revisaba su *feed*. Su madre había subido una foto: un lago rodeado de pinos, una montaña al fondo, una lengüeta de humo azul sobre el horizonte. El agua de la orilla era muy clara y se veían guijarros y musgo marrón. Y los pálidos pies de alguien. El texto indicaba que su madre y su familia habían recibido la mala noticia de que quizá tendrían que evacuar si el

viento no cambiaba de dirección. No querían abandonar su tierra, decía, y lucharían todo lo posible por quedarse.

¿A qué se refiere con «luchar» en este caso?, se preguntaba Wyeth. No estaban combatiendo incendios. No, ese trabajo solía recaer en los presos y los desesperados. Lo que su madre quería decir con «luchar» era resistirse a las órdenes de evacuación hasta que no hubiera más remedio. No significaba «luchar» contra el fuego, sino contra las autoridades locales y estatales. Usaba esa palabra también cuando hablaba de educar en casa a los niños o de las vacunas obligatorias.

A veces mencionaba su pasado como auxiliar de enfermería y decía creer en la ciencia y la buena medicina. Lo que rechazaba era que personas que jamás habían pisado su comunidad le dijeran qué hacer. «¿Cómo dictar el orden de vida de personas con quienes te negabas a compartir el pan?», se preguntaba ella. Wyeth podía respetar ese espíritu contestatario.

Uno de los galeristas que seguía había subido un carrusel de fotos de la exposición de MangoWave. Wyeth las deslizó, aunque se odiaba un poco a sí mismo por querer comprobar si aparecía en alguna. Eran, en su mayoría, hombres jóvenes gais, guapos, étnicamente ambiguos, todos con pinta de llamarse Nico, Tim o Isaac. Abrir sus perfiles era como una invitación a una serie más o menos intercambiable de hombres en bañadores o sin camiseta posando con el vello del pecho cuidadosamente esculpido y un bigote bien recortado.

El pie de foto lo habían aprovechado del título de la exposición: «*les intimes* en este coñazo!».

No había ninguna foto de las obras de arte en sí. Solo imágenes de hombros —¿todos llevaban el mismo *blazer* azul marino de Marc Jacobs?— y rostros de una suavidad siniestra. Las pocas mujeres allí presentes llevaban vestidos plateados y pintalabios rojos. Fotos de caviar sobre hojaldre. El caviar le había parecido bastante soso y el hojaldre, rancio.

Parecía que ya había pasado una eternidad de aquella noche. No en el sentido del paso real del tiempo, sino en el de algo que perteneciera a otra época. Como si uno mirara fotografías de la

década anterior. Envejecida e irreconocible.

Wyeth había estado en aquella sala, pero recordaba muy poco de haber estado allí de verdad. Ese era el tipo de «alienación» acerca de la cual la gente adoraba escribir en extensas publicaciones *online*. Se sentía alienado.

Al llegar a casa, se tumbó en el sofá. El apartamento aún olía a Keating. Pensó en sacar el portátil y ver una película, o tomar un cuaderno y dibujar. Pero abrió el móvil y miró la foto que había hecho la noche anterior, la de Keating mirando por encima del hombro.

Keating le escribió para preguntarle qué hacía.

te estoy mirando, respondió Wyeth.

Keating mandó el emoji de un par de ojos.

Wyeth le envió la foto.

ahhh.

tal vez te dibuje.

¿en serio? nunca he hecho de modelo.

sí, claro.

en serio, nunca.

los curas no salís en calendarios?

los bomberos.

yo he visto curas que estaban como un queso en calendarios.

¿son curas de verdad?

¿y tú?

Wyeth observó cómo aparecían y desaparecían los puntos, lo que indicaba que Keating había empezado a escribir y luego se había detenido. Contuvo la respiración. Quizá la broma era demasiado cruel. Oyó cómo se abría la ventana de al lado. Luego, música. Su vecino estaba escuchando el álbum reeditado del cantante más famoso del mundo.

lo siento, escribió Wyeth, pero no lo envió. Borró el texto.

muy gracioso, viniendo de un pintor que no es de verdad, respondió finalmente Keating. *¿podré verlo cuando lo termines?*

claro. aunque a algunas personas no les gusta.

bueno, eso dice más de ti que de mí, ¿no?

Wyeth se echó a reír. Cierto, él mismo había dicho eso: que el

retrato de alguien solitario era en realidad el retrato de un pintor solitario.

supongo.

pero ¿eso también significa que puedo volver a verte?

si quieres.

ay, como ya tienes tus fotos, ahora no me necesitas.

«Necesitar» era una palabra curiosa. Wyeth se acercó el teléfono a la cara. «Necesitar». No se conocían. Desde luego, no se necesitaban. Ni siquiera necesitaban volver a verse.

no, escribió él justo cuando Keating envió: *sí, quiero.*

Ninguno de los dos empezó a escribir de inmediato. Pasados unos cinco minutos, Wyeth dejó el teléfono a un costado. En el piso de al lado cambiaron de canción. Otra estrella del pop. Esta vez, sus vecinos cantaban a coro.

CAPÍTULO OCHO

Wyeth durmió hasta muy tarde al día siguiente. No había más mensajes de Keating. Bernard le había escrito para decir que el libro era un poco absurdo, pero también bastante bueno. Había enviado una foto de algunos pasajes que había subrayado. En uno de ellos se describía una visita a un baño público. En otro se hablaba de un zorzal pardo que construía un nido. La prosa era sobria y hermosa, incluso musical, y Wyeth se planteó descargarse el audiolibro para escucharlo mientras trabajaba.

Wyeth fue al Oslo, en la calle Setenta y Tres, y se pidió un doble expreso, aunque le preocupaba que le diera sueño, como a veces le pasaba. Joan, la dueña, estaba detrás de la barra. Era una rubia alta con los brazos tatuados con dibujos inspirados en los relatos de Angela Carter.

A veces, hablaba de cámaras con Wyeth. A principios de año, le había pasado un buen contacto para conseguir una Leica de segunda mano: una exnovia suya quería dejar la fotografía para irse al Oeste y dedicarse a la cerámica. Joan sabía que a Wyeth le gustaba la fotografía analógica porque, al principio, cuando se mudó a Nueva York, siempre entraba con una cámara colgada al cuello. Había intentado desesperadamente aprenderse la ciudad. Su mejor método eran los paseos fotográficos, poner la ciudad bajo sus pies y dentro de su visor.

Como el Oslo quedaba cerca de su apartamento, a menudo se detenía allí a por el café de la mañana y Joan y él charlaban de cámaras, de fotografía y de objetivos. La exnovia era maja, una bollera de Bushwick que utilizaba desodorante natural, tenía debilidad por lo artesanal y pasaba mucho tiempo en Instagram subiendo fotos y vídeos cortos de sus piezas de cerámica hechas a mano. A veces, comentaba fotos que Wyeth había hecho con la

cámara que le había comprado a un buen precio, diciendo que le alegraba que estuviera en buenas manos.

Joan se había ausentado del Oslo un par de semanas, así que Wyeth se sorprendió al verla. Había ido a Dinamarca a visitar a su padre, que acababa de tener un nuevo hijo con su tercera esposa. Nada más ver a Wyeth, sacó el móvil y dijo:

—No te imaginas lo mono que es.

El bebé era de cara sonrojada y rechoncha. El padre de Joan era alto, atractivo y atemporal, con una melena oscura que le caía hasta los hombros. Su nueva mujer era una exmodelo de la RDC. Ella era guapísima. Él era guapísimo. El bebé sería guapísimo. El padre de Joan también había sido modelo, pero ahora llevaba un negocio de exportación y le había dado a Joan el dinero para montar el Oslo, llamado así por su ciudad natal. La madre de Joan también era exmodelo, pero de Manhattan. Parecía que la gente guapa se casaba con otra gente guapa, aunque luego no siguiera casada. Algunos parecían tomarlo casi como un imperativo biológico. Joan tenía esa clase de aplomo que Wyeth solo veía en las personas muy atractivas o en las muy ricas.

—Monísimo —comentó él—. ¿Ya tiene nombre?

—Hjalmar —contestó Joan, poniendo los ojos en blanco—. Tan pasado de moda… Toma.

Obligó a Wyeth a sujetar el móvil y a deslizar el dedo por la galería de fotos mientras ella servía el expreso. La galería era una serie de imágenes de comida, de árboles, de luz preciosa derramada sobre mesas y a través de jarras de cristal, y de fotos familiares. Y un vídeo, del padre de Joan con el pequeño Hjalmar en brazos.

—¿Te lo puedes creer? Treinta años esperando para tener otro crío. Es fuerte.

—Lo es un poco, sí —dijo él—. ¿Era muy joven cuando te tuvo a ti?

—Sí, claro. Mi madre, en cambio, viejísima. Como, treinta.

Wyeth no dijo que esa era la edad de Joan, porque sabía que ella le soltaría algo mordaz como respuesta. En vez de eso, amplió la foto del bebé. Y la de la madre del bebé, que era guapísima. Piel de tono oscuro, pestañas espesas, el cabello en una exuberante melena castaña oscura con las puntas teñidas de rojo por el sol.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

La cara de Joan se iluminó mientras miraba hacia la máquina, que rugía.

—Anäis. Es… tan especial. Estoy tan colada por ella. Buah. Qué mujer. Y entiende de verdad a mi padre, ¿sabes? Lo calma. Y lo convierte en alguien bueno. Y falta que le hace, desde luego. Pero además se asegura de que, ya sabes, no se deje llevar por ser un hombre.

—¿Tiende a dejarse llevar mucho?

Joan rio mientras vertía el café en una tacita de porcelana. Echó un chorro de soda en un vasito y dejó ambos en la barra.

—Se sale con la suya en todo porque todo el mundo se enamora de él. Pero Anäis lo mantiene a raya. Es maravillosa.

Wyeth admiraba la manera en que algunas personas hablaban de sus padres, y con sus padres, como si fueran sus iguales. Volvió a acordarse de la publicación de su madre de la noche anterior. De su «lucha».

Wyeth se tomó el expreso de pie en la barra. El Oslo estaba tranquilo en ese momento. Había dos sillitas redondas en una esquina, junto a unas cajas de fruta que servían de expositor para el género: bolsas de café de un tostador local, cajas de V60, un par de juegos de Chemex. En la acera, Joan había dispuesto unas sillas metálicas verde pálido y una mesita para quien quisiera sentarse a beber o a pasar el rato. Joan puso un disco de *jazz*. Crepitó por los altavoces del fondo. El ambiente de la cafetería se volvió acogedor y cálido. Ella se preparó un *latte* con leche de avena y le ofreció a Wyeth una magdalena que había horneado. Una receta nueva. Él no la quería porque sabía que lo dejaría amodorrado, pero la aceptó de todos modos y le prometió que la probaría luego.

—Dime qué te parece —dijo ella—. Quiero tener una oferta de comida vegana también.

Se acabó el expreso y el vaso de soda y le dio las gracias. Ella hizo un gesto, restándole importancia.

—Claro, faltaría más.

Fuera, el tráfico convertía la calle en la sección de metales de una orquesta. La larga avenida rebosaba de luz reflejada en la tarde que

empezaba a declinar. Las palomas se agitaban nerviosas sobre el cartel del CVS. Wyeth cruzó y caminó hacia el norte, hasta la Segunda Avenida. Luego bajó por la escalera mecánica hacia la oscuridad. Habían terminado las reparaciones de la escalera de subida.

Mientras bajaba, se quedó mirando el hilo de mensajes con Keating y se preguntó qué podría decir. Era otro tipo de fracaso del lenguaje. Una comunicación en una sola dirección. Quizá siempre era así cuando existía una relación de poder. Tal vez por eso había gente que creía que no se podía pronunciar el nombre de Dios. El lenguaje iba en el sentido equivocado.

En el andén, le mandó a Keating un emoji de una nube. Para cuando llegó el tren, no había señal de que Keating hubiera leído el mensaje. Guardó el móvil cuando perdió cobertura en el túnel. Ni siquiera lo sacó en la siguiente parada, ni en la otra, y durante todo el trayecto por Manhattan se repitió que no pasaba nada, que en realidad estaba demostrando una fuerza de voluntad considerable y que eso lo volvía moralmente superior, bueno y digno. Se bajó en Canal y, cuando salió a la calle, se obligó a no mirar la pantalla.

Por encima de los edificios, otra bandada de palomas grises surcó el cielo hacia el este, y Wyeth las siguió con la mirada, preguntándose qué las habría asustado.



Aki y Ferd estaban en el estudio cuando Wyeth llegó. Solomon y Marat se habían ido a Fire Island el fin de semana.

Aki modelaba una figura con un montoncito de arcilla. De vez en cuando, alzaba un bisturí para retirar material. Ferd levantó la vista del libro y saludó a Wyeth con la mano. Aki también saludó, pero sin mirar.

—Has sobrevivido —comentó Ferd.

—Por los pelos —contestó Wyeth.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Aki desde el otro lado del estudio.

¿Se sentía mejor? ¿Estaba mejor por haber visto aquellas obras de arte tan espantosas? De pie en el estudio con Aki y Ferd otra vez,

Wyeth tuvo la sensación de haber recorrido una distancia enorme que contenía una serie de experiencias que no sabía cómo condensar en la palabra «mejor». Le parecía un error de categoría o, por lo menos, un error de descripción. Volvió a pensar en *Nattvardsgästerna*, en el momento en que el escenario familiar del salón parroquial donde se ha desarrollado todo el primer cuarto de la película subraya la radicalidad de las conversaciones que soporta Tomas, culminando en la terrible noticia de que el pescador se ha suicidado, lo que marca una salida tanto espiritual como literal de la iglesia cuando Tomas se dirige al río a ayudar a las autoridades con el cuerpo.

—Un poco —respondió al final—. Sí, algo.

Aki se echó a reír.

Ferd estaba leyendo una novela de Georges Bernanos, *Bajo el sol de Satanás*. Wyeth nunca había oído hablar de ella, así que Ferd le dio la vuelta para que pudiera leer la sinopsis. Trataba de un joven cura atormentado.

—Uf —soltó Wyeth.

—La adaptaron al cine —explicó Ferd—. Pialat. Ya sabes, el de *Loulou*.

—Sé quién es Pialat —repuso Wyeth—. Me gustó esa peli.

A principios de verano, una noche en que ninguno de los dos podía trabajar y hacía demasiado calor como para mover un dedo, Wyeth y Ferd habían visto *Loulou* en el estudio. Se sentaron en la oscuridad, en los sofás, y vieron cómo un Gérard Depardieu jovencito destrozaba la vida de una mujer joven, interpretada por Isabelle Huppert, que incluso de joven tenía algo inquietante en la mirada. Ferd había dicho que era franqueza sexual. Wyeth no sabía si era eso o el hecho de que le recordaba a su madre. Después de *Loulou*, vieron una versión antigua de *Madame Bovary*, también con Huppert, aún más joven, pletórica y a la vez socarrona. Cuando la cámara atrapaba su mirada, Wyeth sentía que lo miraba a través de la fina barrera que separaba el mundo de la ficción del mundo real, directamente a él, y no solo lo miraba, sino que lo juzgaba.

—¿Y qué tal? —preguntó Wyeth.

—Da miedo. Espeluznante. Creo que me gusta más la película.

—Ah, ¿sí?

—En el cine quitaron todas las partes aburridas. O quizás en una película les han sabido dar un toque virtuoso. No sabría decirte.

Wyeth se rio: las partes aburridas de las películas eran sus favoritas. Le gustaban las cosas corrientes convertidas en algo hermoso por el poder de la selección y del contexto, como si con incluir en la narración el simple hecho de preparar café o hacer la comida alcanzara una relevancia que él sí sentía en la vida diaria pero que otros pasaban por alto. No es que ignoraran la belleza de lo mundano. No. Era que la veían y aun así les daba igual. Pero, en una película, la gente se sentía virtuosa viendo cómo se elevaba lo mundano. Les hacía creer que tenían una reserva de perspicacia y de buen gusto, que podían aguantar estoicamente un plano largo de alguien haciendo tareas domésticas y luego ir a internet a decir que era la mejor obra cinematográfica jamás hecha.

Aki se acercó a ver de qué hablaban y, cuando vio el libro, frunció el ceño.

—Nunca he oído hablar de él —confesó—. ¿Vosotros leéis alguna vez historias reales?

Ferd agitó el libro frente al rostro de Aki y dijo:

—Hola, esto es un objeto físico, muy real. No es un atrezo.

—Ya, pero ¿leéis alguna vez algo que leería, yo qué sé, un fontanero? ¿O vuestra señora de la limpieza?

—Yo *soy* mi señora de la limpieza —enfatizó Ferd—. Y, además, es clasista pensar que los fontaneros no leen literatura francesa traducida.

—Ya, pero obviamente no lo hacen.

—Eso no lo sabes.

A Wyeth le parecía que la conversación se estaba volviendo un poco absurda. A la gente le encantaba hacer descarrilar una conversación con lo que él llamaba la teología atea del dinero, que señalaba a las clases trabajadoras y medias como una especie de elegidos calvinistas. Se hablaba de todo con un respeto reverencial y silencioso que, en el fondo, era extrañamente paternalista. El caso es que funcionaba como descriptor tanto para el socialismo como para el capitalismo. Ambos tenían un grupo de elegidos moralmente

intachables, y, cuando decían «gente real», se referían a ese electorado moral. La teología atea del dinero era un marco de negación y de discusión baladí. No tenía virtudes ni defectos propios. Solo sabía discutir a la contra de lo que otros decían y hacían. Y, en ese sentido, era intrínsecamente reaccionaria. Aki se sentía frustrado porque lo habían interrumpido. Y se desquitaba insinuando que eran elitistas. A lo que Ferd respondía con otra acusación de elitismo, diciendo que la premisa misma de la acusación de Aki también era elitista. Acabarían acusándose de fascismo y de genocidio. Wyeth veía con toda claridad cómo iban colocando sus trampas y preparando la pendiente resbaladiza hacia un argumento de aniquilación social.

—Mis antepasados fueron esclavos y aparceros —añadió Wyeth—. Así que, como único árbitro de la piedad de la clase obrera, declaro esto un empate.

Los dos le lanzaron una mirada asesina por estropearles la diversión, pero volvieron a sus respectivas mesas.

—Lo que tú digas —zanjó Aki—. Mis antepasados eran arroceros.

—Sí, claro que sí —replicó Ferd.

La fortuna familiar de Aki era un tema delicado en el estudio. Su padre lo había desheredado, pero su madre no, lo que significaba que solo era moderadamente muy rico, no exageradamente muy rico. Al menos hasta que su padre cambiara de idea. Su fortuna venía del sector de la electrónica. La familia de Ferd también tenía dinero, pero de un pasado más remoto y oscuro, cosechado en España y Portugal, lo que le daba un aire más misterioso, pero también más aburrido. A él no lo habían desheredado a pesar de que su familia era muy católica y «muy española», decía Ferd. A veces no se creía la suerte que había tenido: que su padre lo hubiera abrazado, que le hubiera dicho que lo quería mucho y no lo hubiera echado de casa. Aki no quería hablar demasiado de cómo habían reaccionado sus padres. Solo decía que su madre se había portado bien y que su padre se había puesto, según sus propias palabras, «bastante malito» con todo el asunto. Eso era lo que decía Aki. Wyeth nunca le había dicho a nadie que era gay. No había habido nadie a quien decírselo. Nadie se había interesado lo más mínimo

por su vida interior más allá de su educación espiritual. Cuando sus primos y él crecieron lo suficiente para resistirse a entrar en el cobertizo, y cuando su abuelo fue demasiado mayor para obligarlos, incluso ese interés se disipó. A veces, se preguntaba cómo habría sido tener una historia de salida del armario, pero era como tratar de imaginarse que le preguntaba a su familia qué le había pasado a su padre. La premisa misma le resultaba incomprensible.

Aki volvió a su mesa y Ferd regresó a su novela.



Wyeth despejó su mesa de trabajo de bocetos y fotos de referencia. Abrió el cuaderno de dibujo por dos páginas en blanco y las dividió en cuatro rectángulos apaisados. Era frustrante, pero no había remedio: necesitaba empezar por los principios básicos y por algo que supiera hacer. A principios de año, se había descargado varias películas de Rohmer para dejarlas corriendo de fondo mientras trabajaba. Abrió *Cuento de verano* en la aplicación VLC del portátil. La película empezaba con una serie de cartelas de color arena con nítidas letras negras y sobre las que se oía a alguien silbando. Wyeth sintió la mente en calma. Y, de repente, el mar se embraveció tras el paso de una embarcación. El graznido y el vuelo de las gaviotas. La película, una explosión blanquiazul. La costa lejana. La arena gris y marrón.

Ese salto de la cartela con la fecha, «Lundi 17 juillet», al color del mar, el mundo arrojado a la luz como en los albores de los tiempos. Sabía que debería recelar de la facilidad con que la película le sugería imágenes que él podía manipular, de manera inmediata y productiva. Por ejemplo, ¿y si colocara a un hombre negro apoyado solo en la barandilla de la embarcación que pasaba, mirando hacia el mar encrespado entre la bandada de gaviotas? ¿Y si intercalara la figura de una mujer negra, con el vestido agitado por el viento, un destello rojo y naranja, tal vez topo, con el pelo cubierto por un pañuelo o un fular de seda y la mano a modo de visera, mientras contemplaba la costa que se alejaba? Solo con imaginar ese cuadro, Wyeth apretó los dientes, frustrado, porque incluso como hipótesis

entrañaba toda una multitud de lecturas que su trabajo basado en la protesta no tenía.

Le atraían sobre todo los espacios sin personajes ni figuras, porque podía poblarlos con el almacén de su imaginación. Casi nunca pintaba a los personajes reales de las películas. Se le antojaban menos interesantes, artísticamente hablando. Eso era un ejercicio de copista. Lo mismo pasaba con sus cuadros de protesta. Se quedaba demasiado atrapado por la foto de referencia, algo que casi nunca le ocurría cuando trabajaba sobre estudios de cine que llenaba de ciudadanos imaginarios. Había algo en lo *real* que le resultaba tan irrevocable. Ese día, sin embargo, pintaría a las personas blancas.

Wyeth avanzó hasta una escena en la que el actor protagonista —pelo rizado, nariz afilada— estaba sentado solo en la habitación alquilada, componiendo música con la guitarra. Tenía un aire melancólico y aburrido a la vez.

Wyeth hizo un primer boceto de la escena, encajando el primer plano y el fondo, prestando especial atención a la guitarra y a la línea de sus muslos cruzados. Iba y venía del cuaderno a la pantalla, trazando líneas, comprobando, borrando, desplazando el trazo ligeramente a la izquierda o a la derecha. Cuando tuvo la sensación de haber conseguido unas pautas razonables, sacó un rotulador fino oscuro y esbozó los contornos más importantes. Después de eso, abrió una lata de grafito soluble en agua. Luego llenó un pincel con agua y removió la punta en la pasta de grafito, obteniendo un lavado de color gris claro que aplicó generosamente sobre la escena. Y luego, trabajando de claro a oscuro, fue añadiendo cada vez más detalles hasta que la escena emergió poco a poco en escala de grises. Era extraño mirar del dibujo a la pantalla, pasar del color al monocromo, y también ver cómo el grano de la película reflejaba la textura granulada del grafito. Cambió a un pincel más pequeño y tomó una gran cantidad de negro, que utilizó para grabar líneas nítidas y oscuras. Luego, con un lápiz 5B bien afilado, dibujó en tonos más sólidos y profundos. Wyeth usó lavados más claros para crear el haz de luz de la lámpara del escritorio, aunque la lámpara en sí estaba hecha con los trazos más nítidos del grafito en masa. Cuando se dio cuenta de que se había excedido un poco con el tono

oscuro, rehumedeció parte del área y la secó con una toalla de papel, recuperando algunos espacios en blanco.

Había terminado el primer boceto. Dejó que la película siguiera en silencio. Estaba a punto de llegar un tramo precioso de escenas en las que el protagonista y una chica que ha conocido en un restaurante y luego en la playa se hacen algo así como amigos y pasean charlando de sus historias personales y de sus fracasos amorosos. Uno de los momentos preferidos de Wyeth en la película era cuando caminaban por un sendero junto a un muro de contención que trepaba hacia las colinas y la conversación adoptaba un cariz diferente. El hombre, al verse confrontado con la idea de que aquella mujer lo estaba incitando a que se olvidara de su excéntrica novia y animando a que apostara por una chica del pueblo porque ella se imaginaba a sí misma como esa chica del pueblo, decide actuar. Así que la besa y ella lo aparta con suavidad, desviando su atención hacia una amiga. Pero ese momento de ellos dos sentados en la ladera de la colina, rodeados de flores silvestres y bañados por las ondas doradas del bello sol bretón, el viento y el sonido del mar, todo aquello le parecía tan hermoso.

Dibujó sus rostros muy cerca y trazó con un lápiz el delicado tallo de hierba que ella le sostenía en los labios y el brillo castaño de su mirada. Intentó capturarlo con trazos limpios y ligeros, sin recargar la escena, intentando confiar en que el pigmento haría el resto. En lugar del rotulador, usó un pincel finísimo con grafito, aplicándolo poco a poco, casi seco sobre seco. No quería que se corriera ni se difuminara mucho. Necesitaba un control real.

Una vez que tuvo el esqueleto de la escena, trabajó en lavados sucesivos. Tratando de dominar el grafito, de que no se le escapara. Preparó diluciones de modo que, en el extremo más claro, apareciera una tonalidad azulada suave y, en el más oscuro, algo más rico, casi irisado.

Otra vez le resultó curioso trabajar a partir de la pantalla luminosa en el estudio que se iba quedando a oscuras. El azul reflejaba la luz de otra manera. El verde. El amarillo. El marrón en el amarillo. El suave tono rosado de la piel. El moteado avellana de los ojos. Cada color tenía toda una familia de reflejos y matices. Todo eso había

que recogerlo y convertirlo. Claro que perdía detalles. El ojo siempre los pierde. Pero podía hacer todo lo posible, y la sensación de distancia entre lo que veía y lo que hacía, entre la imagen literal y la imagen que vivía en su página, todas esas pérdidas grandes y pequeñas, eso ya era poesía.

Lo más conmovedor del mundo era siempre una aproximación.

Cuando terminó el segundo boceto, lo miró fijamente durante un buen rato. Añadió algunas líneas más con un rotulador, y la suavidad subyacente de los lavados le otorgaba un aire melancólico y un poco frío. Le faltaba la vida del plano de la película. No, vida no. Calidez. A veces, la gente confundía ambas cosas. Pensaban que las cosas cálidas, sentimentales, tenían más vida, cuando en realidad solo resultaban agradables. Lo que a uno le gustaba no tenía por qué estar más vivo que lo que no. Simplemente estaba menos receptivo a lo que lo hacía vivir. Y algo había sucedido en el mundo que los había vuelto a todos un poco estúpidos, de modo que se mostraban fríos ante muchas cosas. *Pero este no es ese tipo de frialdad*, pensó Wyeth. Solo era frío en el tono. El monocromo era tan sombrío.

Desde la calle de abajo oyó una sirena, las luces, luego los cláxones de un camión de bomberos. Aki y Ferd se dirigieron al ventanal para asomarse y ver qué ocurría. Wyeth dejó el cuaderno abierto para que se secara. Metió el lápiz en el bolsillo del delantal. Los pitidos resonaban contra el cristal. Por encima de las azoteas, el humo se elevaba y se extendía. A esa distancia parecía inofensivo, como cuando llueve en Brooklyn y tú vives en Manhattan. A veces se veía así, un chaparrón localizado.

Aki silbó. Llegaron más sirenas. Más ruido. Más pitidos. Todo ganaba urgencia al abrirse paso por la quietud del estudio y la quietud de sus tardes. El móvil de Wyeth sonó. Lo había dejado boca abajo sobre la mesa, pero con el volumen activado. Era un mensaje de Keating. Emoji de cara sonrojada, emoji de fuego.

dios mío, escribió Wyeth.

qué fuerte, ¿puedes verlo?

no. más o menos. estoy en el centro.

!!!

Wyeth no sabía cómo interpretar los signos de exclamación.

Aunque ahora podía darse cuenta de que Keating estaba interpretando su emoji anterior como si fuera sobre el incendio que ardía en algún punto de la ciudad. No había mirado la hora del mensaje. O quizá sí, y ahora fingía que no. Eso le parecía engañoso.

—¿Alguna noticia? —preguntó Ferd.

Wyeth parpadeó. Se dio cuenta de que Ferd creía que estaba mirando algo sobre el fuego. Así que abrió rápido la aplicación Citizen y vio que, en efecto, ya había un vídeo. Un edificio de East Broadway en llamas.

Le enseñó el móvil a Aki y Ferd para que pudieran verlo: unas nubes oscuras emergían a borbotones del centro del edificio. El humo se hinchaba, agitándose.

—¿Os acordáis —preguntó Aki— de cuando, en las noticias del 11-S, dibujaban la cara de Satán en el humo de las torres? ¿Os acordáis? Qué locura.

Se quedaron mirándolo.

—Joder —soltó Ferd—. Cállate.

qué fuerte, escribió Keating. La notificación apareció arriba de la pantalla, y Aki la vio.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Nuevo novio?

—No —repuso Wyeth—. Un tipo.

—¿Qué tipo? —insistió—. ¿Lo conocemos?

—¿«Lo conocemos»? —remató Ferd—. Pero sí, ¿lo conocemos?

—No. No lo conocéis. —Wyeth intentó sonar tajante.

No contestó al mensaje porque quería que vieran que era capaz de autocontrolarse. No quería que pensaran que era incapaz de no responder. Lo miraron igual que él y Ferd habían mirado antes a Aki.

—¿No tenéis cosas que hacer?

—No mucho —confesó Aki—. Parece que te lo estás pasando mejor que yo, y eso es un crimen.

—Sí, venga, ¡cuéntanos cosas de tu novio!

—No tengo novio —soltó Wyeth—. Y, si lo tuviera, no os lo contaría.

—Vaya, vaya —bromeó Aki—. Y yo que pensaba que estábamos compartiendo bellas intimidades y participando de la cercanía que hace que la vida merezca la pena.

—Pues no —terció Wyeth—. No lo estamos. Yo no pregunto por vuestros novios.

—Eso es porque Aki no cree en los novios. —Ferd ya había vuelto a su mesa y a su libro.

—Sí, me temo que todo mi trauma del táper me hace incapaz de ser amado —concluyó Aki con un mohín tan exagerado que Wyeth se echó a reír. Había algo inquieto, furioso en él. Pero, chico, era muy guapo, sobre todo de perfil, con el mohín juguetón que se desvanecía mientras se giraba y la última luz azul de la tarde se derramaba sobre su rostro.

Wyeth volvió a pensar en los signos de exclamación de Keating. ¿Qué podrían significar? Quizás eran un simple relleno de alguien cuya forma de comunicarse era la ansiedad. Era perfectamente posible que él estuviera proyectando demasiado en el mensaje y que, en realidad, no hubiera mensaje alguno. Dejó de nuevo el móvil boca abajo y volvió al cuaderno. El grafito se había secado. Agarró una goma moldeable y empezó a grabar canales de luz en los tonos medios grises, para ver qué podía esculpir. Quería ver si lograba cierto grado de emocionalidad, una especie de suavidad en los bordes. Con la yema de los dedos difuminó también parte del negro, otorgando a las sombras un acabado más suave.

—Si pido algo de comer —empezó Aki—, ¿comeríais?

Wyeth se volvió a mirarlo. Aki ya tenía el móvil en la mano, con la aplicación abierta. Ferd estaba en el sofá, con las piernas en alto. Había algo doméstico en el hecho de estar los tres juntos allí, tirados.

—Podríamos ver una peli —propuso Ferd.

—Por mí bien —convino Wyeth.

—¿Te apetece algo en concreto?

—Ah, o sea que no os decidíais y yo soy el desempate.

—No —respondió Aki—. Bueno, sí.

—¿Qué opciones hay?

—Ferd quiere italiano. Yo quiero *dumplings*.

Wyeth no tenía mucha hambre, la verdad, y su apetito dependía de lo que le pusieran delante. No tenía antojos fuertes, ni preferencias reales con la comida, y no sabía visualizar la diferencia

entre un italiano y los *dumplings* de todos modos.

—¿Y si pedimos las dos cosas? *Dumplings*, y quizás algo de verduras asadas del italiano, y algo de carne o así.

Aki resopló.

—Tampoco tiene por qué ser italiano —concedió Ferd—. En realidad, me apetece algo de pescado, creo. Un pescado blanco, ¿no?

—Eso no es lo que has dicho antes —protestó Aki—. ¡Querías pasta!

—Ya, pero es que además hace un calor…

Aki estaba al borde del auténtico disgusto.

—Podemos pedir *noodles* fríos con sésamo —planteó Wyeth—. Y un pescado al horno, y unos *dumplings*. Hay un sitio de esos en Dimes Square.

—Ah, sí —dijo Aki—. Vale, eso podría funcionar. Conozco a un tipo que trabaja allí, puede mandarnos algo.

—¿Lo «conoces»?

—Lo conocí en un estreno hace un par de semanas. Lleva días rogándome que vaya, pero ¿quién tiene tiempo?

—Ajá —soltó Ferd.

No era muy distinto de la tesis de la exposición de MangoWave. *pour les intimes*, pensó Wyeth riéndose.

—¿De qué te ríes? —preguntó Aki. Ya estaba escribiéndole al dueño para preguntarle lo de la entrega.

—De nada —respondió Wyeth—. En realidad, ¿puedo invitar a alguien?

—¿Aquí?

—¿Tu novio? —saltó Ferd.

—No es mi novio y sí, aquí.

—A mí me da igual —dijo Aki—. Pero la peli la elijo yo.

Wyeth escribió a Keating: *¿haces algo esta noche?*

Esperó; luego, los puntos subieron y bajaron, desaparecieron y finalmente llegó la respuesta: *no mucho ¿por qué? ¿tú?*

¿Te apetece cenar con unos amigos? ¿ver una peli? ¿probablemente pretenciosa y francesa?

Un largo silencio. Fuera, las sirenas seguían sonando. El cielo,

oscureciéndose. Al otro lado de la calle se encendían las luces amarillas de los ventanales. Un hombre pasó junto a unas plantas en el segundo piso, se detuvo para mirar hacia abajo, a la calle. Y entonces, el pitido del teléfono.

suena bien ¿dónde?



Wyeth estaba en la esquina de White con Cortlandt Alley, fumando.

Apenas circulaban coches por la calle, pero estaba llena de gente. Personas que pasaban con porciones de pizza de un dólar, botellas metidas en bolsas marrones y enormes vasos de plástico rebosantes de hielo. Arriba, la luz dorada en las ventanas de los pisos y las obras en curso para erigir aún más pisos. ¿Cómo era posible que aún hubiera partes de esta ciudad por gentrificar y renovar? Era la modernidad, puliéndose a sí misma sin descanso. Ahora había locales comerciales, aunque del tipo de tienda que solo vendía los objetos más inútiles. En los últimos años, había surgido toda una categoría de negocio que parecía especializada en vender artículos que podrías encontrar en la tercera página de resultados de una tienda *online*. ¿Cómo podía ser eso rentable? Seguramente no lo era. Seguramente el objetivo de montar un negocio hoy en día no era de verdad ganar dinero, sino demostrar al mundo que pertenecías a la clase de ciudadanos más selecta y digna de todas: la del emprendedor. Era como si a esa gente se le hubieran agotado las excusas para abrir cuentas de Instagram y ahora recurrieran a abrir negocios como tapadera para vender su ego y autopromocionarse.

Wyeth vio a dos jovencillas al otro lado de la calle sorteando un campo de conos de plástico y una rampa improvisada con tablas reventadas para entrar en una tienda. Eran las únicas personas dentro que curioseaban entre los muchísimos paquetes de colores chillones de *snacks* procesados y chucherías. Las dos eran chicas jóvenes, pensó, ambas con el pelo teñido de gris, los hombros caídos bajo chaquetas vaqueras y pantalones enormes ajustados con un finísimo cinturón negro. De vez en cuando se paraban a

enseñarle algo a la otra y se reían. La dependienta tras el mostrador tenía cara de aburrida. Era una mujer negra, con el pelo dividido en dos pompones, que deslizaba el dedo por la pantalla del móvil mientras las otras dos miraban. Wyeth alzó la vista hacia las habitaciones de los pisos superiores del edificio. A ratos se oía el repiqueteo veloz de una pistola de clavos o el zumbido de una sierra. Algunas sombras borrosas cruzaban por delante de las ventanas o se proyectaban sobre una pared bañada por un resplandor blanquiazul.

Keating había dicho que llegaría pronto, así que Wyeth había bajado a esperarlo. Había dejado el móvil arriba adrede porque no quería pasarse el rato mirándolo constantemente, intentando averiguar desde qué dirección venía Keating, a qué hora habría salido y a qué hora llegaría. En vez de eso, fumaba e intentaba mantener un grado de calma que no sentía. Se dejaría sorprender. Se obligaría a rendirse ante el hecho de que, por mucho que lo intentara, no podía controlar las acciones y los pensamientos de los demás. Ese era uno de los aspectos más oscuros de los mensajes, los móviles y toda la vida digital: te dejaba con la sensación de que *podías* manejar la vida emocional y las acciones ajenas, cuando la realidad era que no. A veces, se preguntaba si no irían todos por ahí en un estado de permanente pensamiento mágico, y si esa no era la razón de que fuesen todos tan desgraciados. Pero ¿en qué se diferenciaba eso de la religión? ¿O de la teología atea del dinero? ¿O de cualquier otro sistema masivo de orden social? Si no era para hacerte creer que podías controlar a los demás, lo que dirían y lo que harían contigo, por ti y junto a ti, ¿para qué servía?

Dos hombres en patinetes sortearon la malla naranja colocada en mitad de la calle. Repartidores. A veces Wyeth los veía entre pedido y pedido, reunidos esperando a que los llamaran para llevar comida o jabón o papel higiénico o pilas. Se dio cuenta de que había otro de esos hombres de camino hacia ellos en ese mismo momento. Alguien que traía la comida desde el sitio que normalmente no repartía pero que aquella noche iba a hacer una excepción.

Wyeth encendió otro cigarrillo. El que había terminado seguía encendido en la acera.

Sin el móvil, no tenía forma de saber si Keating estaba cerca o no,

ni de guiarlo si se perdía. Claro que Wyeth había dejado el teléfono arriba en parte para romper el hechizo que tenía sobre él, para no estar abriendo continuamente la aplicación, porque, cada vez que comprobaba si había un mensaje de Keating, sentía que parte de su poder sobre sí mismo y sobre sus pensamientos se le escapaba. Con el teléfono arriba, podía dirigir su atención a mil cosas distintas, pero, naturalmente, solo pensaba en Keating. ¿Y si se perdía? ¿Y si necesitaba ayuda para encontrar el lugar? ¿Qué pensaría de Aki y Ferd? ¿Y si odiaba la peli? ¿Y si la peli los horrorizaba a todos? Eso no sería tan grave, al menos. Si la odiaban todos, podrían comentarla. Si el que odiaba la peli era Keating, bueno, a Wyeth le sabría muy mal y se sentiría culpable por haberlo invitado. Igual no había sido buena idea invitarlo.

El viento cambió y Wyeth olió el humo del incendio. Las sirenas y los cláxones habían cesado, pero el olor seguía en el aire, y el atardecer había adquirido un aspecto salvaje debido a las partículas en suspensión, como un presagio arrojado al cielo.

Wyeth miró calle arriba. Keating venía por la acera de la izquierda. Llevaba pantalones cortos, sandalias y una camiseta negra. Le estaba saludando con la mano. Cuando llegó hasta Wyeth, se produjo un instante de torpeza en el que ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer con su cuerpo. Keating pareció decidirse y lo abrazó, con sinceridad, sin afectación, y Wyeth se permitió sentirse a gusto con eso.

—Perdona, llego tarde —se excusó—. He intentado llamarte.

—Tengo el móvil arriba —dijo Wyeth—. Perdón.

—Ah. Oye, ¿me das uno de esos antes de subir?

Wyeth le ofreció un cigarrillo, y Keating lo encendió él mismo con un mechero de plástico rojo.

—¿Alguna vez tienes uno tuyo?

—Si no los compro, fumo menos —dijo Wyeth.

—¿Y eso funciona?

Keating miró el cigarrillo que tenía en la mano, luego sonrió, se encogió de hombros.

—Bueno, voy tirando —confesó—. Más o menos.

Tras un momento, alzó la vista hacia el edificio que tenían detrás.

—Entonces, ¿aquí es donde trabajas?

—Aquí es donde pinto —corrigió Wyeth—. Con los demás.

—¿Los amigos con los que vamos a cenar?

—Sí. Bueno, hay otros dos, pero están en los Pines.

—Los Pines, madre mía.

Keating tenía el pelo seco, muy rubio en la noche que caía. Bajo las farolas cobraba un matiz rojizo. Los pantalones eran muy cortos, por encima de la mitad del muslo, lo que hacía que las piernas parecieran más largas de lo que ya eran. Wyeth se quedó mirando la parte interior de sus muslos, pensando en cómo doce horas antes había posado allí la cabeza y luego las manos y la boca. Se estremeció con el recuerdo mientras una oleada de calor le recorría el cuerpo desde la cabeza hasta la ingle.

Keating se dio cuenta de que lo miraba, pero no dijo nada. Dio un paso adelante y apuró el cigarrillo.

—¿Qué tal el día? —preguntó Wyeth.

—Bien. Lo de siempre.

—¿Y qué es «lo de siempre»?

Keating murmuró pensativo y Wyeth lo vio mirar hacia el callejón y luego alzar la vista por el ladrillo rojo de los edificios contiguos.

—Ahora mismo estoy echando una mano en una pequeña obra. Poniendo ladrillos —dijo.

—Poniendo ladrillos.

—Sí. Alguien tiene que hacerlo —dijo—. No es mal trabajo.

—¿Es duro?

Keating frunció el ceño ante la pregunta. Wyeth sintió una punzada de vergüenza.

—Quiero decir, físicamente.

—Sí, los ladrillos pesan —apuntó Keating—. Te pasas el día agachándote. Pero tendrías que ver a los profesionales. La forma como trabajan. Tan rápidos, tan fluidos, todo les queda perfectamente recto. Yo soy más un estorbo que otra cosa.

—Suena… bien. Honrado.

Keating se rio.

—Honrado, ¿eh? Claro. ¿Y qué sería un trabajo deshonrado?

—No sé —dijo Wyeth—. Es lo que dice la gente, ¿no? Trabajo

honrado. Hacerlo con las manos. Sudar por ello.

—Supongo —repuso Keating—. Igual es parte de toda la película, no sé. Necesitaba trabajar. No estar sentado leyendo y pensando todo el rato. No sé. Estoy intentando conectar con el mundo después de mucho tiempo de no hacerlo.

—¿Y empezó con la pandemia? —preguntó Wyeth—. ¿Eso fue lo que te dio ganas de tener un trabajo honrado?

Intentaba bromear. Pero Keating no se rio. Apenas si sonrió. Miraba hacia abajo, al cigarrillo que sostenía en la mano, el humo que desprendía la punta encendida, el filtro que se quemaba. A su alrededor, el traqueteo de los tubos de escape, el aullido del metro bajo sus pies, el disparo militar de las pistolas de clavos y las sierras que llegaba de arriba. Todo lo demás seguía como siempre.

—No —contestó—. ¿Tenemos que hablar de esto ahora?

—No. No tenemos por qué hablar de esto en absoluto. Perdón.

Keating suspiró.

—No es una historia muy interesante —reconoció—. He pensado cómo contártela, sobre todo después de la otra noche, supongo. Pero la historia en sí no tiene nada de especial.

—De verdad que no tienes por qué contármela —insistió Wyeth.

Había un charco profundo calle arriba, pegado a la pared de enfrente, que brillaba con la luz reflejada de la calle. Keating suspiró.

—Fueron las sirenas, en realidad —dijo—. Donde yo vivía en marzo de 2020, cuando empezó la pandemia, podía oír las sirenas y los helicópteros. Empecé a salir a correr para obligarme a hacer algo que no fuera estudiar y rezar. Corría hasta Central Park y hasta el lago, pero, cada vez que volvía, oía las sirenas y los helicópteros, y las calles estaban tan vacías, y era como… no sé. Parecía como si toda la ciudad sufriera demasiado. Pero no era algo sencillo. Ya sabes. Yo seguía levantándome. Seguía rezando. Seguía dando misa. Seguía leyendo. Hacía todo lo que se suponía que tenía que hacer, pero sentía mi espíritu… inquieto. Anhelante. Eso no era nuevo, claro. Pero, normalmente, después llega la calma. Esta vez, sin embargo, seguía a la espera. Y la calma no llegaba. Y luego había una familia de la parroquia. Gente buena. Acudían a misa tres veces por semana. Y el padre, un tipo joven, muy majo, muy dulce,

contrajo covid en el verano de 2020 y murió, y luego murió la mujer. Y entonces se quedó solo el crío, un niño pequeño, ocho o nueve años. Y lo mandaron con unos tíos a New Hampshire. Y yo no podía dejar de pensar en él. En ese niño. Normalmente rezaría, ya sabes. Rezar para que esté bien. Rezar para que Dios lo acoja y lo cuide y le muestre luz y compasión y lo ayude, pero un día me despierto y todo eso me parece una estupidez, y no consigo recuperarlo. Esa parte de mí que cree que ese niño va a estar bien. Y no paro de pensar, qué cojones, ¿sabes? Y eso es lo peor de todo. Que ni siquiera es algo tan importante. Estoy tan enfadado. Y es la rabia lo que es un problema. En fin, es un rollo.

Wyeth no sabía qué esperar. En realidad, la historia lo desconcertó: era menos extrema de lo que había imaginado. Había un sinfín de historias terribles como aquella sobre la época de la pandemia: crueles pero sumamente comunes. Los geriátricos, por ejemplo, donde en los primeros días sin vacuna no había nada que hacer. Los ancianos asustados y solos, tumbados boca arriba, se ahogaban mientras sus pulmones colapsaban y las manos se les teñían de azul. El racionamiento de los equipos de intubación, las enfermeras que tenían que decidir si había suficientes mascarillas para cubrir un turno entero. El parpadeo de la pantalla del iPad mientras las familias presenciaban, a distancia, el último aliento de sus seres queridos, una muerte tan indigna. También las UCIN y los servicios de urgencias, vaciados y cerrados, sin nuevos ingresos, estrictamente controlados. Padres que se turnaban —solo uno a la vez, durante minutos contados— para ver a sus hijos recién nacidos, frágiles y enfermos.

Y estaban los vídeos de padres con las manos apoyadas contra ventanas y puertas correderas, mientras los niños, al otro lado, hacían lo mismo. Y abuelos que veían por primera vez a sus nietos desde muy lejos.

Fue un alivio cuando la gente pudo reunirse al aire libre y desafió el frío y la lluvia por la oportunidad de disfrutar de un instante de contacto humano. Era como si, sin darse cuenta, se hubieran convertido en una especie subterránea, escondiéndose en sus trabajos y en sus rutinas, sin saber siquiera el nombre o el rostro de

sus vecinos, ocultándose incluso de sus seres queridos, y con la pandemia, de repente, redescubrieron el anhelo y el deseo de estar con *los otros*.

El tacto, una vez olvidado, se volvió más exquisito debido al aislamiento provocado por la pandemia. Todos ellos querían, necesitaban, tocar y ser tocados, y esa necesidad, tan intensa y profunda, le dio a la pandemia un aire trágico y extraño. Hubo la tragedia de la muerte, sí, con su consiguiente duelo y agonía. Pero esta no era esa tragedia. Esta era una tragedia de la imaginación dramática. Desear el contacto, estar hambrientos de contacto, estar rodeados de otros, precisamente cuando el contacto era la mayor fuente de peligro.

Wyeth fue desgranando los elementos dramáticos del relato de Keating.

Había una familia. Tres personas. Un niño y sus padres. Se querían. Iban a la iglesia, daban el diezmo, cantaban himnos, hacían planes para la confirmación y para una vida larga y llena de cariño. Lo habían hecho todo bien. Proyectos pequeños o grandes, sencillos o complicados. Vacaciones y liga de verano de hockey o fútbol o clases de tenis o comidas al aire libre con la parroquia. Era gente que hacía las cosas como todos, sin pensar realmente en una catástrofe global. Incluso cuando las noticias de la pandemia empezaron a caer como una maldición, probablemente imaginaron, como él mismo había hecho, que sería como cuando el Nilo occidental recorrió el sureste, o cuando la meningitis avanzó por Alabama y Georgia, o como la crisis del ébola. Pero la catástrofe no fue localizada ni menor: fue total y despiadada en su aleatoriedad. Y esas personas, ese padre y esa madre, murieron. Murieron. Habían estado vivos, tenían familias, mascotas, comidas favoritas, manías —el papel higiénico tiene que ir así, no así—, y ahora estaban muertos, para siempre. Y aquel niño, ese pobre niño, se había quedado sin padres. Y eso era definitivo. No había vuelta atrás. Nunca podría verlos envejecer. Nunca llegaría a conocerlos como personas. Nunca podrían disculparse por mandarlo a su cuarto, ni besarle la frente, ni gritarle desde la grada, ni animarlo en un concurso de deletreo; nunca más podrían discutir por el mando de la

tele o decidir quién elegía la película. Nada de eso. No solo las cosas grandes —bodas, graduaciones, el primer hueso roto, el primer nieto —, sino también las pequeñas, todas ellas, todo ello desaparecido. Y, cuando Wyeth pensó en eso, se sumergió un instante en la agonía inconmensurable de dos vidas truncadas y, desde ahí, por un momento —porque era lo máximo que podía soportar—, en el núcleo incandescente de lo ocurrido en Nueva York, en Estados Unidos, en todo el maldito planeta: todas esas vidas *desaparecidas*, toda esa pérdida. Wyeth podía imaginarlo a veces, pero nunca del todo. La escala del daño que habían sufrido. La fea burocracia de la muerte. Y también la deformación grotesca de la vida contemporánea. Todos habían atravesado algo, pero habían salido de ello cambiados, renqueantes.

—Es horrible —dijo con un hilo de voz—. Joder, es realmente horrible.

—Sí —respondió Keating.

Dos mujeres borrachas pasaron tambaleándose con tacones. Faldas blancas y tops blancos recortados para dejar a la vista unos vientres bronceados. Hablaban de alguien llamado Jordan y alguien llamado Taylor, y de si podías creer que habían ido a Jersey City y se habían topado con Anya, ¿quién coño era Anya?, aquella chica de Rutgers, Dios mío, ¿te lo imaginas?, ¿te lo *imaginas*?, no, en serio, ¿te lo puedes creer? Keating las siguió con la mirada mientras se perdían por el callejón. Dos obreros del local de enfrente también se las quedaron mirando. Dijeron algo, rieron. Uno lanzó una colilla.

—Estoy tan cabreado —espetó Keating—. Con todo esto, estoy tan cabreado, joder.

—¿Con Dios?

—Si pudiera estar cabreado con Dios, estaría mejor de lo que estoy. —Negó con la cabeza—. Estar cabreado con Dios implicaría creer, sin sombra de duda, que está ahí arriba. Ahora mismo, estoy cabreado. Con la arbitrariedad de todo.

—Lo entiendo —repuso Wyeth.

—Es irracional, porque evidentemente el mundo no tiene un «propósito». El universo no tiene un «propósito». Y, aun así, todo parece tan… desesperado, a veces.

—¿Por eso te hiciste sacerdote?

Keating soltó una risa breve.

—A ver, a veces pienso que uno se hace sacerdote porque siente la llamada o porque huye de algo. Todos tenemos esa historia, o alguna historia, sobre sentirnos siempre un poco raros. Un poco distintos de los demás niños. Y nuestras madres siempre dicen: «Sí, yo lo supe enseguida, una madre siempre lo sabe».

—Me suena —bromeó Wyeth—. Como ser gay.

—Exacto —contestó Keating—. Pero mi madre… —Se detuvo, bajó la mirada, hizo rodar con el pie un trozo de asfalto suelto—. Mis padres no eran religiosos. Nadie en mi familia era católico.

—¿En serio?

—*WASP* laicos, todos ellos. Muy laicos. Tipo, devotos de la Ilustración. Una estirpe de profesores y banqueros. Horrible.

—¿Entonces…?

Keating enderezó la espalda.

—Nada especial. Nada interesante, de verdad. Mi mejor amigo de la infancia era católico. Y yo quería parecerme a él. Al principio, nuestros padres lo consideraban algo tierno. Luego, gracioso. Y después, menos gracioso cuando quise bautizarme.

—Me imagino que no se lo tomaron bien.

—No —repuso Keating, expulsando aire—. ¿Te imaginas? El primer católico de la familia en doscientos años. Enloquecieron. Pero eso hizo que yo me empeñara aún más. No sé… Me hacía sentir bien. Y ya llevaba años yendo a misa con su familia. Parecía el paso lógico.

—¿Y te dejaron?

Keating sonrió y sacó otro cigarrillo.

—No al principio —respondió—. Pero al final sí. Me bauticé. Me confirmé. Y luego ya fui católico.

—Apuesto a que a tu amigo le encantó.

—No —contestó Keating—. Resultó ser ateo. Su familia quería actividades extraescolares y cosas así. Cuando se confirmó, se acabó. Pero la Iglesia hizo de mi conversión un espectáculo, y me quedé atrapado, por así decirlo.

—Joder —soltó Wyeth—. Te reclutaron.

—Sí, pero yo estaba entregadísimo. Era la época más feliz de mi

vida.

—¿Y qué fue de tu amigo?

—Seguimos siendo amigos —repuso—. Un tiempo. Luego, ya sabes, creces. Te conviertes en quien debías ser. Y entonces, bueno, tienes que seguir con esa versión de ti mismo.

—Y ahora estás aquí —dijo Wyeth.

Keating suspiró.

—Sí. Aquí estoy. Veinte años después. Cabreadísimo.

—¿Puedo hacerte una pregunta tonta?

—Claro.

—¿Sigues creyendo? O sea… supongo que lo que quiero decir…

Wyeth se quedó a medias, pero Keating asintió despacio, sacudiendo la ceniza.

—Cuando todavía atendía a la comunidad… justo al principio de la pandemia, cuando no sabíamos si volveríamos a ser los mismos… y cuando yo estaba cabreado y asustado… me costaba mucho estar presente como hay que estarlo para cuidar de otros. No es que dijera cosas en las que no creyera, digo, creo. Creía. Es como cuando se va la luz y no sabes cuánto durará. Y tienes que elegir entre quedarte en el cobertizo o salir.

Wyeth se sobresaltó al oír que mencionaba el cobertizo. No esperaba que Keating se apropiara de esa imagen de su infancia para ilustrar su argumento. Nunca había sido sacerdote, claro, pero escuchándolo pudo comprender parte de sus sentimientos con más claridad. Sí, había dolor en dejar atrás el cobertizo, pero él siempre lo había minimizado, porque por supuesto había sido lo correcto. Su vida fuera del cobertizo era mejor; dentro, solo había sitio para la estrechez y la oscuridad, la sinrazón de los estrictos sermones de su abuelo. Pero, al escuchar a Keating decirlo, dejar el cobertizo no era tan sencillo. Tuvo que haber algo de dolor. Algo de arrepentimiento por lo que has dejado atrás cuando decides cambiar tu vida para siempre incluso si es para mejor, especialmente si no sabes dónde te estás metiendo. Abandonar el orden de la propia vida por lo desconocido… Bueno, eso siempre conlleva un poco de miedo. Un poco de dolor.

—Saliste —dijo Wyeth.

—Salí.

—¿Y qué tal las vistas?

—¿Me das otro cigarrillo?

Wyeth le ofreció el paquete y Keating encendió uno. Miró hacia arriba, donde alguien colocaba un caballete de obra en el edificio de enfrente.

—¿Crees que quieres volver? ¿Volverías?

—No —respondió Keating—. Querría quererlo más de lo que lo hago. Querría desearlo sin reservas, porque sé que la luz volverá. Querría querer volver al cobertizo incluso sin luz, aunque hiciera calor y fuera estrecho y sofocante. Querría creer que el cobertizo es oscuro para que podamos ver con una mirada más verdadera. —Le temblaban las manos al hablar—. La metáfora ya da pena, pero me entiendes —añadió—. Estoy demasiado cabreado. Así que pongo ladrillos.

—Gracias por contármelo —dijo Wyeth—. No tenías por qué.

—Es bueno decírselo a alguien que no es cura.

—¿Porque no puedo brindarte sabiduría?

—Algo así.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Adelante.

—Sobre lo del sexo.

—¿Qué pasa con eso? —Entornó los ojos, la mirada alerta.

Wyeth buscó la manera de formularlo.

—O sea… ¿eso es algo… nuevo o…?

—Ah —repuso Keating—. No, no lo es. Hay curas gais. El seminario está lleno de maricones.

La hostilidad de la palabra le cortó la respiración a Wyeth.

—Perdón, estaba siendo cínico. Sí, hay gais en el seminario. Algunos creen que el seminario los arreglará. No lo hará. Pero silenciará la voz un tiempo.

—Pero hay… votos, ¿no? Vosotros hacéis votos de no tener sexo y eso.

—Sí. Y es muy serio.

—Entonces rompiste el voto. Cuando… lo del otro día.

—Lo rompí mucho antes, así que te absuelvo de tu culpa.

—No sentí culpa. O sea… Me alegra saber que no es tan complicado.

—Para ti no tiene por qué serlo.

—¿No te da miedo ir al infierno o que te caiga un rayo o algo?

—A mi modo de ver —respondió Keating, apagando el cigarrillo contra el ladrillo—, pecados hay muchos en esta vida.

—Eso es un razonamiento tramposo.

—Convenientemente tramposo, no lo olvides. El contexto importa.

Se acercó aún más, hasta quedar frente a él. Wyeth tuvo que levantar la vista. Le metió la mano bajo la camiseta, notó la suavidad inesperada de su piel, el estremecimiento casi animal del primer contacto.

—Como nos pongamos así, no llegamos arriba —dijo Keating.

—Tienes razón —concedió Wyeth, pero no retiró la mano—. Aún no me creo que hayas venido.

—¿Por qué no? Me encanta comer gratis.

—Ah, ya. La comodidad es lo tuyo.

—No es «lo mío», es mi religión —respondió, haciéndose el ofendido—. La comodidad es un bello misterio.

—Dios mío. ¿Subimos?

—Por favor.

—La comida no ha llegado, aviso.

—Bueno, puedo ganarme la cena bailando. No soy *tan* mal invitado.

No se movieron de inmediato. Siguieron allí, en el callejón. Keating sonreía. Wyeth se sentía un poco más ligero, aunque algo oscuro cruzó por un instante su mente. Apretó el brazo desnudo de Keating y sostuvo su mirada.

—En serio. Gracias por contarme todo eso. Ser vulnerable cuesta.

Keating esbozó una sonrisa algo boba, y luego, una más reservada, más *adulta*. Y dijo, en voz baja:

—Reconozco el sonido de alguien al que han reparado. Tú también puedes contarme cosas, cuando quieras.

Wyeth contuvo la respiración. La vista se le nubló un instante. Se sintió visto de una forma que no le resultaba del todo agradable. Y entendió que, sí, había vuelto a delatarse. Demasiado obvio.

Demasiado transparente. Demasiado empeñado en ser *bueno*.

—No sé qué quieres decir —mintió—. Nadie me ha reparado.

Keating apoyó la mano junto a su cabeza en el ladrillo y se inclinó lo justo para que sus labios se rozaran. No era un beso, sino pura proximidad. Se le ensombreció la mirada y su expresión era difícil de descifrar, pero no era cruel ni airada, sino directa, de una forma que hizo que Wyeth quisiera cavar un hoyo y meterse dentro. Aun así, sostuvo la mirada cuando Keating dijo:

—Después de lo que te he contado… no nos mintamos, ¿vale? Podemos ser sinceros.

Luego se apartó y le tomó la mano, apretándosela. Wyeth creyó que las rodillas se le doblarían y que se desplomaría allí mismo, en el callejón. Pero no. Dejó que lo guiara por la parte trasera del edificio. Entraron en el vestíbulo y subieron las escaleras. Se oían sus pasos, su respiración contenida, el roce suave de sus zapatos.

Cuando llegaron a la puerta del estudio, Wyeth tenía la espalda y el pecho perlados de sudor. Keating parecía absolutamente intacto. Se quedaron un momento en el pasillo; aún no estaban listos para entrar.

—No voy a mentirte —confesó Wyeth.

Keating miró sus zapatos, asintió despacio. Wyeth fue a abrir la puerta, pero Keating le puso la mano en la muñeca para frenarlo. Luego lo besó. Al otro lado, se oía música. Y golpes suaves. Wyeth pudo oír a alguien apoyándose contra la puerta, el clic de la mirilla, más revuelo. Los estaban mirando, pero Wyeth no se inmutó, porque Keating seguía besándolo, y el calor de ese beso le bastaba. Después, terminó. La puerta se abrió. Keating ya le había soltado la mano, y seguramente parecían muy castos ahí plantados.

Aki les sonrió con picardía. Le tomó la mano a Keating y tiró de él, abrazándolo como si se conocieran desde hacía décadas. Keating parpadeó ante la rapidez del abrazo y parecía sorprendido de verse así envuelto. Ferd permanecía en el umbral de la puerta.

—Aki y Ferd —los presentó Wyeth, señalándolos—. Él es Keating. —La música era Brubeck. Ahora podía reconocerlo—. Mejor entremos antes de que Aki le pida matrimonio —dijo.

Aki condujo a Keating dentro y Wyeth los siguió. Keating lo

observaba todo, y Wyeth intentó imaginarse el espacio a través de sus ojos, la mirada de un extraño. No era impresionante. No era tan refinado o elegante como otros estudios artísticos que había visto. En realidad, estaba algo sucio. Pero no era asqueroso. No del todo desagradable.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Ferd—. Tenemos agua del tiempo y una cantidad de Seltzer que supera lo razonable.

—Me encantaría una cantidad razonable de Seltzer —pidió Keating.

Aki lo rodeaba por la cintura y lo guiaba hacia la cocina. Ferd iba delante, sacando latas de Seltzer y unas rodajas de lima que aún no se habían puesto del todo marrones. Cuando exprimió la lima en los vasos, las guardó en una bolsa de plástico para tirarlas esa noche. Aunque no eran fanáticos de la limpieza —Aki podía llegar a ser asqueroso más allá de lo imaginable—, sí tenían unas cuantas normas en las que todos estaban de acuerdo, sobre todo que lo orgánico tenía que quedar precintado y sacado de allí enseguida. Por las mosquitas de la fruta.

Aki sentó a Keating en el sofá y luego se sentó él en la mesa baja, de frente, mirándolo fijamente.

Ferd y Wyeth se quedaron de pie a un lado, porque habría sido aún más incómodo tratar de interponerse.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Aki.

—En un bar —repuso Keating con sorna.

—No fue así —intervino Wyeth, cuando Aki y Ferd se giraron a mirarlo—. Se plantó en mi mesa mientras yo estaba de descanso fumando y nos pusimos a hablar. Ya está.

—En un bar.

—Qué analógico —comentó Aki.

—Hacéis que suene peor de lo que es —dijo Wyeth.

—¿Por qué te parece *mal* la interacción social entre homosexuales? —preguntó Ferd—. Quizá deberías explorar tu homofobia interiorizada. Quizá deberías hacer un poco de introspección, amigo.

Los ojos de Keating brillaban. Se lo estaba pasando en grande. Wyeth le hizo una peineta a Ferd y este lo abrazó. Entonces el móvil de Aki sonó y él esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Wyeth. Baja tú, anda. Ya ha llegado la comida.

—De eso nada —se negó Wyeth.

Aki hizo pucheros y se volvió hacia Keating:

—A lo mejor tú consigues convencerlo para que les haga un favor a sus amigos.

Keating titubeó e hizo el amago de levantarse.

—Voy yo.

Wyeth se ruborizó.

—No —terció—. Bajo yo.

Aki aplaudió.

—Sí, gracias. No te preocupes, cuidaremos bien de tu amigo.



Aki quería ver *Jeanne Dielman, 23 quai du Commerce, 1080 Bruxelles*, que acababan de nombrar como la mejor película de todos los tiempos en una encuesta de la revista *Sight and Sound*. La película seguía a la Jeanne Dielman del título, una madre viuda que vivía en Bruselas, a lo largo de unos cuantos días. Las escenas eran largas y aparentemente desprovistas de acción. La directora dedicaba muchísimo tiempo a los aspectos más rutinarios de su vida. Hacer la compra. Hervir patatas para su hijo. Leer una carta de su hermana. Preparar un pastel de carne. Vigilar al hijo de una vecina. Acostarse con hombres a cambio de dinero que guardaba en una pieza de porcelana sobre la mesa. No había banda sonora, ni música. Los únicos sonidos eran sus pasos o el golpe de una tapa de olla, el murmullo de los diálogos y el propio silencio, cuya textura iba cambiando a medida que avanzaba la película. Pasada la primera hora, Wyeth empezó a buscar variaciones en los patrones de su día, y se dio cuenta de que uno de sus botones estaba mal abrochado. Una ventana se había quedado abierta. Se preguntó si hasta ahí llegaría el drama de la película. Pequeñas desviaciones sutiles cuando el día se tuerce. Pero luego dejó de buscar patrones y significados. Dejó que la corriente de los acontecimientos lo arrastrara mientras el tiempo dentro de la película se sincronizaba con el tiempo que ellos estaban viviendo. Es decir, el tiempo cuasi real del mundo de la historia coincidía con el tiempo que pasaban

mirando ese mundo. Resultaba inquietante descubrir que el tiempo que le llevaba a Jeanne cruzar el pasillo era exactamente el mismo que les habría llevado a ellos. Y así, el gesto radical de la directora había sido negarse a seleccionar. Prestar una atención constante, implacable, a todo lo que ocurría ante la cámara y ponerlo por entero a disposición del espectador. Cuando se dejó vencer por la escala de la película, se sintió profundamente conmovido, pero entonces la película volvió a dar un giro y Jeanne apuñaló a un hombre hasta matarlo con unas tijeras, un acto que parecía inevitable y al mismo tiempo tan chocante que tuvo que taparse los ojos.

Keating estaba sentado a su lado mientras veían la película. A ratos estiraba las piernas. A ratos se reía para sus adentros. Cada vez que se movía, Wyeth lo miraba y sentía el impulso defensivo de preguntarle si se estaba aburriendo, de ofrecerle cambiar de película o llevarlo a otra parte. Aki y Ferd estaban hipnotizados. Ferd ya la había visto, porque lo había visto todo, pero Aki no. Solo había oído hablar de la clasificación en redes y quería comprobar por sí mismo qué hacía que la película fuera tan excelente. Se apuntó con actitud de esnob, dispuesto a odiarla, y al final estaba tan conmovido que se le habían humedecido los ojos.

—Dios mío —no paraba de decir—. Dios mío, o sea. Dios mío.

Ferd le frotaba la espalda. Aki se cubrió la cara con las manos y sollozó suavemente.

Las empanadillas y los fideos aguardaban en la mesa de al lado. Habían ido comiendo mientras avanzaba la película, al principio haciendo comentarios y observaciones en voz baja, pero, cuando la película entró en la segunda hora, todos se quedaron en silencio. Y ahora las empanadillas y las verduras asadas se habían reblandecido y enfriado en su salsa. El dueño les había mandado demasiada comida. Empanadillas, pato asado, arroz blanco al vapor, fideos fríos, una variedad de verduras preparadas con mucho esmero —a la parrilla, al vapor, chamuscadas—, una magnífica ensalada y tres tipos de paté. Ahora todo reposaba en la mesa, acusándolos de haberlo abandonado.

—Y esa comida —comentó Aki—. Ay, toda esa comida de

posguerra.

—Es muy abrumadora —dijo Ferd.

Wyeth miró de reojo a Keating para comprobar cuánto se aburría, pero no tenía cara de aburrido en absoluto. Más bien parecía sumido en algún pensamiento.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Wyeth.

—No soy muy crítico —contestó—. No estoy seguro de saber lo suficiente como para decir nada.

—Qué aburrido, tienes que decir algo. —Aki se inclinó y le sujetó los hombros—. Cuéntanos.

—Me ha parecido muy *larga*. Pero no en mal sentido. Eso me ha gustado. Inviertes todo este tiempo con esta mujer y parece… que lo hayas ganado, ¿no? Como que la directora no se quita el problema de encima diciendo: «Ahora estamos en el día quince». De algún modo, tú vives el tiempo con ella, así que al final te sientes muy cerca de ella. Porque lo has pasado con ella. No tiene ningún sentido lo que digo, perdón.

—No, tiene sentido —convino Ferd.

—¡Y la apuñalada! —saltó Aki—. Casi me desmayo.

—Yo de verdad pensé que iba a resultar ser una especie de sueño —añadió Wyeth—. No creía que fuera a ser real, porque es tan… no sé. Es tan aparatoso.

—Ha sido aparatoso —coincidió Keating—. Pero, de alguna forma, también tenía algo de verdadero, ¿no?

—Sí, totalmente verdadero —dijo Ferd.

Aki se enjugó las lágrimas y se pellizcó las mejillas para recomponerse.

—Dios, estoy hecho un cuadro.

Se levantó y cruzó el pasillo hasta el baño compartido. Wyeth empezó a guardar la comida. Ferd y Keating seguían sentados en el sofá, hablando en voz baja. Wyeth no escuchó su conversación porque le pareció algo privado. De vez en cuando, oía reír a Keating por encima del sonido del agua, mientras enjuagaba los platos y los colocaba en su sitio. Se hacía tarde. La noche se les había echado encima. Habían abierto las ventanas para aprovechar la frescura del aire. Por eso se oía el traqueteo de los *scooters* y las bicis eléctricas

en la calle. En el edificio de enfrente, la obra estaba a oscuras, y solo quedaban las luces de los estudios de los pisos superiores. Wyeth sintió una mano cálida en la base de la espalda. Estuvo a punto de soltar un vaso del susto.

—Tranquilo. —Era Keating.

Wyeth se sintió un poco avergonzado. Aki había vuelto al estudio y estaba recogiendo su mesa. Todos se preparaban para marcharse.

—Creo que me voy a ir —añadió Keating—. Ha estado muy bien.

—Sí —coincidió Wyeth—. Lo ha estado. Gracias por venir.

—¿Quieres bajar a fumar conmigo antes de que me vaya?

—Claro.

Wyeth secó el último vaso y lo dejó en la encimera. Luego tomó su bolsa y abrazó a Aki y a Ferd para despedirse. No solían abrazarse así. Algo les había pasado, ya fuera porque sus compañeros de estudio no estaban y había espacio para ese tipo de intimidad, ya fuera porque la noche había sido muy agradable. En cualquier caso, se sentía más cerca de ellos que antes. Pero ellos no parecían darse cuenta. Lo abrazaron como si siempre lo hubieran hecho y fueran a verlo al día siguiente. Aki incluso le dio dos besos.

Mientras bajaban las escaleras, Keating preguntó:

—¿Ellos son como… algo?

Wyeth se echó a reír. Su voz llenó el hueco de la escalera.

—No, por Dios. Nunca tendrían algo. Es gracioso, durante mucho tiempo yo pensaba que se odiaban.

—¿En serio? Yo no he tenido esa impresión para nada.

—No, esta noche es rara. Están siendo súper agradables. Conmigo también.

—¿Normalmente te cuelgan boca abajo sobre la taza del váter?

—No, no es eso —dijo Wyeth—. Es difícil de explicar, pero normalmente es un apaño de conveniencia. Entramos, nos ignoramos los unos a los otros, no sé. Es raro. Pero está bien.

En la calle, encendieron un cigarrillo cada uno y echaron a andar por White. De vez en cuando, se apartaban para dejar pasar a un repartidor a toda velocidad con pizzas, hamburguesas, patatas fritas, alitas, Pepto, antiácidos, quién sabe.

—De verdad, me lo he pasado muy bien —insistió Keating—. Hacía

muchísimo que no me *juntaba* con gente. Pensaba que les iba a caer fatal.

—¿Por qué?

—Doy por hecho que todo el mundo me va a odiar. Me ahorra tiempo.

—El pesimismo tiene sus recompensas, supongo. Creo que yo también siento eso, que la gente me odia o no me soporta o me encuentra aburrido.

—Eres un poco aburrido —bromeó Keating.

—Eso ha sido un poco cruel.

Wyeth notó el calor de una punzada.

—Me gustan las personas aburridas. No se esfuerzan tanto.

—Gracias, supongo.

—Lo decía como un cumplido. De verdad.

—Claro —dijo Wyeth—. Gracias por llamarme «aburrido». En plan cariñoso.

Dieron la vuelta y regresaron hacia el estudio. Keating le pasó el brazo por la cintura, pero Wyeth se apartó. No estaba tan receptivo después de que lo hubiera llamado «aburrido», aunque sospechaba que era verdad. Que era una persona aburrida. No debería haberle dolido que alguien coincidiera con algo que él mismo había dicho sobre sí mismo. Pero lo había hecho para verbalizar aquello que temía que la gente pensara de él, y que se lo confirmaran le dolía. Y, sin embargo, decir que le dolía habría sido reconocer que era el tipo de persona a la que se le podían herir los sentimientos. Y no quería que Keating supiera que era tan fácil que algo lo afectara. Aunque era evidente que sí. De manera que, en la calle, se detuvo frente a su portal y dijo:

—Bueno, supongo que mañana tienes un día muy ajetreado con los ladrillos.

—Ay —soltó Keating—. Venga, seamos buenos el uno con el otro. Seamos amables.

—Estoy siendo amable.

Keating frunció el ceño.

—¿No habíamos dicho que no nos íbamos a mentir? Te he hecho enfadar. Reconócelo. Así puedo pedirte perdón.

—No estoy enfadado —dijo Wyeth—. Has compartido tu opinión.

Keating suspiró. Se pasó la mano por el pelo y miró hacia arriba, lo que Wyeth empezaba a entender que era un gesto habitual en él.

—Siento haberte hecho daño —se disculpó Keating—. No quiero que discutamos. ¿Vale? Lo siento.

Wyeth se planteó no darle ese gusto. No soltar su enfado y sus sentimientos heridos. Pero puso eso en la balanza frente a la posibilidad de no volver a acostarse con Keating. No salía a cuenta, aunque disfrutaba de la sensación de superioridad que le daba guardar rencor.

—Disculpas aceptadas.

—Gracias —dijo Keating, con un leve deje irónico. Luego atrajo a Wyeth hacia sí y volvieron a besarse—. Y gracias por invitarme a pasar la noche con tus amigos viendo una película belga muy, muy larga.

—De nada. A lo mejor era demasiado larga.

—No, estuvo bien, me ha gustado.

Se separaron. Siguieron andando. Llegaban a ese punto en el que tenían que decidir qué iban a hacer. ¿Iban a ir al piso de Keating? ¿Al de Wyeth? ¿Iba cada uno a su casa solo? ¿Se iba a quedar la cosa en un beso y un paseo juntos por la noche? Cuando dieron la quinta vuelta a la manzana en White, Wyeth se paró y dijo:

—Entonces. O sea…

Keating se echó a reír.

—Me encantaría invitarte a casa, pero, sinceramente, estoy frito.

—¿Frito? —repitió.

—Pero déjame pedirte un taxi —dijo Keating.

Subieron hasta Canal. La noche estaba tranquila. Ni rastro de sirenas. Ni de peleas. Los hombres sin techo dormían cerca de las rejillas de ventilación que expulsaban grandes corrientes de aire del metro. Dormían con las mantas echadas sobre la cabeza para bloquear la luz de los escaparates. Era un tramo un poco industrial del centro, cerca de Canal. Keating se acercó al bordillo y levantó la mano. Llegó un taxi, abrió la puerta, besó a Wyeth y le dijo:

—Mándame un mensaje cuando llegues.

El taxi arrancó y Wyeth se giró para ver a Keating, allí de pie, con

las manos en los bolsillos. Keating le hizo un gesto con la mano. El taxi estaba helado y olía a incienso. Bajó la ventanilla para que entrara aire fresco. La cabeza le daba vueltas. Keating le había mandado un emoji somnoliento. Wyeth mantuvo pulsado el emoji y reaccionó con una carcajada. Luego se metió el móvil bajo el muslo y cerró los ojos.

Cuando llegó a casa, se quedó un rato de pie frente al portal, intentando reunir fuerzas para subir los cinco pisos. De pronto, se sentía agotado. El día se le había escapado de las manos. Era una de esas noches en las que de verdad se planteaba subirse a un coche hasta un hotel y hacer el *check-in* solo para no tener que encarar las escaleras. Pero ese pensamiento siempre venía acompañado de otro: *¿Con qué dinero?*

En lugar de subir, bajó por First hasta el Morton Williams y se metió dentro a presión. Habían cerrado algunos pasillos para reponer las estanterías y evitar que los clientes se colaran en zonas indeseables del local donde no se les pudiera vigilar. Wyeth se quedó mucho rato observando la pared de bolsas de patatas fritas junto a los embutidos. No tenía mucha hambre. Le gustaba mirar los envases, imaginar todo el tiempo que había dedicado alguien a diseñar las bolsas y sus logotipos, a elegir los colores y las tipografías y todo eso. Cuando hubo contemplado suficientemente las bolsas, bajó a mirar los dulces envasados. Eso sí le abrió un poco el apetito, aunque «apetito» no era exactamente la palabra. Quería helado, en concreto un sándwich de helado.

Resultaba descorazonador que los supermercados de la ciudad no vendieran sándwiches de helado sueltos. Siempre había que comprar una caja de seis o así. Se acordó de cuando era niño y entraba en la gasolinera con sus primos y sacaban sándwiches de helado y helados Klondike individuales del arcón y volvía con ellos al coche. Ahora se veía confrontado a la realidad de que los supermercados no estaban pensados para los solteros. Estaban pensados para las familias. Para gente que hacía la compra para hogares de más de una persona o para hogares con frigoríficos de tamaño adulto en lugar de la neverita a media altura que tenía él. Si compraba sándwiches de helado, tendría que meter la caja en el miniespacio

reservado para el hielo en el congelador. ¿Y luego qué? ¿Se comería uno cada seis meses? O peor, ¿tendría que comérselos todos de una sentada?

Acabó comprando una cajita de sándwiches de helado bajos en calorías. Abrió uno y se quedó mirando la modesta galleta que lo cubría y el helado espumoso que habían ultracongelado. Se comió uno y luego la mitad de otro. Sentía la caja muy fría contra su pecho mientras caminaba por la Primera Avenida. El resto se iba ablandando por momentos. Notaba el cambio de presión al sujetar la caja pegada al cuerpo. Quedaban cuatro más. No tenía muy claro qué iba a hacer con ellos. Pero siguió caminando y al final llegó a un pequeño parque infantil, ahora vacío y a oscuras. Se encaramó a la barandilla y se coló dentro. Luego buscó un columpio libre, se sentó y se comió el resto de los sándwiches de helado.

Al final, tenía los labios entumecidos y le dolían los dientes. Había hecho algo incalculablemente estúpido en vez de ir a casa y meterse en la cama. Pasaba de la una de la madrugada y estaba en un parque infantil balanceándose en un columpio. Intentó imaginar qué pensaría la gente de él si se lo encontrara en esa situación. ¿Pensarían que se había vuelto chaveta? ¿Demente? ¿Qué podía decir, salvo que no había querido subir los cinco tramos de escaleras hasta su piso? Que le parecía imposible hacerlo y que, en vez de eso, se había echado a andar y había encontrado el parque y luego el columpio.

Wyeth no se había subido a un columpio en mucho tiempo, desde que era un niño de verdad. Eso no le parecía bien. Seguramente se habría columpiado alguna que otra vez. Seguro. Y, sin embargo, no lo creía. No de verdad. ¿Cuándo habría tenido ocasión? Qué extraño. Vas pasando por la vida y un día es la última vez que te subes a un columpio y no lo sabes, no te acuerdas, hasta que algo te obliga a mirar atrás. Y piensas que, si hubieras sabido que era la última vez, a lo mejor lo habrías hecho de otra manera o lo habrías disfrutado más. O menos, depende.

Wyeth no sabía cuánto tiempo se quedó en el columpio, pero al final se levantó y tiró la caja de cartón. Recogió los envoltorios de plástico y también los tiró. Luego volvió a subir por la calle,

observando las luces parpadeantes de los bancos y los interiores apagados de los comercios a pie de calle. Las verjas echadas de las bodegas y demás tiendecitas. Cuando llegó a su edificio, esta vez sí entró. Subió los cinco pisos y, cuando llegó a su apartamento, se sentó un momento junto a la ventana abierta. Había dejado el ventilador encendido todo el día, pero el piso seguía teniendo un aire cerrado y sofocante. Quiso esperar a que se ventilara un poco más antes de tumbarse.

Miró el teléfono y vio que Keating le había escrito para darle las buenas noches, que se lo había pasado bien. Wyeth no contestó de inmediato. Se estiró en el suelo, en el mismo sitio donde habían estado tumbados la noche anterior, y miró por la ventana. Un dolor impreciso se le agitaba bajo las costillas. Era una sensación de nostalgia, o la punzada de echar de menos a alguien o algo. Hizo que se diera la vuelta, porque pensó que la presión lo ayudaría. El dolor siguió ahí, y trató de contar hasta diez, porque a veces contar le ayudaba a dejar de pensar en lo que le molestaba. Cuando contar no funcionó, apagó el teléfono, cerró la ventana y se metió en su cama oscura de su cuarto oscuro y durmió durante mucho tiempo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO NUEVE

Agosto era sinónimo de películas viejas en cines oscuros, de nubes de vapor espeso extendiéndose por la calle, de cáscaras de mango arrojadas sobre el tercer carril, de hombres pedaleando de noche por la Primera Avenida mientras mantenían el equilibrio con enormes bolsas transparentes llenas de botellas y latas de plástico; de la cara de un niño vista de reojo entre los barrotes, arriba de las escaleras de Washington Square-West Fourth; del paso de la luz por encima del reloj que cuenta los días hasta el fin del mundo en Union Square; de placas de liquen simple crónico con sus llagas oscuras y su escama endurecida que desciende por la zona lumbar y se extiende por el pecho y el abdomen; de veneno esparcido sobre la acera como sal en invierno; de un par de alas arrancadas a una paloma y abandonadas en la calle; de unas encías retraídas que mostraban un diente ausente; de ojos puestos en blanco para revelar un amarillo extendiéndose hacia arriba; de la superficie lisa del East River con un brillo aceitoso; de hogueras y perritos calientes chamuscados en Brooklyn; de un concierto en Forest Hills con sus verdes praderas y el borde del estadio asomando por encima de un seto; de paraguas chillones y *bagels* engullidos a toda prisa sobre una papelera; de cajas y cartones atados y colocados como esculturas extrañas; de la cara de un perro pegada muy cerca, el remolino de su cálida nariz como la textura de una galleta o de un sándwich de helado; de largas colas de hombres de pie fuera de CVS y Walgreens; de la clínica en Bed-Stuy, la farmacia que hace esquina en Bushwick, la iglesia pequeña en Queens, el centro comunitario en Harlem; de hombres con camisetas de tirantes y pantalones cortos, barbas y bigotes, todos mirando el teléfono, mientras navegan; de agujas y viales; de salas de espera frías; de mantener una distancia prudente; de alegres tiritas de Bob

Esponja o Paw Patrol o Kung Fu Panda; de miradas a los relojes; de látex y nitrilo tensados; de la mueca al penetrar la aguja; del alivio al salir; del vapor sobre la pista de baile; del parpadeo de las luces persiguiendo la niebla; de sombras proyectadas de cuerpos al desplazarse contra la pared; del resplandor de la luz del tren al entrar en el túnel; del *stop-motion* de la gente del vagón; de dos mujeres inclinadas la una hacia la otra, una con trenzas, la otra con un corte *bob* ondulado, ambas riéndose con la boca abierta; de la oscuridad de la calle de vuelta a casa; de la luz del apartamento vista desde la calle; de la cortina echada; de una sombra cruzando la ventana.

Agosto era sinónimo de intentar pintar, intentar dibujar, intentar y fracasar a la hora de darle sentido a nada. Agosto era sinónimo de mensajes de texto leídos y sin leer. De videollamadas. Aplicaciones borradas. Incendios al norte y al oeste. La granja al fin evacuada. Todas las bellas flores silvestres consumidas. Rostros surcados de lágrimas, manchados de hollín y sudor. La preciosa cabaña, desaparecida. El ganado, desaparecido. Todo desaparecido. Todos esos animales calcinados. La única misericordia era que nadie podía oírlos gritar mientras morían. Pequeña misericordia, aquella. Agosto era sinónimo de preguntarse cuándo remitiría el calor y, cuando dejaba de hacer calor, preguntarse cuándo dejaría de llover y, cuando dejaba de llover, preguntarse cuándo volvería la sombra y, cuando la sombra volvía, preguntarse cuándo saldría otra vez el sol. Agosto era sinónimo de trenes detenidos, un pasajero arrollado por la dos, un hombre tiroteado en la Q, un hombre apuñalado en la seis, una bomba de humo detonada en el andén, una anciana golpeada por la espalda, una joven golpeada por la espalda, una madre de dos hijos y sus niños golpeados por la espalda.

Wyeth estaba en Chelsea recogiendo el correo de la galería. Bernard tenía razón, por supuesto, claro que tenía razón. Nadie había venido a ver las obras de arte desde finales de julio. Los cuadros *fig.* daban a la galería el aire exhausto de un aula entre trimestres. Aun así, le alegró cobrar el cheque por el poco trabajo hecho: regar las plantas, quitar el polvo de las superficies, firmar paquetes. En verano, no había sorpresas en una galería.

Bernard seguía en la casa de su novio rico, y Bilal había pasado de España a Italia y luego a Grecia. Durante las últimas dos semanas, el Instagram de Bilal había sido una sucesión de fotos casi idénticas de rocas y mar, hombres en Speedos y blusas vaporosas, la piel de todos del bronce intenso de un cerdo asado al espetón. *¿Qué sentido tiene*, se preguntó Wyeth, *ir a varios sitios que son prácticamente idénticos para acabar encontrándote con los mismos hombres gais, prácticamente idénticos, de vacaciones?* Bebían las mismas marcas de *prosecco* y de Dom y comían la misma variedad de sushi y platos impecablemente emplatados de aves pequeñas y tiernos mamíferos terrestres. El *feed* de Bernard era parecido, solo que con playas de arena y un follaje veraniego precioso en el norte del estado. Los hombres del *feed* de Bernard enseñaban sus barrigas fofas y peludas y se deleitaban con el movimiento del pecho, con los hoyuelos que se les formaban en la espalda. No había vergüenza: solo un asombro interminable, una felicidad interminable ante la figura humana. Y, sin embargo, no era tan distinto de lo que hacía Bilal. Todos exhibían el yo: anuncios burdos sobre los atributos de la propia alma… Bueno, vaya pensamiento más pretencioso: *alma*.

Wyeth estaba celoso.

Aquella tarde subió unos paquetes a la oficina de Bilal. Luego barrió las hojas muertas de las plantas, una de las cuales recibía demasiada luz directa, y regó todo lo que había que regar, intentando recordar si la escuálida planta pelosa era de las que se mueren si les das agua. Decidió dejarla un poco más, ver cómo aguantaba, por si tenía que cambiar de estrategia.

Cuando bajó, había alguien asomado a la puerta, con las manos en forma de visera sobre los ojos. Fue a decirle que estaban cerrados, pero entonces vio que era Darsh, de MangoWave. Wyeth abrió la puerta para dejarla entornada. Darsh agarró el pomo y tiró, creyendo que Wyeth lo estaba dejando entrar, pero, cuando Wyeth resistió, Darsh parpadeó rápido.

—¿Ya estáis abiertos? —preguntó Darsh. No había ni un atisbo de que lo hubiera reconocido. *Me parece justo*, pensó Wyeth.

—No —respondió Wyeth.

—¿Cuándo abrís? Son como… las dos.

—No abrimos —repuso Wyeth.

Darsh frunció el ceño un momento, pero luego suavizó la expresión hasta convertirla en una plácida sonrisa.

—Vale. Eh… Esperaba poder hablar con Bilal.

—Puedo dejarle un mensaje.

—No, no pasa nada. Le escribo yo, gracias.

Darsh se puso las gafas de sol y Wyeth sintió una punzada de resentimiento porque hacía suficiente sol como para que no pudiera pensar que era una maniobra de gilipollas. Luego, Darsh añadió:

—En realidad, ¿te importa si entro un segundo?

—En principio no debería —lo cortó Wyeth, con el mayor de los placeres—. Cuestión de responsabilidad.

—Seré súper rápido. Dos segundos. Quiero ver una cosa.

Darsh tiraba del pomo cada dos palabras, sonriendo todo el rato. El placer que Wyeth había sentido un instante antes se evaporó ante aquella insistencia. Y lo más inquietante era la manera en que Darsh decía el nombre de Bilal, dando por hecha una relación previa que Wyeth habría preferido evitar por completo. Wyeth tuvo la sensación de que, si no dejaba entrar a ese hombre, lo pagaría de una forma tan irritante e indirecta que lo perseguiría el resto de su vida. Se apartó para dejarlo pasar.

—Gracias —dijo Darsh—. Súper rápido.

Wyeth cerró la puerta y bajó la persiana para que a nadie más se le ocurriera intentar entrar. Regó las plantas que había detrás del mostrador y escuchó a Darsh recorrer la galería.

Los cuadros *fig.* seguían colgados, pero en cuestión de días los bajarían para dejar sitio a la primera inauguración del otoño: una exposición colectiva de pintores figurativos que se encontraban en el ecuador de su carrera artística y que aún no se habían hecho famosos, pero para quienes aquello todavía era posible. Ese era el punto óptimo, decía Bilal: la mayor probabilidad de recompensa. Porque, dentro de esa franja de casi elegidos, de vez en cuando uno o dos ascendían para reemplazar a los recién muertos y se convertían en una auténtica sensación. Había ocurrido con el artista cuyo trabajo colgaba allí en ese momento. Todos esos años de negligencia no *no* racista que acabaron convirtiéndose en un éxito

salvaje y deslumbrante. A un caballo así, decía Bilal, puedes montarlo una década o dos como mínimo, porque ya hay muchísimo trabajo hecho, y además la nueva atención suele volverlos productivos de manera inesperada; así que tienes a alguien que no se deja deformar tan fácilmente por la atención y la aclamación y que, aun así, sigue siendo muy susceptible al zumbido del capitalismo.

Darsh sacó el teléfono y empezó a hacer fotos de los cuadros *fig.*, dejando grandes franjas del espacio en blanco para que los lienzos en sí quedaran casi en segundo plano.

A diferencia de la muestra de MangoWave, los cuadros *fig.* desde luego no se habían vendido todos antes de la inauguración, dos meses atrás. Había sido difícil mover aquellas obras de arte todo ese tiempo, y Wyeth se preguntó si era porque Bilal no había contratado dos tipos distintos de fotógrafos para cubrir la inauguración o porque habían invitado a la clase equivocada de gente aquella noche. No hubo nada de aquella fiebre de publicaciones en redes que había acompañado a MangoWave. Viendo a Darsh ahora fotografiar los cuadros, a Wyeth se le ocurrió que fotografiar arte era una de las funciones principales de las galerías contemporáneas. Si la gente iba a tu inauguración y no fotografiaba nada, ¿habían ido de verdad? Hacía falta esa red de fotos y contraplanos, publicaciones y entradas de blogs, agregados en cuentas de cotilleo y *newsletters* semanales de los grandes sitios; hacía falta todo eso para mantener la máquina, el juego, el teatro del mercado del arte.

Darsh miró por encima del hombro y debió de interpretar la atención de Wyeth como una reprimenda, porque le guiñó un ojo y dijo, alegre:

—A Bilal no le va a importar. Te lo prometo.

—Tranqui —dijo Wyeth, pensando que quizá Darsh publicaría algo de aquellos cuadros en redes y daría un pequeño empujón a las piezas que quedaban, y odiándose un poco por tener ese pensamiento.

Darsh hizo fotos de cada rincón de la galería, echándose atrás para encuadrarlo todo, en horizontal y en vertical. Iba muy bien vestido, de blancos veraniegos: telas ligeras, un top de algodón tipo rejilla y

una camiseta de tirantes acanalada por debajo. Era musculoso pese a lo delgado, y se movía con una fluidez de bailarín, sobre todo cuando se agachaba para hacer fotos desde abajo. Wyeth no se había fijado en eso en la azotea, semanas atrás.

—Es un espacio precioso —comentó Darsh—. ¿Llevas mucho trabajando aquí?

Wyeth percibió un intento por seducirlo. Mantuvo el rostro muy quieto.

—No mucho —respondió.

—Guay.

—Eres de… MangoWave, ¿no?

Darsh no contestó de inmediato, pero Wyeth supo que había oído la pregunta. Darsh se giró despacio y se subió las gafas de sol.

—Sí. Soy yo. Darsh.

—Vi la muestra.

—¿En serio? Dios mío, muchas gracias.

A Wyeth le entraron ganas de echarse a reír.

—Sí, enhorabuena.

—Gracias, hemos tenido muchísima suerte. —En la cara de Darsh se combinaban una humildad calculada y una seriedad inquietantemente inhumana—. ¿Tú eres pintor?

—Intento serlo —repuso Wyeth.

Estaban en una de las salas más chicas, la que tenía tres de los lienzos más pequeños: *fig. 2*, *fig. 17*, *fig. 20*. Aunque los números no seguían un orden, los cuadros parecían emparentados de algún modo. No solo por pertenecer, en un sentido general, a la misma serie: había otra cosa que circulaba entre las formas representadas. Una pincelada profunda y sinuosa en tonos pizarra y un verde mar oscuro y apagado. Como el agua en un cuadro de Winslow Homer, iluminada desde algún punto de abajo.

Darsh apretó los labios y dejó escapar un murmullo grave, agradable.

—Seguro que haces algo más que intentarlo —dijo—. Dale tiempo. El milagro llega. Despacio, pero llega.

A Wyeth le dieron ganas de poner los ojos en blanco, pero, en realidad, era algo muy bonito que decirle a alguien; y se preguntó

qué parte de eso era un reflejo publicitario bien entrenado y qué parte era un genuino impulso humano hacia la caridad. No sabía si le gustaba ninguna de las dos opciones.

—No creo que esta sea una era de milagros —contestó Wyeth, seco.

—¿Cómo que no? —replicó Darsh, abriendo los brazos—. Estamos a rebosar de milagros. Cada día. ¿No es maravilloso?

Colocado con su propio producto, pensó Wyeth.

—Bueno, eso es algo, desde luego.

—¿Luchando solo en la oscuridad? —preguntó Darsh.

—¿Eso es una pregunta de verdad?

—¿Qué iba a ser si no?

Darsh se había vuelto a subir las gafas a la coronilla y tenía los ojos suaves, receptivos.

A Wyeth le molestaron la franqueza y la seriedad de la pregunta. Quiso volver a unos instantes previos, cuando había sido posible burlarse de Darsh y despacharlo sin tener que ofrecer nada de sí mismo.

—Ya sabes cómo va —dijo Wyeth, echando mano de aquella noche, allá arriba sobre la ciudad, cuando se cruzaron por primera vez.

Esperó a ver si Darsh reconocía la frase como suya, pero Darsh solo pareció confundido.

—Perdona… ¿cómo?

De primeras, Wyeth habría apostado dinero a que era una broma, un número: Darsh fingiendo no recordarlo ni a él ni su conversación previa. Pero no tenía pinta. Lo que tenían delante, entonces, era otro primer encuentro. Solo que a Wyeth le resultaba difícil olvidar que ya se habían encontrado antes. En realidad, le parecía un poco injusto. Como cuando conoces a alguien a quien tú ya conoces por su reputación, pero esa persona no tiene ni idea de quién eres porque tú eres insignificante. Peor aún: si Darsh de verdad no lo reconocía, entonces Wyeth estaba siendo raro y confuso. Y borde.

—No me has pedido consejo —añadió Darsh—, pero, cuando me atasco con algo, a veces ayuda hablarlo. Repasar lo más obvio, decirlo en voz alta a alguien.

Wyeth sintió un escalofrío. Desde luego no estaba buscando consejos, y menos de Darsh, de MangoWave.

—Me lo creo —dijo Wyeth.

—A veces complicamos las cosas muchísimo más de lo necesario —siguió Darsh.

—Eres muy sabio.

—No sé si sabio —saltó Darsh, brusco—. Pero, eh, no me hagas caso. Si quieres hablar, eso sí.

—Gracias —repuso Wyeth—. Es muy… generoso.

Darsh empezó a reír, pero entonces algo mudó en su mirada.

—Siento que nos hemos visto antes. Pero no caigo.

—¿Yo? ¿Dónde iba a ser? Igual en vuestra inauguración.

—No, eso no.

Darsh frunció el ceño, concentrado, y desbloqueó el teléfono para buscar algo. Wyeth supo a dónde iba aquello. Darsh por fin lo había reconocido de la inauguración y estaba intentando encontrar una tapadera.

—¿Conozco tu trabajo? —preguntó.

Esta vez fue Wyeth quien se echó a reír, pero sintió un vuelco desagradable en el estómago. ¿Qué había ahí para conocer?

—No, seguramente no. Yo no soy como tú. No hago exposiciones.

Pero, un instante después, Darsh giró el teléfono hacia Wyeth. En la pantalla estaba el cuadro de Wyeth: el cura arrodillado en el reclinatorio del altar. La foto era mala. Baja resolución. Subida por una cuenta de recopilación. Pero, sí, era su cuadro.

—Esto es increíble. Lo hiciste tú, ¡esto es tuyo! —exclamó Darsh.

Wyeth sintió un sabor amargo y caliente en la boca. Unas manchas le nublaron la vista cuando se le disparó la tensión arterial. Su respiración se volvió un poco superficial y trató de concentrarse en los contornos exteriores del teléfono en lugar de en la imagen en sí.

—Por eso me sonabas —añadió Darsh.

Junto a la foto mala del cuadro había otra más, igual de granulada y pixelada, de Wyeth, tomada en casa de Gerald. Alguien había hecho una captura de una foto que Wyeth había subido a su propia cuenta. Una imagen comprimida, duplicada y vuelta a subir solo para ser comprimida todavía más. No parecía él. Más extraña aún era la

pintura, que le resultaba de lo más ajena, como si la hubiese hecho otra persona. Había pasado tanto tiempo. Había tanta distancia. Era como volver al estudio después de MangoWave, después de Keating, después de todo: esa sensación de una distancia incomprensible recorrida, solo para regresar por fin. De pronto, su vida le pareció diminuta, muy estrecha; como si nunca hubiera salido de la casa de invitados de Gerald.

¿Y qué iba a decir? ¿A Darsh? ¿A esa versión de sí mismo que relucía en la pantalla como una aparición?

—Ah.

El sonido se le escapó como un gemido o una exhalación.

—¡Esto estaba *por todas partes*! —enfatizó Darsh—. ¡Me acuerdo de la primera vez que lo vi!

—Ah —repitió Wyeth.

Darsh observaba el teléfono, ampliando la pintura, y Wyeth no podía dejar de mirar. Era como presenciar su propia autopsia. Oyó ese ruido blanco que le inundaba automáticamente los oídos durante las críticas en el posgrado: un zumbido fuerte y persistente que se elevaba desde su nuca y se precipiataba hacia delante sobre el mundo como una ola que rompe. Los labios de Darsh se movían, pero Wyeth no oyó nada por encima del zumbido. Tenía que volver en sí.

—¿Estás haciendo algo más por el estilo? —preguntó Darsh.

—No —contestó Wyeth.

—¿En serio? ¿Por qué no?

—Estoy intentando hacer cosas menos personales.

—Lo personal es político.

El aire volvió a la habitación. La vista de Wyeth se despejó. La estupidez de la frase le había devuelto la lucidez.

—Eso dicen.

—No, es verdad… Eso es de lo que va MangoWave, ¿sabes?, de encontrar las valencias políticas en todos esos símbolos personales y familiares, porque, bueno, hay vidas que *se politizan*, ¿no? Como personas marginadas, oprimidas, el mero hecho de vivir ya es…

Darsh habló sin interrupción durante unos tres minutos, tiempo durante el cual Wyeth se recompuso cuidadosamente, de modo que,

cuando Darsh terminó de explicar las complejidades de la resistencia artística de QPoC en una era mercantilizada, Wyeth pudo sonreír y asentir con la cabeza.

—Sí —dijo al final—. Totalmente.

—En fin —dijo Darsh—. Lo tuyo es increíble. Ojalá sigas con ello. Necesitamos más arte así.

Wyeth quiso saber qué quería decir Darsh con «así». Se sintió cómplice de algo, de un modo que no le gustaba. Cómplice de la estafa identitaria del arte de MangoWave. Cómplice del régimen de valor y de orden social del grupo. Como si lo hubieran reclutado para algo que no entendía y que tampoco era muy de su agrado.

—Sí, gracias —dijo Wyeth, pensando además que era la primera vez en mucho tiempo que alguien elogiaba su trabajo.

Cuando Darsh se fue, Wyeth localizó la cuenta que había publicado la imagen de su cuadro. Era una cuenta especializada en subir el arte de artistas negros contemporáneos: Danielle McKinney. Lynette Yiadom-Boakye. Rashid Johnson. Simone Leigh. Adam Pendleton. Glenn Ligon. Amy Sherald. Kehinde Wiley. Chris Ofili. Cinga Samson. Derek Fordjour. Todas las fotos eran de baja resolución: capturas o miniaturas ampliadas hasta quedar pixeladas. Las fotos de los artistas eran parecidas, sacadas de Wikipedia o de redes. Cada publicación incluía el nombre de la pieza, el nombre y el año de nacimiento del autor o autora y una etiqueta con su nacionalidad. De un vistazo, la cuenta ofrecía una panorámica de los temas y las formas dominantes del arte visual anglófono de la diáspora africana, que, admitía Wyeth, convergían en ciertos temas y motivos.

A pesar de las diferencias de temperamento, nacionalidad, ideas políticas, género, sexualidad y clase, el tratamiento de la figura negra en muchas de esas piezas confluía en un conjunto de recursos visuales. Lo que uno veía no era una figura en reposo natural, a gusto en su entorno, sino una entidad mítica, cargada de emoción, descendiendo desde algún otro plano. Eran figuras con un aspecto muy evidente de *figuras*, no de *personas*. Excepto en la obra de

Yiadom-Boakye y McKinney, que pintaban a *personas* negras reconocibles como personas en un sentido realista: no menos subjetivas o emotivas que el resto, pero sin el dios embaucador y desestabilizador del surrealismo en acción.

Asombraba la cantidad de pintores negros que habían acabado hablando ese idioma: el de hipersaturar o desaturar la figura negra hasta la abstracción, convertirla en los cuerpos planos que uno asociaba a urnas o tallas. Eso tenía que venir de la influencia del arte popular: el deseo de escapar de los impulsos constrictivos, reguladores, del realismo.

Wyeth nunca se había sentido muy libre pintando figuras así.

Con todo, encontrar su propia pintura, solo esa, entre la obra de artistas más grandes, más verdaderos, era desconcertante y confuso.

La publicación con su cuadro no tenía «me gusta» ni interacciones, frente a los cientos de «me gusta» y compartidos que acumulaban los demás por norma general. Pero se preguntó: *¿Quién lleva esa cuenta y cómo me ha encontrado?* Era cierto que, durante la pandemia, él había tenido ese pequeño éxito, pero de aquello hacía mucho. Y no quedaba nada de aquel dinero. Si seguía mirando la publicación y comparándose con el trabajo de otros pintores, iba a ponerse enfermo, así que cerró la aplicación y guardó el teléfono.

Mientras Wyeth barría el suelo, se vio a sí mismo, a contraluz, en el espejo que había al otro extremo de la galería. Se hizo una foto en la que parecía más alto y musculoso de lo que era. La recortó y enderezó y ajustó la exposición para que fuera más sombra que hombre. La subió a su historia. Luego tiró la suciedad del recogedor y cerró la galería con llave después de ajustar el aire acondicionado a los veintiún grados que Bilal había indicado.

Ya había pasado lo peor del calor de la tarde. No quería meterse en el tren y volver a la parte alta de la ciudad. Miró los *feeds* de Marat y Solomon para distraerse, pero solo encontró la misma homogeneidad que veía en los de Bilal y de Bernard: Fire Island era el estereotipo de ella misma. Luces de neón de noche, playas y olas de día, hombres paseándose en Speedos, posando de un modo que insinuaba la existencia de una interioridad. Se recordó a sí mismo

que no odiaba a los hombres gais. En realidad, le enternecían esas fotos, lo que significaban: que todos pertenecían a algún universo vagamente ordenado.

Cuando llegó a la entrada del metro, se planteó escribirle a Keating, pero hacía más de dos semanas que no hablaban. Lo cual no era del todo cierto. Keating había intentado ponerse en contacto media docena de veces, pero, cuando Wyeth trataba de responder, recordaba la mirada de lástima y de leve vergüenza que Keating le había dedicado la última vez que se vieron. De hecho, Wyeth no paraba de pensar en aquella noche: ellos caminando en círculos después de la película, sin llegar a ninguna parte, y Keating dando por acabada la noche en vez de irse a casa con Wyeth o pedirle que se fuera con él. Wyeth no entendía cómo había podido leer tan mal las señales.

¿Cómo iba a fiarse de sí mismo para decir nada?

La pregunta «entonces, ¿qué…?» sonaba en su cabeza mientras se lavaba los dientes y la cara, mientras corría, mientras barría los estudios en la casa de Olin-Noah, mientras cocinaba o comía, mientras esperaba el tren o cruzaba el parque. Aquel tono irónico y esperanzado en su voz. Lo estaba volviendo loco, y hasta ahora la única forma que tenía de no morirse de vergüenza o de tirarse por la ventana de pura humillación era no contestar a los mensajes de Keating. Pero, cuando los mensajes se acabaron —el último era un «ok» desconcertado—, Wyeth se sintió peor. Porque reconoció que era culpa suya.

Había pasado demasiado tiempo para escribirle a Keating sin mencionar el silencio, y demasiado poco para escribirle y que resultara raro pero aceptable. Así que siguió en ese limbo del *ghosting*.

No podía ir al estudio porque eso lo deprimía por otro conjunto de razones. Se había pasado la última semana de julio y las primeras semanas de agosto haciendo fotos de todo lo que veía, para intentar recuperar algo de la misma sensación que le daban las películas: esa realidad cruda, sin cortes, que le pasaba por encima.

Había sacado un par de cosas de aquello. Un dibujo de los hombres haciendo cola para la nueva vacuna de la viruela del mono

delante de un CVS en Harlem. Un dibujo del humo sobre las farolas. Pero nada con un sentimiento verdadero. El estudio lo llenaba de pavor.

Wyeth tomó el tren hacia el norte de la ciudad. Cuando llegó a su apartamento, vio una de las primeras películas de un director que le gustaba, una película sobre un grupo de parisinos más jóvenes que él que se enamoraban y se desenamoraban unos de otros. Todos tenían trabajo y dinero suficiente para vivir, pero no la destreza necesaria para ser felices. Se preguntó si había gente que nacía sabiendo ser feliz, o sabiendo conformarse con lo que podía o no podía hacer, o si era una habilidad aprendida. ¿Podía aprender él a ser feliz? Su suerte no era tan mala. Tenía un apartamento que podía pagar, dos trabajos que no eran horribles y, al menos durante un tiempo, tenía un estudio al que podía ir y gente a la que no odiaba y a la que podía ver con cierta regularidad si se lo trabajaba, y con mucha menos si no. ¿Hacía falta querer o necesitar algo más?

Miró sus mensajes. Nadie le había escrito en cuatro días, aparte de Bernard. Los demás estaban ocupados. Los demás, si no eran felices, al menos eran hábiles para parecerlo. *Pero esa es una idea ingenua de la vida de los demás*, pensó. Los demás, desde luego, *no* eran felices. Había motivos de sobra para no serlo.

Quizá necesitaba aprender a mirar su vida tal como era. Aprender a aceptar las cosas y a preocuparse menos por cómo lo veían los demás. La fuente de su infelicidad era que tenía una capacidad hipertrofiada para imaginar lo que pensaban los demás y dejar que eso influyera en él.

Sabía que estaba pensando demasiado en sí mismo.

Puso otra película, esta sobre un matrimonio que visitaba una isla famosa por ser el hogar de Ingmar Bergman. La película estaba escrita y dirigida por la antigua pareja del hombre que había escrito y dirigido la primera que vio. De hecho, aquella película incluía a la directora cuando era muy joven, que interpretaba a la amante adolescente de un novelista mucho mayor.

Esta película era más pausada y rara, no necesariamente mejor, pero le gustaba lo que había en ella. Los cuadernos y las plumas estilográficas y la alfombra preciosa y los jerséis y la arquitectura.

Podía ver cómo ambos directores, que habían tenido una aventura romántica y sexual, se interesaban por ideas parecidas en su arte. Un enfoque en la vida interior de los artistas, el desorden de las relaciones humanas y hermosos escenarios materiales que tenían cierta naturalidad. Pero la película de ella era más surreal, y la de él, al menos aquella primera, más naturalista.

La película dio varios giros extraños, en un proceso de disolución estructural. Pero, cuando terminó, Wyeth se sintió conmovido por esa fusión callada e inquietante de realidad y ficción. «Fusión» quizá no era la palabra adecuada, no era técnicamente exacta. Lo que quería decir era que le conmovía la manera en que la directora parecía deshacerse de cualquier ansiedad por dejar que la historia se desbordara de los ritmos narrativos tradicionales. En cierto modo trascendía la esencia de una *película* y, durante unos instantes asombrosos al final, alcanzaba algo hondamente vivo, algo que resonaba.

Era una característica que él quería en sus propios dibujos. Eso que existía en la cuarta dimensión, que se elevaba por encima y fuera del plano del arte y entraba en la vida misma, conteniendo la vida misma.

Otra manera de decirlo, pensó, mientras la pantalla se fundía en negro y él se quedaba en su cuarto mirando el reflejo de sí mismo en el portátil, *es que quiero una soltura, una falta de cuidado, un canal sin mediación ni dilución entre el mundo y yo*.

Le dolían los ojos de ver películas a oscuras demasiado cerca de la pantalla, pero no le apetecía levantarse para encender la luz. Todo tenía una duplicidad borrosa. El sofá. La luz de fuera. La pila de libros en el suelo, en la esquina. Debería haber tenido hambre. Debería haber tenido sueño. Debería haber tenido que mear. Pero no. No sentía nada. Incluso el agradable zumbido de haber visto las películas ya se había desvanecido.

Había pensado apenas un poco demasiado en por qué le gustaban esas películas y había echado a perder su propio placer. Cerró el ordenador y se giró de lado. Era una tarde de verano en Nueva York y cualquier cosa era posible, y él iba a dormirse en el sofá porque no podía obligarse a levantarse y salir al encuentro de la noche.

A última hora de la tarde siguiente, Wyeth tomó el tren hacia el sur hasta Bryant Park. Esperó cerca de la estatua de William Cullen Bryant, al lado del edificio Schwarzman de la Biblioteca Pública de Nueva York. Había venido al parque para quedar con Lionel, que al principio había sido amigo de Bernard y ahora, suyo. Lionel era matemático en la Universidad de Nueva York, y los dos habían llegado a la ciudad más o menos al mismo tiempo, y Bernard los había presentado porque tenía sentido, esos dos recién llegados. Lo que Wyeth solo entendió después fue que Bernard no tenía paciencia para ocuparse de dos personas nuevas en la ciudad y pensó que estarían mejor ocupándose el uno del otro. Él y Lionel se habían liado un par de veces, pero luego lo que hubiera entre ellos se había vuelto más suave y neutro, tirando hacia lo amistoso, y ahora, sobre todo, mantenían una especie de flirteo vago, medio intermitente, sostenido por mensajes y correos. A Wyeth no le molestaba. Lionel no estaba mal.

Esa mañana, Lionel le escribió para preguntarle si quería ir a Kinokuniya, la librería japonesa. Lionel quería comprar uno de esos grandes cuadernos azules, estilo libro mayor, que tanto le gustaban, y ver si tenían un tipo concreto de tiza; le había enviado a Wyeth un enlace a un vídeo de unos matemáticos hablando de lo especial que era esa tiza. Suave como la mantequilla, difícil de partir, acaparada por cajas enteras en Estados Unidos y al borde de la extinción porque la empresa estaba a punto de cerrar. Había un tipo en el departamento que la vendía por cajas, pero sus precios eran extorsivos y Lionel no tenía ganas de pagar.

Wyeth dudaba que Kinokuniya tuviera esa tiza, pero, como Lionel era la primera persona que se ponía en contacto con él en días, aceptó tan deprisa que sintió vergüenza casi al instante. Para disimular, dijo que necesitaba un cuaderno de dibujo nuevo. No lo necesitaba, pero curiosear y elegir uno y luego decidir en el último momento no comprarlo era uno de los grandes placeres de su vida, y él tenía una necesidad urgente de placer.

Era ya media tarde y el parque rebosaba de gente comiendo a

deshora bajo la sombra. Había varios partidos animados de *ping-pong*. Los carros de comida, aparcados junto a la acera, soltaban humo y olor a grasa derretida. Una mujer estaba sentada en un taburete al lado de un carrito lleno de biblias y un expositor plegable que anunciaba el Apocalipsis como si fuera una multipropiedad. Un hombre embutido en una camisa blanca al menos una talla más pequeña estaba junto a un altavoz, soltando un sermón improvisado sobre el poder del amor de Dios y la necesidad de arrepentirse. Humo y vapor de marihuana flotaban por doquier en una especie de sudario plateado, y a lo lejos, en los cruces, más predicadores callejeros y músicos competían por la atención pública con equipos de sonido baratos y desgastados.

Wyeth vio a Lionel detenerse para seguir la partida. Era más alto que la media, vestía vaqueros claros y una camiseta blanca algo sudada. Cruzó los brazos mientras contemplaba a dos personas que se batían en duelo sobre la mesa. Una mujer asiática mayor, con movimientos rápidos y precisos, y un hombre negro alto con rastas, cuyos movimientos eran largos y fluidos. Formaban una pareja extraña, pero Wyeth entendía por qué la gente se paraba a mirarlos. No era que sus estilos fueran diametralmente opuestos. Era, más bien, que juntos ofrecían un contraste magnético, y parecían disfrutar el uno del otro.

Wyeth abandonó los escalones cerca de la estatua y cruzó el parque en dirección a Lionel, que seguía absorto en el juego. Se había formado un pequeño corro. La pelota hacía un *cloc* suave al golpear la pala y un *cloc* un poco más fuerte al golpear la mesa. Se lo tomaban realmente en serio. La mujer ganó el punto con un derechazo cruzado que obligó al hombre a agacharse para recogerla, pero no consiguió devolverla a la mesa y la pelota giró en la arena. La gente aplaudió, incluido Lionel con sus gafas de sol; cuando volvió la cabeza, vio a Wyeth detrás y a un lado.

—Mierda —soltó—. Perdona.

Cruzaron la calle y entraron en la tienda, que a esa hora estaba inusualmente llena. La gente subía a comer en la cafetería y a ojear manga. La planta baja era, sobre todo, de libros en inglés y de arte. Camino de las escaleras, Wyeth vio un catálogo de la muestra de

MangoWave. Frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó Lionel—. ¿Los conoces?

—No —respondió—. Solo es arte malo.

—¿Qué lo hace malo?

—No preguntes —dijo Wyeth. Lionel se rio.

Abajo había pasillos y filas de cuadernos, pinceles, bolígrafos, bolsas, libros, lápices, carpetas, cuchillas, materiales de grabado y cualquier otra clase de género y objeto relacionado con la papiroflexia que uno pudiera imaginar. Aquella abundancia apabullante calmó a Wyeth.

Lionel fue directo a la esquina del fondo donde guardaban los cuadernos Tsubame. Tomó un B5 grande y un A5 en color lona. El B5 grande azul era sin líneas y el A5 tenía líneas finas. Los hojeó con una expresión infantil y eufórica.

—Querido, querido papel —dijo—. Dios, qué bueno.

—¿Para qué los usas? —preguntó Wyeth.

—Para apuntes. Y para ideas. Para probar rutas distintas a través de un problema. Antes no era muy organizado, pero ahora tengo que serlo. Me mantiene en el buen camino.

—A veces, me gusta imaginar que algún día seré una persona muy organizada —dijo Wyeth—. Pero luego la vida se te echa encima.

Lionel lo miró un momento y luego se rio.

—Sí, es así hasta que te das cuenta de que tu mente no va a ser flexible para siempre.

—Qué idea tan horrible —replicó Wyeth—. Función cerebral artrítica.

Lionel se hizo a un lado para que pasaran dos chicos con sudaderas estilo *anime*.

—Es mejor para el funcionamiento del cerebro escribirlo todo, así no almacenas mierda ahí arriba todo el rato. Puedes usar tus pensamientos para un trabajo que de verdad sea interesante.

—Puede —concedió Wyeth—. O puede que seas viejo.

—Viejo y, además, cansado.

Recorrieron la pared del fondo, deteniéndose a sacar cada tipo de cuaderno de su huequito. Algunos eran finos, con tapas laminadas; otros, bastos y de cartón. En unos, el papel era liso; en otros, más

rugoso. Unos venían con líneas; otros, en blanco; unos tenían hojas extraíbles; otros iban cosidos a conciencia. Unos eran preciosos y se podían abrir del todo; otros, feos pero prácticos. Cada cuaderno contaba una historia distinta sobre para qué había sido creado y el tipo de persona que eras por tenerlo. Avanzaron hacia los cuadernos de dibujo del fondo. Wyeth quería uno apaisado porque había estado siguiendo a un artista en particular en Instagram que trabajaba principalmente en cuadernos de paisajes. Y también porque sus dibujos de la película de Rohmer y la letanía de bocetos de verano casi habían acabado con su cuaderno de paisajes actual. Había uno más pequeño, negro, de tapa dura, con un precioso papel blanco roto prensado en caliente.

Los lápices estaban justo allí, así que se tomaron su tiempo mirando las distintas durezas de la mina. Wyeth no necesitaba un lápiz nuevo, pero siempre era difícil resistirse cuando los tenía justo delante. Lionel sí necesitaba lápices nuevos. No le gustaban los Blackwing que preferían todos en el departamento de matemáticas. Quería algo sencillo. Algo simple, con una mina suave.

—Creo que sé lo que necesitas —dijo Wyeth—. ¿Has comprado alguna vez lápices descatalogados?

—No —repuso—. ¿Qué es eso?

—Son lápices que ya no se fabrican. Creo que te podrían gustar bastante. Como… *vintage*. Pero lápices.

Lionel lo miró por encima de un set de Tortugas negros.

—¿Qué significa eso? ¿*Vintage*?

—Ya sabes, como cuando la gente va a tiendas de segunda mano y compra vestidos *vintage*. Significa «de otro tiempo».

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque… —Wyeth dudó— es difícil de explicar. Pero el modo en que se hacen los lápices ahora es distinto a como se hacían entonces. Cuando uso algunos lápices descatalogados… la sensación es diferente. Y, si no te gustan los Blackwing ni los Tortugas ni los Ticonderoga, quizá lo tuyo sea lo descatalogado.

Lionel sostuvo los lápices un momento, entornó los ojos mirando a Wyeth, luego los dejó donde estaban y preguntó:

—¿Y dónde los consigo?

A la dependienta, detrás del mostrador de cristal, no le hizo ninguna gracia.

—Te lo digo luego —contestó Wyeth.

Para compensar el haber convencido a Lionel de no comprar lápices, él sí compró una caja de Blackwing para sí mismo, aunque tampoco lo entusiasmaran. Subieron a la cafetería, que estaba casi vacía y parecía un comedor escolar desierto. Pidieron dos cafés negros y se sentaron cerca de la ventana. El parque quedaba abajo, al otro lado de la calle.

Wyeth sacó el móvil y le enseñó a Lionel cómo pedir lápices descatalogados en eBay. Lionel puso los ojos como platos mientras miraba las filas y filas de imágenes de lápices.

—No se me había ocurrido que pudieras comprar… lápices en eBay. O que sirviera para algo.

Miró a Wyeth con un gesto de asombro, lo que hizo que se sintiera bien. Luego, pareció que se le había ocurrido algo y dijo:

—Espera, ¿tú crees que también puedo pedir mi tiza en eBay?

—Yo compro allí una marca japonesa de lápices —respondió Wyeth —. Así que quizá sí.

Lionel usó el móvil de Wyeth para buscar la tiza. Al principio, Wyeth no pensó demasiado en ello, pero luego cayó en la cuenta de que los artículos sugeridos que iban apareciendo en la parte inferior de la pantalla revelarían quizá más de lo que quería revelar de sí mismo. Miró por encima de la mesa y vio, en efecto, un par de anuncios de cámaras. Contuvo el aliento y deseó que Lionel no bajara la vista y viera los precios absurdos. Él no había comprado jamás esas cámaras, pero a veces hojeaba anuncios y los marcaba para seguirles la pista. Andaba hojeando una Mamiya 6.

La Mamiya 6 era, de hecho, la mejor cámara de formato medio jamás fabricada, puesto que tenía una montura de objetivo retráctil. Eso la hacía increíblemente portátil, además de la nitidez del cristal Mamiya. Normalmente, una cámara que disparase en 6x6 sería enorme, como la gigantesca Pentax 67. Pero el inconveniente era que la Mamiya 6 era carísima: casi 5.000 dólares por un cuerpo en estado impecable, sin contar los objetivos. Nada de eso habría importado si no existiera la teología atea del dinero, según la cual

era lícito machacar a alguien por dilapidar el dinero en un objeto considerado frívolo. Ya se lo estaba imaginando: Lionel escribiéndole a gente que Wyeth desconocía para decirles que había visto una cámara carísima en el móvil de Wyeth. En qué clase de mala persona lo convertía eso.

—Guau, qué fuerte —exclamó Lionel—. ¡Está aquí!

—Genial, sí, increíble.

Lionel estaba a punto de añadirla al carrito y Wyeth tuvo que estirar la mano y quitarle el móvil. Lionel parpadeó, confundido, antes de recordar que no era su teléfono.

—Mira, te mando el enlace por mensaje —dijo Wyeth.

—Gracias… ah, qué raro. Me he puesto en piloto automático.

—No pasa nada, lo entiendo.

Wyeth le envió el enlace a Lionel, quien añadió muy rápido la tiza a su lista y también unos lápices descatalogados. Mientras lo hacía, sacaba la lengua por la comisura de la boca y entornaba los ojos en un gesto de concentración como si de una caricatura se tratara. En realidad, lo hacía parecer bastante mono, y Wyeth se imaginó cómo habría sido como estudiante. Ahora tenía poco más de treinta y un aire de profesor universitario joven. Wyeth no sabía mucho del trabajo de Lionel. En realidad, no le había preguntado demasiado en aquellos primeros días de mensajes de texto, luego de *sexting* y, más tarde, de sexo en vivo y en directo.

Sí sabía qué cuadernos le gustaban a Lionel. Cómo le gustaba el café. Sabía de las cicatrices en sus muñecas y antebrazos, de una racha larga y oscura en su pasado. Sabía de su etapa en el doctorado, cuando había sido infeliz y casi lo abandonó. Sabía que Lionel se había aficionado a los discos y le gustaban Brubeck y Evans y no le daba vergüenza tener unos gustos básicos.

La luz del atardecer se había tornado azul al otro lado de la ventana. El rostro de Lionel se iluminó cuando vio que el pago se había completado y se llevó la taza a la boca para darle un sorbo. En ese momento, en ese instante, la luz, la ruidosa alegría de la calle, el tranquilo ajetreo de la cafetería y la calma y la naturalidad de estar sentados juntos, todo ello cobró un hermoso sentido para Wyeth, que fue muy consciente de que aquello terminaría muy pronto. Que

se marcharían y regresarían a sus propias tardes y vidas y no volverían a hacer esto hasta que uno de ellos, o ambos, hubiera llenado sus cuadernos y necesitara otra visita a Kinokuniya.

Pero ¿por qué no podía durar? Lionel lo miraba ahora con una sonrisa boba. Era guapo de verdad. No como Keating. Pero es que *nadie* era tan guapo. Un tipo distinto de guapo. En lo ordinario de aquello, en lo presente de aquello, Wyeth sintió cómo se le separaban los labios y se le abrían las aletas de la nariz, y se inclinó sobre la mesa y, olvidándose de sí mismo, besó a Lionel.

—Vaya —soltó él cuando Wyeth se apartó—. No sabía que volviéramos a hacer eso.

—No hace falta —dijo Wyeth—. Si no te interesa, lo entiendo.

—Bueno, a ver, no me malinterpretes, me interesa. Siempre me interesa. Tú. Pero a veces tengo la sensación de que el interés es… unilateral, digamos.

—No es verdad —replicó Wyeth.

Lionel se recostó en la silla y separó un poco las piernas.

—No sé si me lo creo. Tampoco sé si importa que me lo crea, sinceramente. La vida está llena de malas decisiones.

—¿Yo sería una mala decisión? —preguntó Wyeth—. ¿Tan mala? ¿La peor?

Lionel suavizó su mirada.

—No —repuso—. Ni de lejos la peor.

Wyeth se quedó mirando el vaso de papel que tenía delante. Podía ver el borde interior manchado de negro. Lionel le tocó la mano y no la retiró. Siguió acariciándole la curva de los dedos. La ternura de ese gesto, la disponibilidad de esa persona para él en ese momento, hicieron que a Wyeth se le humedecieran los ojos y, una vez más, estuviera a punto de perder los estribos. Ahí estaba otra vez. Tan pronto. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no podía mantener la compostura? Siempre se desmoronaba.

Se enjugó aquella pizca de humedad en los ojos con el borde de la otra muñeca y dijo:

—¿Me estoy volviendo un poco loco?

—Un poco —contestó Lionel, inclinándose sobre la mesa. Luego alzó la mano y se la puso en el cuello a Wyeth—. Pero a mí me gusta

la locura.

—No estoy seguro de que eso sea un consuelo —dijo Wyeth.

—¿No? Me parece el mayor consuelo posible. Un poco de locura es estupendo.

Wyeth se rio. Se enderezó y Lionel le dedicó una cálida sonrisa.

—¿Mejor?

—Sí —dijo—. Perdona por lanzarme.

—No, quiero decir… es lo más emocionante que me ha pasado en todo el verano.

—Eso no puede ser verdad.

—¿Te creerías que no hay una cola para besarme que dé la vuelta a cada manzana de esta ciudad? Es demencial. ¿A dónde vamos a parar?

Lionel se rascó la cabeza. Se había dejado crecer el pelo desde la última vez que Wyeth lo vio. Su tono oscuro resaltaba la palidez de su piel. El efecto era un poco chocante. La sonrisa era la misma. Rápida, luminosa. Dientes maravillosamente rectos. No tenía una cara aniñada; parecía claramente un hombre. Pero había momentos, expresiones pequeñas, que sí lo volvían un poco infantil, y a Wyeth le gustaban porque entonces le parecía que podía entender a Lionel. Ese punto de niñez lo volvía alguien comprensible.

—¿Nos vamos? —preguntó Wyeth.

—Venga —dijo Lionel.

Bajaron con el último trago de café por las escaleras y salieron a la calle, ya de noche. Las farolas flotaban, brillantes, sobre tallos oscuros. Al otro lado, entre las hojas y las ramas, más luces. A Wyeth le recordó un cuento que había leído en la universidad. De Joyce.

—¿Conoces ese cuento? —preguntó Wyeth mientras cruzaban.

—Sí. «Araby» —respondió Lionel—. Lo odié.

—A mí creo que me gustó —dijo Wyeth.

—Venga ya, era ilegible. Un tostón. Odié cada segundo.

—Puede que yo también lo odiara —dijo Wyeth.

Ya se encontraban fuera del parque, en la hilera de escalones que los llevaría arriba y bajo los árboles. Pero Wyeth tenía la clara impresión de que aquel cuento le había gustado de verdad. El giro final, la imagen desgarradora de la pérdida de la inocencia en el cierre de la feria. Se giró para mirar el guiño de las luces entre los árboles, a la gente que paseaba y el resplandor de sus móviles mientras escribían, llamaban e ignoraban a los demás. Y más allá, la curva larga del Grace Building, las luces preciosas jugando sobre el Schwarzman. No parecía la pérdida de la inocencia. Parecía el comienzo de la inocencia.

—Puede que me guste que algo, ahora, me recuerde a otra etapa de mi vida —dijo.

—Sí, la nostalgia es una cosa maravillosa —coincidió Lionel.

Luego enlazó el brazo de Wyeth con el suyo y subieron los escalones hacia el parque.

—¿Vas a decirme de qué va todo esto? —preguntó Lionel.

—¿Todo el qué?

—El beso. No me importa. Pero, si hay algo que te está pasando, bueno, puedes decírmelo.

—No me pasa nada —repuso Wyeth—. Al menos nada en lo que tú puedas ayudarme.

Un niño pequeño se detuvo a verlos pasar y luego los señaló. La madre y el padre sonrieron y dijeron algo afirmativo, y el niño pareció entenderlo y volvió a su tableta.

—No es que tenga que pasarte algo —insistió Lionel—. A mí me gusta que me besen.

—Pues ya nunca podré hacerlo otra vez, así que espero que lo hayas disfrutado.

—Oh, no —se quejó Lionel—. Olvida lo que he dicho.

De verdad parecía consternado.

Wyeth lo besó otra vez, pero, cuando intentó apartarse, Lionel no se lo permitió, y lo que había empezado como algo juguetón se convirtió en algo más serio, y al cabo de un momento Wyeth se olvidó de que había sido él quien lo había iniciado.

CAPÍTULO DIEZ

Olin-Noah determinó que las piezas tituladas *dibujo* eran litografías fechadas a finales de los setenta y principios de los ochenta.

—En aquella época se hacían muchísimos grabados —comentó—. Tiene sentido.

Wyeth sabía muy poco de litografía, y menos aún de litografía sobre piedra, como parecían ser estas piezas. En la escuela de posgrado, los grabadores eran una estirpe aparte, y aun dentro de ese mundo Wyeth no conocía a nadie que trabajara con piedra. Los grabadores con los que él trataba hacían principalmente serigrafía o aguafuerte, y algunas xilografías. Había algo muy artesanal en su afán, deliberadamente tosco y sin refinar, una lucha contra la uniformidad y el brillo de la impresión comercial. Se lo explicó una vez un grabador llamado Theo.

—La imagen está degradada —dijo—. Es tan fácil crear una imagen y reproducirla y difundirla por todo el mundo, hacer que la vean más ojos humanos de los que habría sido posible antes. El propio acto de generar imágenes se corrompe por la escala y la facilidad de la reproducción.

Cuando Wyeth señaló que eso era, en esencia, una reformulación de Walter Benjamin por la vía de John Berger, Theo negó con la cabeza.

—No, no. Lo que intento es preservar el elemento humano. La imperfección. La antioptimización de todo esto. Necesito que sea lento. Que requiera mucha mano de obra. Quiero notar en la espalda, cuando me tumbe por la noche, que me he pasado el día entero presionando, girando manivelas y creando imágenes. Necesito eso. Y quiero que mis imágenes lleven esa señal. Que esto lo ha hecho un ser humano. Una persona. Con la fuerza que tiene

exactamente en los brazos y con la destreza que tiene exactamente en los dedos. Necesito eso más que el tema en sí.

Estaban tumbados al borde de una piscina en el gimnasio del campus. La piscina estaba vacía salvo por ellos dos y una pareja mayor que hacía sus largos por la tarde. Theo se cubrió los ojos con el antebrazo. Luego dijo:

—Quiero hacer marcas humanas.

Wyeth no había pensado en esas marcas humanas en mucho tiempo, pero, cuando colocó *dibujo 5* sobre la mesa, se percató de que eso era exactamente a lo que Theo se refería. *dibujo 5* estaba impreso sobre un papel vergé un poco mayor que un A4. Parecía como si alguien hubiese arrastrado pigmento desde el centro del espacio hacia la derecha y luego, por debajo de esa primera marca, se hubiese desplazado hacia atrás y hacia arriba de modo que, en el lado derecho, quedaba un bucle por el que se veía el espacio en blanco. Y después habían bajado atravesando el punto de origen y trazado otra curva antes de reencontrarse con la línea del centro. El efecto era el de una figura tambaleante. Estaba hecho en un solo color, pero se podía percibir dónde había disminuido la intensidad del pigmento porque en la estampa final aparecía gris.

Le resultaba mágico que se pudiera conseguir ese tipo de detalle de sombras y relaciones de valor en una litografía. Él siempre había considerado que las xilografías y las litografías eran, en cierto modo, toscas, pero ahora veía que aquello había sido una tontería. No entendía qué se suponía que representaba la pieza. Pero le gustaba. Tenía algo juguetón. Como un camarón sosteniendo una bandeja con la cola. Bajo la superficie de la imagen, Wyeth percibía una pizca de humor, aunque no lo comprendía del todo.

El papel estaba cubierto por una gruesa capa de suciedad y necesitaba que lo aplanaran. Unos surcos profundos recorrían el borde exterior y atravesaban el espacio en blanco cerca de la imagen. Pero, comparada con las otras litografías, estaba en bastante buen estado. No se desintegraba. La tinta no se desprendía del papel. No se había enmohecido demasiado. Eso sí, estaba muy polvorienta. Una película repugnante se había adherido a la superficie y desprendía un olor a cigarrillo y moho muy tenue. De no

haber sido por el folio de cuero, aquel montón de papeles se habría convertido en polvo a esas alturas. Cuando pensaba en el abismo profundo sobre el que todo arte se tambaleaba, se le formaba un nudo en el estómago. Porque era verdad. Todos estaban a un paso minúsculo, a un traspié, de quedar para siempre en el olvido y de que todas sus pequeñas marcas se perdieran en el tiempo y la irrelevancia. Era suficiente para conseguir que no quisiera volver a levantar un pincel en su vida. Pero, claro, por eso algunas personas tenían a Dios: ¿qué era la fe sino un modo de negociar con el abismo?

Wyeth esparció virutas de goma blanca por la superficie de la litografía y, presionando ligeramente, empezó a frotar los granos de un lado a otro del borde. El tinte gris del papel comenzó a desprenderse casi de inmediato a medida que movía la goma, creando un pequeño rectángulo en la esquina inferior. El objetivo era siempre empezar por algo lo bastante pequeño como para que pasara inadvertido, por si había que detenerse y cambiar de estrategia. La goma quedó manchada casi al instante, así que la cepilló hacia un lado con un pincel pequeño y esparció un poco más sobre el límite inferior. Empezó de nuevo a frotar, notando cómo las virutas se desplazaban y se deslizaban bajo la mano. Se aseguró de no presionar demasiado y de dejar que la suciedad se desprendiera y adhiriera a la goma en vez de intentar arrancarla a fuerza de rascar.

Siguió así, dando forma a una zona blanca más amplia a partir de todo aquel gris parduzco y abriéndose camino a lo largo del borde hasta llegar al extremo del papel. Y luego empezó por el otro lado, trabajando siempre en una sola dirección para no arrastrar la suciedad de vuelta a una zona que ya había limpiado. Cuando la goma se ensuciaba demasiado, la cepillaba con el pincel y añadía más. Era el trabajo de una mañana: limpiar la parte inferior del grabado hasta que un amplio canal blanco recorriera el espacio justo por debajo de la imagen impresa. En la mesa se había formado un gran montón de goma usada, marrón, frotada hasta quedar convertida en una especie de gravilla lisa y desmenuzada. Para entonces, Wyeth notó los músculos del antebrazo calientes y flojos,

pero sentía la tensión en los tendones de la muñeca. Tenía las yemas entumecidas y manchadas de marrón por la suciedad.

En su primera pausa, se lavó las manos en el lavabo junto a la mesa y se secó las palmas con unos toques. Estaba en una de las salas de trabajo de la planta baja, en lo que antes había sido un salón. El lavabo descansaba sobre una mesa con ruedas, útil para transportarla al baño y vaciarla. En el salón contiguo, Michel se había enfrascado en otra cosa. Arriba, Chloé también trabajaba. Olin-Noah estaba en el despacho, o lo había estado. Wyeth estiró los músculos de la espalda y luego los hombros y los brazos. Cruzó el pasillo hasta la cocina y se sirvió un vaso grande de agua.

Música: no sabía quién era el compositor ni el pianista; solo que tenía un timbre extraño, atonal. Podía ser Scriabin. O Philip Glass en su etapa más canalla.

En el jardín, la luz brutal y vertical del mediodía caía a plomo a través de los árboles y se estrellaba sobre los bancos y la fuente. En el teléfono de Wyeth había un mensaje de Lionel. Se habían visto un par de veces desde lo de Kinokuniya, aunque «verse» quizá no era la palabra más adecuada. Habían follado en el apartamento de Lionel cerca de Washington Square y después habían comido tacos y se habían sentado en el parque a mirar el surtidor de la fuente que borboteaba por encima de sus cabezas. Esas noches adoptaban un aire inquietante en su memoria, y a Wyeth le costaba rememorar de qué habían hablado o qué habían hecho aparte de acostarse. Incluso el sexo en sí era borroso. Recordaba caer de rodillas en el apartamento de Lionel. Observar las revoluciones internas de su lámpara de lava sobre la mesilla, seguir con la mirada las motas de polvo que nadaban en la luz de última hora de la tarde. Recordaba las cicatrices en las muñecas de Lionel acercándose a sus ojos, e incluso su áspero vello púbico impregnado de olor a jabón. Tan distinto de Keating. Pero no recordaba nada de lo que Lionel hubiese dicho durante el sexo. Tampoco recordaba la sensación de su propio cuerpo durante el sexo. No recordaba nada más de la experiencia, como si sus cuerpos constituyeran un campo exacto y particularizado de omisión dentro del carrete de su memoria.

Era raro recordar los detalles del apartamento. La sensación de

arenilla bajo las rodillas por el suelo que Lionel no había barrido. El tenue olor a la humedad de las toallas colgadas sobre la bañera. La pelusa acumulada y el polvo pegados a la parte inferior del lavabo. La mancha rojiza de la barra metálica en la cortina de la ducha. Posos de café alrededor del fregadero. La cáscara de limón con la pulpa mordida. La papelera desbordada de café y de filtros. Las virutas de lápiz abiertas en abanico sobre el escritorio junto a la ventana. Era un piso bonito, en realidad, aunque descuidado a la manera de un soltero, no lejos de donde MangoWave había montado *pour les intimes*.

Las dos primeras veces que follaron, Wyeth se la chupó a Lionel, y Lionel se corrió entre jadeos fuertes y temblorosos, con el brazo echado sobre los ojos, como si jamás se hubiese corrido en la boca de un tipo. Wyeth se lo preguntó después, y Lionel se sonrojó y apartó la mirada.

La tercera vez que follaron, Wyeth dejó que Lionel se lo follara y, otra vez, Lionel se corrió entre jadeos fuertes y temblorosos, y se echó hacia atrás sobre los talones entre las piernas de Wyeth, con las palmas apretadas contra los ojos.

Wyeth se incorporó apoyándose en los codos y miró a lo largo de su propio cuerpo. La polla de Lionel se encogía y se oscurecía, replegándose sobre sí misma, enroscándose hacia dentro. Había algo pesaroso en ese gesto.

—¿Estás bien? —le preguntó Wyeth—. ¿Todo bien?

Lionel negó con la cabeza y luego asintió.

—Sí —dijo—. Dios, yo no… no sabía… que pudiera hacer eso, en realidad.

—¿Ser activo? —preguntó Wyeth.

—Sí —dijo—. Yo no… o sea… no sabía que estuviera hecho para eso. Que pudiera hacerlo. Guau.

Wyeth sabía que ver a alguien reimaginar de forma radical sus propias posibilidades debería haber sido hermoso, pero a él le resultó más bien incómodo de presenciar. Era como abrir de golpe las paredes de un capullo para ver una sopa de células agitándose y retorciéndose violenta y constantemente. Sonrió a Lionel, aunque supo en ese momento que sería la última vez que follaran, al menos

durante una temporada.

Ahora había pasado una semana y no había respondido a los mensajes de Lionel salvo con un «dios mío» y un «qué buena pinta» cuando Lionel le mandaba fotos de comida o algún detalle divertido de arte callejero.

Lionel le había escrito para decirle que ya le habían llegado los lápices que había pedido y que, de hecho, le encantaban. Wyeth le devolvió un emoji de corazón. Luego Lionel le mandó una foto de una operación derivada que había hecho con el lápiz, y Wyeth envió otro corazón y dijo que le había quedado genial, aunque no estaba seguro de que eso fuera estrictamente cierto. Le gustaba la nitidez de la letra de Lionel, la pulcritud de su caligrafía de imprenta y la rigidez del formato de las ecuaciones y de los problemas desarrollados. También tenía un paréntesis elegante que resaltaba secciones y soluciones parciales del anterior paredón de fórmulas matemáticas.

El mensaje de hoy decía algo bastante cortante:

Por tus intentos de hacerme ghosting, deduzco que has perdido el interés.

Wyeth tecleó: *nooo, no es eso.*

Por supuesto, era exactamente eso.

No quería pasar tiempo con Lionel. No sabía cómo hacer que sonara mejor de lo que era, es decir, que no se le ponía dura porque aún podía imaginar el asombro silencioso en los ojos de Lionel aquella noche. No podía imaginarse dejando que Lionel lo besara o se lo follara, ni siquiera follándose él a Lionel, porque toda la dinámica había adoptado ya una *narrativa*, una forma. El otro factor que lo complicaba era que solo había aceptado ir con Lionel a Kinokuniya porque no tenía nada mejor que hacer, y ahora sentía que estaban peligrosamente cerca de significar algo el uno para el otro más allá de la estricta conveniencia.

Al releer los mensajes de Lionel, reconoció el tono lastimero de su propio y estúpido «entonces, ¿qué…?» con Keating, y la vergüenza se duplicó. Entonces, en paralelo a la forma en que Lionel había jadeado y levantado la vista con la sensación de que su horizonte se estaba ensanchando, apareció una postimagen fantasmal de él y de

Keating en la calle: una imagen de su propio rostro al volverse para mirar a Keating, en un intento de aparentar indiferencia, una tranquilidad que no sentía, culminando en aquella estúpida, estúpida, estúpida frase que ni siquiera podía soportar volver a escuchar en su monólogo interior… Wyeth se obligó a mantener la mente en un estado de oscuridad y silencio justo en el momento en que el mundo parecía hincharse de brillo. Cerró rápidamente la aplicación, guardó el teléfono y dejó el vaso en el fregadero. En ese momento, Olin-Noah entraba en la cocina.

—Ah —dijo, sobresaltándose un poco. Luego se sirvió café de la jarra sobre la encimera en su taza pequeña—. ¿Cómo va la limpieza?

—De momento va bien —respondió Wyeth—. Estoy con una de las más fáciles. Creo que la meteré en la bañera antes de comer.

—Genial —dijo Olin-Noah—. ¿Estás bien?

—¿Qué quieres decir?

Olin-Noah se dio unos golpecitos con la yema de los dedos bajo el ojo. Wyeth imitó el gesto y notó algo de humedad en los párpados y en las mejillas. *Dios*, pensó al darse cuenta.

—Será el polvo —se avanzó Olin-Noah—. Seguramente.

—Sí, alergia.

Wyeth se enjugó los ojos y sacudió la cabeza. Que lo hubieran sorprendido llorando. Sin darse cuenta de que estaba llorando. Quería tirarse directamente a la carretera.

Olin-Noah se apoyó en la encimera y se quedó mirando su café. La música había cambiado. Esta vez Wyeth reconoció al compositor: Debussy, en parte porque había oído esa pieza el día anterior y la había confundido con Satie, hasta que lo comprobó en una aplicación y vio su error. Empezaba a resultar incómodo estar allí, juntos, sin hablar, así que Wyeth hizo ademán de irse, pero Olin-Noah lo llamó por su nombre.

—¿Quieres ver una cosa?

—Claro —dijo Wyeth.

Olin-Noah lo condujo al estudio, se agachó junto al escritorio y examinó una pequeña pila de libros de tapa dura. Allí la música de los altavoces sonaba más alta. Un disco giraba lentamente. Wyeth observó la nuca de Olin-Noah, lisa y pálida, bajando por el cuello de

la camisa. Llevaba una Oxford blanca bajo un cárdigan ligero. Tenía la delgadez de un corredor. Cuando encontró lo que buscaba, le tendió el libro a Wyeth. Era una colección de obras de Sargent. Bocetos y dibujos de figuras y objetos.

—Es una edición antigua, así que trátala con cariño, pero sé que te gusta Sargent.

—Perdona, ¿esto es… para mí?

—Sí —dijo Olin-Noah, tajante, pero a la vez un poco desconcertado por la pregunta.

—Es todo un detalle. Un detalle enorme… yo no… ¿seguro?

Olin-Noah sonrió y asintió, pero no dijo nada más.

—Gracias —dijo Wyeth.

Luego, hojeó las primeras páginas, examinando los dibujos. El papel estaba amarillento y rígido, pero no quebradizo. Los grabados estaban maravillosamente hechos. Había un dibujo rápido a tinta de un barco. Una columna. Un chal girando en el espacio. Aquel libro parecía un regalo un tanto especial, raro.

Olin-Noah había regresado al escritorio y había dejado la taza sobre un posavasos. Era su manera de despedirse, comprendió Wyeth, de dar por terminada la conversación. Salió al pasillo y se quedó de pie fuera de la puerta. Escuchó la cadencia delicada, ascendente, de la música. La suavidad de las notas. Contuvo el aliento y esperó a que terminara la pieza y cambiara la música, escuchando y pensando que Olin-Noah también estaba ahí, al otro lado, escuchando. Que estaban escuchando lo mismo, anticipando el final y el comienzo de la siguiente pieza. Solo que Olin-Noah probablemente sabía cuál era la siguiente pieza, y él no, y por tanto la espera no era exactamente la misma: Olin-Noah esperaba lo que sabía que vendría, mientras que Wyeth esperaba, expectante, la revelación de lo que estaba por venir.

Como creyentes y ateos antes del fin del mundo, pensó Wyeth.

Pensó entonces en Keating, y fue justo cuando su imagen le cruzó la mente que la pieza terminó, y ese instante —que contenía a la vez la imagen del rostro de Keating y el cambio de música que había estado esperando— hizo que Wyeth se sintiera desconcertado, nervioso.

Se alejó del pasillo.

La siguiente pieza era un estudio de Chopin.



De vuelta en la mesa, Wyeth esparció las virutas de goma en el margen superior izquierdo y volvió a frotar. Cuando el material se calentó y oscureció, lo barrió hacia un lado y lo sustituyó por uno nuevo. La zona blanca, ya limpia, aumentaba de forma constante. Tenía cuidado cuando la goma se introducía en un pliegue o un surco. Una vez que hubo despejado el margen superior izquierdo, avanzó hacia la derecha a lo largo del borde, aplicando, frotando y barriendo; aplicando, frotando y barriendo. Cuando el sudor le humedecía un poco las manos, las enjuagaba bajo el grifo y se las secaba con un paño. Las uñas se le habían quedado blanquecinas por el agua jabonosa y el roce del secado. Esa iba a ser su vida durante los próximos días o semanas: esa textura permanentemente seca y arrugada en las yemas, esa dura aspereza bajo las uñas.

Según el protocolo que Chloé le había dado, podía hidratarse por la noche —«debes», le había dicho—, pero cada mañana tenía que asegurarse de que las manos estuvieran completamente libres de aceite antes de manipular las piezas. Ese comentario, «debes hidratarte», le había parecido un tanto raro al principio, pero, al mirarse las manos en el lavabo, entendió por qué había sido tan estricta. Acabaría convertido en ceniza para cuando aquello terminara. En ceniza y sin yemas. Casi agarró el teléfono para mandarle a Chloé una foto de las uñas, pero se contuvo. Tocar el teléfono le volvería a ensuciar los dedos, y tendría que lavarse otra vez. En lugar de eso, volvió a la mesa y siguió frotando.

Cuando acabó con el *dibujo 5*, le sorprendió la cantidad de suciedad que había acumulado el papel. No es que antes pareciera *limpio* —no lo parecía—, pero ahora la saturación del pigmento lo dejó realmente impresionado. Era como si alguien hubiera entrado y hubiera aplicado una segunda capa, más fresca, sobre la superficie de la figura. El blanco del papel no parecía exactamente más *crudo*; más bien como si le hubieran retirado algo, y ahora era un blanco

suave, delicado, que se apoyaba contra las líneas nítidas de la figura. La goma se acumulaba en pilas y montoncitos grises por toda la mesa, y lamentó no haber sido más metódico con su manera de proceder.

Ahora que la litografía estaba libre de suciedad superficial y restos, Wyeth la colocó entre dos hojas de papel secante sobre una capa de fieltro. Luego, desplegó una segunda capa encima y la dejó bajo peso para aplanarla mientras pasaba a otra de las piezas.

El *dibujo 6* también era una litografía negra sobre papel vergé, del mismo tamaño que el *dibujo 5* pero en horizontal. El plano de visión estaba en oblicuo y hacia abajo, de modo que uno asomaba la mirada a un anillo compuesto por unas diez formas ovoides y orgánicas. Cada forma se había grabado con un poco menos de pigmento que las que la rodeaban, de modo que había un efecto estroboscópico, vibrante. Wyeth pensó inmediatamente en *La danza* de Matisse.

Se preguntó cuántas piedras habrían intervenido en esa litografía. Si todas las figuras se habían puesto de una sola vez. Si se había impreso en capas. A primera vista, parecía bastante simple. Pero cada forma gozaba de cierta profundidad y sombra. Además, había una sensación de movimiento lograda de algún modo mediante la articulación meticulosa de la luz que se desplazaba por las formas, de manera que, si uno se detenía a observar el tiempo suficiente, se podía percibir cuáles compartían el mismo plano y cuáles se quedaban rezagadas o saltaban hacia delante. *Fuerza e inercia*, pensó Wyeth, *son el tema de la pieza*.



Para comer, Wyeth y Chloé caminaron hasta el Lincoln Center.

Ella estiró los hombros mientras andaban. Vestía una camisa blanca de algodón y unos pantalones negros anchos. Llevaba la comida en una bolsa de malla azul de tela.

El agua que rociaba la fuente en Josie Robertson Plaza era fresca, pero a Wyeth le resultaba desagradable el olor a cloro y quería sentarse a la sombra. Chloé quería sol. Llegaron a un acuerdo: se

sentaron a la sombra del Geffen Hall: Wyeth, dentro del trapecio que generaba la sombra y Chloé, con las piernas extendidas al sol. Ella había traído una ensalada de una cadena de la esquina y Wyeth se estaba comiendo un sándwich de la cadena de al lado. El calor era sorprendentemente seco para mediados de agosto en Nueva York. La gente estaba fuera leyendo, bebiendo café, hablando bajo la sombra del pequeño parque de la mediana al otro lado de la calle donde Broadway torcía hacia el norte. A principios de verano, Wyeth había visto allí a diez personas recitando en voz alta unos versos de *Macbeth* mientras simpatizantes de alguna causa sostenían carteles. No sabía por qué habían protestado, o si, en realidad, habían protestado por algo. La gente que sostenía los carteles podría haber sido los soldados que cargaban los árboles al marchar lentamente hacia Dunsinane. Ahí había una idea: Macbeth reconfigurado como una especie de parábola «Ocupa Wall Street». Hoy eran personas en su pausa para comer, sentadas a la sombra y matando el tiempo.

—Por cierto —comenzó Chloé—, ¿has sabido algo de la biblioteca sobre Dell Woods?

—No —respondió Wyeth—. ¿Tú sí?

—Todavía no. ¿Qué te están pareciendo sus obras?

—Solo he empezado con la limpieza en seco, y solo en dos. Pero son interesantes. Me gustan, creo.

Chloé se volvió a estirar y giró el cuello para deshacer las contracturas.

—A veces te saca de quicio. Y es legítimo —dijo.

—¿El qué?

—Que los pintores negros siempre figuren en segunda división. Los pintores blancos que no se hacen famosos luego pueden ser redescubiertos y tratados como genios que han sido ignorados. Que no tuvieran estatus entre sus contemporáneos se percibe como una virtud, porque señala algo original en la obra. Pero, cuando encuentras a un artista negro que frecuentaba las mismas calles y fiestas en el mismo puto momento, y cuya falta de estatus y aprecio tiene la explicación más obvia del mundo, esos artistas siguen relegados como «menores».

Todo pintor negro tenía dos carreras. Una entre sus

contemporáneos negros y otra entre sus contemporáneos blancos. Por mucho que odiara esa lógica —al fin y al cabo, algunos pintores negros no eran famosos porque eran malos—, en el fondo tenía un poso de verdad.

—Sí —coincidió él—. Pero luego, en plan, ya sabes.

—¿Qué sé?

Wyeth suspiró.

—Que la gente compra nuestras cosas *porque* somos negros.

—Especulación racial —sentenció Chloé, riéndose—. Sí, bueno, gracias, Obama.

—No solo él —añadió Wyeth—. Quiero decir, todo aquello durante la pandemia. Todas esas galerías que ni habrían contratado a una persona negra para limpiarles la oficina y que de pronto se pusieron a fichar a pintores negros de escuelas de arte… pero solo de *las mejores* escuelas de arte. Y a vender sus trabajos de mierda de estudiante por montones de dinero.

—Di nombres —exigió Chloé—. No seas vago.

—Sabes perfectamente a quién me refiero.

—¿Y tú no eras uno de esos pintores? —preguntó ella.

—Bueno.

—Yo conozco ese cuadro que hiciste. El del cura. Y el de ese muerto o lo que fuera. Tú también eres culpable, ¿no? Sacando tajada.

—Pero yo no intentaba hacer eso —se excusó—. No intentaba hacer eso en absoluto. No intentaba hacer «arte negro».

—Eres negro —dijo Chloé.

—Sí, pero a eso me refiero. Yo estaba pintando. Y, de pronto, el mundo entero cambia…

—¿Qué quieres decir con «de pronto, el mundo entero cambia»? —Tenía un brillo en los ojos—. El racismo no llegó con el asesinato de George Floyd, Wyeth.

—Ya lo sé —replicó él, en voz baja—. No estoy diciendo eso. Quiero decir: cambió algo en nuestra manera de ser… ¿leídos? ¿Interpretados? ¿Escuchados? No sé. Se volvió muy distinto. Más… algo.

—En eso sí estoy de acuerdo —concedió Chloé—. A mí me llegaron

muchos mensajes para ver cómo estaba.

—A mí no —confesó Wyeth, sonriendo un poco.

—No, tú te hiciste rico.

—No me hice rico. Vendí un cuadro. Y ojalá no lo hubiera vendido. ¿Sabes de dónde son esas escenas?

Ella negó con la cabeza. La luz del sol le doraba el cabello.

—Pintaba a partir de películas de Bergman.

—¡No!

—Trabajaba con fotogramas de Bergman. Ni siquiera estaba pensando en las protestas ni en nada de eso. Pinté una composición que me gustaba. Y, cuando la subí, toda esa gente pensó que yo estaba hablando de Floyd y de Kaepernick. Pensaron que estaba haciendo alguna «declaración». Pero no.

—Pero sí —terció ella—. Quiero decir: así funciona la pintura, Wyeth. Pintas y a veces lo que expresas tiene su eco. Formas parte del mundo, ¿no?

—Sí, pero, en plan, no es político si no pretendes que sea político. Lo que digo… lo que intento decir es que esos cuadros funcionaron porque la gente quería que dijeran una cosa, y consiguieron que los cuadros dijeran esa cosa porque en realidad no se hacen una idea de la subjetividad negra. Me ven a mí, un tipo negro, ven mis figuras, gente negra, y… yo qué sé: pierden por completo la imaginación, o la capacidad de interpretar.

Chloé apoyó la barbilla en la mano. Wyeth sentía un calor en el pecho.

—No me estoy explicando —dijo.

—Sí lo haces. No, de veras. ¿Qué crees que estabas pintando?

—¿Cuando hice el del cura?

—Sí —repuso ella.

—Estaba pensando en las sensaciones que tuve al ver esa película, y supongo que pensaba en lo real que me resultaba la ansiedad del pescador respecto del fin del mundo. Porque era la pandemia. Y parecía como si los polis tuvieran licencia total para matar a negros. Y de verdad me daba la sensación de que, no sé, el mundo se estaba desintegrando y que podríamos caer en alguna especie de neoesclavitud de mierda. Y, no sé, quería pintar eso. Capturarlo.

Algo de eso, esa sensación abrumadora del mundo que se avecinaba, y de pensar que iba a ser *malo*.

—¿Y no crees que eso es lo que siente la gente negra?

—Puede que lo sea —aventuró Wyeth—. Puede. Pero no creo que sea distintivamente gente negra. Creo que es una sensación.

—Entonces, ¿por qué pintarla con figuras negras? —preguntó ella.

—Es una buena pregunta. Creo que porque… bueno, como dices, soy negro. Y no sé, yo sé qué aspecto tiene la gente negra. Y supongo que sí: hay una parte de mí que quiere ver a negros en los ropajes del realismo burgués. En Suecia tienen ropa de punto maravillosa.

Chloé soltó una gran carcajada.

—Eres idiota —dijo—. Pero lo entiendo. La ambivalencia de la representación.

—Sí. O ambivalencia en general. No intentaba hacerme rico. No intentaba pintar cosas que los blancos fueran a comprar. Obvio. Pero necesitaba dinero. Y gané dinero. Algo. No una barbaridad, pero algo. Así que, en plan, es… no sé. Un lío.

—Cómo pintar la vida de la gente negra sin sentir que lo haces por las razones equivocadas —siguió ella.

—Ni siquiera eso —puntualizó Wyeth—. Cómo pintar la vida como una persona negra, con gente negra, no figuras negras: *personas*, y que no se te eche encima… toda esa carga.

—Eso es interesante —dijo Chloé.

—¿Qué?

—Que quieras pintar *personas*, pero que no se te eche encima toda esa carga —dijo—. Para algunos, toda esa carga es justamente el objetivo.

—Me refiero a todo lo… ya sabes, lo racial flotando por encima de todo.

—Claro, pero eso es un aspecto de la vida de la gente negra —añadió ella—. No puedes eximirte ni a ti ni a tus figuras de eso porque te resulte incómodo.

—Pero los blancos no tienen que lidiar con eso.

—Sí lo hacen. Lo llaman de otra manera. «Clase», quizá. —Esbozó una sonrisa irónica—. O «género». «Sexualidad». Tienen un montón

de nombres para eso. Pero es lo mismo. Toda esa «carga», como lo llamas, es… la vida, Wyeth. Es vivir en el mundo. Son sistemas. Hasta los blancos tienen que vérselas con sistemas. Toda su mierda también se vuelve pintura de género.

—Claro —acordó Wyeth, un poco reprimido—. Vale, sí, estoy de acuerdo, pero…

—El problema —continuó ella— es que quieres que te acepten en tus propios términos, ¿verdad? Como individuo.

—Sí —dijo él.

—Bien: pues eso no va a pasar nunca. Y no es culpa *tuya*. Es, ya sabes, la naturaleza de la mirada caucásica.

—Qué deprimente. No quiero ser como… ya sabes.

—Los pintores de la raza —completó Chloé.

—Sí. Creo que su trabajo es horrible. Y tosco. Y no pintan a *personas* negras. Pintan *figuras* negras. Objetos.

—Porque están pintando al sujeto negro con una estética presuntamente negra, pero no es realmente una estética negra —matizó ella—. Supongo que, en el fondo, eso es lo que hace Sherald. Y Wiley. En parte. Es que… no sé, están haciendo cuadros horribles donde el supuesto tema es la negritud y el asunto es la negritud, y a mí todo me resulta muy… frío. Estéril.

—¿Y Henry Taylor? —preguntó Wyeth—. Lo suyo no es frío.

—No. —Chloé hizo un gesto ambiguo con la mano—. Cuando miro su trabajo, yo veo pastiche. Es decir, trabajas con material negro, escenas negras, pero das a entender que basta con representar al sujeto negro dentro de un marco estético que, en el fondo, convierte la negritud en lo Otro. No… expresa nada.

—No sé si estoy de acuerdo en que no sea expresivo…

—Lo que quiero decir —continuó Chloé— es que no expresa nada particularmente negro. Es un tipo negro pintando cosas que ha visto hacer a otros negros, y ya está, que está bien. De hecho, curiosamente se parece a lo que haces tú, solo que tú pintas a gente negra haciendo cosas que has visto hacer a blancos.

Wyeth sintió una punzada de emoción.

—Yo estaba pensando en algo parecido —dijo.

Chloé apartó las piernas del sol y las cruzó bajo la sombra.

Mostraba una expresión abierta, paciente.

—Es que… llevo mucho intentando averiguar qué *es* un cuadro negro —confesó Wyeth.

Chloé se echó a reír.

—No, escúchame. Es decir. Henry Taylor, ¿vale? Si lo hubiera pintado una persona blanca, ¿seguiría siendo un cuadro negro? En plan: si un blanco pintara un Henry Taylor y nadie supiera su raza ni siquiera su género, pongamos, ¿seguiría siendo un cuadro negro?

—Pues, no —dijo ella—. Eso sería Gauguin.

—Vale, pero toma eso y dale la vuelta, ¿no? O sea: si dijéramos que Henry Taylor pintó los cuadros de Tahití de Gauguin y Gauguin pintó a Henry Taylor, ¿la obra de Gauguin sería negra y la de Taylor no? Y, si es así, ¿cuál sería la diferencia?

—No lo sé —admitió ella—. Eso es un poco una locura. Pero supongo que todo se reduce a que, cuando decimos que algo es un cuadro negro, o que una persona negra es un artista negro, estamos haciendo referencia a un carácter esencial insertado en su experiencia como negro, ¿no? Y lo que hace que algo sea un cuadro negro probablemente sea eso. Y entonces… podríamos decir que una persona blanca *nunca* podría pintar un Henry Taylor porque le falta esa cosa inefable, racialmente esencialista, que hay en la mirada negra y que hace posible la pintura negra. No tendría esa fuerza, por así decir.

—«Los blancos no la saben meter» —dijo Wyeth.

—Exacto.

—Entonces —siguió Wyeth—, si una persona negra pintara a una persona blanca al estilo de Henry Taylor, ¿eso sería un cuadro negro?

—¿Probablemente?

—Vale, pero, si lo pintara, pongamos, al estilo de Sargent. Y si pintara a ese hombre blanco sin nada de ese aire vernáculo ni de pastiche afro. ¿Eso sería un cuadro negro?

—Se podría decir que un artista negro que emprende algo así —aventuró Chloé, con una sonrisa ladeada— es, en realidad, esclavo de la mirada blanca. O, como mínimo, que padece una vergüenza interiorizada en relación con su negritud.

—Pero la mirada blanca no percibe la blancura. Ellos nunca concebirían un cuadro de un tipo blanco como un cuadro de un tipo blanco: sería un individuo. En cambio, cuando nuestros pintores hablan de nuestros cuadros, siempre se trata del *cuerpo negro*.

—¿Te acuerdas de cuando aquella artista blanca pintó a Emmett Till en un ataúd abierto?

Wyeth se acordaba. Había sido un episodio infame en el arte estadounidense, y parecía definir una época concreta. No solo el cuadro, sino la respuesta del público al cuadro. En su memoria, iba unido a la presentación de los retratos de Obama, de Amy Sherald y Kehinde Wiley, y a cómo esos dos retratos habían aportado algo al lenguaje del arte americano. No, no era eso exactamente. Estaban expresándose en un lenguaje que siempre había estado fluyendo y cambiando. Wiley y Sherald, en realidad, estaban haciendo algo bastante antiguo: aportar color, literal y figurado, a un espacio artístico rancio y encorsetado. Y, sin embargo, la gente actuaba como si estuvieran rompiendo los moldes. No eran modernistas. Eran decididamente antimodernos, de hecho. Lo que Schutz había hecho al pintar a Emmett Till se acercaba más al modernismo. Con pinceladas ondulantes, deformantes, captó la violencia y el movimiento de lo que le habían hecho a Till.

Pero, sí, recordaba ese momento, la presentación en la bienal, porque la gente sintió que había cruzado una frontera. Que había tomado un acontecimiento singularmente doloroso en la vida psíquica y nacional de los negros y lo había usado para hacer arte. Que era lo que hacían los negros, sobre todo los artistas negros, pero parecía malvado, quizá, que lo hiciera una persona blanca. ¿Y al servicio de qué? ¿De ese impulso liberal rector, la empatía?

Wyeth pensó en el ensayo de Saidiya Hartman sobre la imaginación de los blancos. Al hablar de representaciones de la brutalidad de la esclavitud, Hartman proponía una idea curiosa: que la imaginación de la gente blanca necesitaba un testigo blanco del sufrimiento negro y que solo a través de ese testigo podían acercarse al dolor negro. Y que solo a través del dolor negro podían llegar a comprender los horrores y la deshumanización que muchos negros afrontaban. Y, sin embargo, en ese mismo horror, la

condición esclava quedaba reconstituida, es decir que solo podían imaginar la vida interior de los negros si los negros eran subidos al estrado de subastas y eso despertaba las simpatías de los blancos.

Ese era el impulso que había llevado a Schutz a pintar a Till, pensó Wyeth.

—¿Qué te pareció ese cuadro? —preguntó Chloé.

—No pensé mucho en él —dijo, sin querer revelar demasiado por si a Chloé le había parecido detestable.

—A mí me conmovió muchísimo —reconoció ella. La ensalada descansaba sobre su regazo. Bebió un trago de la botella de Seltz, que rezumaba—. Ya sé que es controvertido, pero me conmovió.

Wyeth se sintió atrapado. ¿Podía admitir que a él le había pasado lo mismo? ¿Después de haber dicho que no había pensado mucho en ello? Se limitó a asentir.

—Lo entiendo.

—Me dio mucha rabia cuando la gente no paraba de decir que no tenía motivo o derecho a pintarlo. O cuando decían que era feo y malo. Que, como obra de arte, era un fracaso. Parecían enfadados por una razón que no sabían explicar. Y eso era válido, sí, pero no podemos deshacer el arte porque nos incomode.

—Creo que la gente se pone celosa —comentó él— cuando alguien hace algo que ellos querían hacer pero aún no han hecho. Y sienten que eso les cierra la posibilidad de hacerlo algún día sin que los juzguen por comparación con lo que otra persona ya hizo.

Chloé volvió a reír.

—Sí, todos queremos ser rompedores.

—Pero puedo entender que se enfaden —reconoció—. Porque, cuando eres negro y pintas, ya te van a comparar con los tres pintores negros que haya visto ese crítico. Y entonces la idea de que llegues a un tema especialmente negro, como Emmett Till, y encima tengas que preocuparte por que te comparen con una señora blanca… entiendo cómo eso podría volverte loco.

—Sí —coincidió Chloé—. Pero ¿sabes qué más creo?

Wyeth guardó silencio un momento. Ella siguió.

—Creo que lo que molestó de ese cuadro, y quizá lo que te molesta a ti de parte de la pintura que odias, es que Schutz se

atrevió a presentar las consecuencias horribles y violentas de convertir a la gente en objetos. Pintó a una víctima de la violencia estatal y la gente se puso *furiosa* porque allí había una mujer blanca que *parecía*, en sus cabezas, estar diciendo: «Tú eres una víctima». Creo que a la gente le molesta… se sienten débiles cuando preferirían sentirse fuertes y bellos; de ahí la preferencia por lo glorioso de los retratos de Obama, y también, Wyeth, tu preferencia por la ropa de punto sueca. No quieres involucrarte en toda esa fealdad.

A Wyeth se le cortó la respiración.

—No te pongas a la defensiva —añadió ella, clavando los ojos en él —. No creo que eso te vuelva malo, ni que vuelva malo a nadie. Pero tenemos que aprender a permanecer sentados ante la incomodidad de lo que nuestras reacciones dicen de nosotros. Y creo que la necesidad de rechazar el cuadro de Schutz por parte de mucha gente y tu deseo de tildar de horribles a tantísimos cuadros negros… bueno: creo que vienen de un lugar parecido. No el mismo, pero parecido. No quieres que te asocien con lo pobre, lo basto, lo cutre, la posición de sujeto… quieres ser excepcional. Lo eres. Y te enfurece que, bueno, la gente pueda mirarte y no darse cuenta de ello.

—No te he pedido una sesión de terapia —saltó Wyeth, pero luego suspiró—. No, creo que hay algo de verdad en eso.

Chloé se rio.

—«Algo», gracias por concedérmelo.

—Creo que lo que más me fastidia es tener que pensar en todo esto.

—Como te decía —añadió Chloé—, es legítimamente desesperante.

Wyeth limpió el resto del *dibujo 6* y lo puso bajo peso entre fieltros, como había hecho con el *dibujo 5*. Era ya última hora de la tarde, pero aún le quedaban algunas horas por delante. Repasó las otras litografías, intentando decidir cuál tenía más sentido abordar a continuación. El *dibujo 3* estaba muy sucio y la esquina superior

derecha estaba completamente doblada y marcada por un pliegue. Había algo abatido en la severidad de su aspecto. Unos largos surcos cruzaban de una esquina a otra, como si toda la estampa se hubiera doblado sobre sí misma y ocultado. Tuvo que desplegarla con cautela incluso para echarle un vistazo, lo cual era agobiante, porque no estaba seguro de que no se fuese a cuartear o a rasgar. Contuvo la respiración mientras terminaba de abrirla.

En el centro, la figura estaba compuesta por tres formas ovaladas del tamaño de una mano que se abrían en abanico. Estaban impresas con una tinta malva oscura que se aclaraba hacia los bordes. Las formas parecían idénticas, lo cual daba una pista de cómo se había hecho: quizá deslizando el papel, o la piedra, durante la impresión.

El *dibujo 3* estaba impreso en una hoja grande cuyo formato Wyeth no reconoció de inmediato. Tenía una tabla de referencia de plástico con tamaños distintos, y fue moviendo la estampa hasta encontrar una aproximación aceptable. Era apenas un poco más corta y un poco más estrecha que un A2. Era un tamaño inusual para una estampa, y eso explicaba sin duda por qué tenía tantos dobleces y pliegues marcados.

Cuando por fin la tuvo abierta, Michel entró en el taller con una cubeta de agua gris. Se detuvo y apoyó la barbilla en el hombro de Wyeth. A veces hacía aquello, comportarse de forma juguetona y afectuosa, como un niño que busca atención.

—No está nada mal… —dijo—. ¿Por qué es tan *grande*?

—¿Te imaginas la piedra con la que se hizo?

—Igual se la pidió prestada a Sísifo.

Wyeth notó el aliento cálido de Michel en el cuello, y esa cercanía le erizó la piel. En otro momento, habría echado la mano hacia atrás y le habría dado una palmadita juguetona en la cabeza. Pero no quería ensuciar la litografía. En su lugar, cruzó los brazos y dejó que Michel se quedara ahí, mirando la pieza sobre la mesa. *No hay nada marcadamente erótico en esta cercanía*, pensó Wyeth. Y, sin embargo, el roce de la barba de Michel y el rumor grave de su voz entrañaban algo así como un preludio a lo erótico, suspendido entre ellos como una pregunta abierta. Wyeth giró la cabeza un poco para

que sus miradas se cruzaran, y Michel sonrió, juguetón, pero no sin interés. Podría haber ocurrido ahí, que se besaran, pero Michel se apartó y fue a vaciar el agua sucia en el lavabo, y Wyeth extendió más goma sobre la estampa.

Michel se secó las manos y se colocó al otro lado de la mesa, frente a Wyeth, tomó un poco de goma y empezó a frotar el otro margen. Michel había dejado la puerta abierta, y llegaba la música desde el despacho. Olin-Noah estaba absorto en una lista de reproducción de Chopin.

Trabajaron en silencio; la mesa se movía cuando Michel frotaba con demasiado ímpetu. Una vez soltó un chirrido agudo y ambos levantaron las manos, esperando a ver si se rompía. Michel puso cara de arrepentido, aunque no del todo.

—Cuidado —dijo Wyeth—. Se supone que tú eres el experto.

—Le estoy dando un poco de caña.

—Pues menos caña y más maña.

—Sí, sí, jefe.

La palabra «jefe» sonó rara en boca de Michel; adoptó un tono oscuro en la primera vocal, cargada de énfasis. Wyeth se rio. Michel entrecerró los ojos, como si estuviera ofendido. Trabajaron desde el borde de sus esquinas hacia el centro. El papel desprendía un olor fuerte, a rancio. Por mucho que frotaran, el blanco no se volvía tan visible como en los otros dos. Hicieran lo que hicieran, conservaba un color de té muy desvaído. Y, a medida que frotaban, algo en el papel empezó a calentarse y a oler a humo de tabaco, como si alguien hubiera fumado en el taller uno o dos días antes.

—¿Qué es eso? —preguntó Michel.

—No lo sé. Supongo que lo está soltando por la capa de suciedad que estamos quitando.

—Ah. Barniz de porquería —dijo Michel.

—¿Cómo?

—Cuando algo ha quedado sellado bajo una capa de suciedad o de mugre, que actúa como una especie de recubrimiento protector.

Wyeth miró de Michel a la litografía.

—¿Es eso posible? ¿Sucede?

—Pues claro.

—Supongo que tiene sentido, físicamente. Pero… joder.

—Sobre todo, con papel —dijo Michel—. Esto va a necesitar muchos lavados.

—Elegí esta porque pensé que daría menos trabajo —confesó Wyeth.

—Error de novato. Tranquilo, saldrá. Espero. Probablemente. Quizá.

Terminaron de limpiar la superficie y Wyeth barrió las virutas de goma y las metió en un tarro con el resto. Luego, entre los dos, la pusieron bajo peso en un rincón y Wyeth dedicó el resto del turno a barrer la mesa y el suelo. Michel se quedó en la esquina observándolo.

—¿No tienes trabajo que hacer? —preguntó Wyeth.

—No —repuso Michel. Daba vueltas en una silla, hacia delante y hacia atrás—. Ya he terminado por hoy y me resultaba más fácil ayudarte que empezar otra cosa.

—Ah, vale.

—¿Te apetece tomar algo? Hay un bar.

—¿Invitamos a Chloé?

—Sí, claro —coincidió Michel.

—¿Invitarme a qué? —Chloé estaba en el umbral.

—Vamos a emborracharnos. ¿Te vienes?

—Sí —respondió—. Inmediatamente.

Michel tamborileó con los dedos en el respaldo de la silla. Se había animado, lo que sorprendió a Wyeth porque no se había percatado de que Michel *no estuviera animado* un segundo antes. Pero ahora que tenía un brillo en el rostro, lo vio con total claridad.

—¿Estoy invitado?

Los tres se giraron y vieron a Olin-Noah en la puerta, detrás de Chloé. Se produjo un instante de silencio y sorpresa. Esperaron a ver si daba muestras de que era una broma, pero, como no lo hizo, Michel soltó:

—No podría ser de otra manera.

Los cuatro caminaron hasta un bar cerca del Lincoln Center. Olin-Noah quería sentarse fuera.

—El ruido —dijo.

—El ruido —asintieron los demás.

El bar no era especialmente ruidoso, todavía, pero había algo demasiado obstinado en el volumen de la música. Olin-Noah pidió un vino blanco. Wyeth, un Seltz con lima. Chloé y Michel pidieron Martini. El camarero era un rubio macizo de ojos castaño oscuro, con cara de tercer protagonista dramático en una producción de Broadway. Era el tipo de hombre al que Michel, si Olin-Noah no hubiera estado allí, habría llamado «follable», y al que Chloé habría descrito como «normativo». Wyeth no lo encontraba ni guapo ni feo, pero reconocía que pertenecía a una categoría estructural que algunos considerarían atractiva. En realidad, el hombre le recordó a Keating, y eso lo entristeció. Ir por ahí pensando en alguien que lo había dejado en visto. O a quien él había dejado en visto. En fin, que ambos se habían «visto».

Olin-Noah apoyó el brazo sobre la barandilla metálica que habían colocado en la acera para formar una terraza. Observaba las primeras luces del atardecer que caía entre los edificios altos y el pulso del tráfico en la calle. La gente comía tapas y entrantes, y el bar se volvía más ruidoso por momentos. Y, aun así, había paz en la mesa. Con sus bebidas. Michel y Chloé cotilleaban sobre alguien que conocían.

—¿Te gustó el libro? —preguntó Olin-Noah.

—Sí —repuso Wyeth—. Mucho, la verdad. No había visto la mayoría de esos dibujos.

—¿Qué libro? —preguntó Chloé.

—Le regalé a Wyeth una edición de bocetos y dibujos de Sargent —explicó Olin-Noah.

—Quiero verlo —dijo Michel.

Wyeth sacó el libro de su *tote* y lo abrió sobre la mesa. Todos, instintivamente, apartaron sus bebidas hacia el borde. Michel estiró la mano para pasar la página y, pensándoselo mejor, sacó del bolsillo una varilla de goma. Bajo las guirnaldas de luces y el anochecer que caía, las páginas parecían folios de un grimorio antiguo. Estaban en

una sección del libro con una serie de dibujos de un hombre.

—Es precioso —comentó Michel—. ¿De dónde lo sacaste? ¿Cuándo se imprimió?

—En los cincuenta, creo —señaló Olin-Noah.

Wyeth sintió una especie de calor en la garganta.

—Sí —se apresuró a decir—. Te lo devolveré, por supuesto.

Olin-Noah lo miró, pero no dijo nada. Wyeth guardó el libro y pidieron otra ronda. Más tarde, después de que el grupo se separara, mientras Michel y Chloé iban hacia el metro, Olin-Noah le pidió a Wyeth que lo acompañara: quería hablar de Dell Woods. Se despidieron de los otros.

—¿Por qué dijiste eso antes? —preguntó Olin-Noah. Caminaban de vuelta hacia la casa—. Yo no dije que tuvieras que devolverlo.

—Ya lo sé —contestó Wyeth—. Pero yo… no sé. No quería que pensaran. Ya sabes.

—¿Que pensaran qué?

Olin-Noah se detuvo. Estaban bajo unos árboles. Un aire acondicionado zumbaba en lo alto. De vez en cuando, una neblina de agua los rociaba.

—Que, no sé, que hay algo.

—¿Por qué pensarían eso? ¿Hay algo?

—No —respondió Wyeth—. No… tampoco quiero que tú lo pienses. No hay nada.

—Vale —dijo Olin-Noah—. Bueno. *Es* tuyo. Te lo regalé. No por ningún tipo de… —frunció el ceño. Wyeth se sintió incómodo.

—Perdona —se disculpó—. Es un regalo muy bonito y te lo agradezco mucho.

—Bien. Me alegro.

Se produjo otro momento incómodo. Wyeth no sabía si debían darse la mano, abrazarse o no hacer nada. Olin-Noah lo observó un instante y luego asintió.

—Nos vemos mañana —se despidió. Después subió los escalones, despacio, tranquilo, y Wyeth lo vio cerrar la puerta y encender las luces.

Wyeth no se fue enseguida. Se quedó allí, preguntándose si había cometido un error. Si había calculado mal. Reconoció en esa línea de

pensamiento parte de lo que había salido mal con Keating. Justo ahora, había intentado controlar cómo Olin-Noah lo veía e interpretaba sus actos. Lo mismo que había hecho con Keating cuando le confesó el miedo a que los demás lo encontraran aburrido. Wyeth siempre encauzaba sus relaciones como se encauza un río hacia una red intrincada de esclusas dentro de una presa. No es que intentara manipular *activamente* a los demás. Era más bien que había cierta forma brillante en la conversación o en la interacción, una configuración idealmente estable de palabras, sonidos y gestos, y él podía sentir esa forma desde el primer instante en que conocía a alguien, y todo lo que hacía era encauzar ese encuentro hacia esa forma. Sus dibujos funcionaban igual. Una profunda intuición que organizaba cada trazo y cada línea.

Con Olin-Noah esa noche y con Keating unas semanas antes, Wyeth había estado haciendo lo que siempre hacía: seguir las sensaciones, llevarlas hacia esa forma ideal, cerrando callejones sin salida y empujando hacia lo que era significativo, claro. Quería evitar que lo malinterpretaran.

Pero las personas no eran dibujos. Tenían sus propios deseos y necesidades. No podías pasarte la vida evitando los malentendidos. Wyeth sintió que estaba a punto de llegar a algo. Casi podía formularlo.

Keating había dicho algo que a él no le gustó, y Wyeth se había detenido, porque seguir habría significado salir de la seguridad relativa que se había forjado. Ahora le parecía ridículo. Keating le había dado una salida, había admitido haberle herido los sentimientos incluso, pero, en ese momento, Wyeth había sido incapaz de aceptarlo. Ahora lo aceptaría. Si pudiera, sin duda lo aceptaría.

Lo que entendía ahora y no entendía entonces era que Keating no estaba jugando a los roles de poder, y que no se había producido ningún juego complejo de movimientos y maniobras en todas y cada una de sus interacciones. Pero a Wyeth le había llevado mucho tiempo comprenderlo. ¿Por qué?

—Porque soy cínico —se dijo frente a la casa de Olin-Noah—. Soy agotador y cínico.

Fue un alivio decirlo, soltarlo, aunque fuera solo para sí. Sintió una ligereza en los hombros y echó a andar hacia Columbus Circle. Mientras caminaba, escribió un mensaje larguísimo a Keating explicándole lo que sentía. Cada dos palabras, cometía una errata o el autocorrector introducía una palabra que no quería. Una metralla de comas y símbolos salpicaba las frases. A la salida del metro de la calle Sesenta, borró el mensaje entero.

Lo había dicho, sí, pero todavía no podía decírselo a Keating. Todavía no. Habría sido demasiado parecido a una *jugada*. Demasiado parecido a algo que se ve en las películas. La gran disculpa, profusa y totalmente adecuada. Graciosa y socarrona; tierna y vulnerable. Totalmente culta y con la ironía justa.

En esa decisión reconoció que, aunque podía admitir aquella tendencia en sí mismo, aún no la había superado. Porque otra vez estaba intercediendo, actuando para un público externo. Ni siquiera podía *expresar* su culpa, su metedura de pata, sin dejar de imaginar cómo iba a interpretar eso otra persona. ¿No bastaba con *decir* cómo se sentía a quien tenía que decírselo? Debería haber bastado. Pero no. ¿Por qué no?

Wyeth no quería irse a casa. Iría al estudio y dejaría que sus compañeros lo sacaran de quicio durante más o menos una hora. Sería mejor que estar en el apartamento, dándole vueltas, escribiendo y borrando.

Caminó más al sur, hasta la estación de la calle Cincuenta y Siete, y se subió a un Q con rumbo al sur.

CAPÍTULO ONCE

Wyeth llegó al estudio y encontró a Ferd en la ventana, mirando a la calle.

—¿Estás solo? —preguntó desde la puerta.

Ferd no respondió ni se volvió. Wyeth había esperado que los demás estuvieran por allí. Marat y Solomon habían vuelto de Fire Island y, con su presencia, el estudio se había llenado de un ruido productivo. Así que nada de eso. Con todo, Ferd estaba allí, y solía ser amable.

Wyeth se detuvo junto al sofá y observó a Ferd en la ventana. El aire que entraba de fuera era agradable y ligero. Apenas había sudado al subir las escaleras desde el metro y luego desde la calle hasta el estudio. Ferd estaba de pie junto a la ventana abierta, aparentemente disfrutando del aire fresco, de su transparencia.

—¿Te apetece ver una película? —preguntó Wyeth—. También podemos piratear una serie.

Ferd no respondió. Wyeth cruzó el espacio entre ambos y le puso una mano en la parte baja de la espalda. Ferd tenía los ojos enrojecidos y vidriosos.

—¿Estás bien? —preguntó Wyeth, aunque era una pregunta estúpida—. Claro que no. Perdona. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió Ferd.

Eso era lo que decía la gente. «Nada. Estoy bien».

—Vale, claro, sí, por supuesto, pero, aun así: ¿qué pasa?

Ferd no intentó sonreír, pero le dio un apretoncito en el hombro a Wyeth, como señal de que no se preocupara. El ruido de la ventilación se oía más fuerte junto a la ventana que junto al sofá, como una ola que rompiera incesantemente sobre la calle y los edificios de abajo.

La mirada de Wyeth pasó de Ferd a la ventana y de ahí a la calle.

Entonces, se le apareció una imagen: Ferd abriendo la ventana, asomándose, cayendo. Ferd debió de verlo mirar hacia abajo, porque se echó a reír.

—No voy a saltar —aclaró Ferd, justo en el momento en que la palabra había penetrado en la mente de Wyeth.

Ahora que ya lo habían dicho, a Wyeth ya no le apetecía estar cerca de la ventana. Parecía cargada de posibilidades de una forma que no lo parecía segundos antes. Y, latente bajo esa carga, la pregunta: «¿Por qué?».

—¿Te apetece ir a tomar algo? —preguntó Wyeth. Seguía mirando hacia la calle.

—No tienes que hacerme de niñera.

Como para subrayarlo, se apartó de la ventana y se sentó en el brazo del sofá. Wyeth lo siguió.

—No estoy haciendo de niñera —se defendió Wyeth.

—Eres como un libro abierto.

Wyeth se rio.

—Supongo que sí. Vale, de acuerdo. Pero de verdad creo que salir a que nos dé el aire nos vendrá de lujo.

—Estoy muy bien —insistió Ferd, pero luego asintió, dejándose convencer—. Vale, como quieras, pero pagas tú.

—Vamos.

En la calle, Wyeth no sabía hacia dónde ir, pero Ferd enlazó su brazo con el de Wyeth y lo arrastró hacia Canal.

—Si vamos a emborracharnos, al menos hagámoslo en un sitio civilizado.

—Me parece bien.

El destino no era exactamente Canal Street, que a esa hora estaba llena de dependientes aburridos apoyados en los marcos de las puertas, con los brazos en alto, inclinándose hacia la calle. Había también pequeñas tiendas familiares de comestibles y puestos de fruta. Confiterías y salones de tatuajes. Jóvenes y mayores. El rojo intenso de los ladrillos de los edificios y los medallones de los farolillos rojos girando.

La calle descendía bajo hileras de luces y cintas. Cada escaparate brillaba en unos agradables tonos rojos, dorados o plateados.

Algunos de los locales recién reformados irradiaban una luz blanca y agresiva que no encajaba con las lámparas más tenues que habían colgado. Esos locales vendían camisetas estampadas baratas y juguetes de plástico. Frente a una de ellas, había una estatua horrible de Minnie Mouse a tamaño humano, con el rostro cubierto de tantas pegatinas y carteles que parecía completamente tatuado. Wyeth se detuvo a hacerle una foto con el móvil. Había algo encantador en la desfiguración de un símbolo infantil. Su transformación en un lenguaje contemporáneo. Por supuesto que Minnie Mouse tendría tatuajes en la cara. ¿Por qué no, después de todos los horrores que habría presenciado en la industria del entretenimiento a lo largo de los años? Hizo la foto y ajustó ligeramente la exposición. Ferd se rio de él.

—¿Qué haces?

—¿Cómo que qué hago? —preguntó Wyeth.

—¿Editas todas las fotos que haces?

—¿Tú no?

Ferd rio con más fuerza, y la gente de la calle los miró. Allí eran unos completos desconocidos.

—¿De verdad? ¿Hablas en serio?

—Sí —repuso Wyeth—. A veces el algoritmo estropea la exposición y hace que todo parezca brillante y feo.

—¿Así que editas para que parezca más natural?

—Sí.

—*Editas* para que parezca *más* natural.

—Sí. ¿Y qué? ¿Tan raro es?

Ferd negó con la cabeza y volvió a enlazar su brazo con el de Wyeth. Siguieron caminando.

¿Y qué tenía eso de malo? A veces el teléfono imponía un conjunto de modificaciones artificiales que hacían casi imposible ver la imagen real, y era mejor, en ese momento, hacer los ajustes cuando aún tenías la materia delante. Cuando aún podías ver cómo caía y se ensombrecía la luz. Podías deshacer el resultado del filtro del aparato y recuperar el aspecto de lo que habían visto tus ojos. Le parecía lo más natural del mundo. Pero ahora se sentía un poco cohibido.

—Estás mustio —comentó Ferd.

—¿Qué tiene de raro ajustar las fotos?

—No creo que sea raro —aclaró Ferd—. Pero, ya sabes, quizás un poco… anal retentivo.

El estado de ánimo de Ferd parecía más alegre, así que Wyeth lo tomó como una victoria. Llegaron a un pequeño bar en una esquina del Chinatown que Wyeth no conocía. Se llamaba Copper Bar, aunque estaba estilizado como «Cu Bar», por el símbolo químico del cobre, derivado de *cuprum*, a su vez derivado de *cyprium*. El bar era bastante estrecho, pero gozaba de una agradable penumbra. La música era un murmullo de jazz.

—Jazz coreano —señaló Ferd.

Se sentaron en unos taburetes junto a la pared lateral, con vistas a la puerta. Las fotos en blanco y negro de unos músicos cubrían las paredes, junto con pequeños grabados en madera. Solo había hombres en el bar, todos vestidos con camisas blancas impecables, con el cuello abierto y remangadas hasta los codos, pantalones de verano de cintura alta y zapatos Oxford relucientes. Wyeth sintió que habían entrado en una telenovela de época.

—¿Qué clase de sitio es este? —preguntó.

—Su especialidad es la ginebra. Es muy buena.

El menú estaba impreso en una cartulina preciosa, fijada al interior de una carpeta de cuero. La tipografía era elegante, escrita a máquina. Se podían apreciar los surcos en el papel. Los encabezados tenían un ligero estampado dorado. Los hombres del bar no parecían muy interesados en Wyeth y Ferd. No tenían aspecto de dedicarse a las finanzas ni de ser esclavos de Google, como los que a veces se veían por el centro. Wyeth no tenía una idea clara de dónde vivían ni a qué se dedicaban. Pertenecían únicamente a una clase: la de los muy bien vestidos, y eso bastaba para ocultar cualquier otro detalle. Habían salido a tomar algo con sus elegantes cortes de pelo y sus bellos conjuntos de verano, aparentemente *vintage*. La cohesión de su anacronismo hacía que Wyeth sintiera que el desplazado en el tiempo era *él*.

Ferd fue a la barra y pidió para los dos. Estaban en el único sitio de la ciudad donde se podía beber esa ginebra en particular, hecha con

extractos naturales coreanos. Hasta entonces, no existía nada parecido, explicó Ferd. Wyeth no sabía nada de ginebras —en realidad, no sabía nada en absoluto—, así que se dejó guiar por la pericia de Ferd. La ginebra sabía como todas las ginebras que había probado. Brillante, amarga, pero suavizada por una dulzura casi herbácea. Para Wyeth, la ginebra siempre sabía a «verde», pero esta era distinta. Contenía algo caliente. Un picor punzante en la lengua.

Cuando Ferd volvió con las copas, uno de los hombres de la barra se volvió para mirarlo. Ahora Wyeth veía que el hombre seguía observándolos.

—¿Conoces a ese tipo? —preguntó Wyeth.

—No —repuso Ferd.

—Nos está mirando.

—Pues que mire.

Ferd saboreaba la ginebra, acercándola a la nariz para olerla bien y luego sorbiéndola poco a poco, así que Wyeth se sintió torpe por haberse bebido una cantidad tan grande de un solo trago. El hombre que los observaba no era joven. Era mayor que ellos dos, mayor también que los otros hombres del bar. Llevaba el pelo rapado por los lados, pero abundante en la parte superior, peinado hacia atrás con elegancia en un corte muy marcado. Tenía unos reflejos plateados. Iba bien afeitado y sus ojos eran indescifrables en la penumbra. Bebía algo más oscuro que ellos, de pie, en silencio, apartado de los demás. Aunque Wyeth no podía descifrar su expresión, la naturaleza de su interés era inconfundible. Los observaba fijamente, sin mostrarse tímido, astuto o coqueto, pero mirando en dirección a ellos con cierto interés. Ferd parecía impermeable a esa atención. Wyeth lo dejó pasar.

—¿Has sabido algo de tu amigo? —preguntó Ferd.

—¿De cuál?

—Del que vino al estudio.

—Ah. Keating. No desde hace un tiempo.

Aquí tengo una oportunidad, pensó Wyeth, *de hablar de Keating con alguien que no sea yo mismo*. Pero sabía lo que Ferd diría: que le escribiera como un adulto normal, que qué tenía de complicado todo aquello, que por qué no se permitía disfrutar de las cosas.

Tal vez incluso habría sido un favor provocar una charla tan fácil para distraer a Ferd de lo que fuera que lo había tenido preocupado en el estudio. Pero Wyeth no tenía ganas de charla. Había pensado quizá un poco demasiado durante todo el día y la noche, y estaba cansado de pensar y hacer cálculos morales.

Wyeth quería un cigarrillo.

—Es una pena —opinó Ferd—. Parecía majo.

—Lo era. Lo es.

Wyeth hizo girar su vaso sobre la mesa, observando el reflejo de la luz en sus lados.

—He estado hablando con Lionel, de todos modos.

—¿Lionel? —Ferd casi se atragantó—. Hacía siglos que no oía ese nombre.

—No hace tanto —dijo Wyeth.

—¿No está ya un poco gastado lo vuestro?

—No estamos haciendo nada.

—Nunca hacéis nada, ese es el problema —replicó Ferd—. Pero no es asunto mío.

—Hablamos.

Se quedaron callados un momento. Ferd pareció sentirse mal. Luego preguntó:

—Y el trabajo, ¿qué tal?

—Bien. Sí. Estoy trabajando con un artista que anduvo algo desaparecido, y alguien encontró sus dibujos en un escritorio en el norte del estado, al azar, y estoy haciendo parte de la investigación y la restauración.

—Un misterio —dijo Ferd—. Debe de ser emocionante.

—Lo es, la verdad. Por una vez. Emocionante de verdad.

Ferd sonrió y entonces pareció divisar por fin al hombre de la barra. Seguía mirándolos.

—Puedes ir —dijo Wyeth—. Igual te viene bien.

—No —repuso Ferd—. Estoy aquí contigo.

—Voy a salir a fumar —insistió Wyeth—. No te lo tomes como un abandono.

El hombre estableció contacto visual directo con Ferd. Wyeth le dio un apretón en el brazo.

—Ve. Yo estoy bien.

Ferd suspiró, se terminó la copa de un solo trago y se acercó a la barra. Wyeth lo observó. La suavidad del desplazamiento. La forma en que se apoyaba en la barra, en que la espalda del hombre se ensanchaba y su postura se enderezaba. Hablaban en voz baja. Ferd se inclinó para decirle algo al oído. El hombre se rio. La conversación se volvió íntima, y Wyeth sintió que algo satisfactorio encajaba en su sitio. Dejó la mesita y salió a fumar. El dorado de la tarde se había fundido en azul y, sobre su cabeza, los farolillos se mecían con el viento. Se oía el habitual ir y venir del tráfico: el quejido de las bocinas, el chirrido agudo de los neumáticos, el denso zumbido de los motores al ralentí. Y, la avenida, los escaparates, que observaban desde sus fachadas azul oscuro.

El aire seguía siendo fresco y seco. Wyeth miró el móvil. No había mensajes de nadie, solo un SMS de *spam* de un robot preguntando si Patricia estaba ahí, hola, Patricia, fingiendo haber perdido a su amiga. A veces, Wyeth quería responder a los *bots*, decirles que se habían equivocado de número, seguir el juego, alimentar la ficción de que había una persona al otro lado, a pesar de que no la hubiera. Aunque había leído hacía poco que a veces *sí* había personas al otro lado, listas para tender la trampa: una serie de intercambios cada vez más íntimos que culminaban en una sensación de confianza y, más tarde, en datos bancarios. Al principio le había asombrado que alguien pudiera caer en algo así. Pero, cuando pensaba en las solitarias horas de su propia vida, en esos momentos en los que incluso la efímera atención de dependientes o de camareros podía alegrarle el día, lograba entender que alguien pudiera estar tan solo como para enviar su información bancaria a un desconocido que fingía quererlo.

Wyeth miró de nuevo hacia el interior del bar, donde Ferd y el hombre seguían charlando.

Ferd salió detrás de él y le pidió un cigarrillo. Wyeth le tendió la cajetilla. La calle estaba en calma en ese momento. Ferd observó las luces del edificio de al lado. Unas sombras se movían tras las cortinas iluminadas. Alguien extendía una sábana o una manta sobre una mesa. En otra habitación, alguien doblaba la ropa. A través de

una ventana descubierta, vieron a un anciano bañado por el resplandor del televisor. De vez en cuando, se estremecía, quizá de risa, quizá de incomodidad; no podían saberlo con certeza. Cada vez que los hombros de aquel hombre se tensaban, Ferd daba una larga calada al cigarrillo y hacía una mueca.

—¿Cómo… van las cosas? —preguntó Wyeth.

Ferd se encogió de hombros con un gesto elegante y ambiguo. Luego examinó el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—La primera máquina de cigarrillos —dijo— podía liar doscientos en un minuto. Siglo XIX. Es increíble.

—Son muchos cigarrillos —señaló Wyeth—. Para una sola persona.

—A veces me pregunto, con los empresarios industriales y toda esa mierda, quién mira un objeto y piensa: «Deberíamos fabricar muchísimo más de esto, en una cantidad muy superior a la que jamás podría consumirse». En plan, ¿de dónde viene ese impulso?

—El ansia empresarial —repuso Wyeth—. Por dinero, supongo. Y por sexo. Creo que Freud decía algo de eso.

—Dinero y sexo. O sea, lo mismo que el arte.

—Sí. Pero con menos de ambos.

—Depende del arte, supongo —matizó Ferd—. ¿No eres de Virginia? ¿No es cosa de los tuyos?

—Lo soy —respondió Wyeth—. Culpable, aunque no creo que los míos fueran precisamente empresarios industriales.

—No, supongo que no.

—De donde yo vengo llevaban a los niños de excursión a plantaciones de tabaco —explicó Wyeth—. ¿No es una locura? Nos llevaban a estas granjas antiguas donde había gente disfrazada con ropa de época recogiendo tabaco, y nos explicaban cómo se recolectaba, cómo se almacenaba, cómo se procesaba después, y todo eso. No creo que lo hicieran ahora. Pero lo más loco, bueno, había muchas cosas locas, pero una que últimamente estoy atando cabos, es que los que recogían el tabaco eran actores. O sea, tenían que hacer audiciones. Para recoger tabaco. Y luego se iban a casa, fumaban, esnifaban coca, follaban, y a la mañana siguiente volvían a representar una especie de *cosplay* de trabajo esclavo para niños. ¿No es demencial?

Ferd se reía cada vez más a medida que avanzaba la anécdota. Tenía un brillo en la mirada, los ojos abiertos de par en par, lo que animó a Wyeth a seguir con la historia.

—Y el lenguaje que usaban… Nunca hablaban de «plantación» o de «esclavos». Siempre de «granjas» y «jornaleros». Eso sí, dejaban que los actores llevaran guantes. Esa es una de las cosas que no siempre se comenta. Cómo el tabaco entra en el torrente sanguíneo. A través de las manos. Te las tiñe cuando te pasas el día recolectando. ¿No es increíble?

—Este país está literalmente enfermo —dijo Ferd.

—Jornaleros —repitió Wyeth—. *Jornaleros*.

Wyeth no había pensado en las «granjas» de Virginia en mucho tiempo. Era la única forma que a veces tenía de engañarse a sí mismo para pensar en su casa. De otro modo, todos sus recuerdos le parecían fragmentarios, vagos. Pero, cuando contaba historias, podía recordar momentos concretos. El trayecto en autobús escolar hasta la plantación, por ejemplo. Cómo su madre y él habían llegado al colegio en ese azul oscuro y fresco de la mañana, y luego habían esperado en el aparcamiento asfaltado a que llegaran los demás niños. Su madre fumando, sentada en el maletero del coche, mirando al bosque que rodeaba el patio. Podía recordar el estampado de su chaqueta de trabajo, ese extraño borrón granulado de los noventa, tan reconocible en los vasos de plástico y en otros objetos de la época. Por entonces trabajaba como auxiliar de enfermería, y siempre llevaba bolígrafos en los bolsillos y caramelos para la gente con el azúcar bajo. En el maletero guardaba un montón de rotuladores de bingo, porque le gustaba ir los miércoles al pueblo de al lado a jugar en una iglesia. O eso decía. Pero no era allí adonde iba. Mucho más tarde, Wyeth descubrió que iba a ver a un hombre, y que durante un breve tiempo había estado embarazada y había albergado esperanzas de marcharse con él.

Pero Wyeth no lo sabía entonces, no cuando tenía siete años y esperaba subir al autobús que lo llevaría a él y a sus compañeros a una plantación, donde verían a jóvenes atractivos recrear la brutalidad de la esclavitud en Estados Unidos. Otra cosa curiosa —que ahora solo resultaba curiosa por la perspectiva del tiempo, y que

entonces simplemente había sido la vida— fue que, en la hora de la comida, él y los demás niños jugaron al pillapilla bajo los árboles, corriendo y gritando, cuando de repente apareció un enorme perro negro en lo alto de una pequeña colina, observándolos. Gruñó y avanzó hacia ellos. Los niños se quedaron paralizados y empezaron a llorar.

Fue entonces cuando un adulto fue a buscarlos y, al ver al perro, se puso muy pálido y llamó al encargado del recinto. El encargado era un hombre mayor y obeso, y al correr arrastraba ligeramente el pie izquierdo.

—Joder —soltó al llegar.

El perro había empezado a ladrar y se abalanzó hacia los niños. De sus fauces brotaba espuma manchada. Tenía los ojos muy grandes, hinchados. Wyeth estaba un poco más atrás, mirando. En su recuerdo de aquella época, él siempre estaba mirando, nunca del todo en su propia memoria. Como en un cuadro. El perro saltó, y luego hubo un estallido, y se desplomó.

Uno de los actores le había disparado.

—Esa maldita bestia lleva rondando por aquí toda la semana —dijo.

Los niños gritaron y salieron corriendo al oír el disparo, inconsolables al ver morir a un animal. Pero aquel terror se transformó en un entusiasmo vívido y salvaje en el autobús de vuelta. Tanto, que a la semana siguiente los padres estaban furiosos porque sus hijos hubieran presenciado semejante acto de brutalidad. El periódico local publicó un artículo sobre los valores familiares. Nadie dijo que el actor había salvado a los niños. O que había llevado a cabo un acto difícil. Wyeth oyó a los profesores comentarlo. La polémica se intensificó tanto que el actor tuvo que irse del pueblo.

—Mejor así —comentó una de las profesoras—. He oído que robaba.

Cuando Wyeth terminó la historia, Ferd preguntó:

—¿Y el actor?

Era una pregunta lógica. Wyeth intentó recordar algo, cualquier cosa, del actor —aparte de lo que había hecho y de lo que se dijo de

él después—. Pero no pudo. Solo que en aquel momento le había parecido muy alto. Alto y vestido como un «jornalero», con un sombrero de ala ancha y una camisa con el cuello abierto. Después de disparar, desmontó el arma y la sostuvo hacia abajo, apartada de todos. Se notaba que sabía lo que hacía. Arriesgarse a disparar tan cerca de unos niños. Aparte de eso, y del olor acre de la pólvora y de la sangre derramada, el hombre se negaba a aparecer en la memoria de Wyeth. Lo que dominaba aquella escena era el calor del cadáver del perro. La forma en que los niños miraban, hipnotizados, cómo el cuerpo se desgarraba. Seguro que no había sido tan sangriento como lo recordaba, y, sin embargo, en la memoria perduraba la mancha rojo oscuro extendida sobre la hierba marchita, las franjas cambiantes de la luz que se filtraba entre las hojas e iba cubriendo lo que quedaba de su mandíbula. En su recuerdo, el cuerpo del perro era un ensamblaje de heridas imposibles. Nada encajaba. ¿Había sido una escopeta o un rifle? ¿De qué calibre? ¿Por dónde había entrado la bala? ¿Por dónde había salido? No conseguía poner orden en todo aquello porque en su memoria solo había violencia y carnicería: costillas que asomaban bajo la piel, sangre por todas partes. Pero debió de haber sido mucho más irrelevante, mucho más contenido. Wyeth había visto sacrificar animales. Sabía que el funcionamiento interno del cuerpo tenía un orden. A su abuelo le habría decepcionado que no tuviera un recuerdo más preciso.

—No lo sé —respondió al cabo de un momento—. Ni rastro. No puedo recordar nada de él.

—Eras muy pequeño.

—Sí, pero así ha funcionado siempre mi memoria. Siento que capto menos cosas que la mayoría de la gente.

—Si eso es verdad, tienes suerte —dijo Ferd—. No lo echas de menos cuando desaparece.

—Puede ser, pero luego te queda esa otra sensación, como de ir en busca de algo y darte cuenta de que nunca estuvo ahí.

—Escalofriante —señaló Ferd—. Te persigues a ti mismo.

—Un poco. Dios, sí. Es escalofriante.

Pagaron otra ronda de ginebra y decidieron volver al estudio. Ferd fumó otro de los cigarrillos de Wyeth. Las calles se habían enfriado y estaban más tranquilas. La gente comía en restaurantes tenuemente iluminados o compraba helados y mangos a vendedores ambulantes.

Tras un momento de silencio, Ferd dijo:

—Mi padre está enfermo. Pero no creen que sea cáncer.

—¿Eso es… una buena noticia? —aventuró Wyeth. Ahí estaba, al descubierto. La razón de su actitud extraña, de aquel tono que lo teñía todo.

—Es una noticia —dijo Ferd—. Significa que no saben qué es ni cómo abordarlo.

—Lo siento.

—Intentan que se sienta cómodo, pero hasta que no sepan qué lo causa, no sé si la comodidad servirá de mucho.

Pasó otro momento. Ferd enlazó el brazo en el de Wyeth.

—Estoy pensando en volver. Quizá pasar allí el resto del verano. Estar con él, ya sabes.

—Sí —dijo Wyeth.

Aunque en realidad no lo *sabía*. Lo que sabía era que algunas personas volvían para cuidar a sus padres. Para estar con ellos en los momentos difíciles y tomarles la mano. A Wyeth nadie le había tomado la mano nunca. Nadie lo había consolado nunca. Así que solo lo sabía de forma abstracta, de verlo en la televisión o de oírlo en boca de sus amigos. En su propia vida, la idea de acompañar a su madre en un momento difícil era tan ajena como respirar bajo el agua.

—Claro. Tiene todo el sentido —añadió.

Se detuvieron a comprar polos en una pequeña tienda. Ferd quiso uno de limón. El único que quedaba era de coco, que Wyeth odiaba, pero se lo llevó de todos modos. El frío les sentó bien en la boca después de la ginebra. La textura cremosa del polo también le calmó a Wyeth el picor de garganta. Había vuelto a fumar demasiado. Quizás intentaría dejarlo un par de semanas, ver si la miseria de la abstinencia compensaba el placer de no tener la sensación de que

escupía algodón.

—Me ha gustado ese bar —comentó Wyeth.

—Sí, aunque era un poco raro.

—¿En qué sentido?

—Extraño. Era muy… pagado de sí mismo.

—Como si estuviera haciendo un número —apuntó Wyeth.

—Sí, exacto. Un personaje, un numerito. No sé. Un poco cutre. Pero guay, supongo.

—Y parece que le has gustado a ese tipo.

Ferd se rio.

—Claro —dijo—. Y ahora no lo volveré a ver nunca.

—¿Eso es bueno?

—A veces está bien recordar que quedan desconocidos en el mundo y que no tenemos que saberlo todo sobre todos, y que todavía es posible cruzarte con alguien una vez y no volver a verlo jamás.

—Sí —dijo Wyeth—. No, espera, ¿qué quieres decir?

Ferd se pasó el polo alrededor de los labios. Wyeth podía oler el sabor químico del limón.

—No sé, solo que a veces creo que sabemos demasiado sobre los demás. Que podemos llegar a saber demasiado. Por ejemplo, ese tipo al que invitaste a casa. Cuando bajasteis, Aki y yo lo buscamos.

Wyeth se detuvo.

—¿Cómo que lo buscasteis? ¿A Keating?

—Sí. Aki quería saber quién era. Ya sabes cómo es Aki. Tiene que saberlo todo de todo el mundo. Nadie puede tener secretos con él. Total, que se puso a buscarlo y lo encontró.

—¿Dónde lo encontró?

—En redes. Lo encontró y leyó su perfil y nosotros… bueno. El caso es que ahora hay una persona a la que probablemente no volveré a ver nunca y de la que sé un montón de cosas. Y es como ¿por qué? ¿Por qué sé esto?

—¿Qué sabes? —preguntó Wyeth con brusquedad.

Él no había buscado a Keating en redes. No había intentado saber más de él de lo que este le había brindado. Y ahora la posibilidad de saberlo estaba tan presente que tuvo que contenerse para no sacar

el teléfono y buscarlo.

—Que fue al seminario o algo así. Y hay fotos suyas en una especie de viaje misionero, no sé. Las fotos eran muy aburridas. Y bastante malas, la verdad. Pero ese no es el punto.

—Ese es exactamente el punto —lo interrumpió Wyeth. Dejó caer el polo por una rejilla del alcantarillado—. Por supuesto.

Ferd frunció el ceño y soltó el brazo de Wyeth.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada —replicó Wyeth—. Me parece raro. Vosotros sabéis cosas de un tipo con el que me acosté que yo no sé. Porque lo buscasteis.

—O sea, sí, eso es lo que digo. Que el hecho de que podamos buscar a alguien y saber al instante más de una persona de lo que nos ha contado es… raro, en general, y, aun así, es lo que hacemos como sociedad. O sea, qué horror.

—No estoy hablando en abstracto —dijo Wyeth—. Estoy hablando de ahora mismo, de nuestras vidas. Sabes cosas de un tipo con el que me lie que yo no sé, y eso me hace sentir como una puta mierda.

—Vale, pero si lo miramos con perspectiva… tus sentimientos, quiero decir. No estábamos hablando de tus sentimientos. Estábamos hablando de… la verdad es que no sé de qué estábamos hablando.

Ferd parecía enfadado, herido y triste. Wyeth se sintió molesto, pero también culpable. Tomó el brazo de Ferd y lo volvió a enlazar con el suyo.

—Vamos —dijo—. No pasa nada.

—No sabía que tú no sabías nada de él.

—Sabía lo del seminario —admitió Wyeth—. Es decir, no sé. No lo busqué.

—Ah. Perdón.

—No pasa nada. De verdad. No hay problema.

—No quería molestarte.

—No estoy molesto.

Volvieron caminando al estudio. Pero Wyeth no subió. Ferd tiró de su mano y le pidió que lo hiciera. Se disculpó otra vez, pero Wyeth

dijo que no se trataba de eso. Le comentó a Ferd que había quedado con Lionel, y Ferd le preguntó si estaba seguro, y Wyeth respondió que sí.

Pero en el tren le escribió a Lionel y le dijo que al final no podía pasar a verlo. Que estaba cansado y que le escribiría por la mañana. Lionel dijo que vale, claro, pero ambos debían de saber que Wyeth no le escribiría.

Cuando Wyeth se bajó del tren en la Setenta y Dos y la Segunda, le escribió a Keating: *ven.*

CAPÍTULO DOCE

Decidieron que no subirían al piso de Wyeth, al menos no de inmediato, así que, cuando Keating llamó al timbre, Wyeth bajó y se encontraron en el portal.

Estaba nervioso, y en cada rellano estuvo a punto de darse la vuelta para subir otra vez, ir al baño o lavarse las manos, que tan pronto las sentía ardiendo como heladas. Antes de llegar a la planta baja, se detuvo en la escalera y contuvo la respiración. Desde allí podía ver las puntas de los zapatos de Keating y parte de su brazo, cubierto de ese vello claro, amarillento. Llevaba una camiseta gris que, por contraste, hacía que su piel resplandeciera: era tan pálido. Entonces, Keating asomó la cabeza y entornó los ojos, mirando hacia arriba. La presencia de Wyeth debió de sorprenderlo, porque abrió mucho los ojos y dio un pequeño brinco. De algún modo, habían propiciado ese encuentro y, aun así, seguían siendo capaces de sobresaltarse al comprobar que el otro había llegado de verdad. Wyeth permaneció un instante más en la escalera, mientras Keating esperaba con las manos enfundadas en los bolsillos. Pero aquello empezaba a parecer ridículo, así que bajó el resto de los escalones y Keating lo abrazó.

—Me alegro de verte —lo saludó.

—Sí, yo también —dijo Wyeth—. Has venido.

—Tal y como prometí.

Keating le había posado una mano en la cintura, pero la retiró enseguida.

—Vamos. ¿Tienes alguna dirección en mente?

Wyeth lo condujo por las puertas dobles y salieron a la calle. Aún sentía la ginebra de antes recorriendo su cuerpo, una calidez que aligeraba la charla. Keating caminaba muy cerca. Desde fuera, podrían haber parecido una pareja, y Wyeth se preguntó qué imagen

proyectaban: dos hombres avanzando juntos, muy cercanos, casi íntimos, sin tocarse, como si pudieran hacerlo en cualquier momento. Con una mezquindad algo absurda, le molestó la apariencia de confort que fingían esos dos hombres. Keating seguía con las manos en los bolsillos. No tenía una expresión cerrada ni hostil, pero sí mostraba cierta inseguridad.

Caminaron hacia el río, en dirección este desde la Primera Avenida. Las farolas arrojaban una luz ámbar estridente y de un blanco cegador que formaba charcos sobre la acera, entre montones de basura y las sombras titilantes de las ratas. Wyeth iba un poco por delante, lo que le hacía sentir que era él quien guiaba, que le tocaba conducir la conversación. Pero no había sido idea suya *hablar*. No del todo. Sí, quería ver a Keating. Sí, esperaba que llegaran a un acuerdo sobre lo que había ido mal entre ellos. Quería todo eso, pero, más que nada, quería que ya estuviera hablado, resuelto, y que pasearan uno al lado del otro, completamente tranquilos. Lo irritaba lo que intuía que vendría a continuación: conversaciones largas y tediosas para repasar una y otra vez los agravios más insignificantes, que apenas merecían ese nombre y que, en su mayoría, eran culpa suya, algo que no le costaba admitir.

—¿Puedo decir…? —empezó.

Estaban en York Avenue. Las palomas, posadas sobre ellos, arrullaban erizando sus plumas. Keating parpadeó despacio, con una expresión que Wyeth reconoció: la misma que debía de usar con sus feligreses.

—Puedes —dijo Keating—. Adelante.

—Bueno, ahora ya no quiero.

Keating se echó a reír. El semáforo se puso en verde y cruzaron. La acera descendía suavemente. Wyeth intentó reducir el paso para que Keating se adelantara, pero, al hacerlo, Keating también aminoró el suyo, y él siguió quedándose delante. Se dio cuenta de que así no funcionaría. No iba a ser fácil. Tendría que sacrificar algo de sí mismo si lo que quería era paz. Se detuvieron bajo un toldo. Habían empezado las obras de un nuevo bloque de apartamentos. Podían oler el calor que desprendía la autovía FDR, el olor extraño y rancio del río, aunque todavía no veían el agua. Keating se quedó de pie,

con las manos metidas en los bolsillos traseros. Los músculos de sus brazos se flexionaban al balancearse. Llevaba los tobillos al descubierto, pues los bajos de los vaqueros le quedaban muy por encima del hueso, y también se había remangado hasta los hombros. Se le veía uno de los lunares rojizos. Estaba tan cerca que casi podía tocarlo. Tenía el pelo húmedo y peinado hacia atrás. Se lo había dejado crecer, y ahora Wyeth podía ver bien que era muy rubio, de un rubio natural, amarillo hasta la raíz, donde se le oscurecía hasta convertirse no en un castaño apagado, sino en un suave color miel. Su mirada no carecía de compasión, pero era penetrante.

—Lo siento —se disculpó Wyeth.

—¿Por qué? —preguntó Keating.

—¿Por todo? Supongo.

—Dime algo concreto por lo que lo sientes.

—Quiero decir… todo —dijo Wyeth—. Por ofenderme tanto. Por desaparecer. Supongo.

—Esta es una disculpa bastante mala. Además, todavía tienes que enseñarme el río.

Wyeth se sintió aliviado. No porque Keating hubiera aceptado la disculpa, pero al menos había reconocido que aquello pertenecía, en términos generales, a la categoría de una disculpa. Siguieron caminando. El río apareció ante ellos, seguido de la FDR, con la velocidad de las luces y el estruendo furioso de los cláxones. Keating se apoyó en la barandilla y miró hacia el sur, hacia la torre del hospital y el túnel, donde los coches tomaban las curvas tan deprisa que parecían levitar. Al otro lado del río, los edificios medianos de Queens y Randall's Island, el humo expulsado por las agujas estriadas de colores. A veces, Wyeth se acercaba allí solo, a pensar y a contemplar los edificios. Cuando se mudó por primera vez, los fotografiaba a menudo; al principio pensaba que miraba hacia Brooklyn, hasta que se dio cuenta de que era Queens. Le gustaba ver las cabinas del teleférico de Roosevelt Island deslizarse por los cables sobre el agua. Y el lento ir y venir de barcos y cargueros, a veces rugiendo, a veces en silencio. Bajo la luz de los hospitales y los bloques de apartamentos, Keating era dorado y de bronce. De

perfil, con el viento, parecía atractivo pero triste, lejano, como una estrella del cine mudo. ¿Qué había en esas películas antiguas que hacía que todos parecieran tristes, incluso cuando eran felices? ¿Era el blanco y negro? ¿El silencio? ¿O era simplemente Wyeth? ¿Era la tristeza la forma particular que tenía él de mirar el mundo? Keating se volvió hacia él.

—Fue una estupidez —dijo—. Nuestra pelea.

—Estoy de acuerdo —respondió Wyeth demasiado rápido—. Quiero decir, sí, me siento muy estúpido por ello.

Keating no contestó enseguida. Miró hacia abajo, a los coches, diminutos desde esa altura, como en un anuncio de juguetes o una película barata.

—De verdad sentía que empezábamos a entendernos —añadió Keating.

—Yo también.

Keating se apoyó en la barandilla y dejó la mano suspendida en el aire. Tenía las extremidades largas, los dedos delicados. Las venas se le marcaban por la presión y la gravedad, largas y azules, bajando desde el bíceps. Hizo un gesto como si removiera algo con los dedos.

—¿Sabes cómo me hizo sentir que dejaras de hablarme?

—¿Aliviado? —se rio Wyeth, pero Keating no lo acompañó—. Mal chiste.

—Si yo bromeara sobre tus sentimientos, te dolería tanto que no volverías a hablarme nunca más —replicó Keating—. No intento herirte ni vengarme. Creo que estás tan… atrapado en tus propios sentimientos sobre ti mismo que no tienes ni idea de cómo haces sentir a los demás.

—Vaya —dijo Wyeth.

Keating se enderezó y lo miró a los ojos. Era una mirada directa e inquisitiva, pero no desagradable. Wyeth sintió la atención de Keating recaer sobre él, desde la coronilla hasta los hombros, las manos, las rodillas y la punta de los pies. Era una sensación cálida, pero chispeante, como un exceso de electricidad estática. Se sintió observado de una manera que no había experimentado en mucho tiempo, y lo que más deseaba era apartarse y esconderse. Nunca

antes se había sentido tan expuesto.

—No quiero ser duro —añadió Keating al cabo de un momento—. Ha sonado feo, lo sé, pero no era mi intención.

—No has sido duro. Has sido honesto acerca de mis defectos.

—Ninguno de nosotros está libre de defectos —aclaró Keating automáticamente—. Desde luego, yo no me considero una excepción.

—Yo tampoco pienso eso de mí.

—Me hizo daño —confesó Keating—. ¿Puedo decirlo?

—Sí —respondió Wyeth.

—Vale. Eso es todo. No es para tanto.

—¿Eso es todo?

—Sí. Pero no puedes tratar a la gente como si fuera de usar y tirar.

—¿Tú nunca has dejado de hablarle a nadie?

—No —respondió Keating. Luego, tras pensarlo—: Bueno, sí, pero siempre pido perdón.

—¿Eso lo mejora?

—No, pero significa que asumo la responsabilidad por el efecto que tienen mis actos en los demás.

Sonrió. Wyeth dio un pequeño paso hacia él.

—No, sigo enfadado contigo.

—Vale.

Pero Keating lo atrajo y lo abrazó. No con una fuerza aplastante, sino de una manera holgada y amable. Wyeth apoyó el rostro en su pecho, cerró los ojos y sintió la punta de la barbilla de Keating sobre su cabeza. Se giraron para mirar el agua y los coches. Al cabo de un momento, Wyeth notó algo cálido y firme que le presionaba la parte inferior de la espalda. Keating estaba excitado. Se preguntó si habría algún reparo moral en que tuvieran sexo ahora que habían hablado. O empezado a hablar. Pero Keating no hizo ademán de apartarse, y al poco rato la erección desapareció. Wyeth supo que, fuera lo que fuere lo que Keating quería, no era sexo. O que el sexo complicaría o interferiría con lo que, en el fondo, realmente buscaba. Wyeth podría haber preguntado. Podría haberse girado y planteárselo directamente. Pero algo le dijo que, si lo hacía, Keating lo besaría, y él le devolvería el beso, y sí, tendrían sexo, pero no encontrarían

aquello que Keating estaba buscando en el agua ni en el rugido de los coches bajo ellos. Ese momento, lo que fuera que contenía, se desvanecería para siempre si se daba la vuelta, porque caerían en lo de siempre: sexo y malentendidos, pero no hablar.

Wyeth aprendió a sentirse cómodo con el estómago apoyado en la barandilla. Aprendió a tolerar su propia erección, una presión incómoda contra el muslo, un latido torpe atrapado en la confusión de la tela. Cuando Keating volvió a excitarse, no dijo nada ni hizo ningún gesto para indicar que lo había notado. Permaneció allí hasta que Keating lo envolvió con fuerza en sus brazos y le besó la parte de atrás de la cabeza.

—Vamos —susurró.

Keating le tomó la mano y caminaron de vuelta hacia la Primera Avenida. Esta vez, Keating iba delante. Wyeth observó el movimiento de su pelo al pasar los coches por el cruce, el balanceo de los hombros, la zancada larga y ligera que lo llevaba arriba y adelante.

Ante la puerta del piso de Wyeth, Keating se detuvo, tarareando, con las manos otra vez en los bolsillos. Wyeth abrió y se volvió. Keating aguardó.

—¿Quieres subir?

Keating hizo un gesto nervioso, colocándose el pelo detrás de la oreja.

—Sí. —Tenía la voz ronca—. Me gustaría mucho.

Subieron las escaleras sin hablar. En el segundo piso, se oían las noticias desde el pasillo. En el tercero, un ruidoso grupo de gente cantaba a voz en grito una canción pop. Planta a planta, ascendieron entre el variado y alegre bullicio de otras vidas, y a Wyeth le pareció que esos desconocidos, de algún modo, los estaban animando. Se sintió estúpido por pensar de una forma tan optimista e ingenua. Pero, aun así, fue agradable. En un día repleto de cosas extrañas y agradables.

Cuando llegaron a su planta, Keating lo detuvo, lo giró y lo dejó con la espalda apoyada en el pomo de la puerta. Lo besó con tanta fuerza e intensidad que le robó el aliento. El estómago de Wyeth se contrajo. Se mareó y, con una vergüenza abrasadora, se dio cuenta de que se estaba *desmayando*. Rodeó con los brazos los hombros de

Keating mientras este lo besaba más hondo y lo apretaba contra sí, e intentó no pensar en lo ridículo que debía de parecer. En lo tonto. En lo absoluta y esencialmente Meg Ryan que se había vuelto todo aquello. No es que se considerara un gay tan cínico, tan avezado a coca y corridas compartidas, como para que la ternura gay lo repugnara. No. Lo que lo avergonzaba era lo mucho que le gustaba, en ese único instante, que lo trataran como a alguien digno de ser besado.



En el apartamento se desnudaron con timidez. Keating se quedó en calzoncillos blancos junto a la ventana, mirando la escalera de incendios y la calle. Wyeth se sentó en el sofá. El cuero se le enganchaba en los muslos. Keating se rascó un punto en la parte inferior de la espalda. Un gesto torpe y entrañable. Luego cruzó la habitación y se sentó en el otro extremo del sofá, con las piernas cruzadas. Apoyó la barbilla en la mano. Sus miradas se cruzaron un instante antes de que Keating apartara la vista. Wyeth quiso decir algo, pero no se le ocurrió qué. Podría haber puesto música, si hubiera sabido qué quería oír Keating. Se frotó las manos sudorosas contra los muslos. Keating, mientras tanto, seguía mirándolo en silencio, con paciencia.

—¿Te apetece algo? —preguntó Wyeth cuando empezó a sentir que se estaba volviendo loco—. ¿Algo que pueda hacer?

—No —respondió Keating con voz calmada—. Quedémonos un momento así.

—Vale, claro —dijo Wyeth.

Pero, cuanto más tiempo pasaban sentados, más extraño le parecía el beso del rellano, como si perteneciera a otro acontecimiento, a un momento distinto.

—¿Enciendo la luz? —preguntó.

—No —repuso Keating, igual de paciente.

La luz del baño de Wyeth entraba suavemente, proyectando unas tenues sombras sobre los labios y el pecho de Keating. Wyeth sentía que él estaba completamente a oscuras. Las cortinas verdes

bloqueaban la luz de la calle. El apartamento parecía muy pequeño y, al mismo tiempo, todo aquello que podría haber usado —sus libros, una revista, cualquier objeto de la mesa— se le antojaba muy lejano. En algún punto detrás de los dientes, enterrado en los senos nasales, algo pitaba sin cesar.

Aunque hacía calor, al estar allí sentados, a oscuras, sintió frío. La piel se le erizó, de modo que, cuando la mano le rozó el muslo, casi se sobresaltó por lo áspera y rugosa que le pareció. Al sudar, podía oler su propio cuerpo, aceitoso, ligeramente agrio. Allí donde los calzoncillos se le clavaban en los muslos, en la unión de las caderas, sentía un calor incómodo que lo devolvió a los veranos de su infancia, cuando los pantalones cortos le rozaban la piel hasta dejarla en carne viva, un color rosado primero, luego más oscuro por el roce. Una vez, se había quejado de ello a su madre, quien al mirar vio una roncha de un rojo intenso, la piel en carne viva de haber corrido sin descanso y que ya empezaba a amarillear por la infección. Aún recordaba el gesto de repugnancia en su rostro cuando se apartó, el escozor del agua oxigenada, aplicada demasiado cerca de los testículos, el cosquilleo de las burbujas sobre la herida. No era un recuerdo en absoluto erótico, y su incomodidad debió de reflejarse en su rostro, porque Keating le preguntó en qué estaba pensando.

—Nada —respondió Wyeth.

—No tienes buena cara. Estás casi temblando.

—Estoy nervioso —admitió Wyeth.

—¿Por qué?

—Porque no sé en qué estás pensando.

—¿Y en qué crees que estoy pensando?

Wyeth rio y luego suspiró.

—La verdad es que no lo sé —dijo—. Me imagino un vacío en el que viven tus pensamientos. Me tranquilizaría *poder* imaginar en qué estás pensando.

—Sinceramente, a veces no pienso en nada —confesó Keating—. Así que, en cierto modo, tienes toda la razón.

—Ojalá tuviera ese superpoder.

—Aprendemos a acallar la mente para poder oír mejor la voz de

Dios —dijo Keating—. Por encima del ruido de nuestra propia conciencia, de nuestros deseos, del tumulto del mundo. En ese silencio es posible discernir Su voluntad.

—¿Os habéis reconciliado? —preguntó Wyeth.

Ahora fue Keating quien rio. Se recostó y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

—No —respondió—. Hace mucho que no oigo Su voz. Aun así, es una herramienta útil para tomar decisiones.

—¿Qué decisión estás intentando tomar?

Keating encogió los hombros, primero con un gesto juguetón y luego más serio.

—Supongo que la decisión ya está tomada. Estamos aquí, desnudos. Creo que estaba esperando el momento adecuado.

—¿Y cuál sería el momento adecuado? —preguntó Wyeth.

Ya no temblaba. Keating se acercó. Sus muslos se tocaron. Sus rodillas también. Keating miraba al frente, en la oscuridad. Wyeth contuvo el aliento y trató de no moverse. Observó el lento movimiento de la garganta de Keating al tragar. Wyeth apenas respiraba, lo que hacía que la respiración de Keating se oyera con más claridad. A lo lejos, en otro apartamento, alguien estornudó ruidosamente. Una puerta se cerró de golpe, arriba o abajo; la vibración recorrió el conducto de aire.

Y, entonces, a través de oleadas de luz grisácea, el rostro de Keating se acercó y tiró suavemente de Wyeth para que se tumbara. Se acurrucaron juntos. Los muslos se deslizaron entre sí, los brazos sobre los hombros, y los vientres se presionaron uno contra el otro. Wyeth era muy consciente de cada una de las dimensiones en las que físicamente era inferior a Keating. Más blando, menos flexible, más tosco, con un pene más pequeño y un pecho menos definido. Afuera, en el mundo, en la calle, en la mirada de la gente con la que se cruzaban, siempre habría un cálculo, una percepción aguda y siempre infalible de la diferencia que mediaba entre ellos. Había una miniatura de ese mundo exterior y de su maldad matemática instalada dentro de la mente de Wyeth. En casi todos los demás aspectos, había aprendido a mirar con sus propios ojos y no con los ajenos. Pero, en ese aspecto concreto, en ese instante, podía sentir

ese inmenso y aterrador par de ojos —los ojos del mundo— observándolos desde arriba, desde abajo, desde todos los ángulos, susurrándole que no estaba a la altura de ese hombre. Pero, con sus propios ojos, vio a Keating acercarse, besarlo, bajarle los calzoncillos, tocarle el pene, tocarle debajo de los testículos, allí donde se abría. En un arrebato de optimismo imprudente, se había hecho una lavativa por si acaso sucedía algo, y por eso estaba agradecido, aunque le ardía mucho cuando Keating lo abrió. Y, entonces, sintió placer y calor.

Keating no se lo folló en el sofá porque era de cuero y el lubricante lo mancharía. Lo hicieron en el salón, Wyeth arrodillado sobre una toalla en el suelo, apoyado hacia delante contra los cojines, y Keating detrás, inclinado sobre él y deslizándose profundamente, mordiéndole el hombro, agarrándole el costado, susurrándole, como si pudieran oírlos: «Wyeth».

En ese momento —ese momento concreto— Wyeth levantó la vista y vio el techo partido en dos por una franja de pálida luz azul; la otra mitad, en la sombra. Al arquear la espalda y sentir cómo Keating lo llenaba por completo, jadeó, estrangulado por la pura intensidad del éxtasis. Keating lo besó una última vez antes de correrse y luego quedaron tendidos en el suelo, aturdidos, calientes, sonrojados. Wyeth le tocó la mandíbula, recorrió con los dedos la barba incipiente y observó el movimiento oscuro y húmedo de sus ojos, y, en ese instante, comprendió que Keating no lo estaba viendo con los ojos del mundo. Lo estaba viendo a él, y Wyeth sintió una tristeza desolada al darse cuenta de que le había llevado todo ese tiempo entender que, hasta entonces, él había mirado a Keating solo con los ojos del mundo y no con los suyos.

Wyeth pensó en los cuadernos y bocetos de Sargent y en Thomas McKeller, su musa negra durante buena parte de los años veinte. McKeller trabajaba como ascensorista en un hotel de Boston, pero ganaba dinero posando para Sargent, cuyos cuadernos y estudios estaban repletos de imágenes de su cuerpo en múltiples posturas, desnudo y vestido. ¿Había pintado Sargent algún cuerpo con más detalle, con más esmero, que aquel? ¿Había conocido algún cuerpo con mayor intimidad que el de McKeller? No era nada nuevo, por

supuesto: artistas blancos y sujetos negros. La manera en que las lecciones aprendidas al estudiar cuerpos negros se reconfiguraban luego en cuerpos blancos. Sargent había convertido a McKeller en figuras de una belleza mítica —todas blancas— salvo en las páginas de sus cuadernos, en esas acuarelas y dibujos, donde la piel, la nariz, el cabello y el prominente arco de la frente de McKeller, toda esa arquitectura personal, permanecía intacta.

Wyeth pensó en la dimensión tan discutida que media entre la mirada negra y el sujeto blanco. Se habían escrito innumerables ensayos, artículos, entradas de blog, se habían grabado vídeos, presentado investigaciones, pronunciado discursos sobre cómo la mirada negra había sido moldeada, colonizada, vuelta contra sí misma, escindida y duplicada, de modo que todo campo visual negro contenía una segunda dimensión secreta e invisible: lo que Wyeth pensaba como los ojos del mundo, lo que Du Bois llamó «la doble conciencia». Llegaba un momento en el que, como artista negro, se suponía que debías superar tu deseo o tu capacidad de ver a personas blancas, y limitarte a producir únicamente la figura negra. Cualquier representación de la blancura se interpretaba como una capitulación a una fase anterior y más burda del desarrollo, una traición primitiva a uno mismo. Lo que se esperaba era que vieras todo y a todos como una variación de lo negro.

A Wyeth eso le resultaba profundamente tedioso, aunque también sospechaba de ese tedio, y a veces se preguntaba si no sería un mecanismo de defensa para protegerse del colapso del ego que implicaba desear penes blancos. Ese era uno de los aspectos más insidiosos del racismo y de la supremacía blanca en general: la forma en que podía introducir dentro de tu cabeza a un hombrecito blanco con quien discutir continuamente hasta el final de tus días, sin haber tenido un solo pensamiento que no fuera sobre la blancura o una reacción a ella; la forma en que convertía las ondulaciones de tu propia subjetividad en algo sospechoso y cuestionable.

Wyeth tenía una idea que quería pintar. Lo cual, probablemente, significaba que debería haberse mantenido alejado de ella. Mejor empezar por un gesto. Mejor huir de la ideología. Pero llevaba tiempo enfrascado en algo en su cuaderno y tenía muchas ganas de

intentarlo, de ver si era capaz de llevarlo a cabo. No sabía si podría, pero estaba cansado de estar tan resentido, de que esa fuera su única función creativa, dedicada a describir con crueldad creciente obras que no le interesaban. No aspiraba a ser *positivo*. No. Eso nunca. Pero quería crear algo más que un régimen de evaluación. Quería hacer algo más que hablar de las cosas. Quería hacer arte. Algo que naciera de su propia forma extraña de sentir ciertas ideas que había heredado sobre su vida y sobre cómo se suponía que debía sentirla.

Volvió a montarse sobre Keating, que yacía debajo, respirando hondo, mirándolo.

—Eh, vaquero —murmuró.

Wyeth se inclinó para besarlo. Primero en los labios, luego en la mandíbula, la frente, el pecho, la garganta. Con cada beso, se prometía aprender a mirar a ese hombre con sus propios ojos. Debajo de él, Keating empezó a excitarse de nuevo. Wyeth no se le había subido encima con una ambición clara. No exactamente. Pero Keating tenía los ojos entornados, cargados de deseo, y sus labios, hinchados y enrojecidos.

—No empieces algo que no puedas terminar —dijo, somnoliento.

Wyeth bajó la mano hacia la erección de Keating: aún conservaba el calor de su interior. Se alzó un poco y fue descendiendo centímetro a centímetro, volviéndolo a tomar, y, cuando lo tuvo completamente dentro, se obligó a permanecer muy quieto y callado. Vio cómo a Keating se le tensaba la mandíbula. Cómo le temblaban los párpados al abrirse y cerrarse. Y, al cabo de un momento, empezó a moverse muy lentamente, hasta que Keating le clavó los dedos en las caderas y se incorporó de golpe.

—Si no paras, vas a hacer que me avergüence.

Así que esperaron. Muy quietos. Muy callados. Y, un instante después, volvieron a empezar, más despacio, hasta que Keating empezó a jadear y a pedirle que no se detuviera, y luego, cuando Keating volvió a correrse, Wyeth le besó la frente y lo abrazó con fuerza.

Se ducharon por separado. Primero, Wyeth. Cuando Keating salió del baño, Wyeth estaba mirando el libro de grabados que le había regalado Olin-Noah. Deslizaba el dedo alrededor del dibujo de un barco. Keating se sentó en el borde de la cama y se sacudió el pelo.

—No tienes secador —dijo.

—No lo necesito mucho, lo siento —respondió Wyeth.

Keating apoyó la cabeza sobre el vientre de Wyeth mientras este seguía mirando el libro. Al cabo de un rato, le preguntó si podían dormir.

El tono somnoliento de su voz enterneció profundamente a Wyeth.

—Vale —accedió.

Keating durmió sobre las sábanas; Wyeth, bajo la sábana de verano.

—No entiendo cómo puedes dormir con sábana *y* ventilador, es totalmente contrario al sentido común —dijo Keating.

—Me gusta tener frío, pero me siento desnudo sin una sábana. Dormir sin ella me resulta raro.

—A mí me da demasiado calor.

—¿Quieres que duerma en la otra habitación entonces?

Estaba oscuro, pero podían verse en la luz azul que entraba del callejón. Keating lo atrajo hacia sí y le acomodó la cabeza contra el pecho.

—No —dijo—. Quédate aquí.

Al poco rato, Wyeth oyó cómo la respiración de Keating se volvía profunda, ya dormido. Trató de calmar la mente. De encoger sus pensamientos, sosegarlos, paralizarlos. Pero, aun así, se agolpaban y arremolinaban, como las virutas de goma con las que limpiaba las litografías. Siguiendo el movimiento de esa pálida nube gris en la oscuridad de su mente, encontró un ritmo agradable y se sumergió, lentamente, por fin, en el sueño.

CAPÍTULO TRECE

Wyeth estaba fumando en el callejón cuando llegó Keating. Le había escrito mientras venía para preguntarle si estaba libre esa tarde.

Durante las dos últimas semanas, habían estado en contacto casi constante. Mensajes. Visitas al colmado para comprar cigarrillos. Para comprar una nueva pera de enema —la primera de Keating—. Para comprar lubricante. Para comprar bollería. Comer sopa de bolas de *matza* en la cafetería que le gustaba a Wyeth. Pero todavía no había ido al piso de Keating. Aún no había conocido a sus amigos. Ni siquiera sabía cómo se llamaban.

Keating dijo que disponía de algo de tiempo antes de tener que ir a Brooklyn a ayudar a poner unos ladrillos para un pozo de fuego que estaba construyendo un amigo.

No le molestaba a Wyeth, no del todo, que Keating no lo invitara a acompañarlo a Brooklyn a hacer ese pozo de fuego. Hasta ese momento, había aceptado a Keating tal como había aparecido: surgido extrañamente de la noche aquella primera vez, como el único superviviente de alguna historia misteriosa. Pero ahora, al enfrentarse al hecho de que *había* otras personas en su vida, gente a la que veía y visitaba, con la que seguía en contacto, Wyeth empezó a preguntarse cómo se movía Keating por el mundo. No se seguían en redes sociales.

—¿Cómo sabes tanto de albañilería? —preguntó Wyeth mientras subían las escaleras.

—Parte de mi ordenación fue en un pueblecito cerca de Ruan. No había gran cosa que hacer cuando no estaba dando clase o celebrando ritos, así que empecé a juntarme con unos ancianos. Ellos me enseñaron.

Sus pasos resonaban en la escalera. Entraba tanta luz por las

ventanas que Wyeth tuvo la vaga sensación de estar en el campanario o en la nave de una iglesia. Pero enseguida se dio cuenta de que esa era una imagen muy protestante. Las iglesias protestantes eran luminosas. Las católicas, no. Al menos, no según su experiencia.

—¿Aprendiste a poner ladrillos de un grupo de ancianos?

—Sí. También me enseñaron a hacer salchichas de cordero, pero esa es otra historia.

—¿Y ahora vas por Manhattan poniendo ladrillos?

—No —repuso Keating—. Solo cuando me lo piden. Me gusta ser útil.

Cuando llegaron a la planta correcta, Wyeth abrió. El estudio tenía un aspecto luminoso y había aireado el olor a rancio tras haber estado varios días cerrado. Keating se detuvo en la puerta para mirar alrededor. Examinó los libros de la estantería del rincón mientras Wyeth acercaba un taburete a la ventana. Keating llevaba unos vaqueros claros cortados a mitad del muslo, unas botas de trabajo y una camisa verde salpicada de motas de pintura blanca. Wyeth percibió el olor a alcohol de su desodorante.

—Sabes —dijo Wyeth—, vistes exageradamente gay para alguien que hasta hace nada era sacerdote.

Keating se volvió hacia él riendo.

—Eso ha sido muy gratuito.

—No, es que se me acaba de ocurrir. Vistes… muy bien. ¿No estabas hasta hace poco comprometido con Cristo?

—No todos los curas visten mal —señaló Keating—. Somos como cualquier otra persona. Ellos. Ellos son como cualquier otra persona.

Se quedó algo sobresaltado por ese desliz. Wyeth se arrepintió de haberle tomado el pelo.

—Perdona —se excusó—. Ven, siéntate.

Keating se quedó quieto un momento. Ahora parecía cohibido de una forma que no lo estaba segundos antes, y Wyeth supo que había cruzado una línea. Había señalado algo respecto a lo cual Keating solo aparentaba estar cómodo.

—No debería haberlo dicho —añadió—. Lo siento.

Keating asintió. Luego cruzó la habitación. Rodeó el taburete y se

colocó muy cerca de él, tan cerca que Wyeth podía sentir su aliento. Se miraron mientras Keating se sentaba y se echaba el pelo hacia atrás. El gesto tensó los músculos de sus brazos, y Wyeth sacó el teléfono para capturar ese instante: la luz en el pelo de Keating, el movimiento de su mano, la tensión de los dedos, el modo en que abrió los ojos, sorprendido, cuando Wyeth tomó la foto.

—¿Y todo esto para qué es? —preguntó—. ¿Vas a pintarme?

—Algo así —respondió Wyeth—. Relájate.

Keating cruzó los brazos y fingió concentrarse en algo. Era un poco cursi.

—No así.

Keating se rio. Wyeth tomó otra foto.

—Entonces háblame —propuso Keating—. Es más fácil si me hablas.

—¿De qué?

—De lo que sea. De ti. No sé nada de ti.

—Soy de Virginia.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Y cómo era eso?

—Muy aburrido —dijo Wyeth.

Se había colocado detrás de Keating y había hecho una foto de la parte posterior de su cabeza mientras miraba por la ventana. El encuadre lo capturaba de cintura para arriba: la amplitud de su espalda y sus hombros, la suavidad de su pelo graso.

—No se te nota el acento.

—Ya no se le nota a nadie el acento. Excepto a los pobres.

—¿Y tú no eras pobre?

—Lo suficiente —contestó—. Pero fui a un buen colegio.

—Entonces, lo escondes.

—No —respondió Wyeth, sorprendido—. No lo creo, en cualquier caso. Creo que, con el tiempo, si finges ser algo que no eres, eso acaba convirtiéndose en tu esencia. Probablemente.

Un tímido gesto de compasión suavizó el rostro de Keating.

—Eso es horrible —dijo.

—No lo sé. Creo que es humano, ¿no? ¿No funciona así la moral?

—No hablemos de moral.

—¿Y eso por qué?

—Porque es aburrida.

En ese momento, a Keating se le iluminaron los ojos. Wyeth se acercó mucho con el teléfono y le sacó una foto solo de los ojos. Luego se apartó y le hizo otra de todo el rostro, con esa expresión de perplejidad.

—¿Para qué me estás pintando?

—Es mejor no hablar de eso. Ya estoy pisando un terreno bastante incierto.

—¿Qué quieres decir?

—Que no lo tengo claro —repuso Wyeth—. Solo sé que quiero pintarte. Y necesito puntos de referencia.

Fue entonces cuando Keating se relajó un poco. Ensanchó los hombros y enderezó la espalda. Dejó caer las manos sobre el regazo y levantó una pierna, mientras Wyeth tomaba varias fotos más. Luego le pidió que se quitara la camisa. Keating lo hizo con un entusiasmo casi infantil, pero, una vez desnudo, se volvió muy tímido. Un rubor se le extendió por el cuello y el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Wyeth.

—No sé —dijo, tapándose la cara—. Me siento como si fuera virgen.

Aquella palabra quedó suspendida en el aire de una forma extraña, afectándolos de manera distinta a cada uno. Wyeth contuvo las ganas de echarse a reír. Keating se replegó ligeramente sobre sí mismo. Wyeth pudo sentir que algo en él se alejaba.

—Quiero decir que me siento como… como un crío torpe. ¿De verdad necesitas ver mis michelines?

—¿Qué michelines? —preguntó Wyeth—. ¿Hablas en serio? No tienes ninguno. Si abrieras ahora mismo una aplicación de citas, el móvil te explotaría. —En ese momento, algo encajó en la mente de Wyeth—. Espera, ¿por eso usas un móvil viejo?

—Para —pidió Keating. Se puso la camisa de nuevo—. ¿Tienes ya lo que necesitas?

—Sí —dijo Wyeth—. Gracias por tu servicio.

Keating sentó a Wyeth en su regazo y lo besó en el hombro, luego

en el cuello.

—¿Para quién estás construyendo el brasero?

Keating *no* le había pedido a Wyeth que lo acompañara, y Wyeth se había ofrecido a ayudar a cambio de las poses. Keating simplemente había negado con la cabeza y había dicho que no era necesario.

—Unos tipos que conozco. ¿Estarás libre más tarde? ¿Seguirás por aquí?

—No lo sé —respondió Wyeth—. Igual salgo. A ver quién anda por ahí.

—¿Y tus compañeros de estudio…?

—No lo sé.

Entonces se levantó de su regazo. Keating daba vueltas en el taburete mientras Wyeth enviaba las fotos al ordenador para ajustarlas mientras aún tenía frescas las imágenes originales en la cabeza. Se inclinó sobre el portátil, deslizando los controles de cambio después de importarlas a Lightroom.

Wyeth miró por encima del hombro. Keating seguía girando, con la cabeza echada hacia atrás, mirando al techo. Dios, era como un crío. Un niño. Parecía completamente satisfecho. Wyeth sacó una foto de ese momento: la cabeza de Keating ladeada hacia atrás, los ojos cerrados, la boca esbozando una sonrisa tímida. El taburete crujió y chirrió hasta que Keating se detuvo. Tenía los ojos brillantes y desenfocados.

—Qué mareo —dijo riendo.

Wyeth le frotó la cabeza y Keating le metió las manos bajo la camisa. Estaban cálidas y firmes. Le levantó la camiseta y le besó el vientre, y Wyeth suspiró al notar su tacto. Le pasó las manos por el pelo mientras Keating empezaba a desabrocharle los vaqueros.

—No —lo interrumpió Wyeth—. Aquí no.

Keating hizo un mohín.

—¿Por qué?

—No quiero generar una conexión.

—¿Y eso qué significa?

—Recordaré mi polla en tu boca cada vez que entre en este estudio —respondió—. Y eso es una situación lamentable si lo que

quieres es pintar.

—¿No va la pintura de lo libidinal? —preguntó Keating—. Creo que leí algo así en una biografía.

—Sí, pero eso requiere sublimación.

Keating dejó de desabrocharle los vaqueros. Wyeth ya estaba excitado. La mano de Keating reposaba sobre el bulto que asomaba a través del pantalón.

—Vale.

Se tumbaron en el sofá, bajo el ventilador grande. Keating apoyó la cabeza en el pecho de Wyeth y se quedaron amodorrados un rato.

—Esto también está generando una conexión ahora mismo —dijo Keating.

—Cierto —admitió Wyeth—. Debería haber aceptado la mamada.

—Tú te lo pierdes. Ahora esta imagen te va a perseguir.

—No me importa.

Y se dio cuenta de que era verdad. No le molestaba la idea de pensar en esa imagen cada vez que entrara en el estudio. No estaba exenta de complicaciones. Siempre existía la posibilidad de que dejaran de hablarse otra vez, o de que se pelearan de algún otro modo, y que ese recuerdo se volviera una carga. Pero esa era la historia de la conexión humana, la parábola de toda relación. No, no era lo más práctico del mundo. Casi sin duda, era demasiado y demasiado pronto. Pero allí, tumbado bajo el peso de Keating y el calor ambiental del verano que se elevaba de todas las superficies, la posibilidad de que algo saliera mal entre ellos parecía muy remota.

—Puedo notar que le estás dando vueltas a la cabeza —comentó Keating.

—Ah, ¿sí?

Keating giró la cabeza hacia el otro lado para mirar por la ventana.

—Tengo que irme pronto. No quiero, pero supongo que debería.

—¿Vais a cocinar algo después de hacer el pozo?

—Sí —respondió Keating—. Vamos a hacer salchichas. Beberemos cerveza. Será una fiesta en toda regla. Pero, si estás libre, si andas por ahí, iré a buscarte.

—Olerás a humo —dijo Wyeth.

—Nada nuevo.

Wyeth se rio. Le frotó la nuca.

—Vale —accedió—. Pero no sé dónde estaré.

—Para eso el Señor nos dio los teléfonos móviles —dijo Keating.

Pero no se fue. Siguió tumbado allí, aplastando a Wyeth contra el sofá, que se hundía sobre sí mismo.

—No se te da muy bien eso de ponerte en camino —bromeó Wyeth.

—Estoy cómodo. Me gusta esto.

Cuando Keating levantó la vista, el pelo le caía sobre el rostro. Tenía aquella sonrisa boba detrás de una maraña de pelo rubio. Wyeth se lo apartó con un dedo y vio sus ojos adormilados. Se besaron. La mano de Keating volvió a deslizarse por el interior de los muslos de Wyeth, que se arqueó levemente, dejando escapar un suspiro.

—Podríamos hacerlo rápido —dijo Keating.

—No —respondió Wyeth.

Keating asintió. Luego, con mucha delicadeza y madurez, se soltó y se puso en pie, estirándose.

—Acompáñame abajo —le pidió.

Wyeth lo acompañó hasta la calle. Fumaron otro cigarrillo juntos, de pie en el portal, mientras Keating apoyaba la mano en la parte inferior de la espalda de Wyeth. Luego Keating bajó a pie de calle y se despidió con un gesto.

Keating se alejó despacio calle arriba y desapareció. Wyeth se quedó allí un momento, pensando en la imagen de la espalda de Keating alejándose, y también en la imagen de él dando vueltas en el taburete de arriba, en su aliento cálido y cercano cuando estuvieron a punto de follar en el sofá del estudio. Algo en esa sucesión de imágenes, en su despliegue gradual, le resultaba urgente y vivo. Pero, más aún, lograba que ya echara de menos a Keating. Intentó mantener a raya esa sensación. El doloroso momento del duelo al echar de menos a alguien a quien volvería a ver en cuestión de horas. Estaba fatal. Fatal de verdad.

Subió corriendo las escaleras, de dos en dos. Imprimió algunas de las fotos de referencia y las extendió por el suelo como si estuviera leyendo una tirada de tarot. No sabía qué signos buscaba. Cuando

las hubo dispuesto todas, las recogió, las giró boca abajo y las barajó. Luego las volvió a colocar al azar. Repitió el gesto una y otra vez mientras el sol surcaba lentamente el cielo. La luz se atenuó, luego cobró profundidad. Las sombras de las fotos se tornaron más densas.

Wyeth se sentó en el suelo y siguió contemplando las fotos, moviéndolas de lugar. Intentó hallar otro patrón. Otra señal. Otro presagio. Pero no dio con ninguno.

Entraron en el parque cerca de Albertine. Keating quería ir hacia el norte; Wyeth prefería ir al oeste y al sur, pero, como el día anterior habían hecho el recorrido que prefería Wyeth, esta vez se dirigieron al norte, hacia el estanque.

Wyeth no estaba en muy buena forma y, sí, había fumado demasiados cigarrillos ese verano como para confiar en su capacidad de correr y mantener una conversación a la vez. Cuando Keating se giró para decir algo, Wyeth negó con la cabeza. Keating se echó a reír.

Correr había sido idea de Keating. Wyeth sentía una furia muda al constatar que, después de una semana de ejercicio, se encontraba mejor: la mente más afilada, la vista más aguda, un poco más consciente de su propio cuerpo. Había sido una semana de beber agua y hacer estiramientos, correr por la mañana —a veces por la tarde—, comer verduras, todas esas cosas que se esfumaban cuando se deprimía o se sentía mal consigo mismo, las cosas más fáciles de arreglar y, a la vez, las más difíciles de sostener en el tiempo. Ejercicio y aire fresco, quién lo diría. Keating había intentado que dejara el café, pero eso era impensable. «Quizá solo dos tazas por la mañana», había propuesto. Wyeth frunció el ceño. Ahí terminó la conversación.

Corrieron bajo un árbol enorme de hojas anchas donde unas chicas se grababan mientras hacían un baile que Wyeth supuso que venía de internet. Luego estaban los perros sueltos, que corrían de un lado a otro con una felicidad frenética, mientras sacudían la

cabeza con tanta violencia que parecía que fueran a convulsionar. Era media mañana, hacía fresco y una luz nítida pero saturada se derramaba sobre el mundo. Pasaron junto a bancos ocupados por parejas y personas solas, grupos de mujeres con carritos aparcados mientras los niños rodaban y chillaban por la hierba. Las mujeres hablaban francés y español. Una mujer asiática mayor estaba sentada con las piernas cruzadas, leyendo un libro que parecía estar en coreano, pero al pasar ellos levantó la vista con rapidez. Keating le guiñó un ojo.

Esa mañana, Keating le había comprado su primer bote de protector solar.

—Las personas negras también pueden contraer cáncer de piel —le había dicho.

—Ya lo sé —había respondido Wyeth, cohibido.

Keating le había untado la crema por el cuello y los hombros, los brazos y la frente. Wyeth se había sentido como un niño pequeño. No había nada sexual en la forma en que Keating le frotó la loción en los muslos y por la parte posterior de las piernas, y, aun así, podía sentir su aliento sobre la piel, la forma como se volvía cálido y pesado contra la capa de crema. Cuando terminó, Keating le pidió que le diera en la espalda, el cuello y los hombros. Se levantó el pelo para que pudiera hacerlo.

Ahora Wyeth estaba preocupado porque notaba el sudor que le resbalaba por la frente. Podía oler el protector solar —intenso, cítrico — y pensó que le entraría en los ojos. Pero el sudor se deslizó hacia los lados, lejos de las pestañas. Al otro lado del estanque, detrás del embarcadero, elevados y apartados de todo, se alzaban tres edificios antiguos, elegantes, como sacados de una película. Era uno de esos rincones de Nueva York que se parecían a sí mismos, uno de esos momentos en que tenías la sensación de estar viviendo un sueño extraño. Cerca del agua, algunas personas empujaban barquitos de juguete al estanque. Los patos se deslizaban y las golondrinas bajaban en picado para atrapar libélulas suspendidas en el aire. Wyeth sentía el suave impacto del suelo bajo los pies cuando pasaban de la tierra al asfalto. Allí también la gente posaba para sacarse fotos o grabar vídeos. A lo lejos, sonaba música alta y

festiva.

Era la temporada de las fotos de boda y las quinceañeras. De los globos con forma de animales y los granizados. De mango y papaya. Churros. De botellas de agua compradas en neveras portátiles. De gente que pilotaba drones y lanzaba pelotas. De la felicidad exuberante del final del verano, cuando la estación aún no ha llegado a su fin y se encuentra en su apogeo.

No eran los únicos corredores. Parecía que todo el mundo hubiera sido liberado de sus cubículos y responsabilidades y que la ciudad entera hubiera descendido sobre los estanques, los campos y los senderos, la pradera y The Ramble: habían venido a tumbarse sobre las rocas y a tomar el sol, a lanzar y ser lanzados, a rodar por el suelo y golpear el aire con los puños. Sí, esos cientos de personas habían venido tras un largo cautiverio; habían venido y allí estaban, corriendo, riendo, persiguiéndose y agarrándose de las camisetas, las manos y los hombros.

Wyeth no dejaba de mirar a todas las personas con las que se cruzaban. Se giraba para observar cómo corrían y saltaban. Les prestaba a todos, a todo, una atención absoluta, dejándose atravesar por ello, y lo disfrutaba tal como era: el simple hecho de ver y ser visto, todo en una suerte de relación. ¿Era eso estar en el mundo? ¿Saber que uno ocupa algún lugar en él? Wyeth sentía envidia. Quería descubrirlo por sí mismo. Sentirlo *en* algo. Pero rara vez se sentía así. Rara vez podía afirmar siquiera que se sentía conectado a la gente a la que más quería o mejor conocía. A veces, se preguntaba si no era todo eso algo que lo superaba. Pero, al ver cómo se le iluminaba el rostro a Keating cada vez que se cruzaban con alguien —ese breve instante de reconocimiento, cuando les devolvía la sensación de que sí, tú, ahí mismo, eres real, estás en el mundo—, pensó: *Qué cosa tan hermosa, tan mágica*. Se preguntó cómo había aprendido Keating a hacer eso, si lo había aprendido o si formaba parte de aquello que había descendido sobre él y lo había llamado al ministerio. Si no sería eso, en el fondo, conocer a Dios.

—Descansemos un rato —propuso Keating.

Iban aminorando la marcha. Habían llegado a las escaleras que daban a la fuente. Abajo se desplegaba una estampa digna de un

gran cuadro histórico: el ladrillo de un rojo intenso, la piedra verdosa, los blancos borbotones de agua. Críos que trataban de meterse en el agua. Y la línea de árboles verdes a lo lejos, rozando el cielo con sus copas.

Se sentaron en el banco desde el que se dominaba la plaza. Llevaban corriendo unos treinta minutos. Keating se tumbó, apoyó la cabeza en la rodilla de Wyeth y cerró los ojos. Wyeth podía ver los restos blancos de protector solar en su frente. Su respiración se ralentizó y se hizo más profunda. Wyeth sintió cómo su pulso descendía hasta un latido regular, cómo desaparecía el color rojizo que había empezado a teñir los límites de su visión, mientras el mundo se volvía más claro y nítido. Le ardían las rodillas, aunque era agradable; sentía el impacto del suelo como una suave reverberación en sus tendones y músculos. El calor húmedo del pelo de Keating sobre su rodilla, el rubor de sus mejillas, la blanca palidez de sus muslos bajo los pantalones cortos de correr.

—¿Trabajas hoy en la zona alta o en el centro? —preguntó Keating.

—En el centro —dijo—. Bernard ha vuelto.

—Suena a título de obra: *Bernard ha vuelto*.

Wyeth rio.

—Sí, supongo que sí. Vive un poco como en una obra de teatro. Ha estado casi un mes en el norte del estado.

—Un mes —repitió Keating en voz baja.

Wyeth sabía que estaba calculando el tiempo que llevaban conociéndose ellos también: más o menos un mes.

—En verano, el tiempo es un engaño —dijo Wyeth—. Hay muy pocos puntos de referencia. Todo queda apelmazado y es imposible ordenar nada. ¿Fue hoy cuando me encontré a alguien conocido en Canal, o fue ayer o hace cinco semanas? ¿Fue hoy el incendio? ¿O el derrumbe del aparcamiento en Chinatown? ¿Fue hoy cuando el gobierno anuló el caso Roe contra Wade?

Al oír esto último, Keating se puso tenso y se incorporó.

—Sí —repuso.

A Wyeth se le ocurrió —por primera vez, con una punzada de vergüenza— que Keating y él muy probablemente pensaban cosas distintas respecto al final de Roe y a la supuesta legalidad del aborto

en todo el país. Tenía esa costumbre solipsista, lo sabía, de asumir que la gente de su generación compartía más o menos el mismo esquema moral y un ateísmo banal. También tenía que ver con que todavía no sabía muy bien cómo manejar todo el asunto de los jesuitas: a Keating no le gustaba hablar de ello, aparecía en sus conversaciones de manera indirecta, intermitente, y casi siempre acababa en largos silencios. Pero sí, allí, en el parque, con vistas a la fuente, mientras los niños jugaban, la gente posaba para hacerse la foto de familia y una gran comitiva de boda, más atrás, junto al agua, acompañaba a una mujer con un vestido blanco enorme, que tenía gracia para posar con las manos colocadas delante del vientre; mientras todo giraba a su alrededor hasta el punto de que le parecía que sus pensamientos hablaban desde el propio mundo, Wyeth comprendió que no solo Keating y él probablemente pensaban cosas muy distintas sobre la decisión Dobbs, sino que quizá habitaban sistemas de experiencia totalmente distintos.

Wyeth siempre había pensado que la creencia era una especie de filtro superficial superpuesto a la mirada que uno tenía sobre el mundo. Que creer era, simplemente, una orientación hacia las estructuras externas de la vida. Pero ahora, en la manera en que Keating se había incorporado al oír «Roe», en cómo miraba a los niños pequeños que jugaban junto a la fuente, Wyeth entendió que no se trataba solo de eso. Que la creencia no se limitaba a ordenar los fenómenos cuando estos ocurrían y fluían hacia el interior de una persona, sino que era en sí misma una categoría de fenómenos. Uno no se oponía a Roe únicamente porque creyera que las mujeres no tenían derecho a la autodeterminación. Algunos lo hacían, lo sabía. Pero no todos. *Creer en Dios*, pensó Wyeth. No consistía solo en saberse las oraciones. Conocer los rituales. Comulgar. Venía acompañado de una sensación del misterio profundo y eterno que operaba detrás y a través de todo. Y la fe de uno en Dios traía consigo otras relaciones que no podían cortarse por conveniencia.

—¿Fuiste a esas protestas? —preguntó Keating.

Miraba por encima del hombro. Su mirada era firme.

—No a propósito —repuso—. Estaba haciendo fotos en Union Square y, de repente, allí estaba toda esa gente.

Keating asintió.

—Yo fui —susurró.

—¿A propósito?

—Sí. Para dar testimonio.

—Entiendo que no comulgas con lo que la gente protestaba —dijo Wyeth con cuidado.

—Sé lo que me estás preguntando, pero creo que es la pregunta equivocada.

—¿Por qué?

Keating apoyó la barbilla en la mano y suspiró. Volvió a mirar la plaza, a los niños.

—Si me preguntas si creo que el aborto está mal, la respuesta es sí —confesó—. Creo que es horrible.

Wyeth sintió un frío intenso, pero guardó silencio. Intentó mantener la mente en calma para no precipitarse a pensar ni decir nada sin haber escuchado del todo lo que Keating trataba de decir.

—Pero eso no significa que deba sentarme a juzgar a otra persona. Desde luego, no puedo hacerlo si no estoy dispuesto a mirarla a los ojos y sopesar sus sentimientos, sus pensamientos, sus convicciones. Y, desde luego, no puedo exigirle a nadie que renuncie a lo que considera sus derechos humanos en nombre de mis propias convicciones. No me corresponde a mí decidirlo.

—Entonces ¿quién decide?

Keating sonrió.

—Dios decide.

—Eso se carga un poco el libre albedrío —apuntó Wyeth.

—¿De verdad crees en el libre albedrío?

—¿Y tú no?

Keating dejó escapar un murmullo pensativo.

—A veces pienso que los ateos se imaginan a sí mismos como los grandes fieles del libre albedrío. Pero luego van por ahí regalando su capacidad de actuar y su poder, atribuyendo una fuerza determinista a todos los sistemas: el capitalismo, el patriarcado, el racismo, el nacionalismo blanco. Y es como… vosotros no creéis para nada en el libre albedrío.

Wyeth se rio.

—La teología atea del dinero.

—Exacto —dijo Keating.

—Entonces, fuiste a las protestas ¿para qué?

—Para mirar a la gente a los ojos. Para ser testigo de su poder de autodeterminación. Y también para escuchar lo que tenían que decir. Puedo creer que el aborto está mal. Y puedo creer que retirarles a las personas la capacidad de actuar también está mal.

—Curioso para un sacerdote —señaló Wyeth.

—Bueno, todos somos imperfectos —respondió Keating—. Dios nos quiere de todas formas. —Esbozó una sonrisa ladeada, con una mirada juguetona, y añadió—: O eso me han dicho.

—Claro, vosotros seguís peleados.

—Sí —afirmó Keating.

—¿Por ahora o de forma indefinida?

—No lo sé —respondió—. El cobertizo sigue a oscuras.

Bajaron hasta la fuente. La neblina de agua les refrescó el rostro. Una familia vestida con las camisetas de los Wisconsin Badgers miraba alrededor. Keating se acercó.

—¿Quieren que les haga una foto? —preguntó.

La mujer, rubia, de mediana edad, asintió enseguida.

—Muchas gracias —respondió—. Nos vendría genial.

Tenían dos hijos grandes, más altos que los padres, con el gesto huraño de los adolescentes, y una hija menor, asiática, de pelo negro y liso. Se apiñaron para la foto: los chicos grandes detrás, los padres en medio, la niña delante. Keating los movió un poco hacia la izquierda para que quedaran justo delante del chorro de la fuente. Se mostraban muy cómodos con él, incluso los chicos cruzaron los brazos sobre el pecho como dos porteros de discoteca. La niña lo miraba con una sonrisa radiante. Wyeth pensó que así debía de haber sido Keating en el seminario y en su parroquia antes de marcharse: un joven atractivo y afable que irradiaba calidez. Cuando terminó, les devolvió el móvil.

—He sacado un montón.

—Lo has hecho como un profesional —dijo Wyeth—. Muy bien.

—Tengo muchas tablas.

—Se nota.

Compraron botellas grandes de agua y bebieron mientras caminaban hacia la salida del parque. No hablaron demasiado. El sudor de los hombros y el cuello se les secó. Wyeth notaba cómo se le cuarteaba el protector solar.

—¿Qué haces hoy? —preguntó.

—Ayudo a un amigo con un muro de jardín —respondió Keating.

—¿Un qué?

—Hay un huerto comunitario cerca de Prince Street. Necesitan ayuda para reparar uno de los muros de piedra.

—Te estás convirtiendo en picapedrero. Hogueras, muros… ¿hay algo que no sepas hacer?

—Muy gracioso —dijo Keating—. En fin, no es gran cosa, así que pensé en ir. No creo que me lleve todo el día.

Un silencio. Un instante. Se acercaban a la salida.

—Podrías pasarte por la galería —propuso Wyeth—. Si terminas pronto. Nos vendría bien la altura extra.

Keating asintió.

—Puede ser —accedió—. ¿Te parecería bien?

—¿El qué?

—Conocer a tu amigo. Conocer a *Bernard*.

—Ya has conocido a mis amigos —dijo Wyeth—. Aki y Ferd.

—Pero tú mismo dijiste que no eran realmente tus *amigos*. No como Bernard.

—¿Estás intentando librarte? No tienes por qué.

Keating suspiró.

—No, solo digo…

—¿El qué?

—Que conocer a tu amigo… no es poca cosa.

—Eres tú el que no quiere que yo conozca a los tuyos. Yo estoy indeciso —admitió Wyeth.

—No he dicho eso. —Keating se detuvo—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque, literalmente, nunca he conocido a ninguno de tus amigos —repuso Wyeth.

Keating miró la botella de agua. Estaban cerca de los bancos, con un nuevo relevo de niñeras, *au pairs* y cuidadoras.

—No es eso. No tengo tantos amigos, no como tú.

—Yo tampoco tengo tantos amigos —insistió Wyeth—. No discutamos.

—Vale —replicó Keating—. Vale, no. No quiero.

—Ven si te apetece. Si estás muy liado, no pasa nada. Pero a Bernard le encantaría conocerte, seguro.

—¿Sí? —preguntó Keating.

—Dios, no seas tan inseguro.

Keating sujetó a Wyeth con una llave de cabeza mientras esperaban a que el semáforo se pusiera en verde.

—No lo soy —replicó—. Me gusta oírte decir cuánto te gusto.

Hacía unos días que Bernard ya había vuelto, aunque no se habían visto.

—Necesitaba descansar —dijo sin una pizca de ironía—. Las vacaciones son agotadoras.

—Me lo imagino —bromeó Wyeth—. Debe de ser durísimo estar semanas en una mansión enorme rodeado de hombres guapos.

—Exacto. Lo has entendido a la perfección.

Tomaron café cerca de la galería porque Bernard quería apurar sus últimos días de libertad. Tenía el aspecto de alguien a quien le habían quitado algo: las mejillas hundidas, los ojos oscuros, los labios secos. Estaba delgado y se comportaba como un pájaro nervioso. Cuando el barista volcó el poso del expreso en el cubo con un golpe metálico, dio un respingo.

—Por Dios, ¿qué ha pasado ahí arriba? —preguntó Wyeth.

Bernard le agarró la muñeca y lo miró fijamente.

—Qué cosas he visto.

—Empiezo a sentir que estamos en *Jane Eyre*.

—No soy tan «mulata trágica» —dijo Bernard—. Yo me imagino más bien como Heathcliff. Estamos en *Cumbres borrascosas*.

Wyeth no estaba seguro de entender la diferencia material entre *Jane Eyre* y *Cumbres borrascosas*. En su cabeza compartían la misma vibra. Pero la palabra «mulata» le resultó tan graciosa y genuina que se dobló de risa, jadeando. Se le anegaron los ojos de

lágrimas y sintió cómo la nuca se le cargaba de un calor palpitante. Tenía la vista borrosa.

—Dios mío —dijo—. Qué absurdo.

—Existe esa palabra —se excusó Bernard—. No me la he inventado.

Bajaron la calle café en mano. Wyeth aún se enjugaba las lágrimas de los ojos. Cada dos por tres, recordaba la absoluta seriedad con la que Bernard había abordado la cuestión de hasta qué punto se consideraba a sí mismo una mulata trágica. El modo en que, al concebir su vida como la trama de *Jane Eyre*, se identificaba instintivamente no con la heroína epónima, sino con la loca encerrada en lo que la gente llamaba «el desván». Durante los últimos años, quizá durante las últimas décadas, las mujeres blancas vinculadas a las industrias culturales estadounidenses habían abrazado la causa de Bertha Mason como ejemplo canónico del arquetipo de la mujer loca recluida en el piso de arriba: la mujer «demasiado sensible», «demasiado brillante», «demasiado furiosa» como para que el mundo la contuviera, y por ello encerrada. Tal vez tenía que ver con la novela de Jean Rhys, esa reescritura de *Jane Eyre* desde la perspectiva de aquella pobre mujer cuyo marido la había mantenido prisionera. Bertha se había convertido en una especie de controversia cultural para cierto tipo de mujer creativa que sentía que sus ambiciones habían sido sofocadas por el conformismo, el patriarcado o, cada vez más, por el cambio climático y la ausencia de un sistema sanitario universal. A Wyeth le parecía gracioso que Bernard, al identificarse instintivamente con Bertha Mason y luego declararse distinto de ella, acabara alineándose más bien con las artistas blancas cuyo trabajo a menudo criticaba y consideraba ajeno a sí mismo. *Y, sin embargo*, pensó Wyeth, *ambos están relacionados con esa mujer del piso de arriba, aunque por motivos radicalmente distintos*. Era cierto que Bernard rechazaba esa vinculación, pero también lo era que su reacción indicaba que ella era el verdadero lugar de identificación dentro de la novela. Así que la conexión, aunque negada en cuanto a la *intensidad* de esa identificación, seguía presente.

Bernard abrió la galería. Wyeth recogió el correo, una mezcla de

publicidad y paquetes que, supuso, contenían muestras de imprenta. A menudo les enviaban esas pequeñas maquetas de programas y folletos: distintos gramajes de cartulina, distintos tipos de laminado, materiales sostenibles, impresión sostenible, compensaciones de carbono… y, aun así, tanto papel, tanto desperdicio, en un intento de convencer a alguien de que cambiara de imprenta cuando en realidad nunca había muchas posibilidades de que eso ocurriera. La gente cambiaba de imprenta por motivos catastróficos, no bajo la calma y la reflexión sobre nuevas prácticas sostenibles. Cambiabas cuando necesitabas mil quinientos programas en una semana y tu imprenta habitual estaba desbordada o ya la había cagado. Cambiabas cuando estabas al borde del desastre o a punto de quedarte sin blanca y necesitabas ahorrar. Aun así, las muestras llegaban. Aun así, acababan en la basura.

Los cuadros *fig.* se habían vendido, por suerte, gracias a Dios, y no irían a parar al almacén. Pero Wyeth los echaría mucho de menos, especialmente el *fig. 9*, la geometría imposible de su mirada bidireccional, la tensión en el cuello y los hombros. El cuadro se iba a Los Ángeles, a un coleccionista especializado en arte negro contemporáneo. Un par de años antes había aparecido un largo perfil del coleccionista en la sección de Arte del *Times*, cuando se puso de moda «ser conocido» como alguien que coleccionaba, principalmente, arte negro estadounidense, pero solo si uno también era negro. Si eras blanco, adoptaba un aire extraño. Lo cual no quería decir que los artistas negros no quisieran que los blancos coleccionaran su obra. Lo querían. Muchísimo. Hasta el punto de convertirse en una ilusión voraz. Pero solo si su obra podía convivir con el arte de los blancos. Una colección de arte negro en manos de un blanco cobraba un tinte de esclavitud.

Los coleccionistas blancos y los coleccionistas negros habitaban ámbitos ligeramente distintos, pero todos traficaban con un prestigio mediado por la blancura.

Los lienzos pequeños fueron los primeros a ser descolgados. Wyeth los envolvió en una capa de fieltro asegurada con film retráctil y, sobre eso, una capa de plástico de burbujas. Cada lienzo llevaba una tarjetita de identificación sujeta al plástico; había una

segunda tarjeta sobre el fieltro por si la primera se desprendía durante el transporte. Los colocó en una caja llena de material de relleno triturado. Los lienzos medianos fueron más difíciles y requirieron la ayuda de Wyeth y de Bernard para fijarlos con cinta. Bernard se ocupó de los horizontales, mientras que Wyeth, de los verticales. Bernard trabajaba de forma rápida y ligera, como si apenas tuviera que pensar dónde tensar y cuándo tirar del dispensador. Con un gesto de muñeca, rompía la cinta, que parecía recogerse sola y sin esfuerzo. Para envolver cada lienzo mediano, se tardaba unos diez o quince minutos. Luego había que colocarlos en las cajas de madera y asegurar las cinchas de carraca que los mantendrían firmes durante el traslado al almacén.

La galería estaba fría, como siempre, pero el trabajo los hacía sudar. El desodorante de Bernard desprendía un aroma de hierbas, un poco ácido. Cuando Wyeth se inclinó entre sus piernas para cubrir uno de los cuadros con plástico de burbujas, percibió un olor almizclado y acre, como si Bernard no se hubiera duchado del todo. Una gota de sudor le cayó en la nuca, seguida de otra.

—Perdón —se disculpó Bernard.

—No pasa nada. Es agua salada.

Pero, al incorporarse para secarse el sudor, le sobrevino una fuerte sensación de mareo.

—Eh, tranquilo, chico —dijo Bernard.

—Perdón, perdón. No sé qué me pasa.

—Siéntate.

Bernard le trajo un vaso de agua y le dijo que descansara. Ya se ocuparían de los lienzos grandes más tarde. El agua estaba fría y le sentó bien. Era cierto: llevaban horas trabajando, y Wyeth tenía los músculos doloridos y flojos. Bernard se arqueó hacia atrás y se estiró. Hacía yoga y pilates, y casi conservaba la elasticidad de un niño. Mientras Wyeth permanecía sentado, Bernard levantó un pie y lo apoyó contra el interior del muslo contrario, erguido como un flamenco. En esa postura, se puso a deslizar el dedo por el móvil como si nada.

—¿Llegamos a saber alguna vez —empezó Wyeth— qué hacía aquí ese tipo de MangoWave?

Al principio, Bernard frunció el ceño, pero enseguida le debió de venir a la memoria, porque se le iluminaron los ojos.

—Ah, sí —dijo, sin añadir nada más.

Wyeth hizo un gesto impaciente con la mano y Bernard se echó a reír.

—No te va a gustar la respuesta.

—Pues sácame ya de la agonía —pidió Wyeth. El mareo no había desaparecido, pero el agua le había sentado bien.

—No vamos a hacer una exposición completa ni nada de eso.

—Menos mal.

—No cantes victoria todavía: vamos a organizar una fiesta.

—¿Una qué?

—Una fiesta —repitió Bernard—. Quieren celebrar el año que han tenido, ya sabes. Una especie de «pour les intimes» con descartes.

—No te sigo —dijo Wyeth, seco.

Bernard suspiró, impaciente.

—Vamos a acoger un *pop-up* de una sola noche. Van a colgar algunos «descartes», o sea la mierda que no expusieron en la muestra principal. Una sola noche.

Aquella era posiblemente la idea más estúpida que Wyeth había oído nunca y, al mismo tiempo, una de las jugadas de negocio más cínicamente brillantes que jamás había visto. Claro. Un *pop-up*, un evento exclusivo. Una fiesta para los amigos, íntima y acogedora, pero solo para los amigos más ricos, los que no habían conseguido una pieza en la exposición principal. Aunque Wyeth sospechaba que eso de los «descartes» era mentira. No. Aquellas eran las obras de verdad. Las que se habían guardado para mostrarlas cuando se tuviera ventaja. El aroma de la escasez. La gente, más desesperada que nunca por hacerse con una de las piezas.

—Ah, ya lo has entendido.

—Es una auténtica estupidez —dijo Wyeth.

—Es bastante brillante.

—Los odio.

—Sí, pero no se puede culpar al jugador por jugar la partida —señaló Bernard.

No se reía, pero tenía una expresión divertida. *Y sí*, pensó Wyeth,

no se puede culpar al jugador por jugar, pero sí por hacerlo en términos tan turbios.

—Así que somos su tarro de miel, básicamente. Su fumadero de *crack*.

—Eso es ofensivo —dijo Bernard—. Pero… vamos, sí.

—¿Por qué todo tiene que ser un evento?

—Esto es Nueva York, cariño.

Wyeth cerró los ojos y se reclinó en la silla. Giró de un lado a otro, chapoteando en aquella penumbra rojiza y espesa.

Era verdad. Nueva York era Nueva York. Todo quedaba insertado en un relato. Todo era un evento, un acontecimiento. Nada podía ser simplemente lo que era. Nada podía ser una sola cosa. El arte no iba de arte, sino de la historia, del relato, de cómo se vendía uno.

Pero, entonces, pensó: *¿Qué derecho tengo yo para pensar en arte, condenar a otros o juzgar?* Apenas pintaba. Casi no hacía nada ya. Abrió los ojos. Las luces del techo brillaban en la fina capa de agua que quedaba en el vaso.

—Te sentirás mejor —dijo Bernard— cuando vuelvas a trabajar con lo tuyo.

—Sí.

—De veras.

Wyeth se levantó.

—¿Vamos con los grandes? —preguntó.

Esta vez fue Bernard quien suspiró y se quejó.

—¿Es imprescindible?

—Si no lo hacemos… —empezó Wyeth, pero su móvil vibró. Era un mensaje de Keating. Estaba libre y venía de camino, si no le importaba—. Ah. Keating viene.

—¿Quién es ese? —preguntó Bernard.

—El tipo. El que me debía cigarrillos.

—«El cura» —enfatizó Bernard.

Wyeth se rio.

—Sí, pero no le digas que te lo he dicho.

Bernard abrió los ojos, alarmado.

—¿Cómo? ¿Va a venir un cura y no puedo preguntarle nada sobre ser cura? O sea, ¿qué?

—Piénsalo como un ejercicio de autocontrol.

—Me supera. Espera, ¿vosotros habéis… ya sabes?

—No lo sé —dijo Wyeth—. ¿Hemos qué?

—Ya sabes.

—Repetirlo con más énfasis no aclara nada. Usa palabras.

—¿Habéis estado follando? ¿Con un propósito? ¿*A* propósito?

—Ah —soltó Wyeth—. Sí, un poco. Hemos estado quedando.

—Interesante. Me voy al norte del estado a convalecer…

—Vale, Thomas Mann…

—Y… ahora mi joven protegido se lía con un clérigo disoluto.

—Ahora estamos en territorio de Austen.

—Lo que tú digas —concedió Bernard—. En fin, me alegro por ti. Ahora solo te falta ponerte manos a la obra con la pintura.

—No hablemos de milagros.

Bernard soltó una risita.

—Bueno, si hablamos de revelaciones oraculares de lo divino, has elegido al tipo correcto.

—No creo que los curas hagan eso —dijo Wyeth. Bernard se había envuelto en una especie de chal de plástico de burbujas y posaba como una gran dama victoriana—. Esos son los adivinos.

—¿No es lo mismo?

Estaban fumando en la rampa frente a la galería, mirando los locales vacíos del otro lado de la calle.

Algunas personas sintecho habían montado pequeñas tiendas y extendido palés hechos con cartón aplastado y mantas frente a los escaparates. Tenían sus pertenencias metidas en cajas, y uno de los hombres había puesto los zapatos a secar al sol. El contraste entre ese lado de la calle y Wyeth y Bernard fumando en la rampa le recordó a un cuadro de Courbet, *Paisaje con pared y huerto*. No había figuras humanas propiamente dichas —era un paisaje—, pero sí signos de vida. El muro de piedra, por ejemplo, desmoronado por el abandono; el camino de tierra batida que discurría hacia el horizonte. La ropa tendida: manchas de rojo, azul, negro, blanco,

camisas, pantalones. La casa baja en un segundo plano, la luz que se deslizaba por el tejado, y las nubes, el cielo en sí, un torbellino magnífico en un día azul, y más al fondo aún, coronando una colina, una especie de construcción de piedra. Había algo casi ilustrado en la pintura: el pigmento poseía una textura suave, quebradiza, algo etéreo.

Keating dobló la esquina y apareció. Vaqueros oscuros, camiseta verde. Los vio y levantó la mano. Wyeth le devolvió el saludo. Bernard alzó la vista y lo observó acercarse lentamente. Wyeth miró a Bernard, tratando de adivinar en qué pensaba, qué podría decir o hacer cuando Keating se acercara. Sintió un nudo ligero y frío en el estómago.

Keating se inclinó sobre la barandilla de la rampa y le dio un apretón a Wyeth en la rodilla. Luego, se dirigió a Bernard:

—Hola. Tú debes de ser Bernard.

Se dieron la mano. Bernard mostraba una expresión divertida.

—Hola.

Keating los miró a los dos con una sonrisa juguetona.

—He oído que habéis tenido una mañana intensa.

—Sí, trabajo de esclavos.

Keating se echó a reír, nervioso, y le agarró el cigarrillo a Wyeth.

—¿Qué tal el muro del jardín? —preguntó Wyeth.

—En pie. Se sostiene.

Keating tenía restos de cemento gris en las muñecas, una mancha blanca en el bajo de la camiseta, polvo pegado a los vaqueros. El pelo, otra vez húmedo y cobrizo. Había estado bebiendo; no cerveza, sino algo con un aroma más dulce y penetrante.

—¿Haces muros de jardín? —preguntó Bernard.

—A veces —repuso Keating—. A veces, pozos de fuego.

Miró a Wyeth, que recordó la mañana en el parque, la broma que habían compartido.

—Bernard es escultor —dijo Wyeth—. Podéis hablar de materiales.

—Oh, sí —accedió Bernard—. De hecho, quiero trabajar con hormigón. Hacer algo súper liso.

Keating terminó el cigarrillo y miró por encima del hombro a la gente tumbada en la acera, a la sombra de los locales cerrados. Las

lonas oscuras, los zapatos secándose sobre cajas de plástico. Tenía el cuello colorado, y la barba ya empezaba a asomar, rojiza y dorada. *Pronto tendrá que afeitarse*, pensó Wyeth. En pocos días, tendría una barba frondosa.

—¿Por qué liso? —preguntó Keating, distraído, antes de volver a centrarse en Bernard—. ¿No es un poco antibrutalista?

—Exacto —coincidió Bernard—. Darle la vuelta al brutalismo: el material humilde convertido en algo lujoso y poco práctico en busca de la belleza.

—Suena muy inteligente —señaló Keating.

—Está siendo irónico —matizó Wyeth—. No le hagas caso.

—Por una vez en la vida, no lo hago —replicó Bernard—. Cuando termine mi lengua gigante, quiero hacer algo de hormigón, extra liso, en plan, inquietante.

—Ahora lo usan en interiores —dijo Keating—. Como revestimiento. Parece… como un cuadro, en realidad. O el cielo en un cuadro.

—¿En cuál? —preguntaron Bernard y Wyeth a la vez. Se miraron y se echaron a reír.

—Es decir, depende del cuadro —añadió Bernard.

—Tipo, ¿algo suave, liso? No sé. No soy pintor.

—No como Boudin —señaló Wyeth.

Bernard lo miró extrañado.

—¿Y por qué Boudin? Claro que no.

—¿Y por qué no Boudin?

—A veces eres… literalmente, tan caucásico —bromeó Bernard.

Wyeth se ruborizó un poco. Keating contuvo el aliento. Bernard se dio cuenta entonces de que no estaban solos, de que había una «tercera persona» presente.

—Perdón —dijo—. Mejor vuelvo dentro.

Bernard los dejó en la rampa. Apagó el cigarrillo en la barandilla y lo tiró junto a la puerta, lo que en teoría estaba prohibido. Keating se sentó, pasando por debajo de la barandilla, junto a Wyeth, a quien aún le ardía la cara.

—¿Estás bien?

—Sí —repuso, aunque le dolía la cabeza. El mareo volvía a la carga

—. Bernard no lo decía con mala intención.

—Ya —dijo Keating—. Supongo que es una broma entre vosotros. No me toca entenderla ni juzgarla.

—Sí.

Pero la verdad era que sí le había molestado que Bernard dijera aquello delante de Keating. No era porque se burlara de sus gustos pictóricos o de sus referentes. Sabía que podía ser anticuado, incluso ridículo. Sabía que su inclinación por los viejos maestros era excesiva para alguien que intentaba hacer arte contemporáneo. Sabía incluso que poner en duda la legitimidad racial de un amigo era una forma de tomarle el pelo. Pero había algo terrible en que un blanco presenciara eso. Como si, de pronto, esa persona fuera a pensar que Wyeth vivía pendiente de lo que los blancos opinaran o esperaran de él. Como si sus intereses fueran meramente una afectación en beneficio de la representación racial.

Y, sí, de acuerdo, también estaba eso: que ahora se preguntaba qué pensaría de él Keating, alguien que le gustaba, en ese sentido.

—No estoy… en plan, comprometido con la conciencia de los blancos —dijo—. Como proyecto.

—No tengo ni idea de lo que significa eso —admitió Keating.

—O sea que, bueno, no pienso en la mirada de los blancos cuando hablo.

Keating lo miró, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Ves a esa gente de ahí? —Señalaba al hombre tumbado y a la mujer que estaba sentada revisando una bolsa azul de plástico.

—Sí…

—Estoy pensando si tienen algo que comer —dijo en voz baja—. Voy a ir a darles el dinero que llevo y a preguntarles cómo están.

Wyeth tuvo ganas de preguntar por qué Keating haría algo así, y enseguida sintió resentimiento hacia esa parte de sí mismo que quería hacerlo. Le parecía un gesto condescendiente. Pero, tomando distancia, comprendió que ese impulso no era más que el resultado de un exceso de interioridad. Wyeth tenía la mente entrenada para pensar en todo con una profundidad y una intensidad casi obsesivas; sin embargo, al ver a Keating bajar de la rampa y cruzar la calle, al verlo agacharse para hablar con aquellas personas a las que no

conocía ni había visto nunca —la suavidad de sus risas, la naturalidad del intercambio, la manera en que sacaba la cartera, les daba dinero, les estrechaba la mano—, al contemplar todo aquello, se preguntó si su propia tendencia a la abstracción no era, en el fondo, una estrategia de mantener a los demás a distancia.

Keating regresó y preguntó si había botellas de agua en la galería.

—Sí —respondió Wyeth—. Creo que sí.

—¿Podemos llevarles algunas?

Su voz sonaba tranquila, genuina, abierta incluso a un «no», pero, en ese momento, Wyeth no le habría negado nada. Entraron en la galería, ahora fresca.

En la sala de descanso había una neverita llena de botellas de agua. Bernard estaba allí, leyendo el móvil, con los pies en alto. Olía a su sudor.

—¿Qué pasa?

—Vamos a llevarles agua —contestó Keating.

Bernard entornó ligeramente los ojos, lo justo para poder negar, en todo caso, el gesto. Luego asintió y sacó dos rollos de papel de cocina marrón y áspero. Prepararon una bolsa con una docena de botellas grandes y el papel.

—Vuelvo ahora —anunció Keating.

—Voy contigo —se ofreció Bernard.

—Ah, ¿sí? Genial.

Se quedaron en la puerta, esperando que Wyeth dijera que también los acompañaba. Quería decirlo y hacerlo, pero se contuvo. Parecería que imitaba a Bernard. Que carecía de altruismo propio. Pero daba igual. Aquello no iba de él. Agarró dos botellas de agua reutilizables con el logo de la galería que a veces ofrecían a los invitados o durante los eventos.

—Buena idea —señaló Keating.

Cruzaron la calle.

Había más gente de la que Wyeth había contado al principio. Unas seis personas. Cuatro hombres, dos mujeres. Dos hombres negros, muy mayores y canosos, con la piel oscura y hermosa, pulida como la piedra. Una de las mujeres era blanca y vestía una camiseta de tirantes manchada de amarillo en los hombros. Tenía un saco lleno

de recibos y rollos de papel higiénico. La ropa de cama desprendía un fuerte olor alcalino.

Los hombres aceptaron las provisiones y estrecharon de nuevo la mano de Keating, como si hubieran llegado a algún acuerdo. Keating se quedó con las manos en la cintura, preguntándoles de dónde eran. Uno de Mississippi; otro de Buffalo. La mujer no habló; seguía ordenando sus cosas.

Keating preguntó al de Buffalo exactamente de qué calle, y resultó que la conocía, que allí había una iglesia.

—Ahí me confirmé —afirmó el hombre.

Keating sonrió.

Bernard fue el primero en marcharse. Dijo que tenía que volver a trabajar, pero que, si necesitaban el baño, podían llamar.

El hombre de Buffalo asintió, firme, pero no le dijo nada a Bernard. Querían hablar solo con Keating. Wyeth se sintió fuera de lugar y se marchó también.

En la sala de descanso, Bernard estaba sentado con las manos detrás de la cabeza y los pies en alto.

—Es otro rollo —dijo Bernard.

—¿Quién?

—Tu novio.

—No es mi novio.

—Ya, ya. En fin. Vaya pieza.

—¿Qué quieres decir?

Wyeth se sentó en la mesa. Bernard miró hacia arriba, pensativo.

—No sé. Hay gente que no sabe estarse quieta.

—Tú tampoco.

—Pero eso es cosa de escultores.

—Eso suena un poco pretencioso.

—Puede.

—¿No puede tener sus cosas?

—No digo eso —se excusó Bernard—. Intento explicar cómo me hace sentir. Es como… no puede estarse quieto. Tiene que… ordenar cosas.

—Cada vez suenas más a escultor.

—Puede ser. Puede que esté esculpiendo algo.

Wyeth iba a soltar una pregunta, pero Keating volvió.

—¿Puedo lavarme las manos?

—Claro —dijo Bernard, señalando el baño—. Interesante.

—¿Qué?

—No se las lavó después del muro del jardín. ¿Pero después de dar la mano a la gente sin techo? —Sonrió—. Me cae mejor.

—No sabes si no se las lavó —apuntó Wyeth.

—¿Qué crees que diría si se lo preguntara?

—Ni se te ocurra.

—Pero ¿qué crees que diría?

Wyeth no respondió. Keating había vuelto. Bernard dijo que se ocuparían de los cuadros grandes en otro momento y que eso era todo por aquel día, que ya habían avanzado bastante.

CAPÍTULO CATORCE

El correo autogenerado de la biblioteca era tan escueto que parecía un vago intento de *phishing*. Una instrucción para hacer clic en el enlace siguiente y descargar el archivo, y un enlace que llevaba a un sitio web espantosamente desactualizado. El archivo, aunque comprimido, era grande y, para poder abrirlo, Wyeth tenía que descargarse un programa aparte, porque el sistema informático de la galería no tenía la capacidad de descomprimir ese formato en concreto.

Los nombres de los archivos eran largas cadenas alfanuméricas cuyos dígitos finales ascendían de manera secuencial. Wyeth resistió el impulso inicial de ordenar los PDF por tamaño. En su lugar, fue abriendo cada archivo y desplazándose por las páginas de forma rápida, solo para hacerse una idea general de su contenido: escaneos y fotos de memorandos, documentos internos, recibos, páginas arrancadas de notas legales, impresiones, telegramas, extractos bancarios y más. El archivo más pesado era el escaneo de un libro de gastos llevado con una caligrafía ligera, ornamental. Había algo casi romántico en las curvas de los números, elegantes y ondulantes. Wyeth no tenía idea de qué significaban aquellas cifras, solo que sumaban una cantidad grande que se restaba de otra aún mayor. Páginas y páginas de ese registro pulcro de dinero gastado y dinero ingresado, gastado a su vez en todo tipo de cosas, cada una con su casilla en el libro mayor y una fecha y hora asociadas al hecho. En los márgenes había pequeñas marcas oscuras, que Wyeth supuso que indicaban que el gasto había sido cotejado con un recibo o algún tipo de comprobación. Durante páginas enteras, fila tras fila, esas marcas se agrupaban como una legión de hormigas. Pero de vez en cuando aparecía un espacio en blanco, insignificante en la realidad, pero enorme por contraste.

Al final del recuento mensual, esas entradas se reunían en una cifra menor, separada, con el total rodeado por un óvalo alargado que parecía trazado con furia. Mes a mes, esa cifra creció durante 1990: algunos meses, casi se duplicaba; otros, apenas subía un uno o dos por ciento, pero siempre aumentaba. Wyeth notó una sensación cálida que le trepaba por la garganta al ver cómo el número ascendía, aunque no sabía qué significaba. Aquella suma representaba algún tipo de fuga, algo que empeoraba poco a poco hasta que, al final del ejercicio fiscal de 1990, suponía casi un tercio del total de los gastos.

Wyeth comprendió entonces por qué la biblioteca había tardado tanto en responderle. La mayor parte del tiempo la habían invertido, obviamente, en digitalizar libros de cuentas, que en realidad no le resultaban especialmente útiles. Probablemente debería haber delimitado mejor los parámetros de su búsqueda, pero lo cierto era que no sabía exactamente qué estaba buscando hasta que se encontró frente a la incomodidad que representaba aquella avalancha de archivos. Con la claridad que brinda echar la vista atrás, entendió que lo sensato habría sido solicitar documentos relacionados con listados o registros de personas, y no el archivo completo de la oficina. Eso ahora parecía evidente. Cuando uno no formula bien una consulta, obtiene resultados confusos. Cómo no. Debería haber hecho una mejor pregunta.

Durante buena parte de la mañana, Wyeth fue ordenando las carpetas de la biblioteca. Cada vez que encontraba una lista de nombres, guardaba una copia de la imagen en una carpeta a la que llamó «Pistas». Cuando un archivo no ofrecía ninguna información que pareciera relevante, lo movía a otra carpeta llamada «Despistes». De ese modo, conseguía no perderse entre los nombres de archivo, tan semejantes entre sí. Uno tras otro, abría los documentos, desplazándose hasta el final, a veces a lo largo de cientos de páginas, otras apenas una docena. Había varios libros de cuentas completamente escaneados, y Wyeth sentía cierta culpa por la cantidad de trabajo que alguien había hecho para proporcionarle algo que no necesitaba. Esperaba encontrarles algún uso. Al fin y al cabo, cada página contenía una historia sobre un periodo de la vida

de la residencia. Los gastos, tomados aisladamente, decían muy poco, pero, en conjunto, permitían intuir el modo en que el dinero entraba y salía. Ciertas cifras se repetían de forma mensual o semanal, señalando servicios, tasas o recargos por entregas o recogidas. Aprendió a identificar el cargo recurrente que debía de corresponder a la electricidad y al agua. Aprendió a leer los cambios de espesor de las marcas de verificación: cómo el control del gasto se relajaba entre 1990 y 1996, y cómo entre 1997 y 1998 se ajustaba tanto que las marcas quedaban tan apretadas que parecían un borrón arrastrado por la página.

Lo que más disfrutaba, sin embargo, eran las notas escritas a toda prisa entre el director y Genie. Habían discutido brevemente, en una serie de notas cruzadas, sobre si la residencia necesitaba o no un proyector nuevo para las demostraciones artísticas. ¿Qué tenía de malo el proyector de diapositivas que ya tenían? Genie argumentaba que el sistema actual no permitía a los artistas de vídeo mostrar su trabajo de manera eficaz y que un sistema de proyección más avanzado sería una ventaja para quienes trabajaban con imagen en movimiento. El director no quería gastar el dinero —Wyeth veía claramente que no lo tenían—, pero Genie insistía. Su letra se volvía más afilada y perdía aquella amabilidad generosa y envolvente.

Al final, el director cedió: la factura estaba en el archivo, junto con el albarán de entrega y el recibo de la instalación. Wyeth se preguntó cuál había sido el golpe de gracia. Cómo había logrado Genie que él claudicara. Había un hueco en el archivo, un pequeño vacío de información donde podía haber ocurrido cualquier cosa. Había sacado el asunto del papel y lo había llevado al mundo real. ¿Había entrado en su despacho para decírselo cara a cara? ¿Había convocado a un grupo de artistas para que defendieran su causa? ¿Cómo lo había hecho? Un momento, había una nota del director en la que denegaba de nuevo la petición de Genie. Luego, un vacío. Y después, la factura, fechada dos semanas más tarde. Wyeth encontró la cifra en el libro de cuentas y, efectivamente, había sido pagada, y en el margen figuraba una pequeña marca. Pero no había ninguna señal de que aquello hubiera sido una victoria especialmente gozosa para Genie. La tinta no parecía más oscura.

Tampoco la marca de verificación parecía particularmente satisfecha de sí misma.

¿Qué porcentaje de la vida de Genie mientras ocupó esa posición había consistido en victorias como aquella? Gastar una enorme cantidad de energía para lograr un resultado deseado y, acto seguido, pasar a la siguiente tarea como si no hubiera ocurrido nada. ¿Qué hacía falta para mantenerse perfectamente imperturbable ante el resultado de los propios esfuerzos? ¿Para tener la paz mental de pasar sencillamente a lo siguiente, sin importar qué había conseguido uno con sus empeños anteriores? En cierto modo, eso era el arte. Así nacía el arte. Una persona a la que no se podía disuadir de hacer lo que deseaba, independientemente de si había tenido éxito antes. Independientemente de si había fracasado. Porque tener éxito no siempre significaba no haber fracasado, y no tener éxito tampoco significaba necesariamente haber fracasado. A veces, éxito y fracaso se fundían hasta tal punto que era imposible discernirlos. Para un artista, eso era extraordinariamente peligroso.

Por supuesto, Wyeth pensó en MangoWave. Por un lado, habían logrado lo que se proponían. Eran celebrados. Aclamados. Y, sin embargo, la obra en sí… No dejaba de pensar en lo pequeños que le habían parecido aquellos lienzos. Lo diminutos que resultaban colgados en la pared, lo endebles que eran las ideas, el sentimiento. ¿Habían confundido el fracaso con el éxito? ¿Creían que la atención bastaba? ¿Bastaba realmente? Tal vez se equivocaba.

Los libros de cuentas lo estaban poniendo de mal humor, así que los dejó a un lado y volvió a su carpeta de pistas. Los listados de nombres, los discursos mecanografiados, las declaraciones de los artistas. Un filón particularmente rico estaba en las solicitudes archivadas que habían acabado en manos del director. No estaban todas; muchas seguramente habían acabado perdidas o destruidas. Pero había algunas. Expedientes mecanografiados y duplicados de mala calidad, pixelados y oscuros. En el formulario había un apartado para indicar los ingresos anuales. Wyeth se sorprendió y se horrorizó al ver con cuán poco dinero se podía vivir, y también al comprobar lo familiares que le seguían resultando aquellas cifras. El

valor del dinero había cambiado, pero no la cantidad total destinada a los artistas, de modo que, en realidad, a un artista contemporáneo le resultaba más difícil ganarse la vida: las cosas costaban más, el dinero rendía menos, y además la retribución por su trabajo había permanecido más o menos igual durante las décadas siguientes.

Los artistas que solicitaban la residencia vivían con decenas de miles de dólares al año, si acaso. A veces, tenían suerte y vendían una obra. Pero la residencia parecía ser una especie de refugio para la clase trabajadora. Sus profesiones figuraban como «escenógrafo», «gestor de personal», «cocinero» y, en muchos casos, «limpiador», «criada», «camarero». Con el paso del tiempo, empezaron a aparecer trabajos más familiares: «niñera», «barista», «asistente administrativa». También las edades descendían año tras año, de unos veintisiete o treinta a veinticuatro o veintitrés. Los artistas se incorporaban al mundo profesional un poco antes. O tal vez, con el tiempo, se había vuelto más fácil localizar becas y residencias. Hubo un año en particular, 1994, en el que se produjo una avalancha de solicitudes, según un resumen del periodo redactado por Genie. La residencia recibió cuatrocientas solicitudes. El año anterior habían sido ciento cincuenta.

De vez en cuando, Wyeth sentía que estaba a punto de encontrar una respuesta sobre Dell Woods. Daba con una lista de solicitantes aceptados y contenía la respiración mientras recorría la página con la mirada, pensando: *¿Es esto? ¿Es ahora?* Pero no. La dificultad se veía agravada por el hecho de que no todos los años estaban documentados en los archivos, al menos no de un modo que él pudiera encontrar. Era posible que el papel que necesitaba estuviera digitalizado y guardado en otro archivo, en otra carpeta que aún no había abierto. Demasiadas incógnitas. Intentaba resolver un sistema de ecuaciones con multitud de variables y, aunque seguir la guerra de Genie contra la paciencia del director le proporcionaba un gran placer, le ofrecía muy pocas respuestas concretas sobre la vida de Dell Woods.

Wyeth empezó a dudar del sentido mismo de rastrearlo. Al fin y al cabo, tenían las litografías, la *obra*, algunas incluso fechadas en 1979 y otra en 1981. Era razonable suponer que las demás se

habían hecho alrededor de esa misma época y que Woods, simplemente, no las había fechado. Todas estaban firmadas, salvo el *dibujo 8*, que estaba muy dañado. Es posible que la firma se hubiera perdido cuando el papel se secó y se agrietó.

Aun así, tenían sus obras de arte. Tenían la parte de Dell Woods que había sobrevivido. ¿Era realmente necesaria la biografía? ¿Hacía falta una lista de hechos, nació tal día, murió tal otro?

Wyeth se detuvo.

—Oh, mierda —soltó—. Oh, mierda.

Había pasado por alto uno de los datos más obvios. Tenía un nombre. Podía buscar un acta de nacimiento. Quizás un certificado de defunción. Que no apareciera en el periódico no significaba que fuera imposible de encontrar.

Wyeth abrió el navegador y entró en una gran web de genealogía. Se registró con una prueba gratuita usando la tarjeta que Michel y Chloé guardaban para gastos de material. Tendría que acordarse de cancelar antes de que terminara el periodo de prueba.

Introdujo los datos que tenía, empezando por la búsqueda más estricta: una coincidencia exacta de «Dell Woods». Aparecieron varios cientos de entradas. Actas de nacimiento. Cartillas de reclutamiento. Obituarios. Refinó la búsqueda, fijándose en aquellas en las que figurara la palabra «negro». Lo que parecía una suposición razonable.

Eso redujo la lista a veinte candidatos. Si asumía que Dell Woods tenía entre veinte y treinta años a comienzos de los ochenta, entonces habría nacido en los cincuenta o a principios de los sesenta. La lista se redujo a cinco. Hombres negros nacidos a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta: uno en Filadelfia, otro en Newark, Nueva Jersey. Uno en Queens, uno en el sur de Manhattan. El quinto había nacido en Brooklyn. El Dell Woods de Newark había muerto siendo un adolescente. El de Manhattan había muerto en 2018. El de Queens estaba en prisión.

El Dell Woods de Brooklyn había ganado un premio en una feria de arte en 1973, cuando tenía dieciséis años. No había foto. Pero Wyeth ya sabía que su madre se llamaba Caroline y su padre, Fredrick. No tenía hermanos, al menos según los registros del censo. Y su padre

trabajaba como mecánico y su madre era secretaria médica.

—¡Es él! —gritó Wyeth.

Estaba solo en el estudio, pero el grito hizo que Michel apareciera por el pasillo y se plantara en la puerta.

—¿Por qué gritas?

Chloé se unió a él y Olin-Noah apareció detrás. Parecían un dibujo de Edward Gorey representando a una familia. A Wyeth le temblaban las manos mientras señalaba la pantalla.

—He encontrado a Dell Woods —anunció.

—No… —dijo Michel.

Chloé y Olin-Noah se adelantaron, con una risa nerviosa. Michel se quitó los guantes y los dejó caer en el cubo.

Acercaron sillas y arrimaron la cara contra la pantalla todo lo que pudieron. Era un poco como una exposición de clase.

—Estaba revisando los archivos del sitio —comenzó Wyeth—, y no iba a ninguna parte, la verdad… bueno, hay cosas bastante graciosas ahí dentro.

Michel frunció el ceño con impaciencia.

—En fin, me di cuenta de que podíamos buscarlo directamente en bases de datos del censo. Así que… eh… bueno… hice una cuenta usando la tarjeta, pero podemos cancelarla en siete días y no nos cobran.

—¡Eso da igual! —soltó Michel—. Cuéntanos.

Chloé se rio.

—Se lo ha ganado —dijo—. Que lo cuente como quiera.

Olin-Noah se sentó con las manos plegadas sobre el regazo, expectante. Wyeth dejó escapar un suspiro reflexivo. Una sensación fresca y clara lo recorrió por dentro.

—Bueno, busqué y encontré a un montón de tipos con el mismo nombre. Y seguí haciendo clic, mirando, y al final… esto es lo que he sacado.

Abrió el recorte de periódico que describía la feria de arte. El jurado lo había formado un grupo de profesionales de los museos de la ciudad. En realidad, el juez principal era alguien del Merchandise Mart. Wyeth amplió el recorte y les indicó dónde Dell Woods había ganado el primer premio.

—Ese es mi chico —dijo Michel.

Chloé asintió. Sonreía tanto que se le habían humedecido un poco los ojos.

—Mira eso —señaló—. Dios. Mira eso.

—Es maravilloso —comentó Olin-Noah.

—Así que creo que, obviamente, esta es nuestra mejor pista.

—Espera —dijo Chloé.

—¿Sí?

Se acercó más y utilizó el cursor para resaltar a uno de los jueces.

—¿No os suena este nombre? —preguntó.

Wyeth se fijó en él. Sí. Le sonaba ese nombre. Como el tañido de una campana en otra habitación.

—¡Genie!

—¿Quién es Genie? —preguntó Michel.

—¿No te acuerdas? —Chloé miró a Wyeth.

—Genie era la subdirectora de la residencia artística.

—Ah —dijo Michel.

—Entonces sí lo conocía —dijo Wyeth.

—No necesariamente —respondió Olin-Noah—. Pero es una pista sólida.

—Es lo único que lo vincula con la residencia —dijo Wyeth—. De momento.

—Qué curioso. —Olin-Noah se llevó los dedos a los labios.

Había cruzado las piernas y ahora miraba la pantalla con serenidad. Michel y Chloé guardaron silencio mientras la habitación se llenaba de la presión de los pensamientos de Olin-Noah. Wyeth también podía sentir el ritmo de sus propias ideas. En el pasillo sonaba un reloj y el zumbido del aire acondicionado. Era media tarde. El mundo fuera de la casa se arrastraba a través de otro día pesado y caluroso. Wyeth quería saber qué se suponía que debía hacer con la información que había encontrado. Quería darle algún tipo de sentido, un conjunto de instrucciones ordenadas que surgiera de aquel hallazgo. Pero sospechaba que no sucedería tal cosa. Que no habría ningún conjunto de tareas pendientes. Ningún movimiento posterior. Habían encontrado simplemente un dato más sobre otra de las víctimas de la historia, y probablemente aquello no

trascendería. Que eso sería todo lo que, a partir de ahora, se sabría de ese hombre y de sus maravillosas litografías.

¿No era terrible?

¿No era espantoso?

Olin-Noah apoyó la barbilla en la mano y suspiró. Luego se levantó y apartó la silla.

—Buen trabajo. —Le dio un apretón en el hombro a Wyeth—. Has encontrado algo auténtico.

Luego se fue, y quedaron los tres, Michel, Chloé y Wyeth, sentados frente a los archivos, el zumbido del ordenador y el tictac del reloj.

Michel resopló.

—Esto no puede acabar aquí —dijo—. Después de todo, esto no puede acabar aquí.

Chloé enderezó los hombros.

—No es nada. No es ni de lejos nada.

—Por eso odio este tipo de trabajos —reconoció Michel—. Tan insatisfactorios.

—No es insatisfactorio —insistió Chloé con brusquedad—. Lo siento si esperabas algún relato heroico de última hora. Pero trabajamos con fragmentos.

Michel negó con la cabeza. Wyeth suspiró.

—Creo que Chloé tiene razón —coincidió.

—¿Qué? —Michel no estaba conforme.

—Sabemos su nombre. El nombre de su padre. El de su madre. Sabemos a qué colegio fue. Sabemos que se dedicó al arte. Sabemos que tenía talento. Si lo piensas bien —concluyó—, eso es mucho.

—Es todo —insistió Chloé—. Si eso a veces puede no ser suficiente, entonces ¿de qué sirve todo esto? —Señaló el recorte ampliado—. Si no puedes mirar eso y decir: «Joder, increíble». Si lo miras y solo ves un fracaso… entonces no estás haciendo esto por la razón adecuada.

—¿Resolver misterios no es lo que hacemos? —Michel se levantó. Empujó la silla bajo el escritorio con un gesto brusco—. Esto se está volviendo demasiado místico para mí.

—Lo que tú digas —espetó Chloé.

—No os peleéis —intervino Wyeth.

—No lo hacemos —dijeron ambos.

Wyeth se rio. Clavaron la mirada en él, pero luego ambos también se echaron a reír. Nadie tenía la culpa. Tal vez había motivos para sentirse frustrados. Enfadados. Molestos. Pero no era algo que ninguno de ellos hubiera hecho. No eran la razón por la que no podían encontrar más información sobre Dell Woods. Y, además, Chloé tenía razón. Contaban con su obra. Y, de algún modo, se la habían devuelto. Gracias a ellos, su nombre había recuperado parte de su relevancia biográfica. Ahora había cinco personas más en el mundo que sabían de él. Cinco campanas más sonando con su nombre. Habían visto su trabajo. Habían retirado, con mucha delicadeza, la suciedad y la mugre incrustada en el papel. Habían alisado, aplanado y contemplado su intención. En el fondo de la mente de Wyeth, resonó un suave tintineo.

—¿Creéis —preguntó— que las litografías… eran de Genie?

Lo miraron.

—Puede ser —respondió Chloé—. Las compró y… ¿qué? ¿Las guardó en algún sitio? ¿Se olvidó de ellas?

—Puede ser —dijo él. Y entonces suspiró. Aquellas cifras. Esas cifras que no dejaban de aumentar—. ¡Ah!

—¿Qué? —preguntó Michel.

—Creo que ya sé… qué eran esos números —repuso.

—¿Qué números?

Wyeth abrió el escaneo del libro de cuentas. Ahora todo empezaba a encajar. Genie percibiendo las grietas que atravesaban el firmamento. El cierre inminente.

—Creo que Genie compraba obras de arte con el dinero de la residencia —afirmó—. Mirad: ¿veis las marcas? Cada una corresponde a un recibo o a una factura, gastos oficiales. Pero hay otros apuntes que no tienen marca. Al principio no pasa nada, ¿sabéis? Pero luego, mes a mes, hacia el final, los gastos sin justificar se disparan. Al principio —dijo, y guardó silencio. Sus pensamientos corrían a toda velocidad, como destellos plateados, más deprisa de lo que alcanzaba a ponerlos en orden—. No me estoy explicando bien. Pero… ¿lo veis?

—Su colección de arte —murmuró Chloé—. Dios mío. Intentaba darles dinero.

—Joder —soltó Michel.

—Si eso es verdad…

—Entonces…

Sus miradas se cruzaron. Los tres se buscaban con los ojos. Ninguno quería decir nada.

—No estoy seguro de que eso sea estrictamente legal —dijo Michel.

—Cállate, no sabemos nada —saltó Chloé.

—Bueno —siguió Michel—. Eso es… bueno, sí, supongo que es verdad.

—Ah —intervino Wyeth—. Entonces…

Hablaba para darse tiempo a que su mente se serenara, a que los pensamientos se asentaran. Casi podía hacerse una idea de lo que había ocurrido. Todos esos artículos póstumos en el *Times* y el *Globe*. Toda esa gratitud efusiva. Dell Woods.

—No estoy segura de que debamos contarle esto a nadie —dijo Chloé.

—¿Contar qué? —preguntó Wyeth.

Michel se echó a reír.

—Chico. Esto es increíble.

—Son fragmentos de silencio reubicados —dijo Chloé—. Es solo una suposición.

—Sí —coincidió Wyeth—. Nada es definitivo.

Bilal había vuelto. Le dio dos besos a Wyeth y le preguntó cómo le había ido el verano.

—No me quejo. Tranquilo.

—Me alegro.

—Veo que te lo has pasado bien. Estás muy moreno.

Bilal esbozó una sonrisa radiante. Sus dientes, de un blanco casi irreal, contrastaban con el tono profundo de su piel recién bronceada. Estaban en su despacho, arriba. La calle brillaba de una

forma que hacía que la humedad resultara inesperada, casi desagradable. Con un sol como aquel, uno esperaría un ambiente seco.

—Así que ya sabes nuestro secretito travieso —dijo.

—¿Te refieres a MangoWave?

Bilal asintió, primero con gesto grave, aunque luego se le escapó una sonrisa pícara. Wyeth intentó reprimir una mueca. No lo consiguió.

—No te pongas triste. Aún no has oído lo mejor.

—¿Y qué es? ¿También vamos a contar con una escultura de hielo?

—Pues no es mala idea —replicó Bilal—. Pero no. Mejor aún.

—¿Vas a sacarme de mi agonía o qué?

—Sería más divertido si lo adivinaras.

Bilal hizo un puchero, o fingió hacerlo. La tersura extraordinaria de su piel le daba un efecto extraño. Debía de haberse inyectado bótox al volver. Parecía un bebé adulto precoz.

—Bernard y yo vamos a servir canapés.

Bilal estalló en carcajadas. Se le puso la cara morada y tuvo que inclinarse para recuperar el aliento.

—Eso sí que sería bueno. ¿Te imaginas a Bernard de camarero? Dios. No volveríamos a tener un cliente. No, vale, no te lo estás pasando tan bien como yo esperaba.

—La verdad es que ahora que imagino a Bernard de camarero, me lo estoy pasando genial.

—Sea como fuere —siguió, y luego se corrigió—, en realidad, quizá deberíamos decirle que va a trabajar de camarero en el evento. Quiero ver su cara.

Bilal se puso serio, lo que acentuó aún más su aire inquietante de muñeco victoriano viviente. Se llevó las manos detrás de la cabeza rapada y fijó la vista en un punto que Wyeth supo que quedaba a su izquierda.

—Quieren obras de artistas más jóvenes —añadió Bilal—. Para colgarlas en la exposición. O cerca de ella, supongo.

—¿Más jóvenes? ¿Vamos a saquear colegios?

—No. Te quieren a ti —anunció.

—¿Quién me quiere?

—MangoWave. El tal Darsh. Dijo: «¿Quién era ese asistente de la galería, no es pintor? ¿No molaría colgar también su obra?». Empezó como una idea en una llamada, pero ahora está en un punto en el que… tenemos que… hacer algo al respecto. Les dije que te lo comentaría.

Wyeth notaba la sequedad en su boca. El sabor a sangre. Podía olerla. Tenía una llaga. Ahora le escocía, húmeda. Quiso pasarse los dedos por la lengua, para ver si salían manchados de rojo.

—No —respondió Wyeth.

—¿No quieres pensártelo?

—Creo que su pintura es fea y… superficial —soltó—. No me gusta su trabajo. Odié su exposición. Y, además, quizá lo más pertinente: no he pintado nada en todo el verano.

—Está bien —dijo Bilal—. No creo que sea imprescindible que te apasione. Pero es una buena oportunidad.

—¿Una buena oportunidad para qué? —preguntó—. ¿Y por qué me lo pedirían a mí? Por lo que conocen, mi pintura es una mierda.

Bilal se encogió de hombros.

—Creo que les gusta la idea de impulsar a un artista nuevo y, como exponen aquí, tenía cierto sentido.

—Sí, quizás en una película de Jordan Peele. ¿Es esta la parte en la que una fuerza espectral de condescendencia racial atraviesa el techo y me engulle?

—Tranquilo. Entiendo que no te guste su trabajo. Pero tómate un segundo antes de acusarme de montar un *minstrel*.

—Vale —dijo Wyeth. Luego, tratando de controlarse—: Perdón.

—Si no quieres participar en la exposición, no pasa nada.

—Y Bernard ¿qué dice?

—Ah, Bernard es demasiado famoso para prestarse a eso.

—¿Y su lengua gigante?

—¿La has visto? —preguntó Bilal en voz baja—. Es… aterradora.

—No —respondió Wyeth—. Espera, ¿en serio?

Bilal miró al vacío como si recordar aquella lengua fuera un acto de memoria traumática.

—Mejor no verla —contestó. Luego, añadió—: Creo que te vendría bien. Y, al fin y al cabo, a veces el mejor trabajo surge cuando uno

se cansa de escucharse criticar y decide *hacer algo* de una vez.

—Puede ser —dijo Wyeth—. O puede que no.

—Piénsatelo. Nada más. Ya me dirás.



Abajo, Bernard estaba al teléfono detrás del mostrador. Habían bajado los últimos cuadros grandes y los habían colocado en las cajas. Estaban en la zona trasera, esperando el envío a sus nuevos destinos. Uno, a un coleccionista de California. Un par, a uno de Nueva Jersey. Otro, a alguien de Carolina del Norte. Un conjunto de los lienzos pequeños iba a distintos puntos de Manhattan y del valle del Hudson. Bernard había hecho un mapa con todos los destinos, y Wyeth imaginó los cuadros alzando el vuelo como bandadas de gansos.

El *pop-up* aún estaba a semanas de distancia.

No era del todo cierto lo que le había dicho a Bilal. *Sí* había estado pintando, pero era tan preliminar que casi daba pudor llamarlo «pintura». Estaba atascado en la fase de bocetos de dos pequeñas piezas figurativas a partir de las fotos de Keating. Pero aún no sabía qué hacer con ellas. Solo tenía un conjunto de líneas y formas, sin una idea central clara. No. Eso no era del todo verdad. Había una idea, pero lo aterraba.

Bernard levantó la vista cuando Wyeth cruzó la galería. Apenas habían hablado desde aquel comentario acerca de que Keating se había lavado las manos después de ayudar a los sintecho. No era tanto que Bernard no hubiera sacado el tema, sino que Wyeth no había sido receptivo. No sabía muy bien por qué le había molestado tanto. Bernard soltaba cosas así constantemente, y a menudo le resultaban graciosas. Pero esta vez había algo más, el comentario entrañaba una segunda intención. No había sido simplemente una pulla o un chascarrillo dicho al pasar, no, Wyeth sentía que Bernard había querido provocar algo, arrojar una sombra sobre las motivaciones de Keating, y con ello decir algo tanto de Keating como de él mismo. Al ver pasar a Wyeth por la puerta del almacén, Bernard suspiró.

—¿Vas a seguir ignorándome?

—No te estoy ignorando —respondió Wyeth.

—Sí lo haces. Oye, lo siento, ¿podemos dejarlo ya? Estaba bromeando.

—No lo estabas —dijo Wyeth, pero al menos ya no fingían no saber de qué estaban discutiendo. Era lo más parecido a una admisión de culpa que Bernard iba a conceder.

—Vale, vale, de acuerdo —cedió Bernard—. Dame el papel de villano, si quieres. Pero contéstame una cosa: ¿le *preguntaste* por qué se lavó las manos?

—No —contestó Wyeth—. Porque era una tontería.

Camino del metro, Wyeth había pensado en ponerlo sobre la mesa, pero no lo hizo. Aun así, la pregunta lo acompañó durante días. Cada vez que Keating lo tocaba o se lavaba las manos mientras cocinaban, pensaba en los restos de yeso seco en su muñeca mientras repartía botellas de agua y rollos de papel. ¿De verdad no se había lavado las manos entonces, solo después? ¿Y qué si había sido así? ¿Qué más daba? No lo convertía en una mala persona. Ni en alguien moralmente incoherente. Y, aunque lo fuera, ¿a quién le importaba? Todo el mundo era moralmente incoherente.

—Puede ser —concedió Bernard—. En cualquier caso, lo siento. No debería haberlo dicho.

—Tú también te habrías lavado las manos.

—Sí, pero yo no soy piadoso.

—Me parece justo.

—Y, si sirve de algo, siento de verdad haberte herido.

—Lo sé.

Una franja larga de luz cruzaba el suelo. Motas de polvo y pelusa flotaban en el aire. Afuera, el roce ahogado de los zapatos sobre la acera. Se veía la esquina del cruce más adelante. En las paredes, se distinguían los rectángulos pálidos donde habían colgado los cuadros. Cubos de yeso y latas de pintura sin abrir. Lonas blancas extendidas por el suelo. Aún no habían empezado el montaje.

—He oído —empezó Bernard— que quieren dejarlo así. Todo el desorden del desmontaje a la vista. Como un *loft* cutre.

—Dios, son tan pretenciosos.

—Es tan mala idea que casi resulta buena.

—Tienes que dejar internet.

—No, quiero decir, obviamente es hortera, pero bien hecho no sería la *peor* idea.

—Sí, repartimos champán y ostras y hay un cubo de agua marrón en una esquina.

Bernard barrió la sala con la mano.

—Qué maravillosa exploración de la tensión entre la *performance* y el yo auténtico. El traje nuevo del emperador, pero en espacios de arte.

Wyeth casi lo veía claro. *Casi*.

—Sí, pero ¿la crítica no iría dirigida a ellos? Una negación de todo lo que su arte hace en términos reales.

—Pues claro.

—Pero ellos no lo sabrían, ¿no? —continuó Wyeth.

—Y ahí está la ironía.

—Ahora me da pena que no podamos hacerlo.

—No hay justicia en el mundo —dijo Bernard—. Entonces, ¿Bilal te lo ha dicho?

—¿Que vas a hacer de camarero en el evento?

Bernard se quedó pálido, inmóvil. Con un hilo de voz, soltó:

—¿Qué?

—Eso me comentó. Que vas a hacer de camarero en el *pop-up*. Para ahorrar costes.

—Ni de coña —dijo Bernard—. Ni. De. Coña.

—Eso suena a que tienes que hablar con Bilal —señaló Wyeth. Intentó parecer preocupado, pero se le escapó una sonrisa y Bernard le lanzó un vaso de plástico vacío.

—¡Vete a la mierda!

Wyeth se rio tanto que le dolía el estómago. Bernard rodeó el mostrador y lo persiguió por el pasillo. Wyeth evitó que lo agarrara y se metió en la sala de descanso, donde Bernard lo empujó contra la pared, un poco más fuerte de lo que un juego exigía estrictamente. Sus respiraciones eran intensas. Estaban cara a cara, muy cerca. Wyeth podía ver el color húmedo y rosado de las encías de Bernard, una cicatriz blanca en el centro de su lengua. Su aliento era dulce.

Wyeth apoyó las manos en el pecho de Bernard para mantener la distancia cuando este intentó acercarse más. No era exactamente algo sexual. Wyeth no sabía qué haría Bernard si llegaban a tocarse del todo, y sospechaba que Bernard tampoco lo sabía. Solo la fuerza que hacía Wyeth con las manos los mantenía separados y evitaba que cayeran en lo que fuera que hubiera esperando al otro lado de lo que era apropiado para dos amigos que no follaban.

—Para —dijo Wyeth en voz baja.

Los ojos de Bernard se nublaron un instante, luego se aclararon, y se detuvo. Ambos se deslizaron por la pared hasta sentarse con las rodillas recogidas, recuperando el aliento.

—Pero ahora en serio —dijo Bernard al cabo de un momento—. ¿Vas a hacerlo?

—¿La exposición? —preguntó Wyeth.

—Claro, la exposición.

—Solo me lo han propuesto porque tú eres demasiado famoso —confesó Wyeth.

—¿Y qué?

—Y odio sus cuadros.

—Sí, ¿y?

—¿Tú lo harías?

Bernard apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Wyeth empezó a contar sus pecas. El tono rojizo de su pelo tras un verano en la playa al norte del estado. La suave carnosidad bajo la barbilla. Bernard no estaba fingiendo pensar como solía hacerlo. De verdad parecía darle vueltas a la idea. Wyeth esperó. Vio cómo una hoja de papel se levantaba con el aire acondicionado y caía de la mesa, boca abajo.

—Puede que sí —repuso Bernard—. Además, no va de ellos. Si tienes algo, muéstralo. Cualquier ocasión es buena.

—¿Y si no lo tengo?

—Entonces no. Esta no es la última oportunidad de tu vida.

Wyeth pensó en Dell Woods e intentó imaginar qué habría hecho *él*. Pero Dell Woods *sí* había expuesto en aquella muestra sobre figuración negra. Seguro que hubo gente en aquella exposición cuya obra odiaba. De hecho, era muy probable. Cabía la *posibilidad* de

que Dell Woods odiara a algunos de los participantes de la muestra. Así funcionaban las exposiciones colectivas. Incluso era posible que algunos miembros de MangoWave odiaran el trabajo de sus propios colaboradores. Siempre había concesiones. Pequeñas traiciones a las virtudes, a los valores y principios propios; las mil formas de ir contra las convicciones personales para que las cosas funcionaran. Esa era la verdadera esencia de la modernidad: el precio inevitable que exigía cualquier forma de progreso. Hicieras lo que hicieras, el precio a pagar siempre era una pequeña parte de ti mismo. Podías mantener tu obra intacta, pero entonces nadie la vería jamás. Y, aunque lo pagaras, podía acabar completamente olvidada en un cajón, en algún sitio del norte del estado. De todos modos, no era que estuviera apostando algo valioso para otros: solo su integridad.

Pero eso era lo único que le quedaba. Lo único que tenía en el mundo. Sus convicciones. Su negativa a traicionarse para labrarse un camino. Colgar un cuadro en esa exposición —ni siquiera tenía *uno* todavía— le parecía una forma de muerte. La única muerte que de verdad le importaba: la muerte de la imagen de sí mismo como pintor. ¿Qué haría después? ¿Qué le quedaría?

—Es posible pensar demasiado las cosas —añadió Bernard—. Al final, depende de lo que quieras hacer.

—Cuestión de voluntad —señaló Wyeth.

—Lo sé. Es horrible.



Ferd estaba pintando algo en un lienzo diminuto. Wyeth dejó lo suyo para mirar por encima de su hombro. Se trataba de una escena de fiesta, como si se hubiera echado abajo una pared para permitir el acceso del espectador. Trabajaba con pasteles al óleo: el color se deslizaba suave, cremoso, y luego Ferd lo extendía con la yema de los dedos. La escena tenía un tono melancólico, algo en la forma como se derramaba la luz. Wyeth casi podía sentir la soledad de ese grupo de personas que compartían aquel espacio. Ferd sabía captar las luces y las sombras con mucha delicadeza y precisión. Incluso las zonas oscuras gozaban de textura y volumen. Ese era el nivel de

detalle. Cuando aplicó un azul más claro en una esquina, Wyeth se dio cuenta de que, con un gesto mínimo y fugaz, había creado un teléfono sobre una mesa, brillando en otra habitación.

—¿Cómo haces eso? —Wyeth estaba sorprendido—. Dios.

Ferd sonrió y se apartó el pelo de la cara. Tenía la frente manchada de naranja. Le dio un beso a Wyeth en el hombro.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Wyeth.

El gesto de Ferd se ensombreció.

—Mejor —respondió—. Aún no está fuera de peligro, pero mejor.

—¿Saben qué fue?

—No. Es rarísimo. Estaba bien y luego, semanas de sufrimiento.

—¿El dolor?

—Mucho mejor. Pero ya sabes.

—Sí —dijo Wyeth.

Solomon levantó la vista desde su lado de la mesa, que compartía con Aki. Estaba limpiándola para recoger el polvo acumulado durante su ausencia.

—Ay, no —dijo Ferd.

La mirada era sin duda pasivo-agresiva, pero no carecía de empatía. Daba la sensación, en verdad, de que algo llegaba a su fin: el verano, la libertad, la pérdida de tiempo.

Wyeth había ido dejando sus hojas sujetas con cinta a dos grandes portapapeles que encajaban en su mesa. Cada noche, después de observar los dibujos con la mirada perdida, cubría las tablas con láminas de plástico arrugado y los dejaba así. Durante los últimos días, había pasado la mayor parte del tiempo intentando decidir qué quería de esa maraña de líneas curvas en la que se adivinaba el semblante de Keating. Cada dibujo era un retrato: uno mostraba a Keating mirando por encima del hombro desnudo, con un brillo atento en los ojos. La longitud de su espalda, la amplitud de los hombros. Estaba de brazos cruzados, con los músculos de los hombros tensos, lo que acentuaba su anchura. El encuadre era de cintura para arriba. Wyeth había esbozado vagamente la ventana alta del estudio, aunque no estaba seguro de no acabar cubriéndola, dejarla en una masa oscura y revuelta. Pero al cuadro le faltaba profundidad. No tenía narrativa, ni fuerza poética. Era solo un

hombre mirando por encima del hombro.

El otro retrato era más sencillo desde el punto de vista compositivo. Keating sentado en la silla, con los vaqueros bajados a la altura de las caderas, su expresión arrepentida y los párpados caídos, hinchados por debajo. El carácter hosco e infantil de sus labios, la ligera inclinación de la cabeza. No era una expresión de placer ni de deleite, tampoco de agonía. Más bien una sensación de incomodidad. En esa postura, su pecho no parecía especialmente ancho, sino estrecho. Tenía algo «eduardiano». Wyeth no había dibujado el fondo del estudio. Pero, de nuevo, no sabía qué hacer. Aquello era simplemente otra imagen de Keating. Otro hombre blanco, con un buen cuerpo, mirando a los ojos del espectador. No había captado nada de lo que él sentía bajo la mirada de Keating. Los cambios de luz en sus ojos, la mueca que a veces se le escapaba al pensar.

Era un hombre sin historia, sin pasado. Nada de lo que estaba ahí recogía aquello que hacía que Keating le resultara interesante: solo la capa más superficial de su atractivo. Su natural rubio. Su masculinidad blanca. La mirada del espectador en esas imágenes era insuficiente. Una mirada embotada, imprecisa, casi ni siquiera una mirada: apenas un vistazo. Totalmente incapaz de pensar o de contextualizar. Una mirada que recomponía lo que veía sin ofrecer nada en forma de contenido emocional, sin afecto alguno.

—Está bueno —señaló Marat.

Wyeth se volvió hacia él.

—Pero es aburrido.

—Lo sé —dijo Wyeth—. *Muuuuy* aburrido.

Marat se quedó un momento más con una lata de Seltzer en la mano. Wyeth oía el suave cosquilleo de las burbujas que estallaban contra el borde interior. Los demás se acercaron también a mirar.

—Ah, tu cura —dijo Ferd.

—No es mi cura —lo corrigió Wyeth.

—¿Un cura?

—¿Te follaste a un cura?

—Ah, sí —dijo Ferd—. Os habéis perdido muchas cosas.

—Guau —soltó Solomon—. Está buenísimo, eso sí.

—¿Dónde encuentras a un cura? —preguntó Marat.

—En un bar, ¿dónde si no? —repuso Wyeth, y luego—: Y no es cura. Ya no.

Ferd se echó a reír.

Lo dejaron solo con su aburrido dibujo. Wyeth no quería empezar a pintar. No sin saber hacia dónde iba. Volvió a las fotografías que había tomado de Keating, las que había dispuesto una y otra vez en el suelo, en busca de algo. El problema era que servían como referencia anatómica, pero no contenían ninguna historia. Eran fotos tomadas en un estudio, despojadas de contexto y de relato. Lo que necesitaba era algo más integrado en una forma de vivir. Lo que necesitaba era algo que viniera ya cargado de asociaciones y de calor propio.

Wyeth volvió al libro de dibujos de Sargent. *Esbozo de un hombre*, al carbón. Un hombre vestido con ropa formal, pañuelo blanco en el bolsillo, la chaqueta abierta sobre el chaleco. Las suaves ondas del fondo bañando las zonas más densas y oscuras de la chaqueta y de la barba. El pelo. Y los ojos, apenas esbozados, y sin embargo tan expresivos. Tan claros. Tan llenos de sentimiento. Lo que Sargent lograba con el carbón era lo que Wyeth quería lograr con su retrato de Keating. Captar lo indecible. No solo trazar bien las líneas, sino ordenar los silencios, los vacíos, de modo que se insinuara toda una vida. Pero no solo eso: toda una *manera de vivir*. Un sistema vital desplegado dentro de un contexto social más amplio. Un destello de vida que convocara un mundo entero porque hablaba de todo lo que ese mundo contenía. Los carbones de Sargent no eran hermosos solo por lo que mostraban de forma directa. Lo eran porque sus sujetos cobraban vida por completo. Uno entendía cómo vivían, cómo amaban, qué sentían, qué veían y cómo eran vistos.

Su propio dibujo de Keating carecía de eso. Carecía de la vitalidad de una imagen viva. Tenía fotografías increíblemente precisas como punto de partida y, aun así, lo intimidaban. Sufría de un exceso de claridad.

Una de sus piezas favoritas de Sargent era una litografía de 1895, *Estudio de un joven sentado*. Le había servido como estudio para los retratos de Keating. Un joven con una sábana recogida sobre los

hombros, inclinado hacia delante. Sargent había plasmado la mano izquierda emergiendo de la tela y el mentón apoyado sobre ella. Se distinguía la diferencia de luz que entraba por la derecha en la forma en que se iluminaban la palma y la muñeca. Y luego el hueco oscuro del pecho, la curva del hombro derecho y la manera en que la tela caía hacia delante y se arrugaba, todo ese rico y magnífico trabajo en la tela. Las sombras irregulares del fondo: ¿el colchón de una cama? ¿O era una *chaise longue*? ¿Estaba sentado o reclinado? La mirada baja. La nuca expuesta a la luz. El fondo opaco y casi juguetón de Sargent.

Había una pieza que acompañaba a *Estudio de un joven sentado* titulada *Estudio de un joven con bata, de pie*. Entonces se hacía evidente que lo que había tomado por una sábana era en realidad una bata, y que el brazo izquierdo emergía de una manga. Aquí, la bata colgaba de los hombros del joven. Tenía un pie apoyado en una plataforma baja. La mano colocada en la espalda, de modo que el hombro izquierdo quedaba al descubierto mientras la tela caía. Se amontonaba en el lado derecho, donde se apoyaba, con el mentón en la palma y el codo en la rodilla. Tenía una nariz elegante y una sombra sobre el labio, como un bigote. Las otras cuatro litografías mostraban al mismo hombre en distintas poses. En una, estaba sentado de espaldas al espectador, completamente desnudo. Tenía la espalda arqueada y se sostenía con la mano izquierda detrás, girado sutilmente hacia la derecha. Una era una litografía de transferencia propiamente dicha; otra, la misma imagen, mucho más clara, dibujada con cera sobre papel. El pigmento era escaso. La última mostraba al joven dibujando, medio reclinado, con la bata arrojada encima de manera casual. En este caso, los detalles de las sombras eran más ricos. La tela y el fondo gozaban de mayor dimensión. La figura era casi un foco de atención secundario.

Wyeth se sentía atraído por esos bocetos y litografías porque constituían una desviación respecto a los temas habituales de Sargent: el mundo luminoso de cenas y salones en París, Londres, Roma, Nueva York, Boston. Lo mismo ocurría con los estudios de McKeller. Y con las acuarelas rápidas de Sargent en el campo o en sus viajes por Venecia y por España. Lo que unía esas obras menos

formalizadas, menos narrativas, era que captaban algo de la relación pura entre quien observa y quien es observado. Quizá los modelos eran contemplados en circunstancias de lo más artificiales, pero parecían más ellos mismos que en los cuadros sociales más formales. Era como si, al dibujar, Sargent y sus sujetos compartieran un mismo plano. No una misma posición social —eso nunca, claro, porque había dinero de por medio, porque nunca podía desaparecer del todo la jerarquía—, pero sí una libertad: cuando solo estaban el modelo y el artista, el observado y el que observa, ambos podían ser ellos mismos porque todos sabían qué estaban haciendo, qué papel desempeñaban. En el mundo de las formalidades, en cambio, Sargent tenía que gestionar a la vez su expresión artística y los sentimientos de sus clientes. Le pagaban por ofrecer una imagen deseada que reflejara no solo su mirada, sino también la percepción que tenían de sí mismos quienes posaban. Y, en eso, los cuadros eran una suerte de ficción.

Toda obra subjetiva era una ficción, sí, pero el retrato en particular construía una ficción a partir de otra ficción. Se basaba en comprender, analizar y recontextualizar el autoengaño de una persona dentro del lenguaje del artista. Había que ser muy bueno leyendo a la gente tal como esta se veía a sí misma. Dentro de la ficción del retrato, se escondía una segunda ficción: la de la mirada del artista sobre la relación que esa persona mantenía consigo misma. Cómo se sentía ante la representación que se desplegaba frente a él, y si creía en ella o quería empujarla en alguna dirección concreta.

El don de Sargent estaba en amalgamar esas ficciones en su obra formal. Pero sus bocetos… quizá los bocetos de los modelos eran lo más cercano que estuvo nunca a una autobiografía. Porque no solo reflejaba a sus modelos, sino el modo en que los modelos percibían sus deseos. ¿Cómo era leído alguien tan hábil leyendo a los demás? ¿Veían los modelos con claridad los deseos de Sargent? ¿O simplemente pasaban a través de él para volver convertidos en un reflejo de sí mismos, de modo que lo que él pintaba contenía a ambos, imágenes gemelas, espalda con espalda? ¿De cuál de las dos cosas se trataba?

Wyeth quería algo de esa tensión dialéctica. Algo de esa libertad. Esa sensación de pintar no solo lo que veía, sino lo que su sujeto veía de sí mismo y deseaba proyectar al mundo. Quería capturar la matriz de relaciones que componían sus vidas en el mundo.

Quería pintar a Keating como Wyeth se pintaba a sí mismo. Pintarlo de una manera que transmitiera cómo se sentía él respecto a todo ese vertiginoso asunto de ser un pintor negro cuya mirada estaba comprometida y, al mismo tiempo, libre de restricciones. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo pintar como había pintado Caravaggio? Como Sargent. Como Celia Paul. Como Hopper. Como Lynette Yiadom-Boakye. Cómo pintar como ellos: no ajenos a la historia, pero de algún modo al margen de ella.

Entonces, la imagen descendió sobre él: Keating en el sofá, cuando se habían desnudado, pero antes de tocarse. Keating sentado allí, en la oscuridad. Ese intervalo horrible de tiempo vacío.

Wyeth rompió los primeros dibujos y fijó otra hoja en vertical. No había hecho una foto de aquel momento, pero lo recordaba con absoluta nitidez. La forma en que Keating se sentaba con las piernas cruzadas. Cómo sostenía las manos. La inclinación de la luz que entraba por la ventana y caía sobre la pared alta. La humedad del pelo al caerle, pesado, sobre la barbilla. Cómo se mordía las uñas. El vello blanco y suave de los muslos y las piernas. El movimiento del vientre al respirar. Recordaba también el nudo en su propio estómago. La boca seca. El hormigueo en los dedos y el cosquilleo en los labios tras besarse en la puerta. La imagen era tan clara y, al mismo tiempo, tan frágil que temía que se rompiera si la forzaba demasiado.

Primero la esbozó a lápiz muy ligero, en miniatura, en un cuaderno. Keating en el extremo del sofá, con las piernas cruzadas. Luego regresó al papel grande y la amplió. Pero pensó que resultaría ridículo: el extremo de un sofá, Keating como una criatura desgarbada sacada de un mal Bacon. Así que hizo otro boceto. Keating en una silla, desnudo, con las piernas cruzadas. Eso tenía más sentido. Pero erguido, la cabeza en un perfil de tres cuartos. El rostro era lo más importante. La expresión. No solo el leve dolor de Keating de aquella noche, la duda. También el conflicto reflejado en

su semblante cuando hablaron de Roe en el parque. O la primera vez que hablaron de Dios. La casa oscura, el campo oscuro. Quería plasmar aquello: la totalidad de ese estado de duda, lo doloroso que debía de ser, la cantidad de preguntas sin respuesta. Pero no solo duda. Paciencia. Quietud.

Los ojos de Keating estaban fijos en algún punto distante y había algo parecido a la sorpresa en su mirada. Wyeth la suavizó. No era sobresalto. Algo inesperado, no desagradable. Una leve tensión en la boca, los labios entreabiertos. El pelo echado hacia atrás sobre la frente. Había algo tímido en el rostro y, al mismo tiempo no, audaz. Wyeth quería que el cuerpo pareciera blando y firme a la vez. Captar la palidez de su piel y el bronceado intenso de los brazos tras el verano. Y las venas que le recorrían el cuello, vislumbradas aquella primera noche fuera del bar, sentados en el banco mientras se pasaban la botella de agua. Ese primer instante en que había alzado la vista hacia la oscuridad del cielo.

El boceto le llevó dos horas hasta que quedó lo bastante satisfecho. Al final, lo había terminado.

Aki había vuelto de cenar. Solomon y Marat comían fideos fríos. Ferd leía. Aki, en su mesa bajo la lámpara, trabajaba con una malla metálica.

—Pareces resucitado de entre los muertos —comentó Aki.

—Así me siento —dijo Wyeth. Tenía las manos entumecidas y manchadas de grafito.

—Te sienta bien.

Ferd se quitó los auriculares al verlos hablar. Sonrió, somnoliento.

—¿Qué tal la cena? —preguntó Wyeth.

—Aburrida —contestó Aki.

—Va a salir en una peli. —Ferd parecía entusiasmado.

—¿Una peli? ¿Qué peli?

—No es una peli —lo corrigió Aki—. Es un videoclip.

—Eso mola.

—De una chica pop de Brooklyn —matizó Solomon—. No mola tanto.

Aki se encogió de hombros.

—La verdad es que me da igual. Pero mi agencia dice que puede

venirme bien diversificar.

Marat rio entre dientes.

Wyeth se apoyó en la mesa de Aki. No parecía molesto, pero debía de ser irritante que dudaran de uno antes incluso de estrenarse.

—Me han propuesto participar en una exposición —anunció Wyeth.

—¿En serio? —dijo Ferd.

—¿Cuál? —preguntó Solomon.

—El *pop-up* de MangoWave.

Aki silbó. Solomon guardó silencio.

—Es increíble… espera, ¿no los odias? ¿No crees que son unos farsantes? —preguntó Ferd.

—Lo son —repuso Wyeth.

—Entonces, ¿por qué expones con ellos?

—Me lo han propuesto —contestó Wyeth—. No he dicho que sí.

Solomon resopló.

—O sea, que te vendes.

Lo que le sorprendió a Wyeth fue lo poco que lo afectó aquello. No sentía realmente que se estuviera vendiendo.

—No lo sé —replicó—. Puede. Lo dudo.

—Yo no creo que sea venderse —intervino Ferd—. Me parece guay. Alguien debería colgar algo bonito en su exposición.

—Yo, si no me gustara el trabajo de alguien, no expondría con ellos —soltó Solomon.

Aki dejó la malla y se volvió hacia Solomon.

—Bueno, a ti no te lo han propuesto. A Wyeth, sí.

—Me pregunto por qué. —Solomon esbozó una sonrisa mezquina. Marat echó salsa de soja sobre los fideos.

—¿Qué insinúas? —preguntó Wyeth.

—Me pregunto por qué te lo han pedido *a ti*.

—Ay, Dios… —soltó Ferd.

—No lo sé —repuso Wyeth—. Sinceramente, no tengo ni idea. Pero lo han hecho.

Solomon no añadió nada más. Wyeth notó que esperaba algo, pero no lo había obtenido y no podía seguir adelante con el plan que tuviera sin eso. La insinuación era tan vaga y tan poco concreta que resultaba inofensiva.

Wyeth volvió a su boceto. Llegaba un punto en el que había que dejar de trabajar el borrador. Podías acabar exagerando. Encerrándote en ti mismo. Además, aún no sabía hacia dónde llevaría la pieza. Pensó en el pastel, pero eso no le parecía bien con la obra de Ferd tan presente. Quizás acuarela, al estilo de un fotorrealista canadiense que le gustaba. Aunque aquello también entrañaba peligros. Lo *kitsch*. La copia. Algo de consulta de dentista. Cuanto más miraba el dibujo, más inquieto se sentía. Más ansioso. Le dolían los nudillos. Afuera, en la calle, el estruendo y el chirrido del tráfico, las ruedas pasando sobre el bache del callejón. El eco ascendente y menguante de las sirenas.

Lo haría en acuarela, pero muy seca, muy delicada. Mantendría el pigmento concentrado y saturado. Pero, por ahora, aparcaría el dibujo. Necesitaba refrescar la mirada. Sentía las pestañas secas y pesadas. Llevaba despierto demasiado tiempo.



Keating lo esperaba abajo. Dijo que venía de pasar el rato con unos amigos en un bar de al lado.

Estaba allí plantado con una sonrisa amplia y boba. Al principio, Wyeth se sobresaltó al verse enfrentado a su rostro real después de haber estado tanto tiempo absorto en el esbozo. Pero la sorpresa se disipó y Keating lo atrajo hacia sí.

—¿Me has echado de menos? —preguntó. Wyeth se dio cuenta de que iba muy borracho.

—No mucho.

—Qué malo. —Keating lo besó.

Caminaron hacia el metro.

—Estás muy callado esta noche.

—He estado pensando en algo —replicó Wyeth.

—Eso sí que es una novedad.

Wyeth le dio un pellizco fuerte en el costado y Keating gritó.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Me da miedo lo que harás si digo que no.

—Cuando viniste a la galería… —empezó Wyeth.

—Sí… ¿Cómo están mis colegas?

Estaban dando un lento rodeo por Canal. Habían pasado la estación y volvían a acercarse.

—¿Por qué te lavaste las manos?

—¿Cuándo?

—Después. Con ellos te las lavaste. Pero antes, no.

—Antes las tenía limpias —dijo Keating. Luego frunció el ceño—. ¿O no?

—Tenías yeso —afirmó Wyeth en voz baja.

—Ah. No sé. ¿Estuvo mal?

—No lo sé. Bernard sacó el tema.

Keating se echó a reír y se volvió hacia él.

—Vale… ¿eso me convierte en un capullo?

Sonreía, con los ojos cerrados. Estaba muy, muy borracho.

—Supongo que no.

—Bien —dijo—. Me alegro.

Volvían hacia la estación cuando Keating se detuvo.

—Oye. O sea. Si hubiera pensado que tenía las manos sucias antes, me las habría lavado, claro.

—Lo sé.

Keating se quedó en lo alto de las escaleras en la entrada del metro. Se miraba las manos. Eran grandes y pálidas, pero ámbar bajo las luces de la calle.

—Lo habría hecho. —Los ojos se le enrojecieron y humedecieron. Se le quebró la voz—. De verdad que sí.

Wyeth tomó sus manos y las besó.

—Lo sé —dijo.

Pero Keating no bajó. Se quedó allí, arriba, durante un par de minutos largos, contemplando sus manos entre las de Wyeth, que notó que las suyas aún tenían restos de grafito y que las de Keating se habían manchado un poco. Keating se frotó los ojos y carraspeó.

—No sé… —Luego miró la calle vacía, quieta y fresca, ahora que el día llegaba a su fin—. De hecho… creo que será mejor que me vaya.

—¿A dónde? —preguntó Wyeth.

—Mejor me voy a casa. Creo que será lo mejor.

Dio un paso atrás, alejándose. Pero se detuvo. Extendió la mano.

—Vamos, ¿vale?

Wyeth la tomó. Keating tiró de él. Caminaron muy despacio, alejándose de la estación, hacia el piso de Keating. En todo ese tiempo, Wyeth nunca había puesto un pie allí. Las calles se volvían cada vez más estrechas y oscuras. Y, de pronto, irrumpían bajo la luz de tiendas y comercios pequeños. Luces de alta potencia. De neón. El destello de carteles anunciando nuevos espectáculos y abogados de poca monta.

Y, entonces, se detuvieron.



Keating vivía en un piso pequeño, en un edificio antiguo, en la esquina de Hester con Ludlow, cerca del Metrograph. Era un apartamento austero, estrecho, pero muy limpio. Tenía una estantería, un escritorio y algo de material de ejercicio: pesas, una banda elástica… La ropa colgaba ordenada en el armario. Era la habitación de alguien acostumbrado a la vida institucional. No había cruz en la pared. Ninguna Biblia a la vista. Pero sí que había muchos novelistas. Wyeth reconoció los vaqueros y las camisetas. Le resultó extraño. Como encontrarte con un viejo amigo en un lugar inesperado.

—Conque vives aquí —dijo Wyeth.

Keating se quitó los zapatos y la camiseta. Fue al dormitorio del fondo. El salón tenía buen tamaño para lo que era el piso. El suelo estaba en muy buen estado. Desde el dormitorio, Wyeth oyó el clic de la luz y luego un ventilador ponerse en marcha. El aire era pesado. Keating volvió al salón y abrió una ventana. Se había quitado la ropa y solo llevaba unos *slips* oscuros. Le sirvió a Wyeth un vaso de agua. Bebieron en el fregadero. Solo tenía dos vasos. Dos platos. Dos cucharas, dos tenedores.

—Podrías ser el *influencer* de minimalismo más poderoso del mundo —bromeó Wyeth.

Estaban en la cama. Con las luces apagadas. Keating le había echado un brazo por encima.

—No sé ni qué significan esas palabras —dijo Keating.

Por la mañana, follaron. Wyeth se metió en la ducha. Mientras esperaba a que el agua se calentara, oyó risas en el dormitorio. Asomó la cabeza por la puerta. Keating había deshecho la cama y sostenía las sábanas en alto.

—Has dejado tus huellas por todas partes —dijo.

Y era verdad. Wyeth veía claramente las marcas borrosas de las manos.

—Ay. Perdón.

Keating seguía sosteniendo las sábanas, mirando las marcas. Wyeth pensó en lo que le había dicho el grabador cuando estaban en la escuela de arte: «Todo se resume en huellas humanas».

Keating allí de pie, a la luz de la mañana, el pelo bañado en oro, en aquella habitación. A Wyeth le pareció todo tan normal que casi le resultó decepcionante. No había ningún hondo secreto. Ninguna oscuridad latente.

—No malgastes el agua caliente —le pidió Keating—. Tarda siglos en volver.

CAPÍTULO QUINCE

Durante casi toda la tarde, Keating durmió mientras Wyeth leía *Bajo el sol de Satanás* entero.

Wyeth reconoció el título de antes, de principios del verano, cuando Ferd lo estaba leyendo. El ejemplar de Keating era más viejo y amarillento. Las páginas eran muy suaves, con relieves muy marcados. Había subrayado con lápiz y con bolígrafos de distintos colores y grosores; trazaba líneas hacia los márgenes, donde había escrito notas apiñadas, con una letra pequeña y fluida. Keating descansaba en la cama individual y Wyeth en el suelo. No había ventana en el dormitorio, solo tres paredes blancas y desnudas. En el suelo, una lámpara pequeña le daba la luz que necesitaba para ver, pero por lo demás era como estar sentado en una cueva. De vez en cuando, el inodoro se llenaba y luego se vaciaba. Oía a alguien golpear una tubería en otro apartamento. La respiración de Keating era calmada y regular. Dormía boca abajo, con la cabeza bajo la almohada y una mano colgando por el borde de la cama. La sábana ligera le caía sobre las piernas desnudas, pero tenía un muslo al descubierto, y también el vientre. Se le veía el pelo allí donde la almohada se había desplazado al girar la cabeza. Parecía agotado de verdad. La postura le acentuaba los músculos de la espalda, los dorsales y los trapecios. *Un largo verano de poner ladrillos*, pensó Wyeth, *se le ha quedado grabado en el cuerpo*.

La novela era extraña y oscura, pero estaba llena de una música hermosa e inquietante. Le gustó especialmente una de las frases iniciales: «Este es el horizonte que se deshace —una gran nube de marfil al poniente y, desde el zénit hasta el suelo, el cielo crepuscular, la soledad inmensa, ya helada».[**]

Esa idea de una «soledad inmensa, ya helada» le hizo pensar en la hora azul del otoño, el momento más solitario y melancólico del día

y del año. Esos instantes breves e intensos entre las cuatro y las cinco de la tarde, cuando la última luz dorada se fundía en el azul y todo queda impregnado de una sensación de pérdida o nostalgia. Era una hora propicia para el desamor y la ausencia, para las sombras que acechan y para el cierre paulatino de las posibilidades. *Bajo el sol de Satanás* rebosaba de esa oscuridad peculiar, acechada por la proximidad de la luz.

La selección de novelas de Keating era más bien decepcionante. Tenía muchos autores franceses en traducción, seguramente un residuo de su etapa en Normandía. También tenía muchas novelas de mediados de siglo. No parecía leer mucha ficción contemporánea y había un límite claro alrededor de 1958. Tenía a Graham Greene y E. M. Forster, algo de Waugh, una enorme edición completa de Galsworthy, y relatos de V. S. Pritchett y Edna O'Brien. Había bastante D. W. Winnicott, C. S. Lewis, una larga colección pálida de libros de Freud, y una edición grande de la *Institución de la religión cristiana* de Calvino. Esa biblioteca daba la impresión de ser un fragmento extraído de otra mayor, más cohesionada, y Wyeth se preguntó si no serían simplemente los libros que habían significado algo para Keating, lo suficiente como para llevárselos consigo a esta nueva etapa de su vida. Probablemente habría docenas o incluso cientos más en algún trastero. Pero incluso esa cantidad de libros le hizo sentir vergüenza de sus propios hábitos de lectura.

El suelo crujió en el dormitorio y Wyeth se detuvo. Luego oyó pasos y Keating apareció en el salón, estirándose. Se produjo un instante de confusión en el que Wyeth lo vio recordar *por qué* estaba allí de pie, un momento en que parecía asimilar el cambio de circunstancias y luego aceptarlo.

—¿Tienes hambre? —preguntó—. ¿Café?

Eran casi las cuatro de la tarde. Keating se rascó el vientre. Aún no se había puesto los calzoncillos. Al rascarse, el pene osciló y luego se detuvo contra el muslo. Le resultaba completamente irrelevante que lo estuvieran mirando.

—¿Quieres un café? Puedo preparártelo —se ofreció Wyeth.

—No, si tú no quieres —respondió Keating. Pero tenía los ojos tan adormilados que Wyeth supo que en realidad sí quería café. Que lo

necesitaba, con toda probabilidad.

—Lo preparo yo —decidió.

Keating esbozó una sonrisa boba.

El sistema de Keating era un poco más complicado de lo que Wyeth estaba acostumbrado. Por ejemplo, no sabía cuántos gramos de café debía pesar. La cuchara medidora de Keating era mucho más pequeña que la suya. Decidió improvisar: si salía mal, ya se las apañaría. Midió el café y luego el agua, que puso a calentar en el hervidor, y molió los granos. Keating tenía uno de esos molinillos de manivela, así que Wyeth se quedó allí dándole vueltas, una y otra vez, sintiendo cómo cambiaba la resistencia: del traqueteo duro de los granos sueltos a un ritmo más sutil y lento del café ya molido. Los filtros eran de un color marrón claro, «natural», decía, sin blanquear. Pasó un poco de agua caliente por el filtro vacío para quitarle el sabor a papel. Luego vació la jarra y empezó de nuevo, esta vez vertiendo el agua caliente sobre el café. Se oyó el suave repiqueteo del agua al caer sobre el polvo y luego el tintineo al chocar con el vidrio. Los granos eran mucho más frescos que el Folgers pésimo que Wyeth guardaba en su apartamento. Al instante, desprendió un aroma floral, dulce e intenso, nada que ver con el amargor que él asociaba con preparar café. El olor era tan denso y *presente* que durante un momento le costó respirar. Luego se desvaneció, y el aroma se volvió más ligero y suave.

Keating volvió al salón pasando bajo el arco, mientras se ponía por la cabeza una camiseta blanca. Llevaba unos pantalones cortos de correr. Se había mojado la cara. Le olía el aliento a menta. Observaron cómo el café empezaba a brotar, mientras Keating se apoyaba en la mesa de la cocina. Las puntas del pelo se le habían mojado en el lavabo. Olía a recién duchado, pero también a sudor de haber dormido. Wyeth se dio cuenta de que las sábanas de la noche anterior seguían tiradas en el suelo del dormitorio.

—¿Quieres que las lave? —preguntó—. Como las he dejado manchadas…

Keating estaba completamente ensimismado en el café. Sirvió dos tazas diminutas de una marca coreana que le gustaba.

—Ah, las sábanas —repuso—. No pasa nada, tengo que poner una

lavadora pronto.

—No me importa —insistió Wyeth—. Y ha sido culpa mía.

—¿Quieres algo para el café?

—No, así solo está bien —respondió Wyeth, pero luego cambió de idea—. Aunque azúcar sí que me apetece.

El azúcar de Keating estaba todo apelmazado en la bolsa. Debía de llevar meses sin abrirla. Wyeth lo picó con un cuchillo de mantequilla, sacó un terrón arenoso y lo desmenuzó sobre el fregadero en dos pedazos pequeños. El azúcar cayó en una lluvia dispersa sobre la pila, como arena contra metal.

—Supongo que no usas mucho azúcar —señaló.

—No mucho —respondió Keating, un poco avergonzado.

Se llevaron el café a la mesa pequeña junto a la ventana. Keating cruzó las piernas y estiró la mano hacia el calor del sol. La otra ventana tenía un pequeño aparato de aire acondicionado, pero el día era sorprendentemente templado para finales de agosto. El calor había remitido, y lo único que Wyeth quería era perder el tiempo, quizás ir al parque antes de pasar por el estudio. Keating miraba a la calle. *Es extraño*, pensó Wyeth, *que después de todo ese tiempo estemos sentados aquí, bebiendo café*. De vez en cuando, Keating lo miraba, y Wyeth se preguntó si estaría pensando lo mismo: que habían estado evitando durante tanto tiempo aquella precisa escena, para acabar viviéndola de la forma más anodina posible.

—Es un poco raro, ¿no? —dijo Keating—. Tú, aquí.

—¿Raro en plan malo o bueno? ¿O… en plan aburrido?

—No lo sé —respondió—. Creo que raro en el sentido habitual… No sé por qué tardé tanto. No es que me estuviera escondiendo ni nada. Pero al final empezó a parecerlo, supongo.

—Sí —reconoció Wyeth—. Yo también empecé a sentirlo así. Como si fuera un gran secreto. Pero es solo tu piso. Donde duermes. Tus libros.

Keating se echó a reír.

—Sí. Mis libros.

—Tienes mucho de Freud.

—Lo leía en el seminario —confesó Keating—. Pensé que me ayudaría a entender mejor a la gente.

—¿Y lo hizo?

—En cierto modo. —Keating dejó la taza—. Lo que dice sobre la naturaleza humana, creo… o, para mí al menos, el gran descubrimiento fue la claridad con la que habla del desorden que llevamos dentro. Me resulta muy parecido a la teología.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que habla con mucha precisión de lo que nos confunde, de lo que nos mueve, de la complejidad caótica de estar vivos. Y la teología hace lo mismo. Es una manera de encontrar sentido, de discernir. A mí me conmovió mucho, la verdad.

—¿Freud y Dios?

—Supongo que la mayoría no pensaría que tuvieran mucho que ver —dijo Keating con una leve sonrisa—. Pero para mí Freud es un teólogo maravilloso. Está lidiando con las mismas preguntas que yo me hacía en el seminario. Es otro lenguaje para las mismas oclusiones humanas.

Eso de las «oclusiones humanas» sonaba a condición médica o a término filosófico. Y, aun así, Wyeth podía intuir el contorno de la idea, sentir su resonancia en su propia vida. Ahí había algo.

—¿Qué vas a hacer el resto del día? —preguntó Keating. Le tomó la mano a Wyeth.

—Pintar —respondió.

—¿Tienes un tema? Eso es emocionante.

—Tú —respondió Wyeth—. Pero supongo que ya lo habías imaginado.

—Es un honor —admitió—. Pero ¿qué parte de mí?

Keating le acarició el dorso de la mano con el pulgar. Wyeth observó el movimiento de su sombra sobre la mesa. La luz incidía con fuerza sobre la rodilla de Keating. En la parte interna del muslo, un cardenal oscuro. ¿Se lo habría hecho la noche anterior? ¿O esa misma mañana? Keating siguió la dirección de la mirada de Wyeth hasta el cardenal.

—Ah.

—¿De dónde ha salido eso?

—No lo sé —contestó, demasiado rápido. Wyeth retiró la mano.

—Ya.

—No, en serio. No lo sé. Supongo que me di un golpe en el torno del metro.

El cardenal era un poco más pequeño que el talón de un pie.

—Parece como si te hubieran dado una patada.

—Puede ser —replicó Keating—. No me acuerdo.

—No tienes por qué mentirme —dijo Wyeth—. Si has estado con otra persona, has estado con otra persona.

—¿Cuándo habría estado con otra persona? —preguntó Keating—. ¿No nos vemos todos los días?

—No lo sé. No es asunto mío.

Keating dejó escapar un murmullo reflexivo. Volvió a tomar la taza y se sirvió más café en la encimera. Wyeth observó su espalda. La luz de la ventana dibujaba un cuadrado dorado en la parte inferior de su camiseta.

—No me importa —dijo Wyeth.

—No he estado con nadie más —se excusó Keating—. De verdad que no sé cómo me lo he hecho. Me salen moretones con facilidad.

—Está bien —concedió Wyeth—. Pero me tengo que poner a trabajar en el cuadro.

Keating suspiró.

—Vale.

Wyeth lo besó para dejar claro que no había resentimiento. Keating le rodeó la cintura con los brazos para retenerlo, para impedir que se fuera. Wyeth se rio.

—Suéltame —le pidió—. Tengo que trabajar.



El cuadro avanzaba muy despacio. Wyeth quería que la acuarela se mantuviera contenida y precisa. No quería reproducir exactamente la sensación del óleo, pero tampoco buscaba la naturaleza caprichosa del pastel. Buscaba un tono árido, intenso, algo atrapado en el fogonazo de una cámara compacta. El instante congelado en el blanco y el azul frío del *flash* de una Polaroid en una fiesta. Latas de cerveza, música alta, camisas de franela, las carreras por las escaleras del porche trasero rumbo al lago, ignorando el escozor de

las ortigas y los fragmentos de vidrio ocultos entre las piedras. Quería esa sensación del momento en que el *flash* estalla justo delante de ti, en mitad de una noche larga que ha perdido toda forma: el deslumbramiento vertiginoso de esa luz golpeando el interior de los ojos, del cráneo, haciendo que todo vibre y gire. Esa tonalidad particular de luz fría, propia de las fiestas universitarias, las hogueras de verano, las casas abarrotadas o el campo abierto, donde solo los árboles y los mapaches eran testigos. Quería el *flash* de esos lugares, no el domesticado y calibrado del retrato de estudio, sino ese azul áspero que hablaba de suelos pegajosos, Michelob Ultra y cigarrillos mentolados. Quería el mismo azul que había caído sobre su madre, apoyada en el capó del coche, en aquellas mañanas de Virginia mientras fumaba el primer cigarro del día. El azul que cruzaba las copas de los árboles y devolvía la luz al mundo. El azul que barría las puntas del maíz y el algodón cuando iban en autobús a las viejas plantaciones en las excursiones escolares. El destello azul de los escaparates al pasar de noche corriendo camino de casa. El azul de la primera tienda a la que Keating y él habían entrado juntos aquella primera noche, cuando compraron cigarrillos y botellas de agua y las bebieron fuera. El azul de las estrellas. El azul frío e infinito de aquellas horas solitarias del otoño al final del día.

La capa base le llevó un día entero. Ponía color y luego lo retiraba. Procuraba no destrozar el papel. Dudaba. Dudaba de su impulso. Aplicaba tonos cálidos y los eliminaba. Repensaba el punto de luz. Dónde caerían las sombras, cómo se posarían en la mejilla de Keating, en su rostro, en su pelo. ¿Las venas de sus manos eran demasiado grotescas? ¿Resultaba ridículo? ¿Había demasiado detalle? ¿Muy poco? El boceto había parecido tan acertado antes… Pero ahora solo contenía sombras. Dudas. Y, aun así, volvió a trabajar, despacio, dejando que la base se construyera sobre la suavidad de los tonos azules. Más oscura en las sombras, más clara en el resto. Wyeth le dio un toque de calidez a la piel, para que no resultara demasiado roja ni demasiado amarilla. Pero, aun así, quería esa sensación de que el *flash* estallaba un poco demasiado cerca del rostro. Un poco demasiado cerca, y lo enfriaba todo, como la luz en

un paisaje de Hopper. Esa luminosidad presurizada que brota de las nubes blancas y rebota en los edificios blancos que él pintaba. Pero aquellos *árboles*… Nadie pensaba en los árboles de Hopper, y, sin embargo, eran preciosos. Oscuros. Ondulantes. Como un mar. Como danzarines.

Cuando Wyeth dio por terminada la capa base, empezó a trabajar en la piel. Keating fue cobrando vida, poco a poco, a medida que Wyeth lo sacaba a la superficie del papel: todo el contorno de las ojeras, teñidas de oscuro; el modo en que unos mechones sueltos le caían sobre la nariz; la cabeza, en ese elegante perfil de tres cuartos, mirando hacia fuera y hacia arriba, a la derecha. Tenía que trabajar por zonas de color: primero, el cuerpo desnudo en diferentes capas, y luego concentrarse en el rostro, con sus tonos sutilmente variados. El vello del pecho, un poco más oscuro y ralo. El torso ensanchado por la postura, llevado ligeramente hacia arriba y atrás para abrir las costillas. El vientre recogido y tenso, con el vello también algo más oscuro, pero de una textura distinta a la del pecho. Las manos apoyadas sobre el muslo, las piernas cruzadas. Las venas de las manos, azules y gruesas. Los dedos, finos, delicados, pero con las puntas enrojecidas. Siempre procurando que las manos no quedaran *demasiado* realistas: el peligro de lo inquietantemente reconocible. Después, fue subiendo otra vez, deteniéndose en las pecas, en los lunares del hombro y del pecho. El cuello, surcado también por sus propios afluentes azules.

Wyeth notó un calambre en la mano. De vez en cuando, una gota de sudor le caía sobre la hoja de papel vegetal que usaba para no tocar el dibujo. Pensó que no acabaría nunca. Cada dos horas, descansaba la vista. Se tumbaba en el sofá y escuchaba a los demás. Marat estaba en una videollamada con alguien a quien quizá le interesaba una idea que Marat había lanzado en una fiesta. Él quería ser el guionista, pero la conversación estaba yéndose hacia un lugar que no parecía serle favorable.

—Sí —repetía Marat una y otra vez—, sí, totalmente, pero es que me siento muy conectado con la idea, ¿sabes? Creo que mi voz es como… clave para todo. No, sí, claro, lo entiendo.

Aki había hecho algunos progresos con su malla metálica y

moldeaba varios segmentos en figuritas pegadas a una plataforma de contrachapado. Era una especie de maqueta, pero Wyeth no lograba adivinar qué se suponía que representaba. Alguna realidad reducida a escala. Ferd seguía trabajando con sus pasteles. Y Solomon… bueno, Solomon no estaba. Había salido hacía media hora a buscar la cena y aún no había vuelto.

Wyeth se volvió para ver cómo el último resto de luz se desvanecía en el cielo. Ya era noche cerrada. Sobre ellos se extendía una sábana negra e interminable, salpicada de pequeñas luces. En algún lugar de la ciudad, Keating estaba haciendo algo. Wyeth se preguntó si debía escribirle. Por si le apetecía cenar en algún sitio. Pero tenía las manos tan entumecidas de pintar. Y los ojos irritados, y no sabía qué clase de compañía sería en ese momento. Siempre se ponía arisco cuando pintaba. Eso le parecía injusto. Se sentía miserable cuando no pintaba y, cuando por fin conseguía ponerse a ello, todo le parecía desesperado y patético, y le dolía el estómago, y era como correr por un acantilado sin alcanzar a ver el final. No quedaba otra que lanzarse hacia delante.

Volvió al cuadro. La luz se extendía y se difuminaba, y aquello le hacía dudar aún más de sí mismo. No sabía si era capaz de juzgar bien la luminosidad. Hizo fotos con el móvil y las pasó al ordenador para comprobar los valores del color. Pero se hacía tarde, casi las ocho. Solomon volvió con unos *dumplings* y verduras al vapor. Todos hicieron una pausa y comieron sentados en el suelo.

—¿Por qué te has entretenido tanto? —preguntó Marat.

—La verdad es que me he perdido un poco —confesó—. Y luego me ha llamado mi madre.

La madre de Solomon vivía en el valle del Hudson, en una casa enorme. Solomon y ella hablaban por teléfono cinco veces al día o una cantidad igualmente descabellada.

—¿Cómo está Cora? —preguntó Ferd.

—Bien. Igual que siempre.

Marat comía con una petulancia malhumorada.

—¿Y Ezra?

—Bien también, supongo. Bueno… en realidad, no.

Aki se inclinó hacia delante con tanto interés que Ferd casi se

atraganta de la risa.

Los padres de Solomon tenían una especie de matrimonio abierto, aunque nunca lo llamaban así. Ni siquiera era que hubieran «llegado a un acuerdo». Ezra llevaba quince años en pareja con un hombre, pero seguía casado con Cora. Los tres cenaban juntos tres o cuatro veces por semana. El hombre, Mihai, había sido entrenador de tenis durante una década tras una carrera corta pero exitosa en la que ganó un título importante en dobles mixtos. Había sido vecino de Ezra y de Cora durante años en Hudson, y luego, un verano —un verano extraño y azaroso—, Mihai le confesó a Cora que estaba enamorado de Ezra. Se lo dijo a ella, que era razonable, aunque no una santa. Ezra había sido un prodigio de la física, ahora un hombre acomodado y feliz, ya entrado en la madurez, que habría seguido tan contento operando con derivados si no hubiera sido porque Cora le dijo que hacía tiempo que no lo veía del todo enamorado de ella y que quizá sus deseos iban por otros derroteros. Ahora los tres eran felices. O eso parecía.

La primera vez que Wyeth oyó esa historia, soltó un grito de sorpresa.

—No os creo —dijo—. No, estáis mintiendo.

Pero luego los conoció. Todos los conocieron. Fueron a casa de los padres de Solomon en primavera. Y, en efecto, Ezra y Cora parecían felices. Y Mihai —alto, guapo, atlético— era muy amable y generoso. Tenía una timidez distante, pero era muy cariñoso. Les enseñó a jugar al tenis. Fue un desastre. Para entonces llevaban viviendo así unos quince años. Solomon y sus hermanas habían crecido con ello y no conocían otra cosa.

—Mihai —empezó Solomon—. Creo que empieza a perder la memoria.

—Joder —soltó Aki.

—Es muy joven para eso, ese es el verdadero problema.

—Lo siento mucho —dijo Ferd.

Parecía realmente afectado, aunque Wyeth sabía que estaba pensando en su propio padre. Y, de pronto, Wyeth sintió un chispazo justo entre las cejas. Se dio cuenta de que, una vez más, se había olvidado del suyo. A veces, cuando alguien tenía a uno de sus

padres enfermo, muerto o incapacitado, su compasión adoptaba un carácter difuso. Y solo mucho tiempo después, una vez pasado el momento, recordaba que él también pertenecía a esa extraña tribu formada por aquellos a los que se les había arrebatado el padre, los huérfanos. Wyeth no tenía recuerdos del suyo. Su madre no había conservado ninguna foto. Nadie conservaba fotos entonces. No como ahora, cuando el teléfono rebosa imágenes.

No tenía ni idea de cómo era el rostro de su padre.

—Perdón —se disculpó—. Mihai es maravilloso.

—Lo es —reconoció Solomon.

—Sí, hombre —añadió Marat.

—Sí, avísanos si hace falta algo… sí.

Solomon suspiró y se encogió de hombros. Luego, uno a uno o todos a la vez, la idea les vino a la cabeza, y todos se giraron a mirar por la ventana. La calle se iluminó con el paso de una sirena, como si su mirada la hubiera invocado. Las luces nadaron por el callejón y pasaron como las sombras de un sueño por la pared a través del cristal. Y luego, se acabó, las luces desaparecieron. Retomaron la comida y tiraron el jugo frío de los *dumplings* y las verduras ya reblandecidas. Aki aplastó las latas y las echó al contenedor de reciclaje.

Wyeth se quedó de pie junto a la ventana, mirando hacia abajo. Dos personas fumaban en la calle. Una de ellas, una mujer joven, se giró y lo saludó con la mano. No la reconoció. Le devolvió el gesto.

Al cuarto día, regresaron las dudas de Wyeth sobre el cuadro. Había sobrevivido al posado. Había sobrevivido al pánico por el tono de la piel de Keating, cuando los toques de luz adquirían de pronto un matiz verdoso. A ese momento en que casi perdió la noción de cómo caía la luz en el campo visual. Cuando arriba era abajo y la izquierda, derecha. Pero había superado ese contratiempo. Y entonces llegó el turno del fondo. Lo asaltó una crisis repentina de realismo. Dudaba entre seguir la estela de Lynette Yiadom-Boakye y optar por un tratamiento tonal y gestual: manchas ásperas,

brochazos violentos contra un fondo profundo, un color denso sobre el que ese hombre se recortara sin ambigüedades; o si, por el contrario, mantenerse fiel y pintar únicamente lo que había visto aquel día, el espacio del estudio, su profundidad, sus paredes blancas. En rigor, ninguna de las dos opciones era del todo realista. Ambas contenían un grado de fantasía. Era solo una cuestión de grado. Al fin y al cabo, nunca había existido un momento exacto en el que Keating adoptara esa postura concreta ese día concreto. La luz de sus ojos era un ensamblaje. También lo era esa mirada elevada y esquiva. Bien podría haber estado mirando a Wyeth, o a los manifestantes, o a los árboles del parque, o al cielo nocturno de aquella primera noche. Podría haber estado mirando cualquier cosa y, en realidad, todas a la vez. El cuadro era una ficción. Pero no sabía si podía permitirse algo tan abiertamente romántico como un fondo de tonos profundos cuando el resto del trabajo había sido tan escrupulosamente fotorrealista. Aunque, pensándolo bien, ¿para qué había sido tan obstinado si no era por ese contraste? ¿No había trabajado todo este tiempo precisamente para llegar ahí? No estaba seguro de tener fuerzas para realizarlo.

Ese día, Aki se encontraba en el estudio con Marat. Hablaban de un amigo en común. Era poco antes de las dos de la tarde. Wyeth llevaba días sin pasar por casa de Olin-Noah. No veía a Keating desde que habían dormido en su apartamento. Temía que verlo solo le generara más dudas sobre el tono de su piel. Podía oler su propio sudor. Sentía el brillo resbaladizo en la frente y bajo los brazos.

—Tienes un aspecto salvaje —comentó Aki—. Vete a casa.

—No puedo —replicó Wyeth—. Necesito… no está terminado.

—Vete a casa —repitió Marat—. O te echamos.

No bromeaban. No lo hacían en absoluto. Wyeth cubrió el cuadro con el papel vegetal, que ya estaba lo bastante seco.

Descendió las escaleras hasta la calle. El calor había vuelto. Todo vibraba. La basura en las aceras se cocía bajo el sol.

Mientras esperaba el Q dirección norte, miró el móvil. Un mensaje de Bernard preguntando si ya se había decidido. Otro de Bilal, lo mismo, pero menos inquisitivo y más insistente: *estás dentro, ¿no? ¿Puedo decirles que sí?* Había también un mensaje de Olin-Noah,

diciéndole que pasara cuando pudiera.

Tenía los dientes ásperos. Volvió a casa en tren, subió las escaleras. Hacía bochorno en su apartamento y olía a agrio. Se había dejado un yogur fuera. Se escurrió por el fregadero cuando lo tiró. Abrió la ventana, aunque no sirvió de mucho. Al correr las cortinas, la luz atravesó una nube de polvo que se levantó de la tela. Ató las cortinas para que la luz siguiera entrando. Se duchó y se fumó un cigarrillo asomado a la ventana. Luego, se puso ropa de correr y atravesó el parque trotando hacia el adosado de Olin-Noah.

Le sentó bien moverse un poco. Sentir el trote de los pies contra el suelo. Se colocó detrás de dos mujeres jóvenes que corrían. Se dieron cuenta enseguida y cambiaron el ritmo para quedarse atrás. No podía girarse sin despertar sospechas ni parecer un acosador, o algo peor. Así que siguió hasta quedarse detrás de una mujer mayor. Llevaba auriculares, pero miraba constantemente a izquierda y derecha. Wyeth reguló la respiración. La siguió y se preguntó qué estaría escuchando. Mientras pintaba, él había escuchado un pódcast largo sobre una mujer que fingía tener cáncer. Los miembros de su superiglesia reunieron dinero para ella y rezaron. También provocó una ruptura entre su hijastra y la madre de la chica. La mentira se hizo tan grande y se descontroló de tal modo que a Wyeth le costaba creer que alguien le hubiera dado crédito alguna vez. Era todo tan descaradamente falso, cada una de sus mentiras, las grandes y las pequeñas.

Pero también parecía la consecuencia de un tipo específico de soledad. Había personas tan solas que necesitaban inventar una realidad paralela para despertar la compasión de los demás. Era una estafa mezquina, sí, pero, en el fondo, Wyeth se preguntaba si no era, sobre todo, la soledad lo que podía empujar a alguien a hacer eso. Pensó en su propia madre, en California, criando a los hijos de otro hombre, los hijos de una mujer muerta. Había estado sola durante toda la infancia de Wyeth. No era extraño que se marchara.

La mujer que corría delante llevaba unas mallas muy feas que le recordaron a una marca que también había sido objeto de un pódcast y luego de un documental. Una estafa que acabó convirtiéndose en una especie de secta.

La mujer se desvió. Él no la siguió. Notaba el peso del calor en el cuello y los hombros. Sentía el escozor del sudor en los ojos.

En la casa, Olin-Noah se encontraba en el estudio. La limpieza y el aplanamiento de los dibujos se había llevado a cabo días antes y ya estaban listos para ser devueltos al cliente.

—Has hecho un buen trabajo —reconoció Olin-Noah—. Muy bueno.

—No encontramos nada —dijo Wyeth—. Todo eran callejones sin salida.

—No es verdad. Encontraste a Dell Woods. Eso no es poca cosa.

—Pero no es todo.

—Ya, pero nunca es todo. Nunca lo es. Eso es para la tele y el cine. El trabajo real es lento, incompleto y desesperante. Pero lo que encontraste… encontraste a una persona real. Eso está muy lejos de ser nada.

Wyeth seguía sudando. El aire acondicionado lo estaba dejando helado. No había enfriado correctamente. En algún momento tendría calambres.

—¿Dónde has estado metido últimamente? —preguntó Olin-Noah.

Le indicó que se sentara, pero Wyeth negó con la cabeza.

—Lo llenaría todo de sudor. He venido corriendo. He estado pintando.

—¡Pintando! Eso es estupendo.

—Puede que exponga una obra.

—Qué montón de buenas noticias —exclamó Olin-Noah—. Te las estabas callando, ¿eh?

—Es… —empezó Wyeth, pero se detuvo.

—¿Es qué?

Olin-Noah lo miraba con una expresión abierta y amable. Wyeth suspiró.

—Tengo una oportunidad —siguió—. Una posibilidad. Es un *pop-up*, en realidad. De MangoWave. Están incluyendo a artistas jóvenes y quizá… exponga con ellos. No lo sé.

Olin-Noah frunció el ceño, pensativo.

—Bueno, eso sigue siendo estupendo. Enhorabuena.

Michel apareció en la puerta.

—¿Qué celebramos?

—Puede que Wyeth participe en una exposición colectiva.

—Brutal —dijo Michel—. ¿Dónde?

—En la galería del centro.

—¿En la que trabajas tú?

—Sí —respondió Wyeth—. Pero no es nada especial. Es MangoWave. Y puede que no lo haga.

—Qué horror —soltó Michel. Olin-Noah lo atravesó con la mirada—. Quiero decir, genial, en realidad. Increíble. Caballo de Troya…

Chloé estaba junto a Michel. Wyeth no se había fijado en ella al principio.

—Me parece guay. Y te vendrá bien.

—Empiezo a dudarlo.

—¿Por qué? —preguntó Olin-Noah.

—Es que… no sé, odio su trabajo.

—¿Y qué? —dijeron todos.

Ese era el estribillo. Eso es lo que decía todo el mundo. Y qué, y qué, y qué. No tenía fuerzas para pasar revista otra vez a sus convicciones y para plantearse por qué lo angustiaban o lo hacían sentirse insatisfecho. No quería hacerlo de nuevo.

—Empiezo a pensar —dijo— que quizá tenéis razón. Que a lo mejor es así de sencillo. ¿Y qué?

—¡Eso es! —exclamó Michel—. ¡Vamos a tomar algo!

Fueron al mismo bar que la otra vez. Los cuatro. Olin-Noah pagó la primera ronda de cervezas. Tenía un aire pensativo mientras bebían.

—En realidad ha sido por ti —confesó Wyeth.

—¿Por mí?

—El libro de los bocetos de Sargent. Me ayudó muchísimo.

Olin-Noah alzó las cejas. Se llevó la botella a los labios y, asintiendo, bebió.

—Me alegra haber sido de ayuda. Es estupendo.

Lo dijo con un punto de tristeza, pero tenía un brillo en los ojos y sonreía con picardía. Chloé le preguntó por el tema y el título. ¿Qué estaba pintando? Por un lado, Keating; por otro, intentaba captar la naturaleza exacta de su propia subjetividad: Keating, sí, pero también él mismo, sus propias manos. Un cuadro de un hombre blanco, pero, en realidad, un cuadro de su propia conciencia. Un

cuadro negro.

—Lo voy a llamar *Hombre negro* —anunció.

Chloé silbó. Michel abrió de par en par los ojos.

—Explícate —dijo—. Ahora mismo.

—Bueno. Siento que… es un cuadro negro. Porque yo soy negro. Y lo he pintado yo. Y es el retrato de un tipo con el que he estado saliendo este verano. Y una vez hablábamos de Dios. De lo que significa dudar. O creer. Y luego hablamos de las protestas, ya sabéis, de Roe, en Union Square, y él dijo que había ido porque sentía que les debía algo a los manifestantes o a la gente que tiene una opinión distinta a la suya respecto al aborto, que les debía estar allí y dar testimonio de sus sentimientos, de lo que estaba en juego para ellos. Y eso me impresionó. La idea de presentarse y dar testimonio de lo que importa a otros.

—¿Sales con un provida? —preguntó Chloé—. ¿Un provida blanco? Dios mío. Caso perdido.

—No, pero… —empezó Wyeth, pero le pareció inútil seguir si, después de todo aquello, la respuesta era un chascarrillo irónico posracial.

Chloé le dio un apretoncito en el hombro.

—Bromeo. Parece tener dos dedos de frente.

—Pero eso es lo que intenta hacer el cuadro, supongo —dijo Wyeth—. Quería pintar algo que hiciera pensar al espectador que lo ha entendido todo. Y luego… Ya sabes, cambia. Te das cuenta de que la gente siempre es más complicada.

—¿Lo es? —preguntó Chloé—. No sé si es alguna vez más complicado que «¿crees en los derechos humanos?».

Sonreía, pero tenía una mirada segura y oscura. No bromeaba. Olin-Noah tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—No discutamos —intervino.

—No estamos discutiendo —dijeron Wyeth y Chloé a la vez.

—Yo soy proelección… proaborto —matizó Wyeth—. Creo que la gente tiene derecho a decidir. Y pienso que cualquier intento de impedirlo es horrible y se le debería poner freno. Pero no tengo derecho a…

Entonces sintió un *déjà vu*. Era exactamente lo que Keating había

dicho antes. No tenía derecho sobre el cuerpo de otro, ni sobre su vida. No podía hacer que todos se movieran según su código moral. Solo podía vivir en el mundo y dar testimonio.

—No empieces con relativismos morales… —empezó Chloé.

Wyeth se levantó.

—Tengo que irme —dijo—. Tengo que estar en otro sitio.

—¿Cómo? —preguntó Olin-Noah.

Ahora lo entendía. Era verdad lo que Keating le había dicho cuando volvieron a verse. Que Wyeth intentaba dirigir y controlar toda su relación. Que en cada discusión escuchaba, sí, pero con una impaciencia condescendiente por llegar a su punto. Incluso el problema del fondo del cuadro tenía que ver con eso. Estaba pensando en lo que querría el espectador. En lo que pensarían de él. Siempre intentando *gestionar*. Lo que necesitaba era abrirse a lo que viniera.

Dejó el dinero suelto sobre la mesa y saltó la valla que separaba el bar de la calle. Corrió hasta la estación de Columbus Circle. Esperó el tren. El corazón le latía con fuerza. En el túnel, las luces parpadearon y se derramaron sobre los azulejos.

Abrió de nuevo el mensaje de Bilal: *estás dentro, ¿no? ¿Puedo decirles que sí?*

El suelo vibró bajo sus pies cuando el tren traqueteó sobre las vías, y se oyó el chirrido agudo y sostenido de los frenos, la entrada del tren, las puertas deslizándose al abrirse, y Wyeth sintió el aire frío del vagón golpearle la cara. Subió al tren. Sentía el pulso de la sangre en la lengua y en el paladar. Las manos le latían. En su mente imaginó una masa de agua verde oscura, revuelta, el mar escupiendo espuma, el golpe del agua salada al alzarse y desplomarse, y el vacío sin estrellas del cielo nocturno girando sobre él en una ondulación infinita: un mundo entero en rotación, sumergido en un negro helado.

Lo siento, escribió a Bilal, *no puedo*.

** Bernanos, Georges (1990). *Bajo el sol de Satanás*, Cátedra, Madrid. Traducción de Concepción Pérez Pérez. (N. del T.)

CAPÍTULO DIECISÉIS

La noche de la inauguración, Wyeth se encontraba en el estudio. Habían organizado una fiesta: estaban Aki y Ferd, Chloé y Michel, Noah, Bernard, Solomon, Marat y todos los demás. Llegaba al final de una semana larga y sofocante, miserable y gris, en la que todo se cocía bajo el sol, ablandándose y pudriéndose. Wyeth había terminado su cuadro de Keating, *Pintura negra de hombre blanco*. No hubo interés por parte de la galería de Bilal. Tampoco del agente que Bernard había convencido para que viniera a ver el cuadro. Pero, por casualidad, el agente había visto los estudios cinematográficos de Wyeth hechos en grafito soluble en agua y dijo que le gustaría explorar esa línea. Wyeth le contó que las imágenes venían de películas de Rohmer, y eso solo avivó su interés. A la gente le encanta esa mierda, dijo. Les encanta ver al marica negro enamorado del cine francés.

Wyeth quiso preguntarle qué pasaba con el cuadro de Keating. Y el agente dijo que era bueno, muy bueno incluso, pero excesivo. El tipo parecía haber presenciado algo terrible. Wyeth quiso decir que era cierto, que el hombre del cuadro había visto algo terrible, pero también algo hermoso. Sí, el hombre era guapísimo, dijo el agente. Pero lo que lo inquietaba era el fondo. Era excesivo. Casi cardenillo: un verde oscuro, concentrado, que invadía a la figura, asediada por preocupaciones tan profundas que no podía expresarlas. Eso era exactamente lo que Wyeth había querido evocar. Eso era lo que había sentido. Esa persona sitiada por una oscuridad tan absoluta que parecía borrar toda dimensión. Había algo ahí. La figura en la oscuridad. La luz en los ojos.

—Sí, pero es excesivo —concluyó el hombre—. Nadie quiere un exceso como ese.

Así que Wyeth había estado trabajando en una serie de estudios

cinematográficos. Trasladando figuras masculinas negras a escenas propias de las películas de Rohmer. Las pintaba con grafito soluble en agua, pero usando el mismo estilo que en el retrato de Keating: pigmento contenido, casi demasiado seco. Le llevaba mucho tiempo. Pero el trabajo avanzaba, y se sentía orgulloso. Se sentía como un pintor.

La fiesta no era por Wyeth. Marat había vendido un guion por una cantidad modesta, y eso parecía motivo suficiente para celebrar una fiesta al final del verano. Bernard venía del *pop-up* de MangoWave. «Espantoso», dijo. «Lo de siempre». Cuadros de pollas tristes de yogurines envejecidos y naturalezas muertas de fruta mohosa sobre mesas carísimas. Un plagio lamentable, al estilo de Picasso, del retrato de algún multimillonario de Dubái. Y una serie de retratos de los miembros de MangoWave hechos en ese estilo ilustrado tan hortera y recargado.

Desgranó el catálogo con tal eficacia y crueldad que Wyeth sintió alivio por no haber expuesto con ellos. Aunque habría sido agradable tener alguna certeza más sobre su futuro.

—¿Cuándo llega tu cura? —preguntó Aki.

—Se supone que está en camino.

—Por fin lo conoceremos —dijo Chloé.

—Quizá. Podría desaparecer, quién sabe —bromeó Wyeth.

Pero esperaba que Keating no desapareciera.

—Ah, por cierto —saltó Chloé—. Hay una especie de final feliz con nuestro amigo Dell Woods.

—Ah, ¿sí? —preguntó Wyeth.

—La clienta lo va a donar al museo. Vuelve a entrar en la colección de Genie.

—¿De verdad?

Wyeth sintió un calor que se le extendía por el pecho. Casi se le llenaron los ojos de lágrimas al pensarlo.

—Sí —respondió Chloé—. Es bastante increíble, la verdad.

—Es tan… —empezó a decir—. Me alegra que haya salido así.

—A mí también.

Se quedaron junto a la ventana. Olin-Noah estaba observando el cuadro de Keating. Wyeth sintió la garganta seca al verlo. Michel

también estaba allí, mirándolo con atención. Hablaban en voz baja.

—Es realmente hermoso —comentó Chloé.

—El agente dice que es excesivo. Perturbador.

—La subjetividad negra siempre es perturbadora —bromeó ella.

—Para algunos.

—Creo que para todos, en realidad. Incluso a la gente negra la perturba la conciencia negra.

—No sé si eso es verdad —terció Wyeth.

—Quizá sea el hombrecito blanco que tengo en la cabeza —dijo ella—. A lo mejor me está afectando.

—No lo creo —respondió Wyeth—. Creo que mataste a ese hombrecito blanco hace mucho tiempo.

Chloé sonrió. Wyeth le pasó un brazo por los hombros. Se unieron a los demás frente al cuadro.

—Es impresionante —dijo Olin-Noah—. No puedo dejar de mirar cómo has trabajado el fondo.

—Brillante —añadió Bernard. Le dio un apretón a Wyeth en el brazo. Tenía los ojos vidriosos.

—¿Estás llorando? —preguntó Wyeth, sorprendido.

—No —repuso Bernard—. Es que es precioso.

—Esa es la conclusión a la que llegué aquel día —les dijo a Olin-Noah, Chloé y Michel—. Me di cuenta de que tenía que dejar de ser un puto cobarde.

Olin-Noah asintió.

—Sí.

—Y ¿sabíais que Sargent, con sus litografías, llegó a trabajar directamente sobre piedra y usaba toda esa tinta, y que luego vaciaba las luces? —preguntó Wyeth—. Es increíble.

—¿Lo tienes?

Wyeth los llevó hasta su mesa, donde guardaba una estampa de la litografía. Pasaron los dedos sobre distintas líneas, chocando entre sí, y recorriendo los surcos de claro a oscuro y de oscuro a claro.

—¿Sabes? —dijo Bernard—. Creo que empiezo a entender por qué te gusta tanto Sargent. Es un auténtico enfermo.

—Lo sé —convino Wyeth—. ¿Verdad que sí?

Aki subió el volumen de la música. Estaba tan alta que las copas

sobre las mesas vibraban. Marat disertaba en un rincón con gente de su grupo de escritura; parecían a la vez alegres por él y furiosos. Solomon estaba sentado en el sofá hablando con una mujer alta, pelirroja, y un hombre de pelo oscuro sentado en el suelo.

Llegó más gente. Venían de la exposición de MangoWave y traían noticias similares a las de Bernard. Aburrida. Lo mismo de siempre. Y, curiosamente, hermosa, refiriéndose a los propios pintores, que estaban guapísimos con su ropa carísima de origen sostenible.

Y entonces, ahí estaban.

Fue de lo más extraño. Un momento, la fiesta transcurría como cualquier otra. Un poco decepcionante, pero agradable porque los invitados era gente a la que querías. Cerveza. Champán. El buen hielo de la buena tienda de la esquina. *Dumplings*. Fideos fríos para el verano. Minihamburguesas. Crudités. Un queso blando maravilloso que había elegido Olin-Noah. Aceitunas. Y, entonces, en la puerta, apareció Darsh, de MangoWave.

Durante un instante, nadie dijo nada. Y luego Darsh cruzó la sala, saludando a Bernard. Saludando a Aki, a quien conocía de las redes. Saludando a la docena de acompañantes que acababan de llegar. Darsh le tomó la mano a Wyeth.

—Nos volvemos a encontrar —lo saludó. El aroma de su colonia era intenso y oscuro. Tenía un brillo pícaro en los ojos.

—Eso parece.

—¿Este es *tu* estudio?

—Lo comparto con otros.

—Ah —dijo Darsh.

Miraba alrededor: el mobiliario desvencijado, las mesas apartadas para hacer lugar a una pista de baile, la ventana abierta. Dondequiera que posara la mirada, Wyeth percibía un rastro de desdén.

Sus ojos se detuvieron en el cuadro de Keating.

—Así que este es el fragmento esquivo.

Darsh miró el cuadro durante mucho, mucho tiempo. A Wyeth le molestaba querer averiguar qué pensaba de él, pero, tras ese largo examen, Darsh volvió a sonreír y le pidió un cigarrillo.

—Tenemos que bajar —anunció—. No se puede fumar dentro.

—Por eso es mejor ser propietario —soltó Darsh. No se rio.



Abajo, fumaron en el callejón. Oían la música que llegaba del estudio. Wyeth no miró hacia arriba porque sabía que lo estarían observando. A ambos.

—Me sorprendió que nos rechazaras —comentó Darsh.

—Ya —replicó Wyeth—. Creo que no era el sitio adecuado para mí.

—Odias nuestro trabajo —dijo Darsh. Wyeth fue a responder—. No es una pregunta.

—Bueno, ¿qué sabré yo?

—Estuviste en la primera exposición —dijo Darsh—. Te vi. Hablé contigo.

—Sí —dijo Wyeth.

—Te observé esa noche. ¿Lo sabías?

—No.

—Antes me encantaba moverme por las galerías durante las inauguraciones. Acercarme a la gente y escuchar sus murmullos. Era completamente invisible y casi podía *sentir* lo que pensaban, estaban tan desarmados. Podía leerles la mente. Como tú intentaste hacer conmigo ahí arriba.

—Es un bonito superpoder —respondió Wyeth—, si se consigue.

—Lo es —asintió Darsh—. ¿Quieres saber qué pienso de tu trabajo? Yo ya sé lo que tú piensas del mío.

Wyeth encendió el cigarrillo. Observó la luz azul de la farola moverse sobre la corriente oscura del pelo de Darsh. Era muy atractivo: las pestañas largas, los labios carnosos y la barba espesa. Sostenía el cigarrillo de una forma delicada.

—Pero algo cambia. Ya no puedo hacerlo. Cuando te vi en la exposición, o quizá no fue entonces. Quizá fue cuando vine a la galería… Sentí tu desprecio por mí. La gente ya no muestra eso. Tienen miedo de que les salga caro.

—Puede ser —convino Wyeth—. Pero creo que eso es la vida.

Darsh asintió.

—Te envidio —admitió.

—No lo hagas —dijo Wyeth—. Tú tienes mucho más éxito que yo.

—Quizá. En ciertos aspectos.

Darsh apagó el cigarrillo. Le estrechó la mano a Wyeth. Pero luego lo atrajo hacia sí y lo besó.

Fue un beso suave, casto, algo entre hermanos, desde luego no entre amigos. Se apartó y empezó a caminar callejón arriba.

A Wyeth le ardía la boca.

—¿No vas a decirme qué piensas de mi cuadro? —preguntó.

Darsh se volvió hacia él. Estaban separados. Sobre ellos, la luz azulada. Todo un mundo entre ellos. Y, aun así, Wyeth sentía que Darsh estaba justo ahí, a su lado. Creyó sentir su aliento en la mejilla, el roce de sus pestañas. Creyó sentir el calor de su cuerpo. Entonces, Darsh se encogió de hombros y se dio la vuelta. Al llegar al final del callejón, apareció otra figura. Caminaba despacio, alto y desgarbado. Vestía de lino blanco, una especie de traje veraniego. El pelo rubio, muy corto.

Wyeth levantó la mano. Keating levantó la suya. Al llegar junto a Wyeth, Keating le quitó el cigarrillo de los labios y se lo llevó a los suyos.

—¿Dónde estabas? —preguntó Wyeth.

—¿Te creerías que estaba arreglando un muro de ladrillo?

—Probablemente —reconoció Wyeth.

—¿Me he perdido mucho? ¿La fiesta sigue?

—¿No lo notas? —preguntó Wyeth.

Miraron hacia arriba. Bernard y Ferd se asomaban por la ventana. Los saludaban con la mano.

Wyeth les devolvió el saludo.

Keating se apoyó en la pared y fumó despacio, sin prisa. Wyeth se unió a él. Al principio, guardaron silencio. Llevaba el pelo tan corto, por encima de las orejas. Estaba distinto. Más adulto. Seguro.

—¿Este corte de pelo es señal de algo? —preguntó Wyeth.

—Nada serio —respondió Keating—. Pensé que quizás era hora de un cambio.

—¿Cambio bueno o cambio malo?

Keating se echó a reír.

—Es un cambio. Lo bueno o lo malo es lo que hagamos con él.

—Es una forma muy sana de verlo —admitió Wyeth.

—Puede que me vaya durante un tiempo —anunció Keating.

—¿A dónde?

—Estaba pensando en irme un poco al norte. Cerca de mis padres.

—Ah —dijo Wyeth—. Ya me lo imaginaba.

—¿Qué te imaginabas?

—Bueno, el verano, sin más ladrillos que colocar en invierno.

Keating lanzó el cigarrillo lejos.

—No es eso —dijo.

—Entonces, ¿qué es?

—Quiero salir de la ciudad durante un tiempo. Averiguar qué quiero. Qué necesito. No es bueno quedarse atrapado en un solo sitio.

—Sí —repuso Wyeth.

—¿Me enseñarás tu cuadro? —preguntó Keating.

—¿Quieres verlo?

—Claro —dijo—. Me lo prometiste, ¿recuerdas?

—No te prometí nada —aclaró Wyeth.

Keating le tomó la mano. Lo condujo hasta la puerta y subieron los escalones y las escaleras, hacia arriba, pasando junto a la gente que se alineaba en el pasillo y en el rellano. Subieron a través de la neblina de humo y vapor de los cigarrillos electrónicos. Marihuana y tabaco. Gente colocada hasta las cejas de coca, ketamina y comida. La música se volvía más fuerte y clara cuanto más arriba se encontraban, hasta que llegaron a la puerta, donde todos bailaban bajo luces estroboscópicas en un mundo que parecía completamente ajeno al suyo.

El retrato estaba en la pared y, de vez en cuando, una franja de luz lo atravesaba. No entraron en el estudio. Se quedaron en el pasillo, mirando el cuadro desde esa gran distancia: Keating contemplaba esa versión de sí mismo que ya no existía, que no estaba allí junto a Wyeth, esa versión que solo existía para Wyeth. Y, ahora que las dos versiones estaban frente a frente, Wyeth podía ver dónde había inventado, dónde se había tomado libertades. Dónde se hundía el pecho del Keating real o en qué punto las clavículas eran completamente distintas.

Era un gran parecido, Wyeth no tenía reparos en decirlo, pero en la oscuridad, bajo los destellos de las luces blancas y azules, entre las sombras danzantes de la gente que se lanzaba de un lado a otro, el cuadro adquiría un aire extraño, espectral, algo que parecía irradiarse hacia la propia sala. Esa proyección de la imagen era lo que inquietaba a Wyeth. Verlo ahora en ese contexto lo mareaba.

—Joder —soltó Keating.

—No te gusta.

—No es eso —matizó—. Es que me veo tan… No sé cómo lo has hecho, pero así es como me siento por dentro.

—Ah —dijo Wyeth.

La música estaba tan alta que apenas podía oírlo. Pero Keating estaba completamente quieto, ajeno a ella. Miró hacia abajo, a Wyeth.

—He estado pensando en la manifestación —confesó Wyeth—. Y en este verano. En el cobertizo, tal como lo describiste.

—El cobertizo —repitió Keating con un hilo de voz que se perdió entre la percusión de la música—. Bajemos.

De nuevo en la calle, Keating se apoyó en la pared y levantó la cabeza. Tenía los ojos cerrados. Tragó saliva.

—El cobertizo —repetía—. Últimamente he pensado mucho en esa casa oscura.

—¿Alguna vez volvieron las luces? —preguntó Wyeth.

Keating negó con la cabeza.

—No estoy seguro de que deje de esperar que vuelvan —dijo—. ¿Me entiendes?

—No —reconoció Wyeth.

—Quiero decir que puedo entender que te resulte muy difícil querer estar conmigo —confesó—. Como que un día me despierte y todo vuelva, y tenga que marcharme.

—Una vez que has sentido la llamada… —dijo Wyeth, intentando reír—. No, lo entiendo.

—Es egoísta por mi parte siquiera preguntarlo —admitió—. Lo sé. Es increíblemente egoísta.

—Querer ser feliz es siempre un poco egoísta —dijo Wyeth—. Pero creo que está bien.

—¿Lo está?

—Probablemente —repuso Wyeth—. Pero tú eres el que se ha leído todo Freud.

—Freud no es precisamente mi poeta ideal de la felicidad.

Wyeth se echó a reír. Tenía las manos húmedas. Le dolía el estómago.

—No quiero que sientas que te elijo como segunda opción —aclaró Keating—. Que si… ya sabes, si intentamos que esto funcione, no es porque tenga miedo de que Dios ya no me quiera.

—No pienso eso —afirmó Wyeth—. De verdad que no.

—¿No? —Un brillo apareció en los ojos de Keating—. ¿De verdad que no?

—No —contestó Wyeth—. Creo que simplemente estoy contento de estar en esto. Sea lo que fuere. Y sí, quizá vuelvas a sentir la llamada. Quizá. Y quizá yo muera. Quizá tú mueras. Quizás el mundo entero muera. Vale.

—Eso no suena muy esperanzador —bromeó Keating.

—Lo que quiero decir —continuó Wyeth— es que a veces tenemos que elegir nuestra felicidad y estar en paz con esa elección.

—Puedo creer en eso —coincidió Keating.

—Entonces, hazlo.

Fumaron otro cigarrillo. La fiesta siguió su curso mientras otra noche pasaba sobre Nueva York.

¿TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA?

Escríbenos a...

plata@uranoworld.com

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más sobre nuestros libros en...

plataeditores

PlataEditores